





62
BIBLIOTECA DE LA UNION MERCANTIL

JUANA LA PALIDA

NOVELA ESCRITA EN FRANCES

POR

HONORATO BALZAC

(TRADUCIDA AL CASTELLANO.)



R. 18.314

MÁLAGA

TIPOGRAFIA DE POCH Y CREIXELL

Marques, 4, 6 y 8

1897



THE UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS

JOHANNES KEPLER

THE UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS

THE UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS

THE UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS

1884

JUANA LA PALIDA

I.

Madre é hija

—No es verdad que es rico?

—Ah! muy rico, porque tiene un administrador, cuando digo un administrador es mas bien una especie de maestro Jacobo, que reúne las funciones de mayordomo, de escudero y de camarero.

—El pedrá ser rico, pero no es muy urbano.

—¿Y porque dices eso, querida?

—Porqué!... ¿no es debia una visita? Cuando se llega á un pueblo, donde viven algunas personas de rango, me parece que el uso exige...

—Ciertamente, querida hija, tu sola eres capaz de atraer la atencion; pero debemos admirarnos de que un jóven que llega de Paris no busque relaciones en un villorro como este, donde es probable que no pueda establecerse?

—Ah! si lo he observado, no es por cierto para

quejarme; no hemos venido á este pueblo para recibir.

—Es verdad; sin embargo, principia á pesarme esta resolucion. Triste cosa es, querida mia, y algo aburrido por cierto, tener que estar confinada en una casa de campo, á diez leguas de Paris, despues de haber vivido en medio de las riquezas del esplendor y del lujo.

A esto se oyó ruido en la puerta de la sala; pero estaba demasiado animada la conversacion, para que se distrageran estas dos señoras.

—A quien vais á decir este! respondió la mas jóven. ¿Creéis, señora, que me agrada vivir en este pueblo? Sabeis que siempre he odiado el campo; mi rango mis costumbres, me llevarian á Paris, que quizás volveré á ver mas. ¿Cuando echais de menos el mundo, creéis que á los 33 años se haya cansado vuestra hija para separarse de él de motu propio? Si he aceptado este destierro, ha sido para procurar reunir á fuerza de economias los despojos de una fortuna disipada por el marido que me disteis.

Esta reconvencion, hirió el corazon de la pobre madre, que trató de reparar su torpeza por la confesion de sus culpas; la señora d' Arneuse la interrumpió.

—Vamos, señora; el mal está hecho, no hablemos mas de esto. Su muerte me ha proporcionado el desquite en el mundo; no nos devolverán ni canse, y todas nuestras quejas, no nos devolverán ni las cien mil libras de renta; ni mi hermosa casa.

—Ah! si, exclamó la madre dando un suspiro, cien mil libras de renta que tu padre habia reunido

tante trabajo y de la que te has despojado en tan pocos años?

—Si no me hubiera quedado una hija de este triste casamiento, tendría al menos la esperanza de poder casarme otra vez.

Aquí la señora Guerin dió curso á los elogios exagerados que le dictaron la ternura maternal y el deseo de estar bien con su hija: al oír á la señora d'Arneuse no parecia sino que era hermana segunda de su hija.

—Si este jóven viene á vernos, le dije al concluir, estoy segura de que no querra creer que eres la madre de Eugenia.

—¿Estais pensando en esa señora? Mr. Landen, no se dignará haceros este honor!...

El aire de ironía que acompaño á estas palabras, demostraba cuan picada estaba la muger que las pronunciaba.

—¿Y por qué ne? a'gun dia al pasar por la calle, podra oír tocar el piano ó cantar y... Este jóven dicen que tiene mundo y querrá saber quiénes somos; dicen tambien que es buen mezo y de talento; y si tu hija...

—Pero mi hija es muy niña todavia para casarse!

Esta vez el despecho en persona pronunció esta frase. La señora de Guerin al ver que su hija se puso colorada, se calle y continuó espiando y mirando por la ventana.

Eugenia entrò entonces en la sala y fué á sentarse junto á su abuela: pero despues de haber examinado el rostro sério de su madre y vuelto á coger su labor, se aventuró á decir con dulzura:

—Si Mr. de Landon no nos ha visitado es quizás porque está muy triste.

Esta frase hacia suponer dos cosas: en primer lugar que el ruido que se había oído en la puerta de la sala había sido causado por Eugenia: había querido saber lo que decían en su ausencia. Además se podía conjeturar que la jóven no se alegraba de ver espirar la conversación cuando se trataba de Mr. Horacio Landon.

—Pero, señorita ¿á qué viene esta observacion? ¿Y quién ha podido decirnos que está triste Mr. Horacio?

La jóven se ruborizó y respondió á la segunda pregunta, estudiando con arte la primera:

—Mariana es quien pretende haberle sabido por el criado de Mr. Landon.

Distraída la atencion de Mad. d'Arneuse por este subterfugio inocente, se dirigió hacia un punto que se prestaba á la controversia.

—Pues bien, dijo ella, yo sé por la misma Rosalia que Horacio está muy alegre; pero acuérdate bien que he dicho que no se hable en mi casa de este descencido: ¿me has entendido?

Un «sí, señora», pronunciado con tímidez fué la respuesta única de Eugenia, que dió un suspiro y bajó los ojos hácia su labor envidiando el privilegio concedido á su abuela de trabajar junto á la ventana y de ver pasar á Mr. Landon á su vuelta del paseo.

Era un verdadero cuadro el que presentaba el grupo de estas tres mugeres. La anciana con sus espejuelos sujetos hácia la punta de la nariz cosiendo un pañuelo; su hija teniendo un libro en la mano anuncia-

ba por su aire y actitud que el orgullo le hacia desdeñar los trabajos de la casa; su rostro altivo hacia un contraste singular con la dulzura grabada en el rostro de la trémula Eugenia, sin decir una palabra y cuya linda cabeza continuaba inclinada siempre sobre un seno hinchado de suspiros. La buena de la abuela dirigia de cuando en cuando una mirada afectuosa á su nieta que respondia á esta caricia con una ojeada furtiva que parecia querer ocultar á su madre.

Esta familia habitaba una buena casa, situada á la entrada de Chambly y desde la cual podia estenderse la vista sobre una campiña conocida por el nombre del Valle de la isla Adan: este valle menos célebre pero mas risueño que el de Monmorenc que lo separa de Paris, está coronado de vastas floresta y dividido en muchas partes que embellecen los recodos que forman el rio l'Oise. Risueñas aldeas situadas sobre colinas que estaban junto á la orilla del rio, esparcian sobre todo este paisaje una animacion y alegría, cuyo encanto no permitia echar de ménos las bellezas severas que carecia toda la comarca. La escena que acabamos de referir, pasaba en una sala regular, en la cual habia dos ventanas que caian á un jardin y otras dos á la calle. La abuela que segun hemos dicho estaba cosiendo un pañuelo para Eugenia, tendria unos setenta y tantos años: su hija unos treinta y tres, lo que repetia tantas veces hacia cuatro años que ya todo Chambly tenia de ello noticia: en cuanto á Eugenia entraba en esa edad encantadora en que el matrimonio es una tierra prometida, sobre la cual no se atreven á echar sine miradas furtivas.

La abuela, la señora Guerin, viuda ya hacia mucho tiempo de un arrendador general, habia vivido siempre con la señora d' Arneuse. Antes de la revolucion, la señora Guerin habia casado á su hija con Mr. d'Arneuse impulsada por el deseo que tenia los arrendadores de rentas, de obtener una alianza con casas nobles, y Mr. Gurin no habia titubeado en sacrificar una grán parte de su fortuna para hacer de su hija una muger de calidad.

Esa union, tuvo como la mayor parte de los casamientos malos, consecuencias muy desagradables. Convertida la señorita Guerin en la marquesa de d'Arneuse, dió rienda suelta á su orgullo, que era su pasion dominante. Castigó con severidad á su madre por haber deseado este matrimonio, separándola de su lado y desterrándola de sus reuniones. La señora de Guerin devoró sus lágrimas sin quejarse, tratando de disculpar á su hija, cuando hablaba de esto con el arrendador general; pero la señora d' Arneuse embriagada por la vanidad, concluyó por no recibir en su casa á su familia.

Mr. d'Arneuse era el tipo del disipador. Habia dilapidado una gran parte de su fortuna antes de casarse con la señorita Guerin; pero este matrimonio no robusteció sus negocios, sino que retardo algunos años su ruina, porque la marquesa encantada de tener derecho para vivir noblemente, se hizo un deber de imitar á su marido. Cuando desaparecieron del todo los bienes de Mr. d'Arneuse, halló en los de su muger un recurso que esta le proporcionó de muy buena gana, contribuyendo á conservar el suyo en poco tiempo.

En medio de este esplendor, es preciso confesar que la señora d'Arneuse aunque coqueta y vanidosa, supo conservar una reputacion de virtud, que la desagradable figura de Mr. d'Arneuse, debió de realzar á los ojos del mundo; esta reserva, hija esclusiva del orgullo y de la ceguedad de su cerazon, le valió los homenajes de algunos hombres á la moda. La marquesa tuvo buen cuidado de hacer ostensibles las pretensiones y mas todavia los desdenes con que ella correspondia, haciendo ver á los ojos de su marido su reputacion de virtud como un tesoro adquirido á mucha costa. La señora yendo sin cesar á los bailes y á los óperas, vistiéndose muchas veces al dia y siempre con lujo; dejando al mayordomo el cuidado de administrar sus bienes, dando funciones elegantes como entonces se acostumbraba hacer, y el caballero jugando, teniendo queridas, reventando caballos y perdiendo apuestas, acabaren de arruinarse noblemente.

El pobre Guerin, avaro como debe ser un arrendador general que ha sido lacayo, murió de pena al ver desvanecerse como el humo el fruto de sus sudores, de sus usuras y de sus trabajos. Todo lo que se sabe de auténtico sobre el dolor de la señora d'Arneuse, es que se puso luto.

En esta época estalló la revolucion. Fiel á los principios que dirigian la aristocracia, Mr. d'Arneuse emigró sin dejar en Francia mas que deudas. Su situacion era de aquellas en que se bate un hombre como desesperado y este fué el partido que tomó: un duelo le hizo encontrar en Coblenza la muerte que en vano habia buscado en el campo de batalla. Apasionado

por el juego de billar, jugaba con un personaje importante haciendo apuestas considerables. Estaba á punto de terminar la partida con una jugada brillante que debía darle una ventaja inmensa. Pero en aquel momento Mr. S... dió un golpe á una de las bolas y Mr. d'Arneuse irritado le pegó una bofetada. Se convino en aquel instante en el día, hora, sitio, se eligieron las armas y los padrinos, y al día siguiente Mr. d'Arneuse pereció, sintiendo menos la muerte que haber dejado de ganar la partida.

Tan excelente jugador no fué llorado de nadie, ni aun de su muger, que se habia casado con solo su nombre. Esta muerte, acaecida con bastante oportunidad para que la señora d'Arneuse pudiese conservar despues de haber pagado todas sus deudas, mil escudo de renta que por una fatalidad pertenecian á la fortuna de Mr. d'Arneuse. Eugenia era el solo fruto de su union. El deber de educar una muchacha de corta edad y de llevar ejemplos de virtud, fué una especie de carga, que parecia desagradar á la jóven viuda.

En medio de este terrible naufragio, no conserve mas que su orgullo y sus pretensiones: fué á buscar á su madre, á quien encontró inmutable en su bondad, porque la señora Guerin continuó en vivir con ella, y en reunir 6,000 libras de renta que le quedaban al cierto caudal de su hija; y la aldea Chambly, diez años antes del momento en que principia esta historia, habia sido escogida para servir de sepulcro al gran tonel de la señora d'Arneuse. Esperaba á fuerza de economias y privaciones poder salir de la mediania y volver á la capital. Era ese todo su porvenir.

Los resultados naturales de todos estos antecedentes apenas merecen ser referidos. La señora d'Arneuse agriada por sus desgracias, cada día se fué haciendo más tratable; á falta de sensibilidad, una vivacidad nerviosa que le era natural, la hacia pasar rápidamente de las mas ambiciosas esperanzas á la mas profunda desanimacion. Su vida fué una mezcla constante de gozos y de penas ficticias.

En fin, el amor á la dominacion, que es la pasion de esas almas altivas, fué la fuente de los únicos placeres reales que les quedaba, placeres en los cuales su hija y su madre hacian todos los gastos. Eugenia tenia á sus ojos mil faltas, y la primera de todas era haber nacido; así la pobre muchacha parecia á cada instante pedirle perdon con miradas humildes y suplicantes. Eugenia además, tenia una figura encantadora que embellecia su mismo aire de sumision y de dulzura.

El aspecto de Eugenia producía una emoción tanto mas viva, cuanto que al través del temor que le inspiraba la señora d'Arneuse, brillaban el amor filial y el respeto; en las miradas que dirigia á su madre, espiaba sus menores gestos, y esta tierna niña prevenia sus órdenes y sus deseos mas bien por ternura que por temor de ser reconvenida. Una alegría infantil animaba su rostro cuando no eran desdeñadas sus atenciones, ó cuando la señora d'Arneuse las recibia con menos indiferencia que de costumbre. Parecia comprender la situación de su madre, cuyos caprichos y mal génio disculpaba siempre.

La abuela, la señora Guerin sufría al ver á su nie-

ta tratada con tanto rencor y con tanta dureza; pero su ternura para con la señora d' Arneuse y su debilidad natural, le impedían decidirse claramente en favor de Eugenia. Por otra parte, ella misma, á pesar de su edad y de la abnegación de que tantas pruebas habia dado, no estaba al abrigo de las exigencias de su hija, pero oponia á esta tiranía incesante, la impasibilidad de la vejez, y se acusaba á sí propia de los defectos de la señora d'Arneuse, pensando que un matrimonio mas igual. hubiera aumentado la fortuna de su hija, disminuido su orgullo y dulcificado su caracter. Por lo mismo no intervenia en las querellas domésticas, sino para aconsejar á Eugenia que no disgustara á su madre, que obrate á medida de sus deseos y que la amase siempre.

La señora c'Arneuse, á pesar de la mediania de su fortuna, hacia como la señora de Montespan, que cuando ya no era amada de Luis XIV, exigia los respetos que se debe á una reina. La señora d'Arneuse queria ser servido cuando tenia cien mil libras de renta. Pero Mariana y Rosalia, las dos únicas criadas que habian quedado á su servicio, tenian mucho trabajo en representar dignamente la antigua servidumbre, por lo cual Eugenia tomaba una gran parte en los servicios que se prodigaban á su madre: disculpaba á los criados siempre que podia, y suplica [todas] las culdades delicado que se se pueden esperar de los subalternos.

Agradecidas á esta condescendencia, que en nada comrremetia la dignidad de Eugenia, esas dos mugeres no permanecian en la casa sino por el cariño

que tenían á su jóven señorita la cual esparcía un encanto imposible de espresar aun en las relaciones menores íntimas. Las dos depleraban en secreto la tiranía que pesaba sobre esta linda jóven, y Eugenia hallaba en ellas un apoyo mucho mayor de lo que pudiera imaginarse, porque formaban en favor suyo una liga permanente, y si se piensa hasta que punto los amos están en peder de sus criadas, se concebirá fácilmente cuán pederoso auxilio eraa para la pobre Eugenia les secorros de Rosalia y Mariana.

Esta casa se parecia á todas las casas del mundo, tranquila en la superficie, pero agitada en el interior, y presa de mil intrígas domésticas, que más giraban al derredor de sentimientos que de hechos. Para acabar este cuadro y dejarlo complete antes de volver á lo que pasa en la sala, vamos á escuchar lo que se dice en la antesala.

II.

Conversacion familiar

Una jóven y linda muchacha, repasaba un vestido de percal que acababa de estender sobre una manta; ponía una gran atencion en este trabajo, y por el modo conque Rosalia deblaba el vestido, se hubiera podido cualquiera figurar que trabajaba para la señorita.

—Confesad, Mariana, dije á una muger de unes sesenta y tantos años, que se ocupaba en algunos pormenores de la casa, confesad que esta señorita seria feliz si consiguiésemos sacarla de aqui.

—Por desgracia, respondió Mariana, no hay medio alguno, pero yo daría cualquier cosa por libertarla.

—Pues nada se pierde cen intentarlo, respondió Rosalia dejando su plancha y sentándose junto á la cecinera.

—Ah! Virgen santa! ¿y cómo? exclamó Mariana po-

niéndose las manos en la cintura y mirando á Rosalia con gran curiosidad.

—Casándola con Mr. Horacio Landen, respondió la doncella.

—Es muy rico y como tiene algunos amores en la cabeza esta el pobre muy triste.

—Está alegre, replicó Rosalia.

—Está triste, respondió Mariana, con un tono decisivo.

—¿Quién es ha dicho eso? preguntó Rosalia.

—Su criada, replicó Mariana, creyéndose victoriosa.

—Y yo lo sé por su mayordomo! dijo Rosalia poniéndose colorada; Mr. Nickel el que gobierna la casa de Mr. Landen y el que hace de su amo lo que quiere es el única que puede verle, esta es la pura verdad, porque me le ha dicho y no una vez sola...

A estas palabras la cocinera se volvió hacia la doncella con un aire inquisitorial.

—¿Es que es está haciendo la corte? preguntó Mariana.

—Yo no he dicho eso, respondió Rosalia bajando los ojos; pero aun cuando fuese así tendría el valor de sacrificarme para ganar á Nickel y hacer que consiguiese de su amo que se casase con la señorita.

—Sacrificarse! exclamó Mariana, con mucho gusto me sacrificaría yo de ese modo.

—A esta exclamacion, la doncella dejando el sitio que ocupaba junto á la cocinera volvió á coger su plancha y la pasó por encima de un peruel más blanco que la nieve, reflexionando en la frase de Mariana.

—¿Conque habéis visto ya á Mr. Nickel? preguntó Rosalia despues de un momento de silencio.

—Si, repuse Mariana, él es quien me ha dicho que su amo tenia 50,000 libras de renta, y que Mr. Landon no se ocupaba en nada relativo á la casa, que los criados vivian en ella como el pez en el agua, y que en Paris Mr. Landon poseia un palacio; me ha contado tambien que nadie de la casa habia podido descubrir la causa que le habia obligado á venir á habitar un villorro para vivir retirado y muy mal por cierto; pero parece que á Horacio no le gustan mucho los buenos platos, pues tiene una mala cocinera y sin embargo sigue con ella.

El tono de Mariana al pronunciar estas palabras alentó á Rosalia, y comprendió que la cocinera buscaba en Nickel un protector, cuya influencia pudiera elevarla al puesto de cocinera de Landen y que con esta esperanza seria capaz de hacer todos los sacrificios necesarios. Tranquilizada asi la doncella volvió la cabeza hácia Mariana con un aire menos inquieto y terminando su conversacion por la mútua confesion de sus intereses, convinieron dirigirse cada cual á su objeto, ayudándose y empleando todos sus esfuerzos para lograr que Mr. Landon viniese á visitar e casa de la señora d'Arneuse.

—Este será tanto mas difícil, dije Mariana al concluir, cuanto que no está en el interés de Nickel que su amo se case: desde que haya una muger en la casa perderá su influencia y asi, apuesto cualquier cosa á que impedirá que venga aquí su amo,

—Si yo consigo agradecerle, decía entre sí Rosalia, Mr. Nikel no hará sino lo que yo quiera..

Y si llego á ser cocinera, decía para sí Mariana; diré tanta cosas de la señorita Eugenia que ..

Estas dignas sirvientas se imaginaban que Mr. Landon era un hombre á quien se podia hablar tan fácilmente como á sus amas, cuyas desgracias habian autorizado cierta libertad.

Ya nos podemos figurar que todo Chambly sabia lo que pasaba en casa de la señora d'Arneuse por el órgano de la digna Mariana, quien en su vida habia pedido guardar un secreto ni reusar una respuesta.

Mientras que las dos criadas se ocupaban así en ver como podian casar á la señorita Eugenia con Mr. Landon, en la sala reinaba siempre el silencio; Eugenia habia visto pasar á M. Horacio por la mañana, y habiendo observado el tiempo, que empleaba en dar su paseo, miraba el reloj para calcular el momento de su vuelta y juzgando que se acercaba esta hora deseada, se levantó, dejó su labor y se puso al piano.

Esta inocente maniobra anunciaba evidentemente que Eugenia pensaba en Horacio Landon. Con efecto, por quién otro que por él, podria sentarse al piano todos los dias á la misma hora y ejecutar los trozos mas brillantes, precisamente en el mismo momento en que él pasaba por allí?

Deduciremos por tanto de esta diestra combinacion repetida tan á menudo, que Eugenia habia concebido un plan de seduccion, que quizás fuera el siguiente: á fuerza de tocar, es natural que quiera conocer la persona que toca: entonces como Mariana y Rosalia han

dispuesto todo á mi favor no podra menos de interesarse con las cosas que de mi cuenten: si es rico no tendrá necesidad de una muger que lo sea, por consiguiente querrá ver á la que toca el piano... y... si viene.....

Este sueño de la jóven Eugenia era tambien el de la señora d' Arneuse quien probablemente no se detenia como su hija en el punto más interesante de su romance; de suerte que la casa se parecia á uno de esos fuertes cuyas baterias bien colocadas defiende las inmediaciones de un puesto militar.

La señora d' Arneuse habia observado tambien que Mr. Landon pasaba por delante de su casa. Todos los dias subia á su cuarto, dejaba la sala, donde quedaba su hija, y con cualquier pretexto iba corriendo á colocarse en su ventana para atacar á su amigo con un fuego sostenido de gestos y actitudes que no parecian dirigirse á él, aunque no tuviesen otro objeto. Así la primera bateria hacia con estrépito su esplosion en el piso bajo, donde el piano de Eugenia, empeñaba la accion, mientras que la señora d' Arneuse en el piso alto leia en su ventana ó miraba hácia el camino. En fin, Rosalia establecia muchas veces en el umbral de la puerta una bateria que disparaba sobre Nikel á boca de jarro.

Estas diversas maniobras estaban justificadas de un modo tan hábil, que el diablo en persona no las hubiera creido dirigidas contra él. ¿Qué cosa mas natural en efecto, que subir la señora d' Arneuse á su cuarto todas las tardes á las cuatro para vestirse, para tomar un libro ó para cualquiera otra cosa? Las cua-

tro en Chambly, es como si dijésemos las siete ó las ocho en Paris, por consiguiente, Eugenia podia tocar el piano, sin que tuviesen por esto los vecinos motivo para murmurar. En cuanto á Rosalia habia creído oír llamar al porton ó bien iba inmediatamente á comprar hilo que suponia habersela olvidado.

No obstante, la señora d'Arneuse estaba entregada á las mas graves agitaciones: principiaba á creer, que su hija tenia el atrevimiento de trazar en sus propias líneas una paralela que iba mas en derechura al lugar atacado, y no tardaron mucho en estallar las desavenencias entre los sitiadores. Eugenia acababa de sentarse al piano y empezaba á tocar un capricho muy lindo, cuando la señora d'Arneuse, exclamó:

—Has olvidado que estoy con jaqueca, ó estas de intento haciendo ruido? Cuando has de tener alguna consideracion hácia tu madre? Eugenia desconcertada lo que menos se figuró fué que su madre estaba tan buena como ella. Creyó sencillamente lo que decia y quedándose cortada la miró sin saber que responderle.

—¿Qué, hija mia, dijo la señora de Guerin, estás mala? Y la abuela volviendo la cabeza hacia su nieta, le hizo señas para que dejase y piano y volviese á su labor. La pobre Eugenia echando una ojeada al reloj, dió un suspiro, miró la ventana y volvió á coger su labor.

—¿Sufrés mucho? preguntó la señora de Guerin, despues de media hora de silencio. Y contempló á su hija con aire de compasion.

—Si, señora, y es tan fuerte mi dolor de cabeza,

que voy á buscar agua de Colonia. Al pronunciar estas palabras la señora d'Arneuse, oyó las pisadas de un caballo y corrió inmediatamente hácia la escalera. La pobre señora Guerin, creyendo que su hija estaba muy mala, la siguió con inquietud.

Eugenia quedándose sola no se atrevió á tocar el piano por temor de que no la creyesen indiferente á los padecimientos de su madre. La jóven escuchaba las pisadas del caballo, y las distinguía muy bien para no ignorar que Horacio Landon iba á pasar por delante de la ventana.

De pronto, entra Rosalia y esclama:

—Señorita, ahí está! ahí está!

—Pero Rosalia!... Y la jóven descubrió su turbación por una de estas miradas dulces que significan mucho. La doncella cortó inmediatamente la dificultad corriente hácia la ventana; la abrió con precipitación, cegó un jarro de agua como para ir á regar las macetas y lo vertió en la calle: acercándose entonces Eugenia, ambas vieron al jóven Horacio Landon; su caballo iba al paso y Nickel le seguía.

Rosalía echó sobre este último una mirada significativa con la audacia de una sirvienta de de comedia; pero Eugenia á la vez tímida y coqueta, retrocedió así que su mirada hubo encontrado la de Landon. Nickel hizo una señal de amistad á la astuta doncella, que se sonreía, y Eugenia pudo completar de lejos al joven Horacio que se guardó muy bien de volver la cara.

—Quisiera saber, porqué os habeis permitido abrir esa ventana?

—No he sido yo, señora, respondió Eugenia.

—Yo he sido, exclamó Rosalia; he venido para regar las macetas, y se me ha derramado el agua.

—Yo misma la regaré siempre que sea necesario, entiendes? ¿Por qué cuando he entrado estaba Eugenia en pié, colorada y aturdida?

—Señora, exclamó Rosalia que se apresuraba á responder, la señorita conociendo mi aturdimiento creyó que podría yo echar el jarrro á la calle.

—¿Por qué os meteis á responder por mi hija? repuse la señora d'Arneuse, interrumpiendo á Rosalia, y ¿por qué entráis en la sala cuando no os he llamado? Entiendo que debéis quedar en la antesala y no debéis moveros de allí sine cuando se os llame. Buena va tod'! Salid de aquí y usted señorita, siéntese en el piano!

—Pero mamá ¿y vuestro dolor de cabeza?

—No se trata de mi dolor de cabeza, sino de vuestro piano.

—Vamos, dijo la señora de Guerin, vamos, obedece á tu madre. En cuanto á su modo de tocar; dije dirigiéndose á la señora d'Arneuse, creo que estarás contenta. En seguida volviéndose á Eugenia le dijo: vaya niña no enojas á tu madre.

Eugenia obedeció sin murmurar y sin preguntar la causa de tan repentina variacion; pero mientras tocaba trataba de buscar en su mente lo que hubiese pedido disparar con tanta rapidez el dolor de cabeza de su madre y al mismo tiempo lo que producía tan mal humor.

¿Pedia adivinar la pobre niña que la segunda batería acababa de disparar inútilmente? que habiendo

visto á Mr. Landon mirar hácia la sala, y sobre todo habiendo observado las señas que hizo N'kel, se habia puesto furiosa, creyendo que su hija habia alcanzado la primera ventaja decisiva despues de 20 dias de trinchera ó más bien de ventana abierta?

Esta cólera de amor propio fué terrible; solo la abuela dió gracias á Eugenia, cuando hubo terminado su trozo de musica, pero lo hizo con el arte y buen tacto de un cortesano que evita una desgracia, porque supo ocultar á su hija la sonrisa que dirigió á Eugenia. Habiendo caido el pañuelo á la señora d'Arneuse, su hija se precipitó para cogerlo y se lo presentó sin recibir las gracias que se le conceden á cualquiera; en fin la señora d'Arneuse no habló á Eugenia en el resto del dia, y al siguiente por la mañana, su rostro habia conservado la expresion severa del anterior.

En el almuerzo quise la casualidad que la conversacion recayese sobre Mr. Heracio Landon. La señora de Guerin fué la que habló primero; é inmediatamente la señora d'Arneuse declaró que no queria oír ese nombre; y que prohibia abrir la boca, para hablar de lo que fuese concerniente á este hombre, impolitico hasta el exceso, grosero, sin talento, y á quien no querria ver, añadió, aun cuando solicitára el permiso. No me siento dispuesta á recibir á una persona cuyo tono es tan diverso al nuestro. Debe ser algun hijo de un cualquiera, algun mercader. Su nombre no es el de una persona de rango.

—Pero querida, sus criadas le llaman Mr. de Landon, dijo la señora de Guerin.

—Si, señora exclamó Rosalia con prentitud, es noble.

—Landon ó de Landon, esto no significa nada. ¿Desde algun tiempo á esta parte no se han hecho nobles á centenares? Sin embargo, ese nombre no habrá tenido necesidad de que lo ennoblezcan, porque es el de una de las familias mas antiguas de Francia, á la que Landon no debe pertenecer, cuando nada ha hecho saber, y estas son cosas que se tienen muy buen cuidado de no dejar igneradas. Pero lo que prueba mejor su origen plebeyo, es su aire: dicen que es militar, y es muy estraño que no tenga condecoracion alguna.

—Además, agregó la señora d' Arneuse despues de un momento de silencio, no hay mas que acordarse del modo con que ha llegado á este pueblo! Añla verdad no puedo menos de pensar muy mal de el. Dios sabe lo que le habra hecha venir aquí, porque como es posible que un jóven que tiene 50 mil libras de renta, prefiere vivir en un pueblecillo como este, mas bien que en Paris? Este no es cosa clara.

Además, en su persona todo hace cenocer los defectos de una mala educacion. Menta mal á caballo, nose halla en su aire dignidad alguna; en fin, que no me hablen mas de él; esto me incomeda, me irrita.

En este instante había llegado á su celmo el aborrecimiento que la señora d'Arneuse creia tener hacia el jóven Landon, y ya sabemos cuan exagerada era en sus sentimientos. Así, este jóven que al llegar al

pueblo pareció á la señora d'Arneuse digno de ser recibido en su casa, y que aun fue deseada su visita, llegó á ser al cabo de tres meses el objeto de su antipatía cada uno se pedrá figurar porqué.

III.

Horacio Landon

A pesar del gran disfabor en que había caído el joven Landon para con la señora d' Arneuse, no por eso dejaba de tener cuidado de estar en su puesto á la hora pece mas ó menos, pidió su chal quejándose del frío Eugenia por su parte tuvo la satisfaccion de apercibir que Heracio, deseando sin duda escuchar lo que tocaban en el piano, detuvo el trote de su caballo, le hizo andar todo el trecho que cegia el frente de la casa y volvió á tomar el trote cuando le fué imposible oír la música.

Al menos así lo supuso la pobre niña, pero ahí no sabia que si Mr. Landon parecia que se paraba no era per efecto de su voluntad, sino per la de Nickel su orlado. En efecto, en este momento hubo entre Nickel y Resalia un serio combate, en el cual esta última alcanze una ventaja señalada. Esta jóven era natural de

Langüedec; por consiguiente viva, ligera, animada, su mirada era penetrante, su aire picaresco: se pueda ahora comprender, como al paso que servia á su jóven ama, trabajaba por su propia cuenta, dirigiendo sus tiros al corazón del estimable Nikel.

Nunca habia estado Chambly tan sosegado, ni bajo ningun regimen habia habido tanta escasez de intrigas y chismes, como cuando Landon llegó á este pueblo; así es que estos sucesos atraian una gran atención, y el público observaba lo que pasaba en la casa de la señorita d'Arneuse y en la de Horacio, con una gran curiosidad, y generalmente se hacian votos, para que la señorita Eugenia se casara con Mr. Landon.

Es preciso convenir que no dejaban de ser fundados los discursos que el aborrecimiento sugeria á la Señora d'Arneuse, y la conducta de Hernio á su llegada al pueblo se prestaba mucho á la murmuracion.

En un estremo del pueblo, se levantaba una hermosa casa, separada de todas las demás. Estaba vacía y el dueño no habia pedido alquilarla, porque exigia de parte del inquilino, una fortuna considerable; así, desde hacia algun tiempo, habia determinado poner en la puerta cochera, un cartel en el cual se leia á un lado, «véndese,» y al otro, «alquilase». Este cartel colgado, giraba como una veleta á impulsos del viento; ahora bien, el 15 de Enero de 1814, el viento soplaba de tal modo, que el cartel solo presentaba á los que pasaban, la cara, en la cual se veia «alquilase».

Aquel día, un jóven montado en un fogoso caballo, corria á toda brida atravesando el pueblo de Chambly. Un criado le seguia.

El aire aturdido del amo, sus ojos descajados y su cabello en desorden, hicieron creer á los que le vieron pasar, que era ó algun preso notable, ó algun criminal que se escapaba.

Este hombre parecia no parar la atencion en ninguna de las cosas exteriores, y lo que lo probó fue, que su caballo dobló las piernas de delante, é hizo caer al jinete; levantáronle del suelo; su criado le preguntó si sufría, y delante de un círculo que se habia formado en derredor suyo, respondió:

—¿Qué es esto? ¿Qué queréis?

—Ah! mucho me lo temo!... dijo Nikel á los que le participaban sus sospechas, mientras que conducian á su amo á la casa, en la que se dispuso inmediatamente una cama.

Cuando el joven Heracio volvió en si, despues de un largo desmayo, quedó sumergido durante un buen rato en un abatimiento profundo. En seguida recorriendo con una mirada despavorida todos los objetos que le rodeaban, exclamó:

—Juan! Juan!

En este instante conoció á su criado, y recobrando toda su presencia de espíritu, preguntó á Nikel:

—¿Dónde estamos?

Este se lo recordó.

—Pues ya que la casualidad, repuse Heracio, me indica el retiro donde debo fijarme, ya que mi caballo se ha parado en este sitio, vivirá aquí oscuro y quizás encuentre el descanso á falta de felicidad.

Se puso entonces á dar paseos por su cuarto y hablando visto el cartel que giraba delante de la venta-

na, se saltó de los brazos de Nikel, que en vano quiso sujetarlo, y se fue á la calle: se puso á examinar la casa con gran admiracion de los habitantes de Chambly que se habian figurado que por lo menos se habia roto una pierna. Mr. Landon alquiló inmediatamente la casa, y no tardó en establecerse en ella. Tal fue la llegada de Mr. Heracio al pueblo de Chambly. No podia menos de dar lugar á largas conversaciones: así es que se habló de este suceso singular, hasta que Nikel hubo dado poco á poco noticias que satisficieron la curiosidad pública.

Mr. Landon tenia unes veinte y siete años de edad; habia perdido á sus padres en la época de la revolucion, y su fortuna que era entónces muy considerable se resintió de esta pérdida cruel: no obstante, su tutor, hombre de una probidad severa, tuvo la habilidad de salvar una gran parte de los bienes de su pupilo. Este tutor era un hombre bastante superior y capaz de dirigir bien la educacion de Landon. Sus cuidados casi paternales, fueron coronados de un buen éxito: el discípulo llegó á ser digno del maestro; Mr. Heracio hacia ya algun tiempo que se habia emancipado de su tutor y que se dirigia por sí propio: habia servido durante siete años en los cazaderos de guardia y habia obtenido su licencia.

Despues de esta noticia, que para calmar la ansiedad pública habia esparcido Nikel poco á poco, se contentaron con observar lo que pasaba en casa de Landon. Amueblaron muy bien esta casa, Las cuadras abandonadas hacia muchos años, volvieron á ver hermesos caballos, y no tardaron mucho en llegar los

criados del jóven forastero. Los curiosos esperaban sacar gran partido de la servidumbre; pero el silencio profundo que esta gente guardaba, admiró á todos, y aun se sorprendieron mas al saber que Mr. Landon era quien le habia mandado. Esperaron entences con impaciencia los primeros pasos del jóven para poderle juzgar; pero pagó un mes sin salir á la calle; la curiosidad se aumento y llegó á su colmo cuando se supo, porque todo se sabe, que no se movia del sitio donde estaba la chimenea, ocupado en leer la mayor parte del tiempo. Nickel encargado del cuidado de la casa, se podia decir que era en algun modo el amo de ella. Landon era escrupuloso solo en una cosa; exigia un silencio absoluto y se exaltaba su cólera, cosa muy rara en él, cuando oia un ruido no acostumbrado. Siendo su habitacion favorita un cuarto interior que daba á un jardin, no salia de allí sino para dar un paseo por el parque.

Asi durante cierto tiempo reino en el pueblo de Chambly una inquietud general por saber algo de este nuevo habitante.

Al cabo de un mes, pasado en el silencio y en la melancolia, una mañana Nickel habiendo arreglado el cuarto de Mr. Landon, se le ocurrió hablar á su amo.

Le contempló primero durante algun tiempo. Horacio miraba maquinalmente el pueblo; tenia la cabeza apoyada en la palma de la mano derecha, cuyo codo descansaba sobre un sillón, su mano izquierda anunciaba por su inmovilidad una gran meditacion. Este cuadro que Nickel estaba tan acostumbrado á ver le pareció aquel día mas sombrío que nunca, y el fiel

mayordomo se aventuró á colocarse en medio del cuarto á unes diez pasos delante de su amo.

Allí poniendo su codo sobre un mueble que le servia de apoyo, se sentó sobre el pié izquierdo cruzando el derecho; habiéndose mirado en el espejo le pareció tener un aire filosófico y argumentador, y no dudando del éxito, principió en estos términos:

—No veis, señor, que sepultado tanto tiempo en ese sillón, destruis vuestra salud y perdeis vuestro juventud?

A estas palabras Mr. Landon se volvió hacia Nikel y lo examinó sin responder una palabra.

Nikel se creía con mas talento y mas destreza de lo que era preciso para conducir á su amo, y la causa de esta buena opinion que de sí propio habla formado, provenia del carácter de Heracio que tenia cierto abandono hácia las permeneres insípides de la vida, abandono que ya degeneraba en disgusto completo «por las cosas,» siendo bastante apasionado per los gozes intelectuales, para gustarles las realidades que su fortuna le permitia despreciar, si se trataba de «sentimientos ó de personas.» encontraba entonces una energia enteramente virgen, y todo el entusiasmo de la juventud. Ahora comprenderá cualquiera la especie de imperio que podia haber adquirido sobre su amo, el mayordomo Nikel. Este queria sinceramente á Landon, le cuidaba con afecto y complacencia. El jóven Heracio tenia tantas pruebas del interés que por el se tomaba Nikel, que no podia menos de concederle cierta libertad; este se permitia echar algun sermón á su amo, aunque es verdad que lo hacia con

respeto. Landon le escuchaba, pero no hacía caso de lo que Eikel le decía.

Entonces Níkel aprovechándose de la especie de abandono de su amo hacia las cosas de la casa, no pedía en ciertos casos la opinión de Mr. Landon sino como Richelieu iba á pedir la de Luis XIII. Pero no abusaba de su autoridad, únicamente reinaba con dulzura entre todos los criados de la casa, pero cuando le proponían alguna cosa respondía identificándose con Mr. Horacio: «veremos, tenemos el proyecto de... somos de opinión,» y siempre hablando en plural. Mariana creía que Níkel era aposentado en la casa de Landón y por consiguiente le suponía tan celoso de su autoridad como de sus intereses; pero no era así: Níkel quería sinceramente á su amo y sabía que este le estimaba: y contento con su papel léjas de oponerse á cualquier proyecto que pudiera disipar las penas de Horacio hubiera sido el primero en proponerlo: En fin, Níkel es; a termado de una masa pura, pero no carecía de defectos; hijo de Adán, pagaba su cuota al gran tributo de imperfecciones que debemos al espíritu maligno, y esta contribucion personal no le impedía ser un hombre valiente, honrado, aunque algunas veces curioso y charlatán Níkel al ver que su amo le escuchaba algunas veces y que siempre era dulce su mirada, hablaba sin temer nada, como conocía también que en los casos apurados es preciso echar mano de los grandes remedios, procedió al principio produciendo en su amo la admiración.

—No sabéis, dijo continuando, que Séneca es condena enteramente cuando dice que «los hombres de

Aquel sufren las infortunios sin cambiar de carácter.»

—¿Y donde has visto eso? preguntó Landon admirado.

—Bravo! dije Eikel entre sí; donde lo he visto, señor, ha sido en el capítulo V del tratado de las pasiones, donde este gran general ha derrotado todos los argumentos que los griegos, según parece, dirigieron contra él, aunque yo no comprenda como es posible que este Séneca...

—Pero, Níkel ¿has leído tú á Séneca?... dijo Monsieur Landon, cambiando de posición, porque se tuvo que volver para mirarlo bien.

—Sí señor, lo he leído, volviendo á ponerlo en vuestra biblioteca, en el mismo sitio en que lo teniais.

—Apuesto algo á que no has leído más que ese pasage.... y te habrás alegrado mucho en podérmelo citar.

—Cielos! exclamó Níkel, cambiando de posición y acercándose á Landon, es engañais, mi general, porque he continuado y he quedado mas contento todavía de mí, que el autor al leer su pieza sobre el casamiento de Figaro. Ah! qué hombre!

Mr. Landon se echo á reir, y Níkel aturdido volvió á tomar su primera posición y hablando en centrado su punto de apoyo respondió.

—Si señor, está en el tomo siguiente, está forrado como el otro de tafílete encarnado.

Esta explicación hizo reir más á Landon, quien comprendió entoces la equivocación de Níkel: el apesentador habia creído que los volúmenes de la

misma forma y forrados del mismo modo que pertenecian à una misma obra.

—Ya me hago cargo que S. S. se rie porque no se el latin; pero en fin, señor, lo que es cierto es que debiais salir de vuestro letargo, correr, montar à caballo, distraeros; ya no empleais à vuestro pobre Nickel; un aposentador reduce à no tener mas que arreglar el cuarto. ¡Cuando se ha visto cosa semejante!...

Todos tenemos sobre el corazon el pan que comemos; ignoro la causa de vuestras penas y aun no debá saberlas, al menos que me me las diga S. S; porque Dios es testigo de que no daré nunca un paso para descubrirlas. Yo no soy de aquellas personas que quieren ser unos confidentes de sus amos: nuestro deber es servirlos y cuidar de sus intereses; por eso digo à S. S. que no debiera absorberse en su melancolia aunque yo no conozca las causas, estoy cierto de que S. S. convendra conmigo en que no tiene razon con respecto à esto y que Séneca la tenia.

—Séneca está colocado alli en lugar de Nickel, dije Landon sonriéndose.

—Y aun cuando fuese Nickel, ¿solamente porque vuestro cazador os enseña el buen camino habeis de seguir el malo?

—No, no, Nickel, contestó Landon, sabes muy bien que sigo gustoso tus consejos, que son buenos algunas veces.

—S. S. quiere reirse, respondió el mayordomo con una falsa modestia en la que triunfaba el amor propio. En seguida continuó.

—Pues que S. S. oculta con resignacion las causas

de sus penas, no es posible darle consuelo; pero en todo caso, continue creyendo que si E. S. montase su caballo, si fuese á galope tendido hacia Casan como hemos atacado á Eslaw se distraería, concluiría por irse alegrando un poco.

—Tienes razon, Nikel, es una cobardía dejarse abatir por el dolor.

—Así, señor, interrumpió Nikel, «voy á hacer ensillar el caballo,» á traer vuestro almuerzo, y partiremos para Casan.

Horacio se volvió á quedar como pestrado en su gallo; tenia la vista fija en el; no respondió nada.

—Está hechizado, esclamo Nikel al marcharse.

Desde aquella mañana Landen cambió de método de vida. Semejante á esas personas que satisfechas de haber encontrado la idea de un hombre superior creen que lo dirigen, Nikel miró este cambio como obra suya. Entonces tuvo lugar de quedar satisfecha la curiosidad de los habitantes de Chambly: vieron á Horacio dando por el campo algunos paseos á caballo, y al momento cada cual quiso explicar lo que habia de extraño en sus maneras; de aquí mil comentarios diferentes fundados todos en las huellas de alguna pena violenta que aparecia en sus facciones.

En efecto, el alma de Horacio se hallaba alterada por un sacudimiento demasiado fuerte para volver de repente á su vida primera. Los resortes de la vida habian ya perdido esa elasticidad que forma el encanto de la juventud. En su rostro estaba pintado el sufrimiento; á primera vista parecia marchito como lo es

taba su alma, pero examinando à Horacio se llegaba à descubrir que únicamente se habia lastimado en su caída, y que el alma aun podia florecer. *esl no?*

Brillaba en él una inagotable bondad que no excluía la gravedad: era franco, tenia ingenio y talento; libre en sus maneras y en sus expresiones, debia desagradar à algunos por su facilidad en amoldarse al carácter de los demás, y especialmente en ebodecer todas las impresiones de una imaginacion móvil: aunque hablara con pureza y algunas veces con elocuencia, se entregaba sin embargo à ciertos arranques que no estaban de acuerdo con su modo de expresarse comunmente, pero que estaban muy en armonia con el conjunto del hombre; sabia sin embargo sacrificarse à las leyes de la política y à veces tenia una dignidad imponente. Su rostro sin ser hermoso era tan expresivo que traducia los meneros movimientos de su alma. Era bajo de cuerpo, pero muy bien formado; el celer de su tez, sus gestos, todos indicaba en él, el efecto de los temperamentos nerviosos, esa exactitud en el pensamiento, ese calor en los sentimientos que no dejan tiempo para consultar con la fria razon, asi, segun la inspiracion del momento. Horacio tan pronto se entregaba à una alegria excesiva como à un profundo dolor; pero esta desigualdad de carácter solo influa en la superficie, porque siempre se hallaba en él la bondad, el entusiasmo y esa noble confianza de la juventud; de donde resultaba que Horacio no teniendo nada oculto para nadie, depositaba su confianza en el primero que se le presentaba con una facilidad que muchas veces le perjudicaba; así era una cosa inexplicable para Ni-

kel que Heracio no hubiese dicho á nadie la causa de su retiro y de sus penas.

Con las apariencias de ligero, Landon era capaz de ser constante. Su pena no cedió á su nueva conducta. Acabó por contraer maquinalmente la costumbre de montar á caballo todos los días antes de comer, y los habitantes de Chambly se acostumbraron á verle pasar todos los días y no se ocupaban ya de él. Heracio iba á pasar por las cercanías del pueblo; podía embremar, reirse, hacer bien; pero todas sus acciones llevaban un carácter de abandono y de dejadez que probaba que su alma no tomaba mucha parte en lo que hacía; al través del pensamiento del momento, aparecía otro pensamiento siempre vivo, que hacía perder el calor á todo lo que no se refiera á él.

Así es que los hombres menos observadores, apercibían en su aire, en su rostro, en su talante, las huellas del dolor. Involuntariamente se compadecían de él, y las personas á quienes socorria y consolaba en la aflicción, siempre le decían:

—Ahí señor, permita el cielo que seáis mas feliz.

En la desgracia hay un instinto que hace adivinar esta misma desgracia.

Cuando un hombre rico es desgraciado, sus penas nacen de los afectos del alma: su desesperación tiene entonces formas mas acerbas que las del infortunio, que sólo envidia los bienes materiales.

Este noble dolor del alma, penetra no obstante en todos los actos de la existencia, porque se hallan en todos los momentos. Los demás dolores tienen instantes de ilusión y de recaída. Aquel es igual y siempre

digne; Horacio Landon le dejaba ver con una franqueza que no le hacia perder nada de su dignidad y que por el contrario aumentaba el interés que inspiraba su persona.

Pasaren así tres meses, y el jóven vió llegar con indiferencia la estacion hermosa y florida.

Por esta época, en medio de Abril, fué cuando las intrigas de Rosalia y Mariana tomaron un carácter mas grave y cuando la señora d'Arneuse contrajo la costumbre de ponerse muy compuesta antes de comer, lo cual hacia encerrada en su cuarto desde las cuatro hasta las cinco; entonces principió tambien á ser mas deseada la visita de Landon, y su obstinacion en no hacerla se miró como una declaracion de guerra.

Seria difícil esplicar las intenciones de la señora d'Arneuse. ¿Quería ensayar el poder de sus encantos, ó desear únicamente romper la monotonía de su vida por medio de la sociedad del jóven forastero?

Como quiera, la señora de Guerin no tenia otro motivo que esto último, porque el casamiento de Eugenia solo entraba en su cabeza como un suceso [posible, pero demasiado dichoso para que pudiese acontecer en una familia á quien perseguía la desgracia. Al saber Eugenia la llegada de Landon pensó como todas las muchachas; decia entre sí riéndose. «Será mi esposo.» Un m'nuto despues ya no pensaba en eso. Cuando Horacio pasó la primera vez por la casa. Eugenia le examinó con la curiosidad propia de la juventud; no le parecia mal. Habló muchas veces de elle en broma con su abuela que acababa siempre per

reirse. En fin, principiaba ya á no permitir ninguna broma y tocaba todos los días el piano á las cuatro en punto. Heracle Landen estaba muy distante de creer que era el objeto de la curiosidad; igneraba que en una casa de aquel pueblo su nombre daba lugar á escenas de familia, á disgustos interiores. Nickel por su parte, sentia una gran inclinacion hácia Rosalia: pero todos estos sentimientos quedaban encerrados en el secreto de las consecuencias.

Nal era en el mes de Abril de 1814 la posición respectiva de los dos partidos beligerantes. El pueblo esperaba algunos acontecimientos para mas adelante, pero al presente no le ofrecian nada que pudieran autorizar las conjeturas mas insignificantes en cuanto al porvenir.

La escena que se ha referido en el capítulo primero de esta historia, pasó el día 16 de Abril por la mañana; fué pues el día siguiente 17 cuando Rosalia consiguió aquella ventaja tan importante y señalada contra el apesentador. Esta victoria, cuyos secretos solo poseia la doncella, le dió motivo para esperar que sería el preludio de acontecimientos de mayor trascendencia, lisengándose de llegar á transformar el salon de la marquesa d'Arneuse en un teatro de guerra.

En efecto, el pobre Nickel habia acogido demasiado bien la mirada maligna que contra él lanzó la doncella. No faltará quien se admire de que un apesentador y una criada languedociana empezasen sus amores con tanta delicadeza; pero no fué menos cierto por eso que en el momento en que Rosalia vió venir á Nickel, y en que Nickel contempló á Rosalia, detuvo el caza-

der masquinalmente su caballo y sin seguir á su amo se quedó parado con mucha sencillez delante de la puerta de la señora d' Arneuse. El caballo apenas dejó des minutos á su amo, pero fué lo bastante para la langüedoriana; en cuanto al cazador estaba vencido y hubiera querido quedarse allí un año, toda su vida... Se incorporó, pues, con disgusto á su amo, por primera vez.

La comida

A la vuelta del paseo se sentó Landen á la mesa. Nikel con la servilleta debajo del brazo, con un plato en la mano y en los dedos de su arco, esperó la orden de sentarse, orden que volvió á darle Haracio cuando el paseo era demasiado largo; pero las ideas de Nikel estaban algo trastornadas. Bonilla trataba por como plato.

Haracio hablando pedía pan. Nikel le presentaba una cuchara; luego enseguida un pedazo de pan á su amo, cuando este cogía un vaso para que le echaran vino; muchas veces volvió á poner en la mesa los mismos platos de que ya se había servido en casa. El apañador solo veía los ojos de Bonilla y aquel de la nariz que tenía en su mano, y sobre todo cierta peculiaridad de la guarnición de muselina que adornaba el vestido y gracioso. El peinado es de seguro el último

VI.

La comida

A la vuelta del paseo se sentó Landon á la mesa; Nikel con la servilleta debajo del braza, con un plato en la mane y en pié detras de su amo, esperó la orden de sentarse, órden que solia darle Heracio cuando el paseo era demasiado largo; pero las ideas de Nikel estaban algo trastornadas. Rosalia triunfaba per completo.

Heracio habiendo pedido pan, Nikel le presentó una cuchara; trajo en seguida un pedazo de pan á su amo, cuando este cogia un vaso para que le echase vino; muchas veces volvio á poner en la mesa los mismos platos de que ya se habia servido su amo. El aposentador solo veia los ojos de Rosalia y aquel delantal que tenia en su mane, y sobre tede cierta pspalina guarnecida de musolina que adernaba su rostro fresco y gracioso. El peinado es de seguro el adorne

de que mas se cuidan las mugeres: tambien es el mas indiscreto; revela comunmente los proyectos de seducccion disimulados con la mayor habilidad. Las mugeres que se peinan à sí proprias llevan siempre consigo un indicio seguro de su carácter.

—¿Qué tenéis hoy? dijo Heracio à Nikel.

—¿La habéis visto? señor.

—¿De quién quieres hablar? No he visto hoy à nadie; probablemente se tratará de una mujer.

—Ah! señor, si ves la hubiérais observado en otra época.

—Nikel, sabes bien que en general no me gustan las mugeres.

—A su señoría quizás le gusten en particular.

Heracio miró à Nikel con admiracion y le dijo seriéndose:

—Ah! pobre cazador, ya te tenemos enamorado.

—Ah! señor, me siento como nunca me he sentido. En otra época, cuando me agradaba una muchacha, me acercaba à ella y hacia muy pronto la conquista, y à los cuatro días ya no me acordaba de la plaza conquistada; pero ahora es otra cosa. Salvo vuestro respeto y vuestre parecer; creo que hay muchas clases de amores.

—Si, Nikel, respondió Heracio con gravedad, ya le cree tambien.

—Hay unos amores en que uno es tímido como un conscripto y à los que uno obedece como un prisionero.

—Este acontece cuando se siente mas amor del que se inspira, repuso Heracio.

—S. S. tiene mucha razon; pero en ese caso deberá seguir un camino particular, por ejemplo: atacar de improviso al enemigo para tomar la plaza por asalto, y...

—El verdadero amor, dijo Heracio con una gravedad cómica, es siempre respetuoso.

—Respetuese! repuso Nikel, ¿pero entonces se trataria de casamiento?

—Nikel, no te fies nunca de ninguna muger... créeme.

—Salvo vuestro respeto en general, la muger mas mala tiene siempre algo que es superior á nosotros.

El chiste inocente del aposentador no hubo de distraer al amo, porque dejando de responder á Nikel, quedó sumergido en una sombría meditacion. El buen cazador, incomodandose consigo propio per haber disgustado á su amo, no se atrevia á turbar esta especie de éstasis en que Landon se hallaba; sin embargo, al cabo de media hora de silencio, se atrevió á pedir permiso para salir. Heracio consintió haciendo una señal con la cabeza.

Nikel se armó en guerra poniendose su vestido de cazador, y con todo lo mas seductor que su cofre podia suministrarle, salió de su casa tarareando una cancion y haciendo girar su baston como para darse valer; pero grande era su timidez á juzgar por la fuerza de la retacion.

El cazador anduvo con un pase decidido mientras que estuvo á cierta distancia de la señora d' Arneuse;

pero cuando apercibió la fachada, su corazón latió con violencia, anduvo mas despacio, su baston dejó de girar, le cegó por el cordon, y se puso á Alexofar; esta fué su falta.

—¿En que consiste que Rosalia me haya parecido hoy mejor que nunca y causado tanta impresion, cuando hace dos meses que la estoy viendo casi todos los dias? porqué, en fin, la Rosalia de esta mañana no es la de ayer?

El cazador se habia quedado parado, cosa inaudita: experimentaba un sentimiento que no era otra cosa que miedo. En efecto, sabia él si Rosalia le recibiría bien ó mal? ¿Si le parecería amable? Entonces estirando sus pantalones de modo que no tuviese ninguna arraga, habiendo cepillado las mangas de su casaca y estirandese la tirilla dió algunos pasos; pero de repente retrocedió como si le hubiese aterrado el fuego de un reducto desconocido, se ocultó detras de una esquina y permaneció en esta posicion, incierto, ruborizado, pensando bien el paso que iba á dar, y las palabras que iba á pronunciar.

La causa de esta retirada repentina era la misma Rosalia, que aposentada hacia mucho tiempo en el granero habia notado desde léjos el paso incierto y la compestura del cazador. Entonces bajando con presteza, habia venido á ponerse en la emboscada, en el umbral de la puerta cochera: allí tranquila en la apariencia, fingiendo no ver á Nikel, echando de vez en cuando una ojeada furtiva, estaba pronta á volver á otro lado la cabeza cuando Nikel estuviese junto á ella.

Al retroceder así el aposentador dejó ver su fuego,

permitió á Rosalia apreciar el sentimiento que inspiraba; la doncella conoció que era amada, y bajando de su granero, cambió de papel.

Humilde y sumisa, iba al umbral de la puerta á entregar su ceraxen al mayordemo; pero al llegar junto á el habia convertido á Nickel en vasallo suyo, y habia decidido disfrazer su amor y estar alerta, y fin de que no se le escapase ninguno de sus movimientos, para poder dominar de este modo al pobre aposentador.

V.

Nikel

Toda esta historia descansa en la torpe maniobra del cazador, porque los mayores efectos no dependen muchas veces, sino de causas muy pequeñas; un gusano microscópico puso á la Holanda á dos dedos de la muerte royendo los diques que la defendían de la invasión del mar, ¿como hubiera pedido el pobre Nikel, ignorando el porvenir, conocer la influencia fatal de un paso mas ó menos acelerado? Si se hubiese ido en derechura á Rosalia, ¿que hubiera sucedido? Que la Iannüedoriana se hubiese dado por muy satisfecha al ver que merecía las atenciones del cazador... y en esta hipótesis los amores de Nikel hubieran tomado otra direccion; es probable que no le hubieran conducido á firmar una capitulación.

Rosalía tenia por consiguiente la ventaja sobre Nikel; cuando se hizo cargo de que el cazador había sa-

lido de su escondrijo, volvió la cabeza hácia él con una soltura que rayaba en descaro: una muger es siempre ó del todo obediente ó completamente impudica...

Nikel recuperando su Valor compuso con los dedos su cabello que se le caía hácia la frente, abandono su posición y siguió calle arriba sin mirar á Rosalia. A la verdad, si de algun modo podia restablecer el equilibrio y destruir el mal efecto del paso retrógrado, era tan solo siguiendo sin reparar en Rosalia, y casi manifestando hácia ella una especie de desden.

Un buen génio parecia gritar á Nikel:—¡«Animo, continúa así y salvarás á tu amo!» Pero cuando el mayordomo llegó, al sitio donde estaba la doncella, cuando oyó el ruido que hacia con las llaves, sintió agitarse su cerazen, volvió la cabeza, siguió adelante, pero se detuvo cuando llegó á dos pasos de la jóven.

En este momento se principiaba en la sala una partida de dominó. La señora de Guerin jugaba con su hija. De pronto se levanta la señora d'Arneuse para pedir luz; oyó la campanilla pero determinó no moverse de su sitio. Si Nikel hubiera sido filósofo y observador como pretendia serlo, este suceso hubiera podido darle una ventaja.

Pero no fué así; el mayordomo con los ojos bajos no se atrevia á mudar de posición. porque por fortuna ó por desgracia estaba calzada con una coqueta-ria refinada, y Nikel admiraba dos pies sumamente pequeños, cosa raro en una sirviente y que tantas veces habia oido elogiar á su amo. Mientras que pensaba lo que iba á decir, la doncella ocultando con trabajo su

alegría, cruzó los brazos de modo que la mano derecha acariciaba la parte superior del brazo izquierdo, su aire todo parecía decir á Nike':

—Si ejerceris algun imperio sobre Mr. Landon, se casará con la señorita Eugenia... En cuanto á ti, será mi rendido amante.

El apesentador comprendió que un silencio de treinta segundos cuando se está al lado de una muger, prueba falta de mundo y de educación, sobre todo cuando se admiran los pies siendo estos pequeños; alzando entonces su cabeza se puso á contemplar el rostro descarado Rosalia. Esta vista le hizo estremecer.

Debemos tener presente que Nickel tenia la pretension de querer hablar siempre de un modo distinguido; ahora bien, hé aqui como principió la conversacion.

—¿Es verdad señorita, que hace una tarde muy hermosa?

Al pronunciar esta frase trivial, Nickel miraba con un aire sentimental á la maligna doncella, quien sosteniendo este ataque con una mirada graciosa y expresiva, respondió que por eso habia venido al portal á respirar el aire fresco de la tarde.

La conversacion no quedó aqui como podemos figurarnos, y el cazador no tardó mucho en tablar el capítulo de los cumplimientos. Rosalia aceptó este homenaje con el aire de una muchacha que está acostumbrada á los elogios.

—Habeis sido militar, Mr. Nickel, dijo Rosalia; cuantas veces os habrá sucedido predigar estos cumplimientos sin pensar quizá en ellos? y sin embargo, las

pobres muchachas se dejan engañar por esas frases de galantería.

A Nikel le pareció en este momento Rosalía diez veces mas linda. Esta, como avanzaba en buen orden de batalla apoderándose de todos los puntos y estableciéndose en todas las alturas.

—Señorita, yo bien sé que estas cosas, respondió el mayordomo, no significarán nada cuando no se piensa en ellas, y que por el contrario tienen un significado cuando se siente lo que se dice: pero vuestro espejo es habrá dicho antes que yo, que son sinceros todos los que se dirigen tales cumplimientos, so pena de estar ciegos. Al pronunciar estas últimas palabras procuró coger la mano á Rosalía, pero esta le retiró mirándole con bastante dulzura para indemnizarle de la severidad de la acción.

—Es casi de noche, dijo Rosalía: si quereis entrar á descansar estaremos mejor... La doncella se retiró del portal echando á Nikel una mirada que quería decir: «Quien me ama que me siga.» El aposentador se fué con prontitud al patio, y la doncella se presentó en la cocina llevando tras sí á Nikel trémulo y cautivo.

—Rosalía, dijo la señorita Eugenia, hace una hora que te están llamando para que lloves una luz, y ten cuidado, porque mamá está enfadada,.. y la jóven desapareció...

—Qué buena es la señorita, exclamó Rosalía mirando á Nikel.

En seguida salió para llevar una luz á la sala.

Nikel quedó admirado de la belleza de Eugenia y

durante la ausencia de Rosalia estuvo mirando por todos lados para considerar en qué negocio se había metido. Sus ojos se dirigían hacia todos los enseres de la cocina: y el número de ellos, el modo con que estaban colocados, su limpieza y brillo, le hacían formar una idea muy elevada de la casa de la señora d'Arneuse.

Bien fuera astucia ó realidad, Rosalia volvió en un estado que produjo la derrota completa de Nikel. Lloraba enjugando sus lindos ojos con un pico de su delantal.

—¿Qué os ha sucedido, señorita? pregunto el honrado apesentador, cuya alma tierna se conmovió en presencia de esta escena inesperada.

—Ah! me acaban de regañar por causa vuestras; mientras yo estaba en el portal prestado oídos á vuestras bromas, la señora me ha llamado varias veces y no la he oído.

—Y os han regañado por mí... Ah! señorita...

Y Nikel acercando su silla á la de Rosalia, cogió la mano de la linda llorona y esta vez la apretó entre las suyas.

—Si yo fuese la única que sufriera el mal humos de la señora no sería lo peor; pues la señorita, ah! pobre niña!... Qué desgracia también que no haya en este pueblo un buen partido para ella!... Qué feliz haría al marido que la sacase de esta endiablada prisión!

—Estoy persuadido, dijo Nikel, de que os parecéis á vuestra señorita.

—No, Nikel, respondió Rosalia moviendo la cabeza de un modo muy significativo; yo no soy mas que

una pobre niña, no tengo bienes; la señorita es la que tengo Nickel, es una alma buena, pero es eso lo que se admira en estos tiempos.

Esta vez el aposentador no podía parar la estrofa iba bien dirigida, no había disimulo, iba derecho al corazón, así no respondió sino dando vueltas alrededor de su baston y mirando alternativamente á ella y al baston, ó si se quiere al baston y á Rosalinde modo que nunca se ha sabido á punto fijo cual de los dos escitaba mas su atencion.

—Esta muchacha, decia él entre si al volver de su amo, esta muchacha es un tesoro, una joya! Esta laguna es indispensable, cualquier pequeño no tendria la energia suficiente para expresar los sentimientos del mayordomo. Por lo demás, ¿qué perjuicio me podria resultar cesándome como muchacha? ¡Ella vale mas que diez quaridas! Para me acuerdo que me ha dado una buena idea, amo debería hacer su partida en casa de la madre de Arneuse ¿estaria distraido? y además ¿no tendria que acompañarle? Si juega en la sala, nosotros estaremos en el comedor y estaré junto á mi hermana. La veré: todas las noches... y si no hacemos ¿qué podria suceder que se casara y entonces?... que no es graciosa y aseada como un caballo lancero polaco? (1)

Este monólogo de Nickel demuestra que la

(1) Nota del autor.—No estrañarán nuestros lectores la comparacion si se tiene presente que Nickel habia estado casi toda su vida cuidando caballos.

Encella había adelantado en los asuntos de su ama, ni como en los suyos; tenía demasiada penetración para no figurarse cuales podrían ser los pensamientos de Nike; así dió prisa á informar á Eugenia del sucesos de sus intrigas. Sin manifestar nada, la señorita Arneuse se alegró de lo ocurrido con Nike, y concebíó algunas esperanzas; esperanzas que derramaron algun consuelo en la desdichada vida que llevaba.

—Vaya, señorita, me parece que vá usted á llegar á ser la señora de Landen, decía Rosalia al desnudar á Eugenia; porque Mr. Landen vendrá aquí, y es imposible que la vea á usted sin quedar enamorado.

—Rosalia, tú estas loca, respondió con una sonrisa casi burlesca; guárdate bien de dejarsuponer á nadie porque yo autorizo esas bromas.



VI.

Incidentes

Desde el momento en que Eugenia ceso de embromar con su abuela con respecto á Horacio... las puerilidades cesaron para dejar lugar á otro juego del entendimiento.

A la edad de Eugenia, todas las jóvenes tienen mucha inclinacion hácia las ideas romancescas; y como Landon era el primer hombre que se ofreció á sus miradas y que no tenia nada que le pudiese chocar, su aire, sus maneras, su melancolia, todo sirvió para favorecer la inclinacion, formando de este personaje en su imaginacion el héroe de un pequeño romance.

Lo escribia todas las noches modificándole como para divertirse; pero Dios sabe si ella se daría en este romance un papel de alguna importancia.

Al hacer así castillos en el aire, Eugenia se acostumbraba á pensar en Mr. de Landon y al confesarse

que no le era indiferente, creyendo cada vez mas que podria ser dichosa con él, estaba muy distante de conocer su propio corazon; un sentimiento puro crecia en ella sin saberlo, y el amor no estaba muy léjos cuando dijo con un acente infantil. «Rosalia, tú estás loca!» Por la noche, soñó que se casaba con Mr. Landon.

Al dia siguiente en el almuerzo, Nickel decidido á hacer que tuviese parte su amo en el suceso de sus amores; y á fin de conseguir que se presentase en casa de la señora d'Arneuse, se sirvió de todos los medios que su ingenio y destreza le sugirieron. Si no entró de lleno en la cuestion como podemos figurarnos, al menos no pronunció una palabra que no estuviese encaminada indirectamente á su objeto.

Principió por decir que los intereses y la reputacion de su amo eran todo lo que habia para él de mas importante.

Al oír este principio, Landon, mirando al mayordomo con atencion, se figuró que se trataba de una cosa seria; Nickel continuando entonces con calor, se le tuvo como tesis general que no podia permitir que se pusiese en duda la urbanidad y la certesia de los Landon, y como tesis particular, que esta reputacion esquisita estaba en peligro si el amo no iba á hacer visitas á todas las casas principales del pueblo, donde Mr. [Horacio queria establecerse para siempre, y especialmente á la casa de la señora d' Arneuse. En fin, concluyó de este modo.

—Si, señor, lo digo y le repito, no veo cual pueda

ser la causa de no ir á esa casa; siempre os divertiréis en ella mas que en la vuestra.

—Es cierto, Nikel.

—¿Y entonces por que no queréis ir á ella?

—No sé; pero tengo una repugnancia invencible á salir de mi soledad.

—Si yo conociera vuestras penas podria quizá probaros que valia mas divertirnos y ver una linda muchacha nue no...

—Dudo que puedas persuadirme de ello, interrumpió Mr. Landon con un tono de autoridad.

—Ah! señor repuso el diestro Nikel, haceis ver con esto que la temeis.

—No hay ninguna muger en el mundo á quien yo tema.

—En este caso, ¿habreis estado sin duda enamorado?

Al hacer esta interrogacion, el cazador miraba á Horacio; este no levantó los ojos y entonces continuó Nikel:

—S. S. S. está enamorado, debe conocer los tormentos y las inquietudes infernales de esa pasion...

A estas palabras, Mr. Landon miró á Nikel con un aire que queria decir:—¿Quieres incomodarme?

El aposentador comprendió perfectamente lo que esta mirada decia; recordaba que su amo habia estado enamorado su ansia por saber todos los pormenores de una aventura de la que solo conocia la horeina, le hacia apoyarse en esta parte, á pasar del silencio obstinado de Landon, y de la incomodidad que le causaba. Sin embargo, la mayor parte del tiempo sentia reuer-

dijerentes al ver que atormentaba á su amo; en este combate entre su curiosidad y su bondad, esta última pudo más; en este instante, no se atrevió ya á tocar esta cuerda y presiguió en estos términos:

—Lo que yo he hecho observar á S. S. era para dar á tender que se deseaba que se fuese á casa de la señora d'Arzeuse á fin de hacer un paqueño servicio al pobre soldado que os ha salvado la vida en Eguseau, y ciertamente no recuerdo el efecto de mi deber para decirlo porque sois el amo, señor; no quisiera por nada de este mundo causaros la menor incomodidad... S. S. irá ó dejará de ir, N. kel hará lo que su amo quiera.

—Iré, N. kel, interrumpió Horacio con un tono de voz algo más dulce. Iré esta noche, mañana, ó en fin cuando quieras. Lo que debes procurar, mi valiente cazador, es encontrar una muger que te ame sinceramente y serás mas feliz que tu amo!...

—Qué! sois desgraciado? preguntó N. kel con el acento de la mas tierna compasion, pero tambien de la compasion curiosa.

—Basta... haré lo que quieras... déjame.

—Bien sabe S. S. el interés que yo me tomo por la desgracia, sin que esto sea alabarme; he sabido partir mi pan con el pobre, jamás ha hecho daño á nadie, y siempre ha conducido á los amigos heridos al hospital militar.

Bueno, está bien, pero déjame N. kel.

—Veo que vais á caer en la melancolia, «y quisiera mejor,» quiero decir, seria conveniente (pues que

vais esta noche á casa de la señora d'Arneuse), que hoy por la mañana diérais un paseo á caballo.

—Prefiero quedarme en casa.

OPero S. S. sabe muy bien que el Moro no ha salido hace 15 días.

—Pues bien, móntalo y dale un paseo.

—¡Yo, montar un caballo, de mi amo! Dios me libre: mejor quisiera escarvar la tierra con mis uñas. Si S. S. no quiere venir daré un paseo al Moro de la brida.

—Vaya, Nickel, iré.

Nikel frotándose las maacs en señal de alegría se marchó, y Horacio no pudo menos de sonreirse al ver que su criado se creía que habia alcanzado alguna gran victoria. Nickel teúa una alma hermosa, era además un criado tan leal, que Landon no quiso privarse desengañándole, de algunas escenas que por otra parte le solian divertir.

Landon « su fiel mayordomo, conforme á la resolución que habian tomado, se pasearon mucho mas temprano de lo acostumbraban. Eugenia con mas atención que su madre fué la única que les vió pasar.

A eso de las tres, el cazador empleó toda su destreza en hacer que su amo se compusiera para ir á casa de la señora d'Arneuse. Facilmente logró su objeto, pues Horacion se puse la repa que quiso Nickel.

—Señor, decia cuando se vió en la calle con su amo en direccion de la casa de la señora d'Arneuse: estoy seguro de que desaparecerán vuestras prevenciones contra las mugeres, desde que hayais visto cuán interesante y desgraciada es esta muchacha...

ce, siempre á nuestros pies; es una flor silvestre; basta solo agacharse para cogarla; pero como esta rodeada de otras muchas flores, nos engañamos por el perfume, por el olor, y estendemos demasiado las manos y cogemos la que no debiéramos.

Esta comparacion agreste que su paseo le habla sin duda inspirado, tuvo un completo suceso entre estas señoras.

Un subite ruber coloreó el rostro de Eugenia al oír estas palabras y al ver fijos en ella los ojos de Landon no estaba muy lejos de ella; la comparacion era sencilla, su adorno tambien era modesto; ¿no se parecia á una flor silvestre?

—Así, caballero, sepuso la señora d'Arneuse, veo que habeis venido á Chambly á cultivar la felicidad.

—Ah! señora, ya no existe para mí..... respondió el jóven con un tono de melancolia que interesó á la madre y á la hija.

Eugenia dejó ver su emecion en su actitud y en sus miradas..... La señora d'Arneuse hizo temblar á Eugenia con la mirada que le lanzó.

—Si, señorita, respondió Heracle, soy desgraciado y añadió sonriendese, pero las penas de los jóvenes duran poco.

—Eugenia, hija mia, dijo la señora d'Arneuse, al ver que Mr. Landon concedia mucha atencion á la jóven; mi querida niña, ¿me querrás hacer el favor de ir á buscar mi labor?

Eugenia se levantó suspirando. Esta frase era para ella la órden secreta de dejar la sala y de no volver

hasta que la llamase su madre. Al salir contempló á Mr. Landen en el espejo hasta el último instante, despidiéndole su corazón de él.

Un gesto imperioso de la señora d'Arneuse sorprendido por Landen le puso al cabo de esta escena: examinando entonces á la marquesa con mas atencion vió que su rostro dejaba repentinamente la mascara de la severidad, para volver á tomar cuando se volvió hacia él las gracias de una afabilidad prestada. Fué lo bastante para poder juzgar á la señora d'Arneuse. Al principio le habian desagradado las dos señoras; pero en este momento adquirió la prueba de todos los asertos de Nikel y sintió hacia Eugenia un gran interés.

Por su parte, la señora d'Arneuse habia recibido esta primera impresion segun la cual se juzga casi siempre de una persona que se vé por primera vez.

Sintió desde luego que sus almas no tenian punto de contacto, pero sin embargo Heracio no le desagradó. Este sentimiento se explica fácilmente. La señora d'Arneuse no siendo noble de sucesion, exageraba su papel de Marquesa á fin de obtener los honores que se merece este título; y como interiormente hacia justicia á la sencillez de los que naturalmente se sienten superiores, Heracio á pesar de sus medales exentes de exageracion, le impuso una especie de respeto involuntario. Entonces, ora se hubiera vengado de él haciendo ostentacion de su nobleza, ora fuese seducida por la fortuna de Landen, ora le interesase el misterio de que estaba rodeado, ora en fin tuviese la esperanza de consolarle, el hecho es que depuso sus prevencciones y principió por hacerle justicia.

Se digno senreirse y con un aire medio amistoso y medio protector le dijo:

—Si tenéis algunos momentos ociosos tendrémeos mucho gusto en disfrutar de vuestro trato y cultivar vuestra amistad. Nuestro interior es, como ya veis, sumamente sencillo. Estoy entregada á las cosas de la casa, á la educacion de mi hija y hago todo lo posible para conformarme con la situacion en que me ha colocado la suerte. Entre nosotras no hay más que un solo deseo, una sola voluntad; nos ayudamos mutuamente á llevar con resignacion el peso que nos han impuesto las circunstancias.

—Señera, respondió Horacio haciendo un gesto por el cual parecía concentrarse en sí propio, haré uso algunas veces de vuestras amables ofertas: soy muy aficionado á la música aunque despierte en mí recuerdos tristes, añadió con voz alterada. Después de un momento de silencio continuó:

—Hela, aqui veo un piano; tendria mucho gusto que en desquite impusierais una contribucion á mi biblioteca; cuando quecais dar un passe largo tendré un gran placer en que acepteis mis caballos.

—Sois sumamente galan; caballero, replicó de un modo seco la señora d'Arneuse, pero me permitirais que solo acepte vuestros libros porque tenemos nuestro coche.

Al oír estas palabras la señora Guerin miró con sorpresa á la señora d'Arneuse, pero la seriedad de su hija y el orgulloso que reinaba en su fisonomia le obligaron á guardar silencio.

—No nos servimos muy á menudo de nuestro carruaje, dije entences con una sonrisa burlesca.

En fin, despues de algunas palabras insignificantes, Mr. Landen se puso en pié y se retiró. Mad. d'Arneuse sin dejar su asiento, le devolvió un saludo enteramente teatral, pero Mad. Guerin le acompañó hasta la misma puerta.

Nikel dejó á Rosalia al oír los pasos de su amo: y el cazador una vez en la calle se volvió para mirar la casa; entónces le pareció ver en el piso alto, dende en otra ocasión habia estado apostada la doncella, una jóven que contemplaba á Heracio con curiosidad.

Así que Mr. Landen hubsalido, Mad. Guerin dijo á su hija.

—¿Cómo has pedido transfermar en coche una berlina hecha pedazes que para nada puede servir.

—¿Greels, señora, que yo me dejara aturdir por el fuje de esté jóven? ¿Quiénes se ha figurado que somos nosotras cuando nos ofrece su carruaje..... A la verdad que he estrañado mucho que un hombre, que por otra parte manifiesta tener mundo, haya cometido esa falta.

Esta última frase era la primera nota del diapason que la señora d'Arneuse se proponia recorrer. Era tambien el justo medio entre el disfaver y la alabanza. Era todo lo que su deseo de hacer justicia á Landen podia hacerle decir para no caer en contradicción con lo que habia dicho en otras ocasiones. Se servian así de espresiones imperceptibles á fin de que no creyeran que cambiaba muy pronto de opinion; de modo que era preciso ser muy exacto en retener sus

anteriores aserites y querer atraerse su aborrecimiento trayéndoselos á la memoria para hacerle conocer toda la movilidad de sus prevenciones.

La frase de la señora Guerin parecia haber arrojado el guante y antes se hubiera dejado hacer trizas que recogerlo. Asi es que se apresuró á seguir la corriente á su hija.

—Si, dijo la señora d'Arneuse sonriéndose, me parece bien,

Al pronunciar estas palabras entró Eugenia en la sala no figurándose que se ocupaban de Mr. Landen.

—Eugenia, continuó Mad. d'Arneuse dirigiéndose á su hija, hablais mas de lo que es debido cuando hay gente de fuera, poco faltó para que llevaseis la conversaci6n.

La pobre muchacha observó que habia menos acritud en el acento y en la palabras de su madre; esta dulzura le pareció un señal evidente del favor que habia recibido de Mr. Heracio. Se alegró de esto; pero probablemente su alegría provenia de la esperanza que concebía de volverles á ver.

—Vee con placer, dijo la señora Guerin, que este jóven puede proporcionarnos con su sociedad ratos muy agradables. Hubiera querido preguntarle si sabia jugar al boston.

—Si no lo sabe, dijo Eugenie temblando, podremos enseñarselo.

—Eugenia, respondió la abuela, ya sabes que es aficionado á la música.....

La jóven se ruborizó y se sentó al piano como para manifestar su agradecimiento. A todo esto la señora

d'Arneuse no decía una palabra, pero este silencio era enérgico, pues que sufría con gusto que hablaran de este jóven cuyo nombre no se podia antes pronunciar en presencia suya.

—¿No es verdad, mamá, que este jóven parece estar triste? la melancolia se revela en sus palabras, en sus ojos, en toda su persona.

—Pero es jóven y rico y en esta posicion las penas no duran mucho tiempo.

—Por otra parte, repuso la señora d'Arneuse, segun su frase melancolica, se conoco bien cual es la naturaleza de sus penas, y así yo creo que será muy fácil que se distraiga.....

—Sin embargo, no le creo de un caracter inconstante, dijo la señora Guerin, su rostro promete energia.

Se ocuparon así del jóven Heracio y de su visita hasta la hora de comer, y en la mesa no se cambió de conversacion, lo que por cierto nada tiene de estraño; en un pueblo pequeño las menores cosas son un suceso.

VIII.

Confianzas

Mientras que en la sala se hablaba de Mr. Landon, este se dirigia hácia su casa con sa cazador.

—Vames, Nickel, repuso Horacio ¿en qué estado se hallan tus negocios con Rosalia?

—Muy bien, mi coronel, muy bien.

—¿Y qué quieres decir con eso?

—Me explicaré: le astuta muchacha me ha hechizado enteramente, y ahora me gusta mucho, y no sera nada estraño que yo haga un destino..... Ah! lo que siente es que tiene ventaja sobre mí, porque á su lado no soy mas que un verdadero proscrito. ¿Querrá usted creer, mi coronel, que aun no me he atrevido á besarle las manos que entre paréntesis, son tan blancas como la leche? En fin, dijo el aposentador como si se le hubies ecurrido alguna reflexion desagradable á pesar de todas sus incoherencias tiene un cerazon

escolente, me ha enternecido, porque lleraba al contarme lo que sufre su pobre señerita, que es un ángel del cielo.

—¿Y qué te ha dicho?

—Señor, cuande eyó cerrar la puerta de la sala; exclamó: «Mariana, apueste cualquier cosa á que han dicho á la señerita que vaya á buscar algun pañuelo.

Entonces salió y algunos minutos despues volvió diciendonos: «no me habia engañado, la señerita tiene los ojos llerosos».

—¿Lleraba? esclamó Mr. Landon.

—Si, señor, y hé aqui lo que nos han dicho: «la señora d'Arneuse es la mujer mas inconstante, la mas orgullosa que he cenocido.» En fin, nes ha hecho la relacion de los infortunios de la señerita Eugenia, y le ha hecho tambien que me dejade destrozado el corazon. Hubiera dado cualquier cosa por poder ofrecer á esta pobre joven 12000 libras de renta con este corazon honrado que late bajo mi capete, se entiende si no amara á Resalia..... En seguida nos ha contado lo buena que es esta señerita: casi siempre sale á la defensa de sus criados, cuida con esmero á su madre, á quien ama á pesar de sus caprichos, toca admirablemente el piano, en fin merece un trone, asi como un prófuga merece cuatro tiros.

Este discurso del cazader produjo su efecto; llevade su natural bondad, Landon se ecupe involuntariamente de la desgracia de Eugenia, y todo el dia hizo que Nickel reptiese los permenores que este tenia de su amada Resalia.

Si Landon pensaba en Eugenia, esta no dejaba de

imitarle; por la noche le costó trabajo jugar al bestes con su madre; olvidaba las cartas y hacía muchos disparates; y como la señora d'Arneuse por [consecuencia de su amor propio, qua era la base de su caracter, no le gustaba perder, regañó á la señorita. La pobre muchacha no pudo entregarse á sus dulces ilusiones sino en el momento en que se retiró á dormir.

Ahora bien; como en ambas casas todos los personajes se acesaron pensade los unos en los otros, esta aventura se encuentra an este instante tan anudada como el tercer acto de una buena tragedia.

Al dia siguiente, Nikel cuando volvia despues de haber dado un paseo al mero, se paró delante de la casa, porque Rosalia que le habia visto llegar se bajó al portal para recejer las lisonjas del apesentador.

—¿Còmo van aqui las cosas? mi hermosa Rosalia, dijo Nikel atando las bridas del cabello al aldabon de la puerta.

—Este marcha bien, respondió la dencella echándole una mirada graciosa; vuestre visita de ayer ha hecho cambiar el viento; la señora no ha regañado á nadie, ni aun á su hija. Madama Guerin tararea las canciones de su tiempo; y en cuanto á la señorita ¡ah! este camina con la rapidez del rayo: se ha puesto al piano desde por la mañana temprano y sus dedos tienen mas agilidad que han tenido unca: oiria para conocer que hoy no es tan desgraciada: yo misma, Nikel he seguido el torrente y canto las canciones de mi pueblo.

—Pedreis decirme, querida, repuse flemáticamente el cazador, ¿quien ha hecho dar esta media vuelta á

la derecha, ó quien es el general que ha mandado este cuarte de conversien?

—¡Ah! Nikel, todos somos así en vuestras casas: basta una galanteria para quitarnos un jaqueca, adularnos bien y somos las mas amables del mundo; una caricia produce una amistad que parece eterna; pero solo con que vuela una mésca, somos desconocidas de todo el mundo, y en un momento nos echamos en cara palabras que tienen de fecha veinte años.....

Esto viene de la luna sin duda, dijo el mayordomo alzando los hombros y sonriéndose con un aire burlon e incrédulo, esa es una broma, es estais burlando de mí.

—No me burle de nadie, repuso Rosalia, y aunque parezca ser muy jóven y atusdida, si yo quisiera seria la que gobernara la casa. Conozco siempre cuando la señora está incómoda; el eco de su voz me lo hace conocer, y cuando quiero ponerla de buen humor no tengo mas que decirla mientras la estoy y vistiendo, que es mas blanca que la señorita y que parece ser hermana de su hija.

—Pero eso me parece mal, Rosalia.

¿Y por qué?

—Porque es mentir.

—Bah! repuso Rosali, á mi me gustan estas variaciones, la vida se hace de este modo menos monótona: así es que al momento la señora principia por reirse y concluye por creermé y se pone contenta y graciosa hasta el primer capricho. En cuanto á la señora Guerin, si quereis hablar con ella, prestadle atencion, repetidle que ha sido rica y linda y quedará encanta-

da de vos. Ella tratará de entreteneros; es pura bondad si se quiere..... es muy débil, no quiere tenerla disgustada, quiere mejor reirme de sus escenas, mirar como dan vuelta estas volutas, limitarme tranquilamente à consolar à la señorita y hacer rabiar à Mariana hasta que me se presente otra víctima; vos por ejemplo.

—¿Siempre bromista y graciosa? repuso el cazador dando un suspiro sentimental.

—Mr. Nikel, por desgracia me temo mucho, que la orden del día. como vos decís, no dure mucho tiempo y volveremos à caer en nuestro infortunio y la señorita Eugenia quedará siempre en el plierí.

—Vanes, querida mía, dijo Nikel cogiendo la mano de la dencella; podreis explicarme donde queréis venir à parar?

—Ah! repuso Rosalia, quiere decir que en vuestra mano está que haya mal ó buen tiempo en nuestra casa; y como vuestro amo parece tener un alma hermesa, creo que tendrá gusto en dejarnos en una dulce temperatura.

—Que demonio! este se vá embrellando: si me quedo así delante de vos mirando salir vuestras lindas palabras de entre vuestros sonrosados labios, no es porque comprendo lo que me decís, sino porque es amo, Por lo demás hé aquí el verdadero amor, como decie un trompeta amigo mio, que le deja à uno enteramente atontado.

—Mr. Nikel, creo que sois discreto y que se pedrá confiaros cualquier cosa.

—Un milltar cuando ha hecho dos horas de faccion

y ha estado en la sala de disciplina, guarda un secreto tambien como su caballo.

—Pues bien, oh! señor apesentader, repuse Rosalia mirándole de modo que lo dejaba embriagado, si vais à estar mucho tiempo en este pueblo, si ejercéis alguna influencia sobre vuestra alma, haced porque venga aquí vuestro amo de cuando en cuando, que dirija algunas galanterias á la señora, y respirará mi pobre señorita, no la regañarán, en fin será dichosa: si vuestro amo tiene buen corazon tendrá un placer en dulcificar de este modo el martirio de esta niña.

—Bien, querido, si esto os agrada trabajaremos para conseguirlo.

—Ah! Nikel, no tengo mas interes que el de servir á mi señorita; deseo verla menos desgraciada.

—Y yo querida mía genere en esto el placer de veros; su presencia es tan agradable para mí y el día que queráis decirme que centais con mi constancia, no miraré ya ninguna mujer.....

En esto el cazador hizo un movimienio para abrazar á Rosalia, ella retrocedió bruscamente, el caballo se espantó, rompio la cuerda y echó á correr; Nikel corria tras él y Rosalia entro en su casa riéndose de corazon.

Esta conversacion produjo su resultado. Des ó tres dias despues, Mr. Herasio, cercado por las maniebras hábiles de Rosalia, volvió á casa de la señora d'Arneuse. La dencella se habia servido de Nikel como se sirve un general hábil de les tiradores que cubren su ejército, y el cazador habia conseguido vencer la repugnancia de su amo hacia las dos señoras. El día en

que el jóven se presentó en casa de la señora d'Arneuse, esta, estando muy compuesta, tenía un aire de frescura y un barniz de belleza que no tenia comunemente. Se alegró por consiguiente de la oportunidad de esta visita, y este fué un motivo mas para que le agradase Mr. Heracio. Al nombre de Landon pronunciado por Rosalia con una vez clara y sonora se levantaron las tres señoras y la fisonomia de una tomó una expresion graciosa, á la cual correspondió el jóven coronel con un saludo y con una sonrisa insignificante, al traves de la cual se dejaba ver su tristeza.

La tarde cubria entónces su campo con sus medias tintas y con sus sombras vaporesas, la primavera esparcía los tesoros de sus perfumes y un debil rayo de sol echaba en la sala una luz rojiza; el silencio del campo interempido por el gorgojo de los pájaros, el misterio del crepúsculo, la esperanza que Eugenia concebía, hicieron para ella este momento alhagueño y seductor; un verdadero encanto, una dicha cuya dulzura estuvo saboreando largo tiempo. Se sentó con timidez, inclinó la cabeza hácia su labor, guardó silencio, y sin levantar los ojos se contentó con oír la dulce voz del joven Landon: recogía con sumo cuidado todas las palabras que salian de su boca; y mientras que mas escuchaba menos se decidía á levantar su frente, porque su ruber virginal, expresion sencilla de su felicidad, le hubieran descubierto las personas menos observadoras.

La señora d'Arneuse

Haba motivos para estar contenta: la señora d'Arneuse que tenia pretensiones de muger de talento y de saber, queriendo desplegar sus conocimientos hizo recaer la conversacion sobre la literatura, las artes; y el jóven siempre pronto á dar rienda suelta á su imaginacion, discutió con todo el fuego de su carácter; absoluto como les hombres que han vivido solitarios y siendo mas fecundo á medida que se animaba la discusion acabó por olvidar el sitio donde estaba, y por creer que se hallaba entre sus amigos. Se entregó por consiguiente á toda la poesia; á toda la originalidad de sus ideas; ya familiar, ya enérgico, unas veces alegre, otras triste, segun el asunto de que se trataba. Por último, la conversacion, insensiblemente separada de su primer objeto, vino á recaer sobre la educación; la señora d'Arneuse sostenia que la enseñanza actual era

muy inferior á la de otra época, que los jvenes no tenian tantas atenciones con las señoras, y que habian perdido en maneras y en galanterias.

—Ah! eso es muy cierto, esclamo la señora de Guerin; qué diferencia tan grande! antes de la revolucion veia yo en nuestros salones, que los hombres se dedicaban á hacer labores ó á recitar versos, en fin nn sin números de cosas que probaban la consideracion que tenian hácia las señoras; pero en el dia un hombre cree comprometerse, no ocupándose de las mugeres, para otra cosa que para burlarse de ellas.

—Señoras, diio Landon con tono de decision, convengo que la juventud del dia no es la de 1779.

Al oír esta fecha, la señora hizo un movimiento como para declararse juez incompetente para poder juzgar del mérito de la juventud de esta época.

—Pero, continuó Landon, tambien han cambiado les tiempos; este siglo ha recibido un bautismo de razon y de gloria que dá enteramente otra direccion á las ideas.

—Hé aqui precisamente de lo que nos quejamos, repuso la señora d'Arneuse.

—Que! señora, rechazariais el reinado de Napoleon que ha podido decir en pleniserao: donde está la bandera, allí está la Francia?

—El pensamiento es algo errante, respondió la marquesa satisfecha de manifestar tanto ingenio.

—¿Reprobariais nuestra conquista?

—Los enemigos están en Francia.

—¿Nuestras instituciones?

—Nuestra nobleza nació ayer.

—Todo esto, señora, no tiene nada que ver con la educacion: nos hemos separado de nuestro objeto: convengo en que la nobleza de otra época era mas antigua.....

—Y mas nacional porque se apoyaba en las antiguas tradiciones. Eramos los herederos de los primeros conquistadores del territorio.

—¿Quereis decir de los defensores, señora?

—Si señor, me equivoqué!..... porque no conozco todo lo que se ha escrito acerca del origen de la nobleza y de la historia de mi país! Mably, Raynal, Diderot, Laviesier, Helvétius, he visto á todos estos escritores públicos.

—¿Seriais muy niña?

—Venian muy á menudo á comer á casa de mi padre...

—Teniamos una casa muy hermosa, dijo la señora de Guerin, para sostener la mentira de su hija. Debiamos á nuestro cocinero el honor de su sociedad. Tal como me veis he jugado al bosten con Franklin, Kamikael y con Voltaire, ¡qué amables eran estos caballeros! y tambien he jugado,...

A estas palabras una risa irónica vino á asomarse á los labios de Landon, y la señora d'Arneuse se daba mucha importancia para no incomerse de la torpeza de su madre y así le dijo con despecho.

—Ah! señora, dispensadnos de oir el inventario de vuestros juegos de bosten..... En seguida dirigiéndose á Landon:—Vamos sostened vuestra tesis, ¿teneis suficiente talento para convencerme, me siento dispuesta á creer en la perfeccion de la juventud del día.

—No he pretendido, señora, que estuviess exenta de defectos; únicamente me llamaba la atención el oír recordar con placer la época en que constantemente estábamos á vuestros pies; habeis perdido galantes, pero habeis ganado amantes. Mientras menos se vé á las mujeres, mas se las henra.

—Cualquiera diría que teneis miedo de nosotras?

—Quizás, señora.

—A la verdad que seis galante!

—Ah! ya veis bien que «mi quizás» no es ninguna injuria. En nuestros dias una pasión influye en toda nuestra vida y no debe uno esponerse á esto con aturdimiento, porque si el amor nos lleva á un campo de flores, acaba siempre por conducirnos al borde del precipicio.

—Muy felices deben ser las mugeres que encuentran un ser á quien puedan amar, como segun vos merece la juventud actual. No he conocido esta felicidad. Casada por razen de estado, he tenido cuidado de no hacer uso de esta libertad que tan en moda estaba en mi tiempo, pero confieso que no volveré á empezar dos veces mi existencia. Vivir con un alma tierna y virgen teniendo que sostener el honor de una casa ilustre, es un suplicio que igneraba antes de casarme con Mr. d'Arneuse.

—Pobre niña mia! exclamó la señora Guerin.

—Ah! señora, respondió Horacio, llamaos mag bien afertunada!..... Al mismo tiempo su frente se cubrió de una nube espesa, y añadió con vez tremula: si, felizel mengo, feliz la religiosa, que retirades del mundo para resistir al demonio llegan silenciosamen

to á la vejez. Si ignoran como ves (la señora d'Arneuse se sonrió con una melancolía fingida) les vives golpes de este ámer que embriaga y para el cual una mirada es una armonía, la palabra una música divina, ignoran también la cólera, la desesperación, que produce la traición, esa muerte lenta que consume poco á poco.

Una animación dolerosa se notaba en las miradas de Landen, en sus gestos y en toda su actitud. A las últimas palabras, su vez que se habla debilitado gradualmente, tomó un acento de melancolía que penetró hasta los corazones de las tres señoras. Eugenia que según las órdenes de su madre guardaba un religioso silencio, no se atrevió á levantar los ojos para mirar á Landen porque se sentía con ganas de llorar...

—Estoy casi convencida de la perfección del siglo, porque á la verdad en otros tiempos se hablaba con menos entusiasmo... no tenéis ideas de militar...

—No señora, respondió con tristeza... y hubo un intervalo de silencio...

—Es muy digno de ser amado si concibe así el ámer, decía Eugenia entre sí. En este momento su actitud era sencilla, encantadora, miraba á Horacio con el abandono de la inocencia. Landen al volver hácia ella la cabeza como si hubiese querido alegrar su corazón con el aspecto de la infancia, se sorprendió con el espectáculo que ofrecía el rostro de esta jóven. Al través de las señales de un ámer profundo, se descubrían las huellas de un sufrimiento continuo. Observe la pureza de los contornos y el brillo del cutis de Eugenia, y reconoció en la expresión de su fisonomía el

sire enteramente sumiso de la mujer que ama por primera vez; sin figurarse aun lo que pasaba en el alma de Eugenia, admiró la suavidad de un conjunto tan perfecto, como hubiera admirado una cabeza de Rafael.

Rompió en fin el silencio y dijo con una voz comprimida:

—¿No toca esta señorita el piano? Mucho tiempo hace que no he oído música. Había un secreto en esta exclamación llena de amargura.

—Mucho tiempo!..... repuso Eugenia con sencillez: he tocado antes de ayer!..... se detuvo, un vivo sentimiento de tristeza había sefecado de repente su voz.

En efecto la pobre niña se paseaba por el dulce país de las quimeras amorosas, y el «mucho tiempo de Landon había venido á echarla de estos sitios.

—Si no se acuerda de haberme oído tocar el piano nunca me llegará á amar... tal fué su reflexión: y cubriendo su rostro con su pañuelo trató de dejar la sala. Habiendo observado la señora d'Arneuse la atención con que Horacio miraba á Eugenia, había decidido hacerla salir de la sala bajo cualquier pretexto; pero se incomodó de que su hija se adelantase y que obrara por un sentimiento sin haberlo ella mandado.

Llevada entónces de esta manía de los tiranos que creen perder en poder lo que ganan sus súbditos en libertad, dijo á su hija:

—Quédate aquí, llama á Rosalia para que traiga una luz; vas á tocarnos un freze de operas; es preciso que las personas verdaderamente sensibles tengan un son-

vide particular, para adivinar con tanta prontitud la herida involuntaria que han hecho en un alma muy delicada.

Landon pensó esta cualidad: cuando Eugenia obediente á su madre se dirigia hácia el piano, Horacio fué él mismo á abrirlo, ayudó á la jóven á buscar la música y mientras ella tocó, se sentó á su lado y la miró con una dulzura que parecia implorar su porden. Este lenguaje mudo fué comprendido por Eugenia. Un génio maligno parecia complacerse en estraviarla en esperanzas falsas, para dejarla deslumbrar al borde de un precipicio.

En efecto, atormentado Landon por la idea que podia añadir á la suma de las desgracias que Eugenia tenia que sufrir, hizo todo lo posible para estar afectuoso con ella. La pobre muchacha atribuyó estas manifestaciones de una compasion generosa, á los cuidados de un amor naciente; se abandonó al placer de verlo á su lado ocupándose de ella y mirandola con una espresion indecible de contento. Llena de esta confianza propia de la juventud, creia haber derramado en su corazon el primer encanto; al menos le esperó, y en este momento fugáz en que se olvidaba de todo poniendo sus pies en un suelo desconocido, saboreó con delicias el goce primero de su vida.

Cuando Eugenia acabó de tocar, Landon con una sonrisa como saben hacerlo los que conocen el sufrimiento, dijo á la jóven.

—He oido este trozo casi tambien ejecutado.....

—No es un gran mérito tocarlo mejor, respondió la señora d'Arneuse.

—Per quién, caballero? preguntó Eugenia temblando.

—Per vos misma, señorita, respondió Mr. Horacio, hace cuatro ó cinco dias á eso de las cuatro que velvia de pasee... teniais abierta la ventana.

El acento con que pronunció esa frase y el modo conque se senreia, hicieron conocer á Eugenia que trataba de reparar su falta... En ese momento la jóven hejeaba su libre de musica; la hoja que temblaba revelaba demasiado su emocion, pero tuvo bastante presencia de anime para quejarse de su extrema timidez. Landon dirigiendose á Mad. d'Arneuse la felicító per lo bien que habia correspondido su hija á la educacion esmerada que le habia dado; despues sin decir una palabra de Eugenia, empezó á lisongear tanto á la marquesa, que al oirlo pareció que habia sido ella la que acababa de tocar. Insinuandole con habilidad que la creia una gran profesora, pareció desear con empeño asegurarse de ello, y la suplico que tocasse un preludio, una improvisacion, un acerde si quiera. Mad. d'Arneuse se guardó muy bien de destruir esta opinion lisongera, y recibió sus cumplimientos con la falsa modestia de un poeta.

Al oir hacer el elogio de su hija fué imposible á Mad. Guerin guardar silencio, y Landon la escuchó con una complacencia aparente, á vanagloriarse de las cualidades de la marquesa.

—Ah! si la hubiéseis visto, dijo al concluir, antes de la revelucion, en medio de una córte compuesta de los personajes mas nobles de la época; entonces si que estaba hermosa y bien ataviada; entonces si que tenia

los caballos mas hermesos y los coches mas elegantes.

—¡Ah! todo era sencillo, pero de buen gusto, agregó la señora d'Arneuse.

—Y aquel dia en que fuisteis presentada en la corte; me acuerdo que aquel dia se hablaba de ti en Versalles con entusiasmo.

—Si, respondió dando un suspiro, era el año de 1789.

—A los 14 años, hija mia, ya te habíamos sacrificado, tan joven, tan hermosa, tan linda!...

—Ya soy una mamá vieja.

—Ah! señora, respondió Heracio, estamos separados del año 89 por un siglo de sucesos, vuestra cara nos recuerda que la nueva dinastía no tiene mas que un dia. Quien no esté enterado es creará la hermana de vuestra hija.

Heracio habia comprendido ya el carácter de sus vecinas y no ahorrando desde entonces quemar un incienso que se respiraba con tanto placer. se divirtió no solo con la marquesa sino tambien con la señora Guerin. Sostuvo á esta que debia haber sido muy linda, y por muy exageradas que fuesen lisonjas, las recibió esta señora con el mayor reconocimiento. La señora d'Arneuse acababa de manifestar su talento; esta vez creyó haber convencido á Mr. Landon de la antigüedad de sus antepasados.

Entonces la señora d'Arneuse despues de haber acompañado á Mr. Landon hasta la puerta de la sala, volvió lentamente á colocarse delante de la chimenea;

y examinándose algún tiempo en el espeje, dijo pesando sus dedos por los rizos postizos:

—Ha estado muy bien esta noche nuestro vecino; ha hablado perfectamente, es muy amable. Y repuso la señora Guerin, tú estabas vestida perfectamente.

—Mamá está muy bien, añadió Eugenia abrazando á su madre...

La señora d'Arneuse como para consolarla le hizo una ligera caricia.

—¿No es he dicho siempre que este jóven podría proporcionarnos con su sociedad ratos muy agradables? No puede haber un jóven mas distinguido!

—Y de saber, agregó Mad. Guerin, este hombre es enteramente un poze de ciencias.

—Oh! pero encantador, exclamó Mad. d'Arneuse; rouee todo; buenos modales, buena figura, carácter flexible; ¿postaria algo á que es noble.

—Parece tener muy buen corazon, dijo Eugenia con dulzura.

—Ah! si, repuso Mad. Guerin: quizás experimente algun dolor en su corazon, porque pronuncie cierta palabra que me conmovió.

—Sin duda ha sufrido algun desengaño de una coqueta que no haya apreciado el valor de un alma como la suya, añadió Mad. d'Arneuse con un aire que queria decir perfectamente. Ya la comprendo.

En fin, á las once y media de la noche despues de una conferencia de tres horas durante la cual cada una de estas señoras hubo hablado segun sus votos secretos, fué declarado por unanimidad que Mr. Horacio Landon era un hombre tal que era imposible en-

contrar otro semejante: un hombre digno de la señora d'Arneuse; digno de la jóven Eugenia: cuando la señora d'Arneuse, la mas exagerada de las tres, y la que alababa mas al jóven Heracio dejaba percibir sus miras, la señora Guerin aplaudia: si Eugenia suspiraba dulcemente, su abuela no dejaba de decir que experimentarí un gran placer en llamarle su [hije: entonces dejando la sala la señora Guerin dijo á su hija en voz baja:

—Pedrás casarte con él.

Y á su nieta cuando la señora d'Arneuse no podia oirla:

—Te casarás con él.

X.

La partida de Agedrés

La sensibilidad de Eugenia concentrada en su propio corazón por la severidad de su madre formaba un foco de sentimientos, que no dirigiéndose hacia ningún objeto exterior, no manifestándose ni en sus palabras ni en sus acciones, reducida como estaba á la sociedad de sus dos madres, debían derramarse con efusión en la primera persona que juzgara digna de ser protector, y como este carácter silenciosamente enérgico, estaba encubierto bajo una gran timidez, resultado natural de la opresión en que la tenía su madre, esta fuerza amadera yacía en su pobre corazón como una flor bajo la nieve. La sensibilidad existía en todo su primer verdor: Eugenia vivía dentro de su corazón, sola y como en una noche profunda.

Esta joven en apariencia tan resignada, debía sufrir más por una palabra equívoca, por una mirada in-

cierta que otra muger que manifestase desesperacion: en fin, en su corazon no cabia mas que un solo amor: y era tal su suerte que le severidad de su madre habiendo aumentado su certedad natural y habiéndola acostumbrado á la más sumisa obediencia, estaba predestinada á representar el segundo papel en el gran drama del amor. esto es, el papel del desinterés y de la abnegacion que siempre es el de las almas grandes.

Una pasion seria acababa de apederarse del corazon de Eugenia; pero su casta reserva, el temor que tenia de su madre, todo contribuia á sofocar la expresion; así no existen en esta historia las proporciones comunes del amor tal como nos le pintan; una palabra un gesto, una mirada, son grandes sucesos. La bofrasca estaba en su corazon, la calma en sus lábios.

Feliz aquel que recorriendo el curso de su vida pasada puede prestar los encantos del recuerdo á este simple cuadro!

Al cabo de 15 dias, la señora d'Arneuse estaba tan preocupada de Horacio que no perdonó medio alguno para atraerle hácia sí; principiò por convidarle á comer á fin de llevarle por grados á una amistad íntima. Una partida de agedrés habia sido el motivo del convite. Un rasgo que marcaba el carácter de la señora d'Arneuse era tener una idea falsa de su dignidad de muger. Quería siempre que adivináran su pensamiento; hiriéndole, recoger ella misma su guante; le incomodaba aun mas no haber sido prevenida en sus deseos. Si se apercibia ya tarde de lo que deseaba, queria mejor negarle que satisfacerle á costa de su vanidad. Quando llegó Landon, creyó que iba á darse prisa

per jugar la partida de agedrez; á sus ojos era un deber; ahora bien, como Heracle un minuto despues del convite la habia olvidado tan profundamente cual si no hubiese sido convidado con este objeto, quedó tranquilamente hablando.

La señora d'Arneuse tuvo cuidado de hacer recaer la conversacion sobre la causa primera del convite, y Landon exclamó:

—¿Y nuestra partida de agedrez?

—¡Ah! la reservamos para mejor ocasion; estareis mas entretenido hablando, respondió con aire plácido.

Horacio se excusó sonriendo como una felicidad la partida de agedrez, y la marquesa hacia como que rehusaba protestando el poco tiempo y las pocas ganas de Heracio. En fin Landon tuvo precision de hacer un sitio en regla para alcanzar el honor de jugar con la señora d'Arneuse. Principió la partida, y Landon al ver la importancia que daba la marquesa á un juego donde solo el saber decide del suceso, tuvo la destreza de dejárse ganar á pesar de su evidente superioridad.

Esta última circunstancia acabó de ganarle el aprecio y admiracion de la señora d'Arneuse; en su concepto, Mr. Landon era el mejor jugador que habia conocido; uno de los hombres mas amables; en fin, agotó en su favor todos los términos mas expresivos de su diccionario. La alegria nació entonces en la casa. Ya nadie sufría; Eugenia respiro y admiró su felicidad; la señora Guerin contenta con la felicidad de los demás, acarició á su hija y á su nieta; en fin, la astuta donce-

lla admirando el efecto de sus intrigas, solo penso en coronar su obra por un completo suceso.

Nikal no cesó de ser su eco; mas de una vez se quedó Landon dormido por la noche con los discursos del soldado que lo felicitaba por haber alligerado la pesada cadena de la señorita d'Arneuse: y Rosalia al ver que iban haciendose mas frecuentes las visitas, hizo que Mariana andiese por la ciudad la vez de que Mr. Landon se cesaba con la señorita Eugenia. Todo Chambiysa lo figuraba ya y lo deseaba con ansia; solo faltaba que llegase á los oidos de Horacio la chismografía del pueblo. Rosalia se encargó de esta difícil empresa.

No tardó Mr. Landon en acreditar sin pensarlo los rumores falsos esparcidos por Mariana, multiplicando de tal modo sus visitas que ya le miraban como de la familia. Será difícil explicar de otro modo esta intimidad que por el deseo que tenia de dulcificar la suerte de Eugenia, quien cada vez le parecia mas interesante: su antipatia hacia la señera d'Arneuse no habia desaparecido con la costumbre de verla; pero habia acabado por divertirse de ella como de una comedia viva, y quizá le divertiera realmente este pequeño juego.

Poco tiempo despues la altiva marquesa no se avergonze en acertar el carruaje y los caballos de Landon. Todos los dias iba á jugar sus partidas de agadréz: los paseos por las inmediaciones eran cada vez mas frecuentes; pero nada pudo dulcificar la melancolia de Landon. Feliz con proporcionar algun placer á sus vecinos, se alegraba de sus gozes sin partici-

XI.

Encuentro

Pasaron así dos meses; durante los cuáles creció el amor de Eugenia en la sombra y en el silencio; porque la simpatía secreta que la unía á Landon le reveló todos los días las cualidades nobles de este jóven. Desde entonces ya no vivió dentro de sí; su alma toda pasó á la de Heracleo y penetró temblando el secreto de su propio corazón.

Una noche se encontró por casualidad en el jardín sola con Landon durante un momento. Este con los ojos levantados hácia el cielo parecía sumergido en un éxtasis melancólico; Eugenia lo miraba con amor. En este instante una nube movida por el viento vino á ocultar la luna que Landon contemplaba como estasiado, y al mismo tiempo descubrió una estrella que de repente despidió una luz viva y pura. Este fenómeno tan sencillo estremeció á Landon, volvió los ojos

hacia Eugenia comparándola con esta estrella, cuya débil luz parecía consolarla en la ausencia del astro que le iluminaba. Este capricho de los génius de la noche, sin duda imagen fiel de su fortuna, le arrancó lágrimas, que en vano trató de contenér, y corrieron lentamente á lo largo de sus mejillas. Al ver estas lágrimas, Eugenia espermentó una conmoción que no pudo ocultar á Heracio. Este cogió entonces la mano de la jóven y le preguntó con interés la causa de su agitacion; pero Eugenia se levantó sin responder y apoyándose en Horacio que le habia ofrecido su brazo, quedó muda á las preguntas que la dirigia, conduciéndola aquel por las calles sombrías del jardín.

De repente la luna salió de la nube que la ocultaba y una luz viva inundó todo el bosque; Eugenia á quien embarazaban las preguntas de Heracio, le interrumpió diciendo:

—Alzad los ojos: el astro que adorais ha vuelto á aparecer; pare la estrella se ha vuelto á ocultar.

Heracio, se le había oido las primeras palabras de Eugenia, y exclamó:

—Ah! acepto el presagio, ojalá pueda...

No concluyó: pero estas pocas palabras fueron para Eugenia una sentencia: Landon sintió que se estremeceia; la pobre niña apenas se podia sostener: Horacio se apercibió de su turbacion y la hizo entrar en la sala que no estaba muy léjes de allí. Al llegar Eugenia se echó en un sillón donde quedó caal desmayada.

Horacio casi tan asustado como confuso principiό á sospechar la verdadera causa de esta indisposicion repentina. Ya, sin apercibirsele, un sin número de la-

zas secretas le unian á Eugenia; no hubiera creído encontrar para ella tantos sentimientos en su corazón. La señora d'Arneuse y la señora Guerin no impedirán que Heracio estuviese dedicado á ella exclusivamente.

A estas palabras: «la señorita está mala,» Regalia y Mariana habían acudido corriendo y su afición era grande al ver en tal estado á su señorita. Cuando volvió en sí, una mirada de la señora d'Arneuse las hizo salir de la sala; en seguida por otra mirada pareció preguntar á Landon acerca de este suceso, este la comprendió muy bien, y la respondió atribuyendo la indisposición de Eugenia á la frescura y á la humedad del bosque.

Eugenia confirmó esta suposición, dió gracias á Heracio por un movimiento de cabeza lleno de melancolía, en seguida se levantó y dijo que se encontraba mucho mas aliviada; y para dar de ello una prueba se fué despacio hacia su criada y dió algunos acordes. Durante toda la noche estuvo pensativa y triste, mas de una vez se asomaron lágrimas á sus ojos.

Landon participó naturalmente de la preocupación de Eugenia y le distrajeran un sin número de pensamientos nuevos que este suceso le sugeria. Contempló tantas veces el rostro de Eugenia, que ambas almas inquietas se miraron con señales de inteligencia como para preguntarse ¿que ha sucedido? Se pusieron á jugar al boston y cuando le tocó á Eugenia dar las cartas, sus dedos tocaron con los de Landon, y se la vió ponerse pálida de nuevo y quedar un instante sin volver á tomarlas.

—Pero, que teneis Eugenia? dijo severamente la señora d'Arneuse.

—Estoy mala, respondió con un acento deleroso, y sus lágrimas que había estado reprimiendo tanto tiempo, volvieron otra vez à correr por sus mejillas.

Landon era demasiado bueno y tenia un alma muy compasiva para no participar de los sufrimientos de Eugenia así como participaba de su cavilacion. Estaban tan distante de él lo que podia agradarla, que le era necesario las pruebas mas evidentes del sentimiento que le inspiraba y entónces examinó á Eugenia con tanto cuidado y tanta atencion que la señora d'Arneuse creyo que estaba enamorado de su hija.

Cuando vió las lágrimas de la jóven Landon resolvió cortar sus relaciones con esta familia; pero por desgracia habia proyectado una partida de campo para el dia siguiente, y habian ido á visitar el parque de Casan, y á la vuelta pensaban recorrer las orillas del Olse. Heracio se prometió encontrar un preteste para no ver á la señora d'Arneuse; despues de este paseo se retiró pensando en todas las desgracias producidas por un amor no correspondido, desgracias que demasiado cenocia él. Ne pudiendo sospechar toda la evidencia de los sentimientos de Eugenia, creyó que aun era tiempo de prevenir la berrasca que se iba formando sobre la cabeza de esta jóven ya tan desgraciada.

De vuelta á su casa, Landon quedó sumergido en nuevas meditaciones y per la primera vez desde hacia mucho tiempo, una nueva imágen pasó delante de su pensamiento como una ligera sembra. Era esto mucho para él, era quizas todo lo que podia esperar; paso

El paseo y sus consecuencias

Cuando por su parte Landon hubo dejado la sala vacia para Eugenia, la señora d' Arneuse incómoda y picada por que su hija habiera obtenido sobre ella la preferencia, rehusó la oferta que le hizo de desnudarla y cuando la pobre niña quiso ir á buscar su repa le mandó con dureza que se quedase en su sitio, y llamó á Rogalla. Manifestó su descontento á su hija del modo mas cruel para un corazon que ama; no le respondió, rechazaba sus atenciones con mal humor y volvía la cara á otro lado para no verla. Eugenia echó á su abuela una mirada tan sumisa y tan triste que la señora de Gaerin no pudo menos de decir á su hija.

—¿Qué tienes contra Eugenia?

—Nada, respondió la señora d'Arneuse con un tono de voz que significaba lo contrario: ¿piensa llorar?

mas vale que reserve esto para mejor ocasion; pero si cree que tales afectaciones le harán encontrar un marido, se engaña muy mucho: á los hombres no les gustan que las mugeres esten siempre quejándose y pujando; se figura sin duda que este es de buen tono, lo habrá visto en el diario de medas.

—No es culpa suya, esta pobre muchacha no lo puede remediar; le respondió la señora Guerin.

—Este nada importa, respondió con un modo ágrico la señora d'Arneuse.

En este instante la abuela dijo muy bajo á su nieta:

Fide perdon á tu madre y acuéstate tranquila.

Ageviada por el peso de sus sentimientos y de sus pesares que acababan de aumentarse, Eugenia asaltada además por dolores físicos, esperaba oír esas palabras consoladoras que una madre debe siempre á un hijo que padece, y toda esta escena y todas estas convenciones injustas no le dejaron oír la voz de su abuela: no era bastante fuerte para resistir á tantos choques simultáneos y quedó como petrificada.

—¿La estais viendo? exclamó la señora d'Arneuse señalando á Eugenia con un gesto de cólera. ¡Que marmoll..... ¡que ternura hacía su madre!..... váyase usted de aquí, señora.

Eugenia se aproximó para abrazar á su madre y para darle las buenas noches con una voz respetuosa y tímida; pero la señora d'Arneuse la repelió con violencia y la pobre niña se retiró con el corazón hecho pedazos y se deshizo en lágrimas al entrar en su me-

deste cuarte, único asilo donde podia respirar algunas veces.

Cuando dejó el salon, hubo un momento de silencio durante el cual la señora de Guerin no se atrevió á disculpar á Eugenio, pero espiaba el sentimiento nuevo de que estaba agitada su hija. No esperó mucho tiempo: la señora d'Arneuse sacudió la cabeza y rompió el silencio con una naturalidad estudiada.

—Nuestro jóven se desmiente algo...

—Si, respondió la señora Guerin, he observado en él esta tarde unos airo muy singulares.

—Yo no sé, contestó la señora d'Arneuse, pero me ha parecido vulgar; cree al fin y al cabo que no me ha de agradar mucho su sociedad, es demasiado libre.

Con motivo de esto, fijando la atencion con maña y con cierta exactitud en las imperfecciones del carácter del Horacio, hizo de él un retrato poco lisonjero.

—¿Habeis observado qué libertad extraordinaria tienen algunas veces sus discursos? Es irreligioso.

—Ah! y como aberrezco yo eso, dijo la señora Guerin; además, habla demasiado y muchas veces sus maneras no son del todo cultas.

—No; seguramente no, añadió la señora d'Arneuse no es un jóven tan completo como nos pareció á primera vista, yo siempre le he dicho; pero usted no ha querido creerme, es un hombre ordinario...

En fin, aquella tarde Mr. Landen no era ya ese Félix buscado con tanto arder y que tan dichosas habian sido de haberle encontrado. La señora d'Arneuse descendiendo la escala de su exaltacion; llegó por grados



á una opinion desventajosa de Landon. Sin embargo no llegó á dormirse sine prometiéndose no desdeñar nada para obtener una victoria completa en la partida de campo del dia siguiente.

Eugenia paso toda la noche en gamir sobre su situacion y en consultar á sus sentimientos. Se confesaba á sí propia en espanto su pasion naciente hacia Landon, porque sentia que hasta su último suspiro seria su corazon de Heracleo.

Esta revelacion no carecia de atractivos para ella, pero de repente una vez falta le decia que Landon habia amado y que nunca podria tener otro amor. Por cima de todas estas fluctuaciones aparecia la pródiga y loca esperanza que se elevaba en su alma como una aurera. Eugenia aceptó el porvenir con confianza, seducida por un pensamiento ingénue, que es el primero que se le ocurre á las muchachas que aman; se imaginó que el amor era tan vasto y le ofrecia tantos placeres inocentes y secretos que no hallan nunca del recinto de su corazon; y por lo tanto limitarse á amar sin ser amada. Hallaba ya tanta felicidad en soñar asi en Landon, que llegó á esperar. ¿No se habia ya convertido su amor en una égida bajo la cual no temblaba al pensar en la severidad de su madre? El recuerdo de Landon borraba los rastros de todos sus dolores. Lloraba aun, pero no habia ya amargura en sus lágrimas.

Por la mañana se despertó, pensando en que iba á pasar una parte del dia con Mr. Landon y la felicidad presente la absorbió por completo. Se senrió al ver la naturaleza que la favorecia: tenia el cielo una pureza admirable y Eugenia dió gracias á Dios. Se vistió

con cuidado, pero sin lujo, arregló sus cabellos con una graciosa sencillez que aumentaba los encantos de su rostro; despues se puso un vestido de muselina: ese tocado blanco le daba el aire de una virgen de los cielos.

Entró en el cuarto de la madre y con una efusion de corazon verdaderamente tierna, con un elvido encantador de la dureza con que habia sido despedida la noche anterior, corrió á abrazarla. Su madre volvió la espalda y siguió haciendo lo que antes como si su hija no hubiese entrando en su cuarto. La señora d'Arneuse estaba ocupada con Rosalia en reunir todos los recursos del arte de tocador para reconquistar el prestigio de sus atractivos: la maliciosa doncella le daba los ensejes más perversos, al mismo tiempo que la lisonjaba; y cuando parecia tener un esmero particular en adornar su cabeza, se esforzaba en hacerle adoptar todo lo que le pagaba menos. Despues la señora d'Arneuse echando á Eugenia una mirada desdeñosa la dijo con irenia:

—¿A qué baile piensas ir?..... Espero que si has de venir con nosotros no te quedarás con ese vestido de muselina..... A meses que no pienses dejar un pedazo en cada mata.

Eugenia salió, se quitó el vestido suspirando, se puso otro de indiana de color escuro, y volvió á aparecer delante de su madre la cual le dijo con sequedad....

—¿Sois acaso carmelita?

La pobre muchacha corrió á ponerse un vestido de merino encarnado y la señora d'Arneuse no hizo mas

que esta observacion: «Eugenia vá á tener mucho ca-
lier.»

—¿No hubiérais debide añadir, consultar á vues-
tra madre antes de vestiros y venir á saber mi opi-
nion? ¿No tenéis acaso madre ó la habeis olvidade?

Pero ya no era tiempo de hacer un nuevo cambio,
porque Mr. Landon acababa de llegar. Eugenia se
quedó pues con su vestido de merino; apenas Mr. Ho-
rasio estuvo en el salen, apenas la señora d'Arneuse
oyó á los caballos dar con la herradura en las piedras,
se puso encantadore, recobre su inavilidad, sus pre-
tecciones, su aire gracioso y partieron para Casan á
gran trate.

Las dos señoras ocupaban el fondo del coche; Eug-
genia se colocó en frente y á su lado Horacio el cual
muchas veces se veia obligado por los movimientos
del carruage á tocar ya los brazos, ya les rizes de la
jóven.

Estaba hermosa la mañana, y el cuadro admirable
de aquel valle encantador, desplegaba á cada instante
los tesoros mas ricos de una naturaleza casi siempre
armoniosa y pintoresca.

—Que hermosa está la mañana! exclámó Landon
despues de un largo silencio.

—Ah! respondió Eugenia con voz tímida.

—¿Qué queréis decir, Eugenia? le preguntó su ma-
dre con un aire falso de bondad.

—Jamás, replicó con calma, jamás el campo me
ha parecido mas risueño; este viage tiene además pa-
ra mí una novedad que me encanta.

—No sabes lo que te dices, le replicó duramente

su madre, lanzadola una mirada que le imprimió silencio.

Eugenia miró á Landon con dolor, inclinó su cabeza y se calló. Horacio se conmovió tanto mas al ver esta profunda sumision cuante que recordó sus reflexiones del dia anterior: admiró á Eugenia en la conversacion que se entabló, y tuvo un cuidado particular en dirigir muchas veces la palabra á la jóven con atenciones muy espaciosas.

Chescó este á la señora d'Arneuse hasta el último punto y antes de llegar á Casan habia tomado con Mr. Landon un aire tan altanero y de dignidad cuya causa adivinó este fácilmente; pero perseveró en prodigar mas y mas atenciones á Eugenia. Entónces la pobre abuela se esforzaba en paliar las frases algo severas que su hija empezaba á lanzar contra Horacio, el cual se divertia demasiado para proveerlas.

Habia tenido cuidado de hacer traer un buen desayuno al magnifico pabellon chine del parque de Casan. Se pasó el dia en pasear por esta hacienda encantadora, en la cual un antiguo arrendador general habia desplegado todo el lujo y todos los recuerdos del terreno.

Al volver una calle de árboles, Eugenia viendo todo el mal humor que las atenciones de Landon reunia en el corazon de su madre, se apremió á él y le dijo en voz baja y con tono de súplica.

—Por Dios, caballero, no me hableis mas, mi madre... se sonrojó y no pudo concluir.

Conociendo despues que se aumentaba su turbacion, se refugió al lado de su abuela decidida á rechazar

zar desde entónces todas las atenciones del jóven, sacrificando así el mas vivo de los gozes al temor de afligir á su madre. Eugenia se acercó á la señora Guerin en el momento en que la señora d'Arneuse se separaba de ella despues de haber tratado de hacerla participar de sus nuevos sentimientos de ódio contra Landon, y sus espressiones habian indicado á la abuela cuan profunda debia ser ya esta aversion repentina, y sobre todo, qué tempestad estaba prento á estallar contra Eugenia.

Volvieren por la tarde á pié por le largo de la orilla del Oise; todos estaban disgustados y habia por lo mismo largos rates de silencio. En efecto, la señora Guerin temia todo de la animacion de su hija; temblaba de ver á Mr. Landon alejarse de su sociedad, y en esta hipótesis su proyecto perdido sin recursos, así como la cesasion de casar á Eugenia eran dos ideas que no podia mirar sin estremecerse. Eugenia se parecia á esos pasajeros que bailan sobre cubierta sin cuidarse de las nubes del horizonte. La señora d'Arneuse irritada por los pequeños acontecimientos del dia, dudaba entre el deseo de ver á Horacio y la intencion de desterrarlo de su casa; hablaba poco, pensaba mucho y contaba como celes las miradas que Landon dirigia á su hija aconsejandele su furor que dejase de recibir á Landon. En cuanto á este último, se reprochaba de abandonar á Eugenia en su desgracia; su conciencia hablaba y él escuchaba su conciencia. Casi todo este paseo estuvo consagrado á la meditacion porque cada uno estaba dominado por un presentimiento diferente, pero todos parecian esperar una mudanza; y la

ca'ma de la atmósfera, el ruido del agua, los fuegos del sol que se ponía, el aire puro del campo y hasta la yerba misma sobre la cual iban andando y que ahogaba el ruido de sus pasos, todo contribuía á conservar este silencio lleno de desagrado.

Heracio encontró el medio de hacer recaer la conversacion sobre su próxima partida; hablo primero de los sucesos políticos y de la llegada de los Borbones, etc., etc. Sus intereses le llamaban á Paris; debía ir á ver sus propiedades, volver á la nueva corte, en fin, anunciaba á la señora d'Arneuse que sin saber la época de su vuelta, desde «mañana»... Apenas hubo pronunciado esta palabra, cuando Eugenia que iba andando delante de su madre se volvió y miro á Landen. La señora d'Arneuse, cuyas dudas habian llegado al último grado de celo é impaciencia, empujó á Eugenia de un modo algo brusco y diciendole con una voz ronca por la colera:

—¿Te vas á parar para que te pise?

Eugenia tropezó con una raíz de un árbol que la oscuridad impedía distinguir, perdió el equilibrio y cayó desde todo lo alto de su cuerpo. En este sitio la orilla formaba una pendiente, á lo largo de la cual se resbala hasta llegar al agua, despues de haber intentado muchas veces agarrarse á las piedras, á la arena y á la yerba arrastrandola tras si; se la vió luchar contra la muerte, levantar las manos por cima de su cabeza y desaparecer bajo las aguas. Por desgracia en este sitio el rio era muy profundo y su corriente muy rápida.

Landen se habla echado á nado y la señora Guerin

vertiendo gruesas lágrimas tenía en sus brazos á su hija desmayada. Apenas hubo vuelto en sí la señora d'Arneuse cuando principió á dar gritos agudos.

Mientras que Landen se sumergía en el fondo de las aguas para encontrar á Eugenia, la señora d'Arneuse pedía auxilio á su madre y á las personas que habian acudido al oír el ruido. Pero su desesperacion aunque verdadera, no dejaba de tener algo de cómica tan arraigada estaba en ella esta costumbre. Se adelantó con rapidez hacia el precipicio y lo miró con los ojos desencajados como si hubiera querido seguir á Eugenia en espacion de sus faltas. La contraccion de su rostro aterró á la señora Guerin y á los espectadores de esta escena horrible. Los sentimientos naturales que la señora d'Arneuse se había propuesto siempre sofocar, volvieron á ejercer sobre ella todo su imperio; ahora era su madre, y aun aquellos que ignorasen menos sus faltas, la hubieran olvidado en este momento al aspecto de su desesperacion.

De repente un nuevo berbeton de agua anunció á Landen, el cual apareció por medio del río sacando á Eugenia por los cabellos; la cejió con una mano por la cintura, nadó con la otra, é hizo todos sus esfuerzos para llegar á la orilla donde pudiese descansar facilmente del peso que ya apenas podia sostener.

Al ver á su hija, la señora d'Arneuse demostró una alegria tan viva, tan verdadera, como profundo habia sido su dolor: la señora Guerin muda y pálida habia llegado ya al sitio donde Landen trataba de llevar á la jóven; la abuela se dejó deslizar por la yerba, y llevando de alegria, sus manos débiles recobraron las

fuerzas de la juventud, suscendió á Eugenia y la puso sobre la orilla.

A la vista de este tierno espectáculo, la señora d'Arneuse bajó con rapidez, y quitó á su madre el honor de este desahogado, cogiendo en brazos á Eugenia y llevándola á lo alto de la ribera. Allí la sentó en sus rodillas, la cubrió de besos y tranquilizada ya sintiendo latir el corazón de su hija, se entregó á demostraciones en las cuales volvió á aparecer su afectación acostumbrada.

La señora Guerin quitaba el cinturon y afisjaba el corsé de su nieta y entonces abriendo esta los ojos echó en derredor suya una mirada indecisa, buscando su libertador que su corazón sabia muy bien quien era.

—Eugenia, soy yo!... háblame, hija mía, te amo, te adoro...

Y la señora d'Arneuse la abrazaba con fuerza, la cubria con su chal y con el de la señora Guerin y la calentaba apretándola con su seno.

En este instante, Eugenia habiendo buscado en vano á Landon apretó el brazo de su abuela y dijo con una voz apagada.

—Ah! cuán feliz soy!... en oír por fin á mi madre.

La señora d'Arneuse vertía torrentes de lágrimas.

Los muchos disgustos que habia causado á esta amable, niña, se le presentaron en toda su magnitud, y juró hacer lo posible para repararlos, La mirada de la jóven parecia saludar á la naturaleza, La señora

Guerin que la contemplaba con inquietud, buscaba con la vista al libertador de su nieta.

Durante esta escena, Horacio se habia ido precipitadamente hácia Beaumon; y cuando vieron desde lejos llegar su coche y los caballos cubiertos de espuma, admiraron su presencia de ánimo y la bondad [Inteligente de su corazón.

Vió á la señora d'Arneuse que tenia á su hija entre sus brazos en una actitud estudiada.

—Eugenia, te duele algo? le preguntaba. Que sientes? Ah! falta paseel día cruel!

—Ah! respondió mirando á Horacio, no me duele nada.

Landon abrió la portezuela del coche, ayudó á la señora d'Arneuse á subir á su hija y á colocarla en el fondo del carruaje: los cuidados del jóven habian reunido allí cuanto era necesario para preservar á Eugenia del frío que debía apoderarse de ella. La señora d'Arneuse pudo entonces desplegar una actividad silenciosa, trasluciéndose en ella mas ingenio que cariño, Landon dió la orden de ir de prisa y en un momento llegaron á Chaubly.

Cuando Eugenia acostada en la cama de su madre hubo declarado no sentir ningun dolor, Landon se acercó á ella para saludarla antes de retirarse; entonces la joven le miró sonriéndose y le dijo con dulzura.

—Ahora no os ireis ya! ¿No sería una crueldad el rehuser recibir las manifestaciones de mi reconocimiento?

Landon se sentó á su lado y no respondió; inquie-

a por este silencio no se atrevió á insistir y le preguntó inmediatamente ruborizándose:

—Pero ves, caballero; no sentis nada? no se escusan mas que de mí y de vos?

Landon no respondió sino con un movimiento de cabeza y por una mirada expresiva. Despues de haber eido al médico declarar que Eugenia quedaria restablecida al dia siguiente, se retiró saludando á los dos señers con ana afectacion ceremoniosa, y se despidió de Eugenia con una voz conmovida. Despues de su partida, la jóven se puso triste y queda pensativa, pero las fatigas que habia experimentado la sumergieren en un sueño profundo.

La señora Guerin aprovechó este momento para hacer á su hija algunas reconvençiones sobre el modo con que se habia conducido con Eugenia. La abuela salió fuera de su caracter airiendose á tomar el tono que autorizaban su edad y su cualidad de madre.

—¿Crees tu, querida mia, decia la señora Guerin, que tu hija, que ha vivido en un aislamiento absoluto, pueda ver impunemente á Horacio? Mucho me teme que esté enamorada de él; deberiamos asegurarnos de esto y hacer todos los esfuerzos para cazarla con este jóven; es un buen partido!

—Jamás llegarà á ser mi yerno, señora, lo detesto, lo abemino, me es imposible continuar viéndole: ¿que tiene él la culpa de lo que ha sucedido á mi hija? juro no recibirle mas en mi casa.

—Pare, Eugenia lo ama; dime Sofia, ¿qué harás? La escena de ayer es una buena leccion. ¿Crees que mi mucha esperiencia no me sirve de nada, y que me

se pueden escapar las cosas? Desde aquel día que se puso Eugenia desazonada cuando volvió del jardín me figure lo que podría ser.

—Mi hija, respondió de un modo sgriso Mad. d'Arneuse, no puede tener otros sentimientos que los que le haya inspirado su madre. Está muy bien educada, para que nadie tenga derecho de interpretar sus males de un modo tan desventajoso. Si la he reñido esta noche ha sido únicamente porque debe saber que una señorita no puede ponerse mala delante de un joven. Educo à Eugenia con alguna severidad, pero es por su bien; demasiado dulzura es perjudicial, porque hace à los niños ingratos.

—Eugenia es muy sensible, replicó Mad. Guerin, y à la verdad que algunas veces la haces sufrir demasiado.

—He hecho mal, señora; pero en esta ocasion me permitireis que antes de casar à mi hija os haga una reflexion. Bastante hemos tenido con un casamiento por razon de estado y.....

—Ah! hija mia, no te incomodes, no me mires así, veinte años hace que lloro este casamiento fatal. Bien yo me he equivocado, Eugenia no ama à Mr. Landen.

Mad. d'Arneuse habia dicho, oponiéndose al parecer de su madre, que Eugenia no podía amar à Landen; era lo bastante para que persistiera en esta opinion, à pesar de la misma evidencia. Se durmió pensando en su hija y en el juramento que habia hecho de tratarla con menos severidad.

Durante el paseo fatal, Nikel habia ido à pasar el dia al lado de Rosalia y Mariana. Estos dos gefes de la

intriga, muy de antemano habian designado este dia para dar un golpe decisivo. El buen Nikel cumplia siempre la prediccion de su amigo el trompeta prestandose á todas las tonterias posibles, poniéndose á disposicion de Rosalia. Sirviéndose de mil astucias, de promesas dulces y de palabras lisongeras habia persuadido al cazader de la conveniencia de hablar á su amo de casamiento.

—Ah! decia Rosalia, Mr. Nikel tiene tanto talento.

—Y habilidad y destreza, añadia Mariana.

—Haceis todo lo que querais de Mr. Landen continuó Rosalia.

—Lo maneja como á un niño, replió Mariana.

—Entonces tendremos muy pronto dos bedas á un mismo tiempo, decia la doncella.

—Ah! Rosalia, mi pobre Rosalia, exclamó el cazader, no conocéis á mi amo, hay para él palabras y miradas que son peores que balas de cañen; y cuidado con la derreta!

El cazador se volvio á su casa, encargado de una misien delicada, pero animado por los elogios, aguijeado por su amor, habia meditado, visto, revisto y estudiado el modo con que debia entablar la accien con su amo. Cuando Landen llegó á su casa y cuando Nikel le ayudó á desnudarse, el cazader hacia ex-presese su servicio con una lentitud no acostumbrada.

—Dios mío! ¡que aventura os ha sucedido! señor, vuestra ropa esta tan mojada como una garita.

—Es que me he bañado.

—¿Delante de esas señeras?

—Delante de esas señeras.

—Pues decid, señor, que es una famosa incoherencia..... Bah! habreis salvado á alguno que bebia en el gran vaso! está bien, algun dia vais á dejar al pobre Nikel sin amo.

Londen guardó silencio.

—Ah! he acertado, continuó Nikel; habreis pescado alguna trucha.... En vez de arriesgar vuestra vida para salvar á un cualquiera, deberiais mas bien salvar á la señorita Eugenia.

—Que quieros decir!

—Ah! yo lo entiendo.

—Vames habla.

—Pues señor, todo el mundo repite, hace un mes que os casábais con la señorita Eugenia á quien amais á sus ojos han llegado sin duda estos rumores y no le lleva á mal por cierto, porque tambien os ama. Resalia sabe todo este.... yo he tomado vuestra defensa he dicho que contabamos con una buena fortuna para que os fuérais á casar con una muchacha que aunque es bonita todo lo que tiene que esperar son 10000 libras de renta; es desgraciada, esto es muy cierto; pero no es una razon para que renunciemos á nuestra independendia.

—Sin embargo, intrrrumpió Londen, ¿no tratas tú de casarte?

—Yo, mi coronel, lo confieso; pero Resalia vale á mis ojos tante como su señorita, aunque no es tan desgraciada, y nuestras fortunas son iguales, ni uno ni otro tenemos nada: es el medio de no embrollarnos en el contrato; aun soy mas rico que ella; porque tengo un buen amo..... además, mi coronel, no podemos

quedar siempre solteros, es preciso acabar por tener una mujer: cuando se encuentra una que nos ama, como decía el trompeta Duvigneau, es como el pan de municien, es preciso siempre llevarlo consigo. Muchas veces es duro, es verdad, como decía Duvigneau, es negro, esto es cierto, pero cuantas veces lo hemos encontrado con placer en Egipto, en Italia, en España, en Rusia; es el amigo del soldado y en la Berezina se vendía á peso de oro, y cuidado que Duvigneau tenía talento, mi coronel.

—Tú crees que Eugenia me ama? dijo Heracio con un aire pensativo.

—Rosalla está persuadida de ello... y la pobre niña es muy desgraciada. En lugar vuestro, mi coronel, yo no se si... no se encuentran muy á menude muchachas tan lindas; es decir, sería como un conscripto de 1812 y constante como una cañana, y nos encontraremos en los campos de Lucía y de Borgoña haciendo brincar á vuestros chiquillos y yo á mis pequeños Nikels. A fe mía, que este es un encanto; vivan el amor y Mr. el Mayer! como decía Duvigneau, Pensad en esto, mi coronel.

—Ah! exclamó Landon, cuando no se puede corresponder al amor que se inspira, sería una traición dejar creer lo que no es cierto, y dejárselo creer á una jóven tan estimable.

—Bah! replicó Nikel, para nosotros no hay mas que una muger en el mundo. Un lancero amigo mio, me decía, que el diablo le destinaba á una siempre tres balas fatales... y Dios puede reservarnos tres muchachas...

—Déjame, dije Landon.

Los sucesos habian dispuesto de tal modo á Horacio que las palabras del cazador, aumentaren hasta lo sumo su indecision. Principió un combate interior en su alma, donde luchaban ideas opuestas, donde se levantaban voces contrarias que escuchaba con una especie de impasibilidad: la primera se oponia á este casamiento reclamando á Landon para una imagen siempre presente: el otro abogaba en favor de Eugenia, que prometia un reconocimiento sin limites hacia su libertador, y un amor inalterable á un esposo á quien deberia al mismo tiempo la vida y la felicidad. La juventud y la hermosura de Eugenia hablaban tambien en vez alta.

XIII.

La declaracion

Landon pasó la noche escuchando estos consejeros diversos, y al otro día por la mañana escribió á Eugenia la carta siguiente.

«Señorita, me presenté por primera vez en casa de vuestra madre, atraído por el vivo interés que me inspirábais. Os ví: todo revelaba en vos el sufrimiento; desgraciado como vos, admiré el valer con que soportais vuestras penas. Esta primera impresión ha llegado á ser cada día más fuerte, y no deseo otra cosa en el mundo que hacer cesar las penas á que no pondrá término la desgracia de que acabais de ser víctima. Vuestra situacion respecto á vuestra familia, es cada vez mas delicada y las faltas de que debe sentirse culpable vuestra señora madre, harán reinar entre ella y vos un embarazo mas incómodo que los peores embarazos anteriores. Os ofrezco un medio de salir de este

suplicio: concededme vuestra mano; no me presente á vos si no con el título de desgraciado. Quizás confundiendo nuestras penas aligerarémos su peso. No me atreva á prometeros un corazón digno del vuestro; pero si no hallais en mí la vivacidad de un alma que no ha recibido golpes crueles, podeis al menos contar en una paz inalterable, en una dulce libertad, y tal vez será para vos una misión agradable vivificar un corazón muerto, y crear en mi alma un alma nueva! la esperanza es para vos naciente, quizá para mí no hace mas que dormitar, vos la despertareis.»

Nikel recibió la orden de entregar la carta á Rosalia para que la señorita d'Arneuse la pudiese leer en secreto. Entonces salió el cazador creyendo esta vez haber convertido á su amo tomó un aire cien veces mas importante; tropezó con dos criadas al atravesar el patio. En el camino su imaginacion volaba admirablemente, determinò la época del casamiento de Heracio, reunió las dos casas, se hizo el «factotum,» se casó con Rosalia, volvió á Paris, estaba ya en el palacio de su amo, cuando llamó á la puerta de la casa de la señora Arneuse:

—¡Victoria! dije á Rosalia dándole un abrazo.

—¿Y qué quiere decir esto? ¿Queréis acabar de una vez?

—¡Victoria! repitió el cazador dándole la carta con la orden expresa de entregarla en secreto á la señorita d'Arneuse. ¡Vaya Rosalia, no dirás que es un tanto tu apasionado Nikel!

Rosalía le respondió con un chiste y supo, no sin gran sorpresa, el éxito feliz de sus intrigas.

Al día siguiente Eugenia se puso mucho mejor y pudo levantarse. Su madre en quien se había obrado una gran reacción la llenó de caricias y tuvo con ella el mayor cuidado para que no le faltase nada. Así es que Rosalia que antes no debía servir á la señorita d'Arneuse recibió la orden de ir á vestir. La doncella que no sabía nada de la aventura del día anterior sobre la que cada uno movido por sentimientos más ó menos delicados había guardado silencio, se admiró de este cambio repentino y sobre todo del cariño que nuevamente la señora d'Arneuse manifestaba hácia su hija.

La linda Larüdeciana subió precipitadamente al cuarto de Eugenia por tres razones: en primer lugar estaba impaciente por saber el suceso que podía motivar estas variaciones importantes; porque la curiosidad vá siempre en primera línea; además la carta de Mr. Landon quemaba por decirle así, la faldriquera de su delantal, y lo que Nikel acababa de decirle, anunciaba mayores sucesos, y en esto su amor propio se encontraba interesado; en fin, su buena índole, y sus buenos sentimientos la impulsaban á felicitar al joven Landon por el placer que debía experimentar en encontrar el corazón de una madre y al mismo tiempo la tranquilidad.

— Señorita, dijo sonriéndose ó imitando el aire digno de la señora d'Arneuse, vengo de parte de su señora madre á vestir á la señorita. Parece que hoy está usted en favor. Dios quiera que dure mucho.

— Durará, Rosalia, lo espero; en mucho tiempo no olvidara mi madre el día de ayer.

—¿Pues qué ha sucedido, señorita? dijo la doncella apoyándose en su codo en una posición que revelaba gran curiosidad.

—No es posible decirlo, Rosalia, y si me tienes algun cariño, no harás ninguna tentativa por saberlo... Eugenia pronunció estas palabras con un aire á la vez tan bendadose y tan digno que impuso silencio á Rosalia. Entences la doncella con un aire malicioso metió la mano en la faldriquera de su delantal, y sacó el billete de Mr. Landon; lo enseñó de lejos á su ama, y se ruborizó haciendese cargo de donde podía venir esa carta, y así es que al cogerla no pudo menos de decirlo.

—Bien se conoce que le amais.

—Qué locura! respondió Eugenia haciendo por sonreirse: no hay duda, no se si debería llevar á mamá esta carta.

—Guardáos bien de ello, Nikel me ha dicho que era selawente para vos.

Eugenia leyó la carta peniéndose de mil colores; la apretó contra sus dedos y bajo á la sala donde quedó profundamente preocupada. La agitacion interior á que estaba entregada y que oscurecia su rostro, pareció inquietar vivamente á su madre. La señora d'Arneuse hizo observar á la señora Guerin que tan pronto se ponía pálida como celerada, que sus ojos se fijaban indiferentes en el primer objeto que encontraban y acababan por arrasarse en lágrimas. En efecto, la idea de deber la mane de Landon á la confesion tácita de las faltas de su madre, hirió la delicadeza de Eugenia. Contenta primero con la oferta contenida en

la carta, descubrió fácilmente que no era el amor lo que inspiraba á Landen al escribirla, y entonces se apoderó de ella un sentimiento que debía atormentarla cruelmente.

Durante todo el día combatida por sentimientos diversos, vaciló entre mil resoluciones; pero su respeto hácia su madre fué inflexible y desterro irrevocablemente las esperanzas de su amor; por la noche escribió á Landen en secreto la carta siguiente:

«Os equivocáis mucho si me creéis desgraciada al lado de mis dos madres; las quiero con todo mi corazón, y este mismo sentimiento basta la para hacerme feliz aun cuando mi cariño hacia ellas no estuviera correspondido. Estas dos seres son las únicas que han de protegernos y guiarnos en la vida. Por muy débil que es puezca el sentimiento que tienen hacia mí sería dichosa que un esposo correspondiese al cariño que tuviera hacia él con una amistad tan dulce y tan duradera. Habeis vivido mucho en el mundo, habeis debido ver muchas familias que afectan delante de los extraños una unión que no existe en el interior; la nuestra es siempre la misma: mi madre viva, pronta, exaltada, debe tener en sus reconvenções la vivacidad que tiene tambien en su amor. ¿Podría cambiar de carácter por su hija? No me toca á mí mas bien el conformarme á lo que tenga de severo, y no debe tener tanto mas reconocimiento por las señales de cariño que me da, evanto que no es ciego este cariño? Si estas señales os han parecido débiles y raras, ¿por qué hacérmelas comprender? Podría sentir que fuese así, pero no parecerme mal. ¿Tengo yo acaso la experien-

¿La que han adquirido mis padres para que me permita juzgarles? Si mi madre es severa conmigo ciertamente tiene poderosas razones para serlo y sería para mí una consuela ver la violencia que se hace para obrar algunas veces con un rigor aparente. Semos débiles, ostamos destinadas á sufrir, la naturaleza y vuestras leyes le han querido así. El casamiento tal como me lo han pintado, es un deber de la obediencia pasiva, mi madre al hacerme aprovechar su experiencia quiere sin duda acostumbrarme con mucha anticipacion á la sumision que necesitamos en la carrera de pruebas que debemos todas correr con mas ó menos fortuna, y si yo murmurase hoy de mi madre tal vez mas adelante cuando ya no existiera para gozar de mi reconocimiento pensaria con un arrepentimiento muy amargo en la bendiccion con que he pagado los servicios que me hace: ¿me atreveré y confesaroslo, caballero? me parece ver en vuestra carta que me tendeis un lazo para conocer mi carácter. Sois vos el mismo que tantas veces habeis enternecido, hablándonos de vuestros sentimientos de familia quien me escitais hoy á calumniar á mi madre?

«Mi pensamiento nese ha fijado en la oferta que me hacéis: sería preciso para que yo diese acogida á una proposicion tan hermosa, que la creyera dictada por un motivo en el cual la piedad, la compasion no tuviera ninguna parte, y aun en este caso no era á mí á quien tocaba responderos. Hay sin embargo un sentimiento que eternamente vivirá en mi alma, porque, eternamente en estaré agradecida. El lazo que me une á vos es independiente de todas vuestras acciones y de

vuestra conducta para conmigo; ya sea que continuéis visitándonos, ya sea que os retireis, ya que me manifestéis ó no amistad, essitareis siempre en mí un recuerdo casi religioso. Mis votos os seguirán por todas partes cualquiera que sea la distancia que nos separe y el sitio donde os halleis. Si en la primavera huele una flor, despnes de Dios y de mi padre, diré, á el debe este perfume. Mi reconocimiento me asociará á todas las acciones de vuestra vida y nada de lo que pueda regocijaros ó entristeceros me será indiferente. Muchas veces por la noche ¡ay! siempre cuando mire hacia la luna para verla rodando en medio de las nubes, mi corazon se eleverá hacia el cielo y mis oraciones estarán llenas de vuestros recuerdos. Me contemple feliz porque he hallado una ocasion de presentaros la espresion sincera de la amistad que me inspirais. Si al responderos me ha llevado mi corazon mas allá de lo conveniente, cuente con la nobleza de vuestro carácter y con vuestra bondad, que me perdonarán el abandono de una jéven que no sabe echar un velo sobre los sentimientos de su alma.»

«Eugenia d'Arneuse.»

Mas de una vez mejoró esta carta con sus lágrimas y cuando la concluyó, rodeada la pobre muchacha del silencio de la noche, se quedó por espacio de mucho tiempo en una de esas meditaciones en que los pensamientos confusos y poco distintos se dirigen por sí mismos hacia un ser ó hácia un objeto en que no quisiera uno pensar; pero es en vano no quererle, porque es dueño de toda nuestra alma. Esta enagenacion que no se puede comparar sino con las indulgencias

de las alas que se amentonan sin ningun orden aparente y que sin embargo llegan todas á la orilla, esta enegacion mental es sobre todo propia del amor que saca de él su mayor fuerza.—Es fácil complacerse en esta meláncella de la cual se sale siempre mas enamorado del objeto que se ama. Eugenia estaba secretamente satisfecha de las relaciones que se entablaban entre Landen y ella: en el fondo de su corazon esperaba dominarle ocultando desde luego su pequeña coqueteria bajo el velo del amor filial. Sin embargo, discutió consigo propia las expresiones mas insignificantes de su carta, titubeó mucho tiempo antes de enviarla, haciendo esfuerzos para prejuzgar su efecto y perdiéndose en suposiciones contradictorias; sin embargo, le quedaban siempre mas esperanzas que temores: ¿que debia contemplarse dichosa al ver que se establecia entre ella y Landen una correspondencia? No durmió mas que un instante y soñó con el casamiento.

Al dia siguiente Resalla se alegró de tener que llevar una carta; así es que salió riendose y cantando: una carta era para ella señal cierta de buen éxito.

—Cuando se responde á alguien, decia entre si, es prueba de que se tiene dotes de entenderse con él. Cuando estuvo de vuelta la fiel doncella, la señorita d'Arneuse sabiendo que Heracio habia recibido su respuesta y que en aquel momento la estaria leyendo se sintió asaltada de nuevos temores. «Ahi nunca me amará, decia entre si; pide mi mano y yo rehuzo! Al principio de mi carta hay algunas expresiones duras! quizás le habrán ofendido, habrán lastimado su

delicadeza... Una vez es feliz, dirá el; que se quede con su madre... Pero no quiere él á otra? La respuesta que me dió en el jardín prueba cuanto le preocupa aun esa pasión... Per qué he sido tan altiva?... No debo contentarme con el amor que le tengo?... Si yo llegara á ser su muger, le sería imposible no quererme, hubiera hecho todo cuanto hay que hacer para conseguirle... ahora he cortado mi felicidad por su raíz. Es preciso que me adere para que se case conmigo... Algunas veces su cerasen la decia: te adoraré... En fin, experimento todas las zozobras, todos los temores que una jóven tímida debe sentir despues de haber dado un paso tan atrevido.

Desde que Heracio habia ofrecido su mano á Eugenia, por una consecuencia inexplicable de un capricho de la naturaleza, se agolparon á su mente un sin número de reflexiones las mas contrarias á este proyecto. Se arrepentia sinceramente de haber cedido de un modo tan aturdido á su primer movimiento de bondad; estaba triste, pensativo, y su conciencia no le convenia por una accien que no estaba de acuerdo con los sentimientos de su vida pasada y presente. Cuando llegó la carta de Eugenia, buscaba ya los medios de eludir la promesa fatal que habia echo. Leyó con ansia esta respuesta, y cuando hubo concluido se sintió descargado de un peso de que estaba abrumado, respiró con mas libertad, y volvió á leer la carta como un prisionero que hace que le repitan muchas veces la orden que le pone en libertad, tanto trabajo cuesta el creerlo.

Pero ésta vez la lectura le inspire un sentimiento

te de admiración hacia Eugenia. En cada línea creía oír su dulce eco de voz; el amor y la sumisión hablaban con tanta delicadeza y con elocuencia tanta, que no acabó su carta sin enternecerse; le asaltaron después tres pensamientos: ¿no era Eugenia un ángel de dulzura? Acostumbrada desde su tierna edad al despotismo y al temer; ¿qué peligro podría haber en casarse con ella? Mas dichosa que en el seno de su familia, ¿podría concebir nunca el pensamiento de abandonar un protector, un amigo, para correr tras otros placeres? Era linda, encantadora!...

—No! exclamó Landon, no es ella quien haría traición á su esposo.

Estas palabras le hicieron recordar su desgracia, y después de una lucha terrible, una reflexión le iluminó de repente:

«Ella» también parecía pura y casta, era más hermosa y había yo recibido de ella otras muchas pruebas de amor! ¿Quién me responde de la constancia de Eugenia? ¿Sé yo la impresión que el casamiento producirá en su alma? No le será difícil encontrar un hombre más seductor que yo, pero, agregó, ¿no he jurado no fiarme de ninguna mujer? ¿Iría yo á aventurar por segunda vez mi vida en el ser más débil? No.

La sentencia estaba dada. Nickel esperaba con gran curiosidad el efecto que produciría la respuesta de Eugenia. Heracio le llamó; le dijo que fuese á buscar corriendo caballos de posta.

—¿A dónde vá mi amor?

Heracio le respondió con una mirada que paralizó muy pronto la lengua del cazador. Nickel había sido

militar y cuando su amo mandaba militarmente, el aposentador le obedecía del mismo modo; además ignoraba si la partida de Landen estaba ó no de acuerdo con los proyectos de casamiento; y cuando supo que iban á Paris, dijo para sí:—Vamos á buscar los vestidos de boda.

Landen, no tarde en partir, y cuando salió de Chambly lejos de olvidarse de sus habitantes, llevaba la mayor inquietud por la suerte de Eugenia. El amor propio le hacia tambien desear saber la impresion que produciria en ella su viage.

XIV

La partida

Cuando Landen pasó delante de la casa de la señora d'Arneuse, las tres señoras estaban en la sala, cuyas ventanas abiertas permitieron á Eugenia ver perfectamente al viajero.

—Se marcha Mr. Londen! exclamó; se ruberizó y bajó la cabeza hácia su laber guardando el mas profundo silencio.

En este momento sintió una conmocion terrible; su vida toda descansaba en esta cabeza querida y en un solo minuto se desploma el edificio brillante de sus esperanzas.

—¡Qué hombre! exclamó Mad. d'Arneuse, nos deja sin haberse informado siquiera de la salud de Eugenia! tiene un corazon seco, frio, empedernido, yo siempre le he dicho.

—Muger, respondió la señora Guerin, puede que tenga negocios muy urgentes.

—Señera, podría... debía haberse parado delante de nuestra puerta.

—Es verdad, dije la señora Guerin.

—Maldite sea el día, continuó la señora d'Arneuse en que ese hombre puso los piés en mi casa; porque desde entonces, ¡cuántas desgracias nos han sucedido! ya veis qué palida está Eugenia. ¿Estás incómoda, hija mía? el aire que entra debe hacerte mal; Rosalia, cierra las ventanas; y tú, niña mía, ven aquí al lado de tu madre.

Eugenia vino á apoyarse su cabeza contra el seno de su madre y vertió un torrente de lágrimas.

—Es una crisis nerviosa, dijo la señora Guerin; pronto, trae yerva Luisa... pronto, Rosalia, despachate.

Cuando la doncella trajo la azúcar, Eugenia sin decir nada, rehusó coger la cuchara, y volviéndose con lentitud hácia su abuela, su madre y Rosalia, les aguzó la espresion de dolor que se pintaba en su rostro; enseguida guardando silencio, quedó en una profunda tranquilidad.

Desde esa mañana su salud parecia alterarse cada día mas.

Se la vió en la sala, porque para ella este sitio era rico en recuerdos. Veia á Landen en todos los objetos que en algun modo habia señalado con el sello de su predileccion. Horacio teniendo sus maniss, como la mayor parte de los hombres, se entretenia en atrometer algo entre sus dedos cuando estaba hablando;

venia á sentarse casi siempre junto á los avios de costura para coger un par de tijeras con las que jugaba horas enteras; estas tijeras llegaron á ser el objeto de una especie de culto. Eugenia no permitió á nadie que tocara á ellas; uso de mil astucias para ocultarlas á los ojos de la señora Guerin y de su madre. El piano que Heracio abria á menudo, le representaba el Dios de su corazón, ahí escuchaba en otro tiempo los acordes con una melancolia atenta. ¿La tierna joven ignoraba los tristes recuerdos que la menor melodía revelaba en él? En fin mil veces al día al ver la puerta de la sala se estremeció diciendo entre sí. Cuántas veces ha pasado por delante de esa puerta! ¡cuántas veces me se ha aparecido como una estrella en la noche! Trazó en la silla donde se sentaba Landen una señal visible solo á sus ojos, y esta silla sagrada llegó á ser para ella una reliquia santa.

Al mirar la sala decía para sí.

La llenaba antes con su presencia; su dulce voz resonaba en esas paredes.

Eugenia cuando hablaba se servía de las expresiones favoritas de Heracio; sus gestos, sus maneras, sus actitudes, todo le tomaba de Heracio; se consideraba dichosa cuando después de haber encentrado una de sus frases é imitando su eco de voz, creía oírle; por estos juegos terribles no producían sino una certidumbre todavía mas cruel de su pérdida, Este pensamiento constante acabó por fatigar su cerebro. Quedó horas enteras en una inmovilidad espantosa, reuniendo toda la fuerza de su imaginación para representarse en ella el rostro de Landen; entonces su cabello rubio,

sus ojos que á pesar de su candor se parecían á los de una profetiza escuchando el poverir; sus labios, cuya palidez anunciaba que no se desplegaban sino para dar suspiros de melancolia, su actitud inclinada, todo revelaba un gran descontento de la morada terrestre parecia contemplar la tumba con una especie de embriaguez, y verla como su segunda cuna: su sonrisa era tan rara como raros son en el invierno los hermosos dias, y tenia una expresion tal esta sonrisa que con trabajo se le veia asomar á sus lábios descoloridos, semejante á la última claridad del crepúsculo.

El nombre de Horacio nunca pasó de su corazón á sus lábios: cuando pronunciaba este nombre querido, volviendo la cabeza á otro lado ocultaba su rubor á los ojos de sus dos madres, exagerando así el pudor y los cuidados que tienen las jóvenes en su primer amor.

Eugenia no sintió á la vez todas las penas del amor, hubiera sucumbido; pero vivieron insensiblemente. Al principio se le habla deseado ver á Horacio. Habiéndose satisfecho este primer deseo de un amor naciente, se consideraba feliz, y no había llevado nunca la vista mas léjos; ¿no tenia derecho de culpar á la suerte y encontrarla muy rigurosa en haberle arrebatado esta modesta felicidad? Pero sufrió mucho mas cuando razonaba sobre su amor; educada con una estremada rigidez de principios, consideró su pasion como un crimen desde que hubo perdido la esperanza de casarse con Landon. Este amor era el único que debia experimentar en su vida; ahora bien, si como era de presumir, llegaba á casarse algun dia, qué sentimientos ten

dria hacia su marido? No le engañaría siempre permitiéndole un corazón que pertenecería enteramente á otra? entonces sus reflexiones estaban llenas de amargura. Venían en seguida delicadezas de sentimientos que no pueden comprenderse, sine por simpatías y que la estermentaban de continuo: las mugeres, por una tendencia de las leyes, son criaturas sacrificadas; un hombre que ama tiene mil medios de probar su amor, de acortar las distancias, de allanar los obstáculos, de vencer las repugnancias. Llega á triunfar por la obstinancia por el desinterés ó por la paciencia. Una muger, ó por una joven que ama y que no es correspondida, está aprisionada; libre, llegaría á triunfar; encadenada por las costumbres no tiene mas remedio que encerrarse dentro de su amor y morir en silencio... tales eran sus meditaciones, las que aumentaban mas y mas su padecer. Estes padecimientos tristes llegaron á fijarse cada día mas en su alma y vencieron por grados á su fuerza y su razón. Tan pronto quería oír mucho ruido y se asomaba á la ventana para ver pasar los coches, tan pronto deseaba la soledad, y quedándose sola algunas veces por la tarde en el jardín consultaba al cielo preguntándose á si propia: ¿Dónde estará? Entregada así á una pasión funesta, sus días corrieron con rapidez y con ellos su salud que cada día se iba destruyendo mas y mas. Pasaron algunas semanas sin que se descubriesen y se hiciesen alarmantes los sintomas de su mal; hubiera sido preciso una atención sostenida para apercibirse de su languidez.

Así esta joven acostumbrada á guardar silencio pa-

recia que no había variado en los mas mínimo.

Sin embargo, muy pronto perdió el apetite. Su madre la reprendia algunas veces aun con bastante severidad porque rara vez respondia á las preguntas que le hacian. Cuando trataba de andar parecia querer reanimarse: todo le llegó á ser incómodo; en fin, cada día todo iba tomando á sus ojos un color mas y mas obscuro, y la naturaleza se cubrió para ella con un velo fúnebre. El día en que su madre se apercibió que despues de haber leído alto un libro, Eugenia no había comprendido nada, se llenó de inquietud, y se alarmó tanto mas, cuanto que Eugenia habiendole ocultado constantemente su enfermedad, recogió con cuidado los síntomas de que no había hecho caso al principio, y vistos en conjunto le parncieron aun mas horribles.

Entonces la señora d'Arneuse consecuenta de esta exageracion, que le hacia päsar más allá de los límites de lo verdadero, vió á Eugenia mucho mas mala de lo que realmente estaba.

—Dios mío! decía una noche á la señora Guerin, estarémos condenadas á perder á Eugenia?..... nuestro único consuelo, una niña tan hermosa, ¿quién nos ha causado esta pena? ¿por qué sufre? ¿qué tiene?

—Tú no quieres creerme, respondió la señora Guerin, cuante te digo que tu hija ama á Mr. Landon..

—No estamos ahora en les tiempos, exclamó la señora d'Arneuse, en que las muchachas se morian de amor.

—Tal es, sin embargo, la única causa de la enfermedad de Eugenia, dijo su abuela.

—Se os ha metido esa idea en la cabeza, repuse la señora d'Arneuse, y todo le atribuis à eso con una tenacidad inconcebible! Mi hija no ama, no puede, no debe amar sin consentimiento de su madre.....

—Vamos, hija mia, dijo la señora Guerin con dulzura, no te incemodes..... estamos de acuerdo en deplorar la enfermedad de nuestra hija, pero podemos opinar de diferente modo acerca de la causa de su mal,

—La causa, respondió la señora d'Arneuse, es el haberse caido al rio, y si tengo la desgracia de perder esta niña, no me perdenarè jamás mi imprudencia.

—Vamos, exclamó la señora Guerin, no vayas à ponerte tú tambien mala; estáte tranquilla, cuidaremos tambien à Eugenia que recobrarà la salud, sobre todo si vuelve Mr. Landon.

—Por Dios, señora, no me habléis de ese hombre!..... exclamó la señora d'Arneuse; aunque Eugenia le amara no sería nunca mi yerno.

Por primera vez la madre y la hija opinaban de diferente modo sin que la señora Guerin sacrificará su opinion à la señora d'Arneuse; sus cuidados aunque concentrados en Eugenia se resentian tambien de la diferencia de su modo de ver las cosas. La señora d'Arneuse al ver que los sintomas se iban haciendo cada dia más alarmantes, no dude de que iba siendo muy séria la enfermedad de su hija; entonces sus atenciones que solo se reducian à los cuidados materiales, atormentaron à la pobre niña, imponiéndole la estricta ejecucion de lo que la mandaban; entretanto la señora Guerin tratando de curar el alma de su

nieta, tenía con Eugenia conversaciones consoladoras y escitaba su esperanza refiriéndola un sin número de anécdotas analogas á su posición, y cuyo desenlace era siempre feliz, Eugenia llevaba á sus labios la mano de su abuela, la abrazaba, y preferia su presencia á la de la señora d'Arneuse. Esta, creyendo que la enfermedad de su hija era muy grave, se hizo la indispensable en su casa; su despotismo llege á ser aun mas exigente cuando se ejerció en favor de Eugenia: era necesario respetar las menores voluntades de la señorita, é imitar á la señora d'Arneuse en la exageración de su dolor: era manifestarse indiferente no tenerse los brzoz al saber que Eugenia habia pasado mala noche. Muy pronte la vista de la sala donde Landon estaba siempre presente para Eugenia, le causó una emocion tan sumamente fuerte que se resignó á quedarse en su cuarte. Su madre desconsolada, le pñodigó todas los cuidados, espíó todas sus acciones; pero nada le pudo hacer descubrir la causa de un mal estudiado en vano por los médicos.

Cuando preguntaban á Eugenia cuáles eran sus sufrimientos, respondia procurando dar alguna animación á sus miradas, que no sentia mal alguno, sine que estaba débil.

Sus mejillas en otro tiempo tan frescas, tenían ahora una palidez mortal; sus piernas apenas podian sostenerla, y cuando queria andar, su madre y Rosalia tenían necesidad de ayudarla agarrándola por los brazos. Una mañana de verano, estando el cielo despejado y brillante con un esplendor poco comun, Eugenia bajó al jardín. Al pasar por delante de la sala,

quiso entrar para volver á ver su piano, por una de esas fantasías particulares á los que padecen esta clase de enfermedad. Inmediatamente Resalia acudió para evitarle la incomodidad de abrir el piano. La doncella habia cogido ya la llave; pero Eugenia semejante á Blanca de Castilla que hizo á su hijo arrojarse la leche que una cortesana le habia hecho mamar, corrió por un movimiento convulsivo, pidió á Resalia con un aire de despecho la llave que ya habia profanado... y antes de sentarse la abrazó como para justificarse. A esta accion que parecia insensata, porque ignoraban el motivo, la señora d'Arneuse miró á Resalia llorando, y la languedeciana movió la cabeza como para decirle:—La señorita está mala! Eugenia intentó tocar; sus dedos demasiado débiles no hicieron mas que pasar per cima de las teclas; entonces ella vertió un torrente de lágrimas, echó una mirada al derredor suyo, pareció despedirse por última vez, y desde entonces no volvió á entrar mas.

XV.

Enfermedad de Eugenia

Después de haber sido testigo de esta escena, Rosalia entró en el comedor; se sentó en una silla y se echó á llorar; en seguida mirando á Mariana exclamó;

—Pobre señorita! poco le queda que vivir. Es una desgracia que unos seres tan buenos se vayan de la tierra! Quizá el cielo envidie este ser! ¿Para qué servimos nosotros aquí abajo?... Valdría mas que una de nosotras.....

La vieja Mariana que en este momento estaba ocupada en arreglar el comedor, se volvió con prontitud al oír estas palabras, y la mirada que echó á Rosalia manifestaba un apego tal á la vida, que la doncella quedó enteramente muda.

—Mejor sería, repuse de un modo ágrío la anciana cocinera, que nadie se muriera: ¿tan mala está la señorita? preguntó después.

—Ahí no es fácil dar cen el remedio, respondió Rosalia; me parece que la señorita se muere de amor per Mr. Landon, y yo soy quien tengo la culpa de todo este, pues que le decia siempre que se casaría con él. A estas palabras echó á llorar amargamente y añadió: Mr. Landon se ha marchado y no he visto á Nikel, de modo que no sé lo que pasa; estoy segura de que la carta de la señorita es lo que ha determinado su partida.

—Una carta! exclamó Mariana, ¿pues qué la señorita se ha atrevido á escribir á un jóven?

—Ciertamente, porque yo he sido quien la ha llevado.

—Pues bien, repuso la escudera, es preciso hacer que vuelva Mr. Landon; para esto escribiremos á Nikel. Aquí como tú me ves, sé escribir, pero tú me dictarás.

Rosalia acogió con gusto esta idea, y las dos mujeres emplearon toda la noche en escribir al mayordomo la carta siguiente:

Carta de Rosalia á Nikel

«Señor Nikel; estoy muy triste desde que he dejado de veros, y quisiera saber si volveréis, porque aquí se han presentado algunos jóvenes que quieren casarse conmigo; sin embargo; yo no estoy ahora para casarme; porque además de la pena de vuestra ausencia llevo todos los dias al ver la situación desesperada en que se encuentra la señorita Eugenia, que se muere y no se sabe de qué. Los médicos de este pueblo no entienden su enfermedad y creen que es una afección al pecho, pero yo sé que el mal de la señorita principió

el día que fuè de paseo á Casan, y así muchas personas dicen que habra cogido un pasmo: tiene los ojos tan encendidos y tan brillantes que se conoce que es mas bien algun fuego que la abraza. Tiene sus manos descarnadas, sus mejillas están muy palidas, y su mayor placer es apretar las tijeras como hacia vuestro amo. Es una desgracia que las personas que son bozotas sean siempre las que se mueren.

«Deseo Mr. Nikol, que sigais bien y no me olvidéis en Paris, porque yo siempre piense en vos.—*Rosalía Granvalais.*»

El día en que Rosalía echó esta carta al correo, Eugenia estaba peor de su mal y la calentura que se lo habia pegado hacia días tomó un carácter mas grave; se apoderó de ella el delirio. Rosalía era quien estaba cuidando á su señerita, porque en este momento las dos señoras estaban comiendo. Todo el día habia hecho muchísimo calor. Estaba abierta la ventana del cuarto y rainaba el mas profundo silencio. El cielo tenia ese color que escita pensamientos sombríos Eugenia parecia descansar, su hermosa cabeza conservaba, en medio de la blancura de su sabana y de su bata, una blancura mas suave y semejante ya á la de la muerte. Un sueño pacífico parecia cerrar sus hermosos ojos; sus largos párpados y pobladas cejas dibujaban en sus mejillas dos sombras en forma de anchos óvalos. Su largo cabello caía por sus espaldas dividido en bandas; y su meullidad le daba la apariencia de una santa virgen espuesta á la adoracion de los fieles. Tenia sus manos cruzadas; de sus labios palidos y entreabiertos exhalaba por intervalos desiguales un vo-

epuro, que Rosalia escuchaba con angustia. De repente se levantó la joven como sobresaltada, y exclamó:

—¿Te amaré mas que á mi?... ¡Ah! vuelve á venir es el único favor que deseo..... Que yo te vea y merezco feliz!..... mil veces feliz.....

Rosalia asustada bajó corriendo á llamar á la señora d'Arneuse, que sacó á su hija y la estuvo velando hasta la mañana siguiente.

Así que Níkel recibió la carta de Rosalia se apresuró á hacérsela leer á su amo. Desde su llegada á Paris, Landon no podia desechar de su memoria el recuerdo de Eugenia. Una vez interior le echaba en cara su conducta para con la señora d'Arneuse y muchas veces apareciasele el rostro de esta joven, en medio del bullicio y del estrépito de los salones, á pesar de su abandono, teniendo que ocuparse de su porvenir político así como de su fortuna. Horacio se vió precisado á volver á presentarse en el mundo donde trataba de aturdirse entregándose á los placeres: pero la carta escrita á Níkel, vino á despertar los pensamientos que combatian en el fondo de su corazón por la señora d'Arneuse. Si el efecto producido por su ausencia ocupada su amor propio, su corazón se conmovió vivamente al saber que era objeto de una adhesion: La carta tembló en sus manos, y una nueva lucha se empeñó entonces en su alma. Para informarse una idea cabal, basta leer la carta que escribió á su tutor, despues de haber estado algun tiempo en la más cruel incertidumbre.

Carta de Landon á Mr. Guérard.

«Mi estimado amigo: la costumbre que he contraído y que siempre me será muy grata, de consultáros en las situaciones delicadas de la vida, me hace recurrir á vos en este momento. Conocéis mi caracter y lo que habeis llamada «la furia Oraziana.» Vuestra edad vuestra experiencia de los hombres y de las cosas, es ponen en el caso de dar censejos. Hé aquí los hechos juzgad como soberano, sin apelacion. Mi pasion hácia Juana Smithson, la única muger en el mundo á quien puede amar, ha nacido, por decirlo así, é vuestra vista; sabeis por consiguiente mejor que yo mismo si un corazon como el mio puede abrirse á un nuevo amor.

«La traicion de esta joven me deja sin pervenir, y sin esperanzas de felicidad. Como lo he dicho ¡muchas veces, habia aventurado todo mi capital de felicidad en este buque frágil y el barco se vino á pique; despues de mi naufragio fui á confinarme en un pueblecillo, no queriendo ver á los hombres y resuelto á no vivir sino en lo pasado. En este pueblo vivia una joven que se puede decir que es hermosa aun despues de haber conocido á Juana; una joven á quien tenia gusto de tratar; pero que nunca me ha inspirado otra cosa que un interés puramente fraternal. Puedo estar toda mi vida á su lado sin sentir ni placeres, ni dolores grandes. Sin embargo, como quiero siempre dejar á Juana un lugar en mi corazon, despues de haberme comprometido imprudentemente, he aprovechado una ocasion que me ha presentado la misma jóven para hacer una retirada prenta, creyendo que no tardaria mucho en olvidarse de mí.

«Me he equivocado; ¡esta joven se muere de amor

per mí, tengo pruebas de ello. Sin duda, amigo mio, os reiréis de oír á vuestro discípulo vanagloriarse de escitar esta pasión, y si esta carta estuviese dirigida á cualquier otro que á vos parecería dictada por la fatuidad.

«No es así, os lo aseguro; me conocéis lo bastante para comprender que no digo á lo ligero tales cosas. Así conoceréis lo delicada que es mi posición, Eugenia d'Arneuse posee todas las cualidades que deben adornar á una jóven; dulzura, amor, cuidados delicados, belleza, modestia y una gracia angélica; ¿pero qué le en daré cambio? Un corazón marchitado por los sufrimientos de etre amor, porque el recuerdo de Juana vivirá siempre conmigo. ¿Y que hacer? La humanidad me ordena casarme con Eugenia y la delicadeza parece prohibirmelel. ... Aconsejarme vos que vivis lejos del mundo y que tambien lo conocéis.»

Algunos días despues Mr. Landon recibió la carta siguiente:

Carta de Mr. Guérard á Mr. Horacio Landon

«Mi querido amigo: os he repetido muchas veces que teniais una energía que puede conducir al bien como al mal, pero que nunca os permitirá deteneros en el camino bueno ó malo en que os hayais metido.

«Poned pronto al abrigo de vuestros propios extravíos. Diviso para vos un puerto despues de la borrasca. Si la jóven de que me hablais es tal como me la habéis pintado, apresuráos á refugiáros en su alma.

«El amor previene muchas veces del trato frecuente, creedme; no tardaréis en amar á una muger de quien me hacéis un retrato tan lisongero; consultad

con vos mismo. Sin embargo, antes de vuestro casamiento examinad con cuidado vuestro corazón y tratad de saber si en vuestros sentimientos hacia Miss Smithson el desprecio es superior al amor.

«Si no es así contad fielmente vuestra historia á la señorita d'Arneuse; que conozca bien el corazón de la persona á quien ama. Si á pesar de esta confesion os ama hasta el punto de entregares su vida, no ves que podéis ser desgraciado con ella; creed en vuestro amigo y decidlo pronto. Adios.»

Sin embargo, la pobre Eugenia iba cada dia de mal en peor. La señora Guerin y la señora d'Arneuse entregadas á un dolor progresivo no se separaren de la celsocera de su hija querida, y por una fatalidad, muy comun por otra parte, descubrian entoncez todas las perfecciones de esta jóven: pero en el momento que la veian próxima al sepulcro, quedaban colmadas sus esperanzas cuando Eugenia abria les ojos empañados y parecia mirar hácia ellas.

Si por casualidad se senrela á los cuidados cariñosos de que era objeto, habia entoncez en su cuarto una alegría que hubiera hecho estremecer á un extraño. En fin habia llegado á un grado tal de debilidad que el menor ruido le causaba un dolor agudo, y era tal el interés que habia inspirado en el pueblo, que los aldeanos venian á echar paja delante de la puerta, y ponian un jóven de centinela para prevenir á las pestillones que ne crugiesen el latigo al pasar por allí. En fin reinaba en toda la casa un desencueto y una confusion espantosa. Una tarde á la hora en que la calma de la atmósfera, en que los últimos perfumes de

las flores y la frescura del rocío dan al campo tanto encanto, la pobre Eugenia atraída por la semejanza que encontraba entre la caída de esta hermosa tarde y la declinación de su vida, reunió todas sus fuerzas para levantarse y echando una mirada triste á su cuarto en desórden, en el cual reinaba un lujo enteramente medicinal, dijo en voz baja:

—Este aire me fatiga, Rosalia, quiere salir, me siento con fuerzas para ello.

En efecto despues de muchos esfuerzos. consiguió tenerse en pié, y cuando estuvo en los brazos de Rosalia le dijo al oido:

—Quiere desaparecer como el sol en medio de los campos..... al aire libre.

Por fortuna la doncella fué la única que la oyó volvió la cabeza á otro lado para llorar.

—Rosalia, añadió, como puede nacer frío en el jardín, dame el vestido que tenia el dia que fuimos á Casan con Mr. Landen. A estas palabras, se apoyó con mas fuerza sobre Rosalia, sus ojos se animaron de repente para apagarle despues: un viva rubor coloreó sus mejillas....., Este nombre salia de su boca por primera vez y creia que su voz iba á descubrir el secreto de su corazon.

Eugenia en este momento parecia experimentar ese alivio que la mayor parte de los enfermos toman como un restablecimiento completo y que no es sino el último grado de debilidad y el precursor de la muerte. Se ha observado en los hospitales que los tísicos mueren la mayor parte al dia siguiente de aquel en que han perecido aliviarse, y de aquí sin duda nace el dicho

de que esta mejoría es la mejoría de la muerte. Eugenia anduvo, quiso bajar á la sala, pero cuando se sentó en la silla donde Landen tenia costumbre de hacerlo, cuando miro el piano y las ventanas y abrió la ventanas y abrió la puerta, sintió de repente una emoción tan fuerte que le pareció que se rompian los últimos lazos que ataban su cuerpo á su alma y dijo entre sí: esta es mi última noche! Entonces pidió con la ansiedad de los enfermos, que la llevasen al bosque donde se le habia escapado el secreto de su amor, y quiso sentarse á pesar de las súplicas de su madre, en el mismo sitio donde habia mirado con Landen la estrella con que despues se habia comparado tantas veces. Contempló el cielo, y al ver al mismo planeta que resplandecía con un brillo vivo y puro, le dije:

—No nos parecemos ya! ¡cuán feliz sería yo si mi alma se fuese hácia tí, porque te he mirado un instante con placer! pero la luna ha vuelto á aparecer y has quedado eclipsada.

Creyeron que estaba loca, sobre todo cuando explicó que la dejasen en la mas profunda soledad.

El crepúsculo favoreció entonces el sueño que escribaba. Apenas habia claridad en el campo, reinaba un silencio triste y profundo y la luna aun no se presentaba á Eugenia, que pudo admirar su estrella querida, á quien ningun astro dissipaba. Despues de una contemplacion estática, la jóven creyó oír la voz de su bien amado y abandonándose á las delicias de su vision, se entregó por completo á la alegría inocente de confesar su pasion á la faz del cielo y de sacar del

fondo de su corazón la imagen que encerraba, para admirarla con toda libertad.

—Cree ser pura, decía entre sí, y no tengo un pensamiento que no se diriga a él. Si, quizá es un consuelo haber pasado toda su vida en un momento y descender á la tumba como las vírgenes del cielo! cuán agradable está la noche..... Oh naturaleza! qué hermesa es! y sin embargo, no está allí!.....

Murmurando estas quejas su palabra era un seple armonioso mas bien que una voz. Insensiblemente se abismo en sus contemplaciones y todas las fuerzas de su alma se encontraron en el deseo de ver á su amado.

XVI.

Regreso de Landon.

El jardín estaba iluminado solo por la última claridad del crepúsculo, y Eugenia alzando los ojos al cielo para contemplar su estrella, llegó al último grado de su éxtasis. Se sintió mas aliviado, tal es el efecto de ese poder que una meditación y una voluntad fuerte comunican á las inteligencias en quienes la fé desliza al juicio. Vió á Horacio tal como se le había presentado en su primera visita; sus cabellos rubios y rizados parecían sobre su frente como una llama celestial; se sonreía, y en sus facciones brillaba todo el amor que deseaba inspirarle. Eugenia contenía su aliento por temor de que un sople rompiera el encanto de esta vision, se agitaron de repente las hojas de bosque y Eugenia exclamó:

—El es!...., él es!....

La señora d'Argeuse, la señora Guerin y Rosalie

escondidas á algunos pasos espiaban los movimientos de Eugenia; al oír su apagado grito, aparecieron inmediatamente y la encontraron desmayada en los brazos de Landon. Su cabeza descansaba en el seno de Horacio, y esta jóven palida, con los cabellos sueltos, se parecía á una estatua de mármol acostada entre las hojas del otoño.

La señora d'Arneuse lanzó á Landon una mirada terrible, y le quitó de sus brazos á Eugenia,

—Le habeis dado la muerte! exclamó, y desapareció seguida de la doncella.

Landon acompañó con inquietud á la señora Guerin, quien por gesto amistoso trataba de paliar la trágica reconvención de su hija; se fué á la sala con el joven y allí le contó la enfermedad de su nieta, procurando pintarle con destreza el amor de que en su concepto era Eugenia víctima. Para la abuela, Landon era el mejor médico de Eugenia; así trató de ponerle en la precisión de que se explicase, porque tenía bastante malicia para adivinar que su vuelta inesperada daba alguna esperanza; y para ser la primera que conociese los sentimientos secretos de Horacio, terminó diciéndole:

—Ah! caballero, yo soy vuestra única protectora, porque habeis inspirado á mi hija una repugnancia que en vano ha querido combatir.

Landon escuchó este largo discurso admirando la casta altivez de esta jóven, que habla tenido el valor de guardar el secreto de su amor, y se aplaudió de su resolución al descubrir perfecciones tan nobles en la muger con quien quería casarse; inventando una fa-

bula para explicar su ausencia dió gracias á la señora Guerin y la dijo:

—Señora, vuestra benevolencia me es tanto más grata cuanto que me ayudara sin duda á vencer los obstáculos que la antipatia de Mad. d'Arneuse pueda oponer á mi designie que tengo el gusto de confiaros. Pidiendo por vuestro intermedio la mano de Eugenia, quizá mi proposicion tendrá una acogida favorable.

—Caballero, respondió Mad. Guerin ocultando su alegría. conocereis que no tengo derecho para disponer de mi nietaj pero añadió asomando á los labios una sonrisa de gracia, puede prometeros mis cuidados y daros mucha esperanza.

—Señora, respondió Horacio tendiéndole la mano, desde esta noche me atrevo á miraros como madre mia.

Y se retiró dejando á la señora Guerin entregada á una alegría que la sofocaba.

Con efecto, un secreto era la cosa mas pesada que la buena señora podia soportar; ne tardaba nunca en desembarazarse de él, subió corriendo al cuarto de su nieta, donde encontró á la señora d'Arneuse declamando contra Horacio.

— Ha venido á mi casa, decia esta, del modo mas indecente! El susto que ha dado á mi hija por poco no le causa la muerte ¿No es así, hija mia? añadió volviéndose hacia Eugenia. Estoy segura de que te sientes peor.

Eugenia dejó asomar á sus lábios una ligera sonrisa que la señora Guerin no interpretó del mismo modo que la señora d'Arneuse...

—No tengas cuidado continuó esta última, te prometo que mi puerta la estará cerrada, como al autor de todos nuestros males, y espero que no le volveremos á ver mas.

La señora Guerin admirada de las palabras que su hija acababa de pronunciar no sabia si debía ó no anunciar su noticia; sin embargo, despues de haber hecho muchas señas á su hija, consiguió llevarla á la sala, donde le descubrió el pervenir brillante que se preparaba á Eugenia.

—Cómo se entiende, eso! exclamó la señora d'Arneuse, Mr. Landon debía haberme informado antes que á nadie sus intenciones; me parece que á una madre es á quien...

—Tambien, querida mia, cuenta en hablaros de él... vas ahora á ofenderte por una confianza...

—Cuando me haya pedido la mano de mi hija, yo veré lo que me conviene responder... Eugenia ne está enamorada de él, y además la pobre niña no está en un estado que permita hablarse de casamiento.

—Esta clase de conversaciones, repuso la abuela, nunca han retardado la convalescencia de una jóven.

—Mr. Heracle es muy rico, dije la señora d'Arneuse.

—Es muy amable, añadió la señora Guerin.

No respondiendole la señora d'Arneuse, la abuela aventuró en favor de su protegido un elogio, que su hija escuchó sin manifestar ninguna repugnancia y continuó la conversacion. Ya que la señora d'Arneuse hubiera entrevisto lo ridiculo de sus pretensiones personales, ya que su despacho desapareciera delante de

la idea de casar á Eugenia de un modo tan ventajoso, y de poder recobrar así ella misma la libertad y la opulencia; el resultado es que desde entonces Landen llegó á ser su héroe. Lo adepto al momento; y con una viveza singular de imaginación se puso á arr eglar con anticipación el porvenir de sus hijos: pasaría su vida unas veces en la ciudad y otras en el campo; Eugenia, siendo poco á propósito para dirigir una casa de gran tono, para hacer los honores de una sala, y para recibir con dignidad las visitas, dejaría á su madre todas estas cuidados; y la señora d'Arneuse mirando á Horacio, como á un nuevo súbdito de su imperio, se llenaba de gozo guiando á estos dos jóvenes á través de los desfiladeros de la vida, dominando todas sus pensamientos y haciéndose el alma de todas sus acciones, llevaría una vida conforme á sus deseos: volvería á aparecer en el gran mundo rodeada de un prestigio brillante de la riqueza y protegiendo á su yerno con el esplendor de su nombre. En todos casos este era un buen enlace, en su posición era una felicidad, en fin mirando como infalible el cumplimiento de sus inclinaciones, subió inmediatamente al cuarto de su hija, hizo salir de allí á la doncella y sentándose á la cabecera de la cama de la enferma:

—Hija mía, dijo con una voz muy dulce y cariñosa, ¿como te sientas?

—Oh! mucho mejor, mamá; ahora estoy segura de que me pondré buena, respondió Eugenia, sorprendida del aire diplomático que reinaba en la fisonomía de su madre.

—Entonces hija mía; continuo la señora d'Arneuse



se tratando de dar á sus facciones rígidas un aire ligero y gracioso que le era enteramente antipático, tengo que hablar contigo de un asunto muy importante: escúchame bien: te he educado de modo que he dejado tu corazón en una indiferencia completa hacia los jóvenes, lo que es sumamente conveniente y útil como lo sabes algún día (en este momento levantó los ojos al cielo), y creo hija mía haberlo conseguido completamente.

Eugenia se ruberizó.

—Se trata de casaros..... Venga á consultar contigo, porque no quiero imponerte mi voluntad como hacen en este caso tantas madres... Siempre he sido amable y dulce contigo y te aseguro que puedes elegir un marido con toda libertad..... tenemos echado el ojo á un joven; tu nos dirás lo que te parece de esto.

—Oh! madre mala, exclamó Eugenia llena de una angustia terrible, ¿como puedo yo pensar en casamiento en el estado en que estoy?... acordaos de que no tengo experiencia a'guna.....

—Qué, Eugenia, ¿tenéis repugnancia hacia el casamiento? ¿Os creéis bastante hermosa y rica para encontrar pretendientes todos los días? ¡Sois jóven, procurad que es duro mucho la juventud! En cuanto á vuestra ignorancia, estad segura de que nunca os faltarán mis consejos.

—Mi querida mamá! dijo Eugenia con las lágrimas en los ojos, prefiero quedarme siempre á vuestro lado.

—No nos separaremos, hija mía,

—Aun no tengo diez y siete años.....

—Que! Eugenia, os obstináis en rechazar un casamiento que os conviene! Por lo demás, agregó la señora d'Arneuse echando á su hija una mirada, cuya severidad le hizo estremecer, por lo demás á vos ostedea decidir este asunto, como os lo he dicho; pero me parece que Mr. Landon es.....

—Mr. Landon! exclamó la jóven vertiendo un torrente de lágrimas y cayendo como dezmayada en su cama.

—Estaba muy segura de que iba á suceder esto dije á su madre la señora d'Arneuse; ya veis, señora..... si tenia yo razon en sostener que lo aborrecia.

—Si á la pobre niña, respondió la abuela muy admirada, le es indiferente Mr. Horacio, no conviene...

—Ah! exclamó la señora d'Arneuse interrumpiendo á su madre, se acostumbrará á él; que es lo que me sucedió á mi. Y así que se haya puesto mejor veremos de..... Se detuvo al ruido que hizo Eugenia al volverse. La señora d'Arneuse miró á su hija y vió que se sonreía á través de sus lágrimas. El amor brillaba en los ojos de la jóven como el sol en medio de las nubes, y la alegría unida al pudor habia coloreado su pálido rostro. Palpitando y con voz turbada dijo:

—Madre mia, no son lagrimas de disgusto..... Me será grato obedeceros, si.

—¿Amábais á Mr. Landon? preguntó la señora d'Arneuse ya mentada en cólera.

Eugenia bajó los ojos, se ruberizó y guardó silencio.

—Pues qué, esclamo su madre lanzándole una mirada fija y severa, pues que! Eugenia, amábais á Mu-

señor. Landon sin haberme dicho nada, sin consultar conmigo: ¡ya no es inspire confianza! conocéis muy poco mi corazón y vuestros deberes; pero es una cosa muy cruel!... os deje en paz, s florita; os casareis sin mí.

—¿Qué hacéis? exclamó la señora Guerin, ¿no te lo habia yo dicho?... ¿vas á regañar á tu hij ? ¿no ves que está mala, y que puedes agravar su mal? Eugenia hija de mi corazón, no es nada..... te casarás con él; sí, te casarás porque él te ama...

Al oír esta palabra mágica, Eugenia miró á su abuela con un aire casi estúpido; poco á poco se aproximó á sus labios la sonrisa; su fisonomía tomó una expresión mas dulce, levantó los ojos, y algunas lágrimas caían lentamente por sus mejillas. Hubiera querido hincarse de rodillas y orar..... Cogió la mano de su abuela, se la llevó al corazón que latía con violencia, y entonces la señora d'Arneuse que ya se había apaciguado, se acercó á la cama, miró á su hija con bondad y le concedió su perdón.

La esperanza y la alegría se habian apoderado de todas estas almas, entregadas antes á la tristeza y al enojo.

Si fué alguna reflexión de interés lo que la hizo ser elemento ó si fué un sacrificio hecho al deseo de hacer feliz á su hija, es lo que nos parece inútil examinar.

Landon ejercía en esta casa la influencia que el sol ejerce sobre la naturaleza, cuando en el mes de Marzo disipando las densas nubes, hace suceder el azul mas puro al color de cielo barrascoso. Eugenia se entregó con alegría al amor, la señora d'Arneuse arregló su

no penian allí los pies, pero la señerita d'Arneuse no avergonzará á vuestros antepasados...

—Ah! señera, dey tan poca importancia á les honores, añadió Mr. Landen, que me permitiré ocultaros mis títulos hasta tanto que sepa la conducta que conviene observar en la nueva situación política en que nos encontramos...

Así Landen fué recibido al fin del verano en casa de la señera d'Arneuse como novio el de Eugenia, y desde el invierno anterior la jóven le adoraba en secreto. La opulencia, el amor, la juventud y la belleza se unian para prometer á estos dos amantes un porvenir venturoso.

Muy pronto entró en la sala Eugenia vestida de un modo sencillo y sostenida por su abuela. Conocía el misterio de ésta entrevista, como le prebaban su aire embarazado y el rubor de su rostro; se sentó en silencio sin atreverse á alzar los ojos despues de haber hecho á Landen un saludo sumamente tímido. Este leyó con un placer mezclado de dolor las pruebas de amor escritas en la frente de Eugenia: estaba delgada, sus manos descarnadas, sus mejillas algo hundidas; pero había tanto amor en medio de esta desolacion que Landen no se arrepintió del compromiso que acababa de contraer; se estremeció al oír hablar á Eugenia, cuya vez parecia haber adquirido una melodia que iba derecha al alma.

—¿Creistéis, dijo; que me hablais asustado ayer? En este momento pensaba solo en que Horacio estaba allí, y en que no se separaría de ella, y deblándose bajo el peso de esta felicidad, dejó escapar algunas lágrimas.

XVII.

Conferencias

Al día siguiente Mr. Landen, persistiendo en sus proyectos de casamiento, se presentó y fué recibido con un ceremonial extraordinario: cuando entró, la señora d'Arneuse haciendo un saludo con la cabeza, y con un aire solemne le señaló hácia una silla que estaba á su lado. Despues de algunas palabras insignificantes; Heracio hizo su peticion, y la futura suegra con un tono medio familiar y medio altanero, le respondió que no veia ningun obstáculo para este enlace, y que aun cuando se hubiesen dado todos los pasos que se exigen en esta ocasion, á él era á quien le correspondia obtener el consentimiento de la señorita d'Arneuse,

—Conocéis muy bien, caballero, le dijo, que deje á mi hija en completa libertad..... pero Eugenia es susceptible de tomar demasiado cariño; tiene una dulzura

ra angelical; es algo música; la he educado perfectamente; puede llegar á ser una muger de lucimiento, y aunque no halla salida de Chambly, no hará mal papel en un salon: habiendo sido ya presentada en otro tiempo en la corte, porque precisamente me presentaren en el año 89, he tenido cuidado de darle maneras distinguidas, y ha aprovechado bien mis lesiones. Entonces encontró una ocasion para pronunciar su propio elegio al tiempo que hacia el de Eugenia.

Tomando un aire de austeridad maternal y de dignidad familiar, tendió la mano á Landen, quien abrazó á su madre adoptiva con cordialidad. La señora d'Arneuse activa por esta señal de amor filial y mirándola como de buen agüero, trataba ya de hacer sentir su superioridad á su yerno, pero no podia durar mucho tiempo la máscara de grandeza. En el curso de la conversacion Landen anunció que la nobleza antigua volviendo á tomar sus titulas en virtud de la carta que Luis XVIII acababa de otorgar, habia llegado á ser duque de Landen.

—Có no!... seriais el gefe de esa casa noble é illustre que... La alegría le cortó la palabra y miró con respeto á su yerno.

—Me figure, señora, que tal bagatela es impertará muy poco, dijo Horacio, en cuanto á mí, noble ó plebeyo, todo me es igual.

—Ah! caballero, piense como ves; ya una vez en posesion de esta débil ventaja, se la desprecia, como sucedia antes á nuestra pobre Academia; todo el mundo queria ser miembro de ella, y una vez admitidos

pervenir, y la señora Guerla dió gracias á Dios de la felicidad que se preparaba para sus últimos dias. Rosalia se consideró como la mas hábil sirviente del mundo, y cada uno haciendo mil proyectos, aguardó el dia siguiente con gran impaciencia.

mas que en vano trate de ocultar á Heracie, cuyo ce-
razon conmovido por un sentimiento que se acercaba
mucho al amor, olvido quizá por un instante la ima-
gen querida de Junana; miró á Eugenia, y esta creyó
ser amada.—Gozaré en paz de su presencia, dijo en-
tre sí... y la espresion serena del amor satisfecho vine
á animar sus facciones.

Cuando Lendon se levantó para salir, le siguió con
la vista como una gelondrina sigue el primer vuelo
de sus hijuelos; y escuchó mucho tiempo el ruido de
sus pisadas. Contempló la sala que ahora parecia revivir
y adornarse de un brillo nuevo, suspiró dulce-
mente, miró la silla que Landon acababa de dejar, y
se echó en los brazos de su madre, como para dar cur-
so á sentimientos que no podia comprimir.

El suceso del dia anterior lejos de abatir á Eugenia
le habia dado vigor, porque en esta clase de enferme-
dades la salud parece estar á las ordenes del alma: la
jóven se sentia ya mas fuerte, y la muerte habia hui-
do de ella.

—Vames, Eugenia, le dijo su abuela, ya estás con-
tenta: esto deba hacerte querer mas de tu madre y se-
guir sus buenos consejos... ¡Qué alegre estoy, esto me
recuerda mi juventud!... Y la señora Guerin se puso
á tararear.

—Eugenia, dijo la señora d'Arneuse con gravedad
tengo que darte muchos consejos para que sepas la
conducta que tienes que observar en la circunstancia
presente.

—Será necesario, continuó, la señora d'Arneuse,

que hagas todo lo posible por no ser fria ni muy estro-
mada, y manifestar sin embargo alegría.

Rosalía te vestirá todos los días y harémos por qu
ectés compuesta con gusto... sobre todo hija mia, está-
te siempre ocupada cuando esté él aquí; has por no
decir en la conversacion ninguna cosa inoportuna; pe-
sa bien tus palabras, conserva un aire medesto, sin
embargo, cuando te halles casada debes pensar en
mantener tu rango porque vas á ser duquesa...

— ¡Duquesa!... exclamó la señora Guerin.

— Duquesa de Landen, contestó con énfasis la seño-
ra d'Arneuse... Vámes Eugenia, ¿no estás contenta?
¿que tienes?

— Todos los ducados del mundo me son indiferen-
tes, respondió la jóven.

— Quieres no vivir mas que del amor? le replicó
su madre: tu marido tiene mérito, pero el nacimiento
tambien tiene su precio... y es preciso que sepas soste-
ner el brillo de este nombre... y ya veis, dijo á la se-
ñora Guerin, la desgracia quiere que esté pálida y en-
ferma en este momento.

— Vámes, hija mia, dijo la señora Guerin á su nie-
ta, haz por recobrar tus antiguos colores.

En fin, las dos madres le dictaron el modo con que
la jóven debía expresar sus sentimientos y graduarlos
como los «crescendos de una sonata. Se olvidaban de
lo que les habia pasado en semejante época de su vi-
da; no tenía presente que entónces habian encontrado
en sus corazones otra que consejos maternos. Estas
recomendaciones parecian mucho á la memoria
que se dió á Luis XV la primera vez que fué al parla-

mento: «Aquí fruncirá el rey las cejas, allí tendrá un semblante dulce, allá hará un movimiento de cabeza, acullá hará un saludo etc. etc»

Eugenia debía sonreirse á su entrada, sonreirse á su salida, sonreirse á cada palabra. La joven escuchaba y se reía dentro de su corazon, cuyos latidos eran las mejores lecciones. Amar no es un arte ni una ciencia; es un instinto del alma.

Desde aquel dia Mr. Landon fué á casa de la marquesa con la ansiedad de un pretendiente; los paseos y las partidas de campo eran muy frecuentes. En esta grata intimidad Eugenia conoció que aun podia crecer su amor. Fué descubriendo por grados en Heracle todas las cualidades nobles que únicamente habia entrevisto: además pudo estudiar los gustos y los sentimientos de su amigo para confirmarse á ellos en un todo: sgradable fué el trabajo, y breve el estudio, porque Eugenia habia identificado tambien su alma á la de su bien amado, y no podia ya existir sino por él y para él. Como su rostro era la expresion fiel de lo que pasaba en su corazon habia vuelto á su belleza primitiva desde que se habia tranquilizado su alma.

Sin embargo no pude gozar de esta felicidad, porque la señora d'Arneuse volviendo á ejercer su imperio desde que su hija hubo vuelto á la vida, no tardó en mezclarse en las relaciones de los amantes y quiso disponer de los sentimientos de Eugenia como un comandante dispone de su batallon.

Para los amantes el mundo y sus usos, la sociedad y sus leyes, las costumbres y sus exigencias, los placeres, el idioma, todo desaparece para dejar lugar á

revoluciones nuevas que Eugenia concibió con una facilidad maravillosa, una mirada, un sonrisa, eran para ella otras tantas respuestas, un movimiento de cabeza resumía todo su amor, y su menor gesto valla mil veces mas que todo el laberinto de la política. Un día Landon le trajo un lindo ceginete para la costura, y Eugenia sin decir una palabra, lo puso en la chimenea; en seguida mirando á Horacio en el espejo le dió las gracias haciendo un movimiento de cabeza, y sonriéndose dulcemente. Cuando hubo salido Landon la señora d'Arneuse dijo á Eugenia.

—A la verdad, hija mia, no os comprende; vuestro futuro os ofrece uno de los mas lindos regalos que se pueden hacer; un verdadero dije y lo echais en cualquier parte sin decir nada y sin dar gracias á Horacio es una cosa que me admira; cualquiera creerá que no os han dado ninguna educacion; el pobre jóven se ha resentido, yo lo he notado en su semblante.

—Yo le siento por él, añadió la señora Guerin.

—En fin, continuó la señora d'Arneuse, estais mal peinada y peor vestida, si este continua asi, me teme mucho que se desbarate el casamiento.

—Mamá mia! dijo Eugenia, acaso un regalo es superior á su amor?

—Ah! sabéis mas que yo probablemente? Soñerita hacéd lo que queráis, pero... como no tengo deseo de que incomodeis al duque con vuestras tentonas, sabed recibirle mejor de lo que hacéis, muchas veces sucede que os quedais embobada mirándole; sabed pues hablar, responder y entretenerlo con mil bromas permitidas que constituyen la felicidad de los amantes.

El otro día, os echaba graciasos requiebros, y le recibiais sin responder con una frase graciosa; ayer os dije que cantábais como un angel, y no pediais haberle dicho que no habiais tenido otro maestro que yo? ah! no sabeis hacer valer á vuestra madre, á los ojos de mi yerno.

—Vamos, repuse la señora Guerin, no te incomodes, ella tendrá cuidado otra vez de observar estas delicadezas... ves, corazon, mio, dije á Eugenia, es preciso escuchar á tu madre, no tienes en el mundo otra persona que sepa dirigirte, es tede nuestro bien, cuán buena es! ya ves como no perdona nada para hacerte el regalo de boda.

—Y ya veis como me le agradece! mientras mas se hace por los hijos, menos agradecidos son! respondí la señora d'Arneuse, que queria que sus cuidados maternales fueran recibidos como favores.

Además era injusta la reconvencion que hacia á Eugenia. Si el regalo era verdaderamente magnifico y superior á la fortuna de la señorita d'Arneuse, su amor hacia su hija no entraba en nada para este gasto, luego era tede estentacion. Eugenia no tenia dete y embarazada la señora d'Arneuse por su orgullo, trataba de ponerse al nivel de Landon en las pequeñas cosas ya que no podia hacerle en las de alguna importancia, sostenia algunas veces que sus casas eran tan antiguas la una como la otra.

Así Eugenia tuvo que experimentar muchas contradicciones que le hacian comprar su felicidad. Su madre se atrevia á decirle que estaba fria con la persona á quien amaba, y se estremezia si Heracle le cojia la

mano; sentía una emoción extraordinaria con solo oír sus pisadas, iba á acariciar al caballo de Landon, y se ponía á hablar con Nikol que era inagotable cuando hacía alabanzas de su amo. Cuando Horacio llegaba, tenía presentimientos que se le advertían y muchas veces se ocupaba en querer adivinar lo que estaría él pensando... Así el jóven se alegraba cada día más de su resolución, admirado de ver el fervor con que le amaban...

Pero mientras Eugenia prodigaba mas á Landon los mayores testimonios de un amor inalterable, mas oprimido se sentía por sentimientos que no le era dado sofocar: precisado de iniciar á esta joven en los misterios de su vida pasada, podía proveer el resultado de esta triste confesion. ¿Era el amor de Eugenia bastante profundo para sufrir una rival que no se separaba de la imaginacion de un esposo?

Así algunas veces pensaba Horacio que valia mas no decir nada; pero Guerad le habia recomendado que hiciera esta confianza siniestra y por consiguiente muchas mas veces pensaba en los medios de obedecer á su viejo tutor. Muy pronto llegaron á ser tiránicas estas ideas. Landon preocupado casi siempre temiendo perder á Eugenia; atormentado per su conciencia y asustado per el recuerdo de Juana, dejó aparecer en su frente nubes sombrías que no pudo ocultar á los ojos de Eugenia.

Miró á Horacio con una inquietud curiosa; llena de temer, procuró adivinar los pensamientos secretos que le agitaban; examinó sus gestos, sus menores movimientos, interpretando hasta las inflexiones de su

vez. Al principio se figuró que ella tenía la culpa de esta mudanza, que podía haber sido causada por las imperfecciones de su persona ó de su carácter, y tembló de haber desagradado á su amigo. Se puso triste, lloró en secreto, y examinándose con cuidado recordó todo lo que había dicho, sin encontrar en su corazón otra cosa que los sentimientos del mas tierno amor.

La ansiedad y la agitación de la pobre muchachita iban siendo mayores á medida que se iba aumentando la tristeza de Landon sin poder penetrar el motivo.

Una tarde estaba sola en la sala de su habitación y las
sus pensamientos se dirigían á lo que acababa de pasar.
Las palabras que él había dicho le venían á la memoria
del momento, y el aspecto imponente del cielo sobre
sobre los árboles que se alzaban en un silencio religioso
que cada uno de ellos parecía querer hablar. Nunca
había visto á Horacio tan agitado, y quizás
nunca se había sentido ella con tanta impotencia.
Ella estaba á la vez dulce y cruel; pero cuando
Horacio, hablando á sus ojos á través de la
luz que por las brechas cruzadas é inclinadas de
cabeza estaba á su lado sin que pareciera pensar
en ella, ella también se inclinaba al cambio de cor-
dura, y parecía horriblemente en aquel momento. Sin
embargo se quedó pensando en este instante en
que su rostro libre de máscara y de orgullo, se encama-

ver. Al principio se levantó que él tenía la culpa de
esta tragedia. La consecuencia de esta tragedia por los
impulsos de su pasión ó de su carácter, y la
de saber lo que él había hecho.

XVII.

esto es lo que él había hecho, y examinando el estado de
lo que él había hecho, él se acordó en su corazón
esta cosa que los recuerdos de él son los que
la verdad de él se puede encontrar.

Revelacion

había estado leyendo a media noche en la biblioteca
la historia de la vida de la madre.

Una tarde estaban solos en la sala Eugenia y Landen sentados cerca de la ventana que daba al jardín. Las pálidas tinieblas habían sucedido á la claridad del crepúsculo, y el aspecto imponente del cielo estrellado, los había sumergido en un silencio religioso aunque cada uno de ellos parecía querer hablar. Nunca Eugenia había visto á Horacio tan agitado, y quizá nunca se había sentido ella con tanta impaciencia. Esta escena era á la vez dulce y cruel; pero cuando Eugenia, habiendo alzado los ojos á hurtadillas, vió á Horacio que con los brazos cruzados é inclinada la cabeza estaba á su lado sin que pareciese pensar que aquella existía, tembló: su inquietud se cambió en certeza, y padeció horriblemente en aquel momento. Sin embargo se quedó admirándole; en este instante en que su rostro lleno de misterio y de pasión, se aseme-

jaba á esas figuras á que les grandes artistas han sabido dar un sello sobrenatural conservando la apariencia de la realidad. De repente Horacio se volvió hácia Eugenia; pero sus ojos quedaron fijos y sin expresion al encontrarse con les de la jóven. Faltó pece para que esta se desmayara; pero bien pronto se cambió su tristeza en alegría, porque Landon inclinando hácia ella su cabeza, tocó sus cabellos con les de Eugenia, y este contacto, tan ligere que sole el alma podia sentirlo, despertó en ambos una voluptuosidad casta y melancólica. Heracie cogió la mene de lo jóven, la apretó y al sentirla temblar hizo todos los movimientos de un hombre que quiere hablar y que se le impide el temer de decir algo que pudiera incomodar. Eugenia que sofecaba tantas emociones, se levantó con un aire desesperado y quedándose quieta sin peder dar un pase, dejó cerrar por sus mejillas des gruesas lágrimas, último language del amer.

Entonces Landon llevó á sus labios la mane do Eugenia: pero la jóven no pudiendo seportar este estado horrible sin duda, retiró su mane y dijo con angustia.

—¿Me amareis, ne es verdad?

A estas palabras se estremeció Heracio, que pasando la mane per su frente, respondió.

—Eugenia! Eugenia!... estamos seprades per un obstáculo que ne tengo fuerzas para levantar! y se detuvo.

—Per Dios, continuad: ¿qué temeis?

—Teme que sea una desgracia para vos el haberme conocido.

Eugenia hizo un movimiento de sorpresa y se sonrió.

—Si, continuó Landon; no puede amar como vos, y sufriréis por esto.

—Sufro en este momento mas de lo que podeis imaginaros; desde mi niñez me ha perseguido la desgracia; no he criado ningun animal que no se haya muerto; ni un pajarito ha podido vivir baje mi cuidado la fler que he cultivado se marchitaba al salir el sol; mi nacimiento por peccó no le cuesta la vida á mi madre: apenas os veo cuando es separais de mí! volveis y apenas ha pasado un mes, cuando es veo taciturno y cabizbajo: estais triste, le veo muy bien, hay ya un nuevo infertunio entre nesetres: ¿cual es el obstaculo que nes separa?

—No lo sabeis? le dijo Landon: no debe contaros mi vida y haceros conecer en que confiáis... ¿y si fuera indigno de vos?

Eugenia se estremeció, pero en este momento la estrella que había elegido brillaba con todo su esplendor; fué esto para la joven un presagio de felicidad, ante el cual se disipaban sus temores.

Entonces le respondió.

—¿Véis esa estrella? es la mía: cuan pura es su luz! Ah! seremos felices. Miradla bien: nunca la he visto tan hermosa!

Landon suspiro: la reina de la noche se levantaba magestuosa.

—¿Que tenéis que decirme? le pregunto la joven despues de un momento de silencio, me dejareis así en la incertidumbre?

—Mañana, Eugenia, mañana es revelare el secreto de nuestro amor, y vereis si podeis unir vuestro destino al mio.

—Què importa mi felicidad si me he consagrado á la vuestra y sine á vuestras ordenes! Asi como esos astros no brillan sino por el reflejo del sol, asi mi alma es el reflejo de la vuestra. Los males que sufris sen los mios. Hablad, confiádmelos, es suplico; hablad, no habeis asustado...

A estas palabras asemaron lágrimas de enternecimiento á los ojos de Landon, y Eugenia lloró porque él lloraba... Quiso responder; tenia el corazon oprimido; miró algunos instantes á la jóven con una expresion indefinible mezclada de espanto y de ternura y marchó dejándola estupefacta el desorden de sus palabra y de sus maneras.

—Mañana! dijo entre si, ¿que tendrá que decirme? ¿Se marchitará mi felicidad como se marchitaban las reses que cultivaba? Quedó consternada per un terror tanto mas profundo, cuante que la causa estaba oculta bajo un velo impenetrable, y en tal incertidumbre, el porvenir no podia ofrecerle ninguna imágen consoladora.

Tuve un sueño agitado, y por la mañana cuando Resalia fué á vestirla le dije:

—He soñado que nadaba en un rio.

—¿Estaba revuelto?

—Si.

—Mariana dice, que esto significa que amenaza alguna desgracia.

—Y que se me caian los dientes, añadió Eugenia.

—Ruina completa, respondió Rosalia echándose á reir, cuando Mariana sueña así pierde á la lotería. Oponéis pálida, señorita!

—No es nada, replicó la jóven; sin embargo, estas palabras habian producido en ella una impresion terrible.

Esperó con una impaciencia dolerosa la llegada de Landon, y se estremeció al oir sus pisadas. Horacio tenia el rostro sombrío, su voz alterada desconcertó á Eugenia.

Fueren á pasearse con las señoras d'Arneuse y Guerin; por el camino Horacio guardó un silencio inquieto, evitó mirar á Eugenia, que á cada paso sentia aumentarse su terror.—No parece, dijo entre si, sino que se trata de mi vida.

Landon respondió á las preguntas de la señora d'Arneuse con un aire tan distraido que muy pronto dejó esta de dirigirle la palabra, y uniendose á su madre que iba delante, dejó á Eugenia sola con Landon.

—Señorita, dijo entonces con una voz conmovida... me es imposible contares yo mismo mi vida... y no obstante es preciso que la sepais. Me ocuparé algunos dias en escribir todos los pormenores... entonces resolveréis sobre nuestro enlace. Os erais desgraciada, Eugenia! ah! Dios quiera que no conozcais mayores desgracias.

Le apretó dulcemente la mano; Eugenia trató de ocultar su terror dejando asomar á sus lábios una falsa sonrisa; bien pronto se quejó del frio, apretó el paño y llegó á su casa sin pronunciar una palabra. En medio de la felicidad se sentia perseguida por una fatiga

talidad y temia las decepciones de Tántalo, no se atrevia á agacharse para coger las flores que el amor echaba á sus pies.

Pasó una semana entera sin que recibiese la menor noticia de Hieracio, y esta semana fué para ella mas penosa que todos los sufrimientos de su enfermedad: las aflicciones mas siniestras atermentaban su alma: pero no obstante, decia entre sí, ¿qué puede yo saber de mas deleroso? ¡Que no me ama! me ama, pues que se casa conmigo. ¡digno de mí!... me ha dicho... él tan noble, tan generoso! sus penas no pueden prevenir de nada que tenga que ver conmigo, y una vez casados pedemos vivir lejos del mundo; y entences ¿qué desgracia nos puede sobrevenir?... Tales eran sus pensamientos divididos entre el terror y la curiosidad; de manera que á un mismo tiempo deseaba y temia ver llegar el escrito fatal que de un modo ó de otro debía sacarla del estado cruel de incertidumbre en que se hallaba.

En fin, á los ocho dias, Nikel vino á traer á Rosalia un voluminoso paquete de papeles dirigidos por su amo á la señora d'Arneuse.

—Toma, hermosa, es preciso que entregues este á tu señorita, pero en secreto, ten cuidado con estos papeles porque deben estar llenos de veneno, el general está mil veces mas triste desde que se ha ocupado de este trabajo que cuando llegó aquí...

—Dime, Nikel, esto no impedirá las bedas?

—Yo creo que no, el coronel parece que ama á tu señorita...

—Y por qué le llama unas veces coronel, otras ge-

neral y otras capitán? ¿des, uss de todo qué cosa es tu amo? Antes de casarnos debamos saber con quien.

—Es... basta, exclamó el cazador con un aire severo... iba á olvidar la consigna! Ah! Duvigneau tenia mucha razon cuando decia que el amor era la mayor de todas las tenteras; de aquí á algunos dias estarémos casados... y entences...

—Oh! entonce, repuso la doncella, tu no harás mas que lo que yo quiera.

La respuesta que dió el cazador fué abrazar á Rosalia sin que la languedociana pudiera defenderse de las libertades del cazador. En efecto, desde que le dió la palabra de casamiento gobernaba militarmente sus amores, y Rosalia acercandose al fin apetecido no oponia ya tanta resistencia á las caricias de su amante.

Sin embargo, la doncella llena de curiosidad por saber la importancia del voluminoso paquete se separó de Nikel rechazándole con vigor.

El cazador llevo la mano á su frente y haciendo un saludo militar, respondió con alegría:

—Gracias, mi capitán.

Rosalia encontró muy prente el medio de cumplir con su comision. Se sorprendió de ver á su señorita coger con mucho cuidado los papeles y guardar silencio.

—Pero qué ha sucedido, señorita, para que esteis tan triste?... Sabéis que ayer en la sala estas señoras hablaban de vos como si estuvierais ya casada?...

—Ah!... Rosalia!... Rosalia! fue la única respuesta de Eugénie y la languedociana volvió al sitio donde

N kel la esperaba, estupefacta al ver que no tenia ya en su mano todos los hilos de la intriga que tambien habia anudado.

Asi que se quedaren todos dormidos, la señora d'Arneuse que queria dedicar la noche á leer el manuscrito de Landon, se preparó á esta penosa vigilia. La agitaban un sin numero de sentimientos, cuando rompio el sobre con que estaban envueltos los papeles, y la importancia que debia tener esta lectura para la felicidad de su vida, llenó este momento de solemnidad: tenia las manos yertas cuando abrió estos papeles que iban á descubrirle grandes secretos: observó la tristeza de la noche; escuchó el ruido de la lluvia y miro todo esto como un presagio siniestro. Las oscilaciones de su lámpara, el silbido de un pájaro, el vuelo mismo de una mosca. todo excitaba su inquietud y contribuia á que los latidos de su corazon fueran mas profundos y menos rápidos. Hubiera querido que el viento fuera ménos lúgubre, la noche mas tranquila y mas serena, en una palabra, que la naturaleza se compadeciera de sus sufrimientos en vez de aumentarlos.

Al oir la campanada de las doce se estremeció de miedo, ya por que en el momento que descansa todo el mundo, este ruido producido por una cosa inanimada, le pareciera en si horroroso, ya porque Eugenia conservase los terrores que en la niñez causa esta hora, pero el principal motivo existia en su propio corazon: estaba amenazado su amor, se apoderaban de su alma sentimientos dolerosos. Debemos perdonar á Eugenia sensaciones que parecerán ridiculas á quien no

participe de su situación, y no obstante existen pocas mugeres capaces de leer sin terror en la soledad de la noche un escrito que ha de decidir el porvenir de su amor. La señorita d'Arneuse encontró entre los papeles la carta siguiente.

SEÑORITA

«Oj envíe estos papeles fatales que están empapados en mis lágrimas; he concebido de vuestro carácter una idea bastante noble para no hablare con franqueza; la desgracia de un temple fuerte de alma: es he descrito las emociones de mi corazón tales como las he sentido. Después de haber cumplido con este deber, tendré el valor de añadir, aun cuando esta confesion deberá sernos á ambas funesta, que al recordar mi amor primero, he sentido en mí el sufrimiento que la que fué objeto de esta pasión, reina siempre en el fondo de mi alma. Me estremezco al hacer recaer sobre vuestra existencia una parte del peso que agobia la mía. Ahora bien; vuestras fuerzas han de medir vuestras esperanzas; ¿os atreveréis á participar de mi triste porvenir?»

Si después de haber leído esta pedéis aun contagiar vuestra vida, os ofrezco en cambio el mas tierno afecto; pero si pasciéades muy desgraciado mi destino veléis á otro lado la cabeza, jamás os vitupera y yo... es aseguro que sera el último esfuerzo que haga hacia la felicidad.»

—Diga mí! ¿que voy á leer? Se llenaron sus ojos de lágrimas y apenas vió los primeros rengones del manuscrito.

Manuscrito del Duque de Landon

XIX.

RECUERDOS

«A la edad de cinco años salía huyendo de mi patria; el valor y la presencia de ánimo de mi pobre madre libertaron de la guillotina mi cabeza; pero dejábase detrás á mi padre que se hallaba en la cárcel; apenas nuestros pies hubieron tocado el suelo extranjero, cuando supimos la muerte del duque de Landon. Este golpe terrible destruyó la salud de mi madre y murió en la flor de su edad. Me acuerdo que entonces temiendo sin duda los peligros de un mundo donde iba á dejarme solo y no sabiendo á quien confiar su hijo me estrecho entre sus brazos moribundos, como si hubiera querido llevarme á la manjara de la muerte.

Aunque los demás sucesos de mi infancia hayan quedado gravados en mi memoria como las imágenes confusas de un sueño, este recuerdo me ha quedado muy presente. No se vé impunemente el último suspi-

ros de una madre! En este momento nuestros bienes estaban sacados á pública subastas, destruido nuestro honor, proscripta mi cuna, mi juventud sin guía, y la fortuna brillante de una casa histórica, hubiera parecido en un pueblo obscure de Alemania á no haber sido por el desinterés de un anciano,

«Mi padre tenía por Administrador un procurador en el parlamento de Paris; era uno estes hombres honrados, cuya lealtad pasa de generacion en generacion como uno de los bienes de su matrimonio. Guerard nos fué legado por mi abuelo, en cuya casa principié por ser escribiente de un secretario; habiendo observado su capacidad, mi abuelo le había hecho dar una buena educacion y protegido con una benevolencia tal que en 1789 Guerard llegó á ser uno de los hombres mas notables de su cuerpo; sus conocimientos, su instruccion y su talento, igualaban á la abhesion que tenían á nuestra familia, de la que casi hacia parte. Cuando estalló la revolucion, mi padre se quedó admirado al ver su administrador colocado entre los adversarios mas famosos de la monarquia. Guerard había quedado fiel á sus principios republicanos; pero en los esfuerzos que hizo para salvar á mi padre, reconocimos una exactitud de cálculo digna de un hombre de Estado. Por poco no le cuesta caro su desinterés: lo metieron en la misma cárcel que á su amo, y la voz consoladora de su fiel administrador fué la última que oyó mi padre antes de ir al cadalso.

«Luego que Guerard salió de la cárcel fué á buscarme á Alemania, me traje al suelo patrio, me hice berrar de la lista de los emigrados, protestó de mi ad-

hesion á la república, compró algunos de mis bienes que estaban en venta, impidió la dilapidacion de los demás, me puso al abrigo de los fureros revolucionarios y se ocupó de mi educacion con tal esmero, que á pesar de ser muy jóven entré en la escuela célebre, una de las mejores creaciones de la república.

«En 1807, aun no habia cumplido los 20 años, sali de la escuela Politecnica, muy recomendada por nuestros ilustres profesores. El favor de que entences gozaba Mr. Guerard, y la consideracion del emperador hácia las familias nobles, me valieron una tenencia en un regimiento de caballeria, arma que preferia á todas las demás. El fanatismo guerrero de que estabu animado, me hizo solicitar salir inmediatamente á un ejército active: llegué muy á tiempo para distinguirme durante toda la campaña por algunas acciones de valor. Entences Guerard prente á abandonar su puesto eminente por motivo del disgusto que le causaba el despotisme imperial, hizo valer con habilidad mi entusiasmo y se aprovechó de este para que me diesen en la guardia imperial el mismo grado que tenia en el ejército de linea,

«Satisfecho con haberme colocado en un puesto tan brillante para un jóven, que acababa de entrar en la carrera militar, contente con haber atraido sobre su hijo adoptivo la atencion del soberano, el incorruptible Guerard se retiró á Neuilly como en una hermita, cifró en mí toda su orgulle y toda su ambicion: entences como en el día el oír pronunciar mi nombre con algun elogio, le hacia palpitar de alegría el corazon. El solo administra mis bienes y cuida de mis ren-

tas. Es mi guía, mi fieston en la vida, toma parte en mis alegrías, así como en mis penas, su existencia parece no ser sino un reflejo de la mia. Llegó á tal punto nuestra amistad, que nunca le he pedido cuenta de mi herencia. Le dejo el cuidado de mi fortuna como á un buen padre, y tiene tanta prevision que mis prodigalidades nunca han agotado las sumas que deposita para mí en casa de su banquero.

Pero, señorita, la naturaleza semejante á la suerte que favorece á los jugadores antes de arruinarlos, fué pródiga hácia mí; había hallado un padre, y me dió un amigo... Me preguntareis como he podido ser tan desgraciado; ahí muy pronto vereis con qué pempá y con qué lujo se me presentó la vida.

«Cuando salí de la escuela Politécnica y marché al ejército, me acompañó un joven italiano llamado Anibal Salviati; habíamos sufrido al mismo tiempo nuestros exámenes para entrar en la escuela y desde entonces sentimos el uno hácia el otro una verdadera simpatía. La conformidad de edad, de costumbres, y de carácter, estrechó el lazo de nuestra amistad. Anibal era huérfano como yo y, como yo, buscaba un hermano en medio del mundo; todo contribuía á estar muy unidos. Mi amigo tiene una buena estatura, sus ojos son vivos, expresivos, su eco de voz muy dulce, su lenguaje poético: su cabellera negra, y naturalmente rizada cae sobre su frente lleno de nobleza y dignidad, sus facciones seductoras las embellece este color triguero que dá un carácter tan apasionado á los rostros meridionales; desigual como yo en su humor la expansión es en él mas bien una necesidad que una cuali-

dad, y posee esta gracia indefinible que ha hablado que llamarla «el yo no sé qué;» es valiente, generoso, modesto y sobresale en las bellas artes; el único defecto que puede echarle en cara es una envidia ciega, pasión que sin duda debe á su patria y que en vano he tratado de combatir. Muchas veces uno de nosotros estaba triste y el otro alegre; hemos hallado en este original contraste de dolor y alegría, un consuelo en los males, una esperanza infatigable, un color de amistad que sería difícil pedérselo pintar. Mezclando sus nuestros afectos, confundiendo nuestros pensamientos y sosteniéndonos mutuamente, mas de una vez hemos dado gracias á la casualidad que nos habia unido.

«Salviati para no separarse de mi, quiso servir en la caballeria á pesar de la ádversion que tenia hácia esta arma; repugnante, era quizá un presentimiento porque en el primer encuentro en que se distinguió nuestro valer, Annibal por salvarme la vida recibió una herida que le obligó á dejar el ejército. Volvió á Paris donde la proteccion de Guerard le proporcionó una plaza en la secretaria del Interior. Su fortuna fué tan rápida en la carrera administrativa como la mia en el ejército.

«Fácilmente es podreis imaginar la perspectiva brillante que se ofrecia á nuestras miradas; ambos ricos; ambos protegidos poderosamente y bien recibidos por todas partes, iba mos de diversion participando de toda clase de ilusiones, y felices, como lo es uno á los 20 años cuando el destino parecia complacerse en echar á nuestros pies toda las flores de la vida: nada teniamos que desear.

«Tal es, señorita, la historia de mi vida exterior; há aqui lo que interesa á la mayor parte de los hombres; pero mi vida interior, esta sucesion de sentimientos barrascosos en un corazón tranquilo en apariencia forma una historia muy importante bajo otro concepto. Os refiero mi vida con toda franqueza, porque creo que no debe ocultarse nada que pertezca al hombre que debe ser vuestro esposo.

«Cuando en el año de 1808 fui á Paris con Annibal, obtuve además de mi promocion en la guardia una licencia de dos meses á fin de poder cuidar á mi amigo. Hacia el fin de Setiembre, Salviati estaba convaleciente y debia llegar á mi pueblo para curar su herida en campo, cuando un dia por la mañana temprana dando nuestros pasos en el «boulevard» de San Antonio:

—¿Has visto á esta joven? me dijo Salviati.

—No, le respondi.

—Pues bien, vuelve la cara y mirala.

Me volvi para verla y no la ví.

—¿No es original? me preguntó.

—Ah! muy original, le dije con una sonrisa fingida.

—He aqui como me represente el vampiro del que nos hablado en Copete aquel joven inglés.

Nada respondi.

—¿Tenéis frie? me dijo Salviati, porque estas temblando.

—Vete solo, le dije separándome de él...

Eché una mirada expresiva y concluyé por sonreirme al verme esperar á la joven.

—Annibal no te burles de mí, y si me estimas déjame solo; y se marchó con la sumision de la amistad

«Envuelta en una especie de la capa de tela comun pero sumamente limpia, esta joven parecia querer ocultar ó sus formas, ó su vestido, á las miradas de los curiosos, y su cabeza tambien estaba casi toda cubierta con un sombrero de paja, y solamente su rostro me habia llamado la atencion. En efecto, la joven tenia una palidez mortal, y su rostro parecia enteramente el de una estatua cuando al salir de las manos del escultor, el marmol aun virgen de las injurias del aire, despide una luz blanca y suave; su cutis tenia una finura tal y era de tal transparencia que yo creia ver discurrir por sus venas no sangre sino leche pura. En medio de esta blancura, sus lábios eran como dos ramas de coral; el reflejo de sus pestañas pobladas y de sus párpados bajos, arrojaba sobre sus mejillas una sombra vaperosa y ligera, y el fuego de sus miradas parecia mas brillante, pero sus ojos negros y sus negras cejas. contrastaban con la blancura y palidez de su rostro: un velo arrollado y caido sobre sus hombros ocultaba su hermoso cabello. Su andar tenia yo no sé qué de mágico; porque ignoro desde donde puede venir esta ondulation deliciosa que reinaba en los menores movimientos de su persona. Sus pisadas resonaban en mis oidos con una dulce armonia, y yo la seguia como llevado por la corriente de un rio.

«Iba acompañado de un anciano vestido con abandono, y cuyo pase trémulo contrastaba con los movimientos de la joven. El rostro de este hombre era de una fealdad desagradable, quizá innoble al primer as-

pecto, pare por muy poco que se le mirase es encen-
traba tanta bondad, una tranquilidad tan noble, y
una frente tan serena, que casi se olvidaba uno de su
fealdad.

Era imposible no interesarse por esta alianza sin-
gular de fealdad y de belleza, de vejez y de juventud;
no se ve una rosa sobre una tumba sin una profunda
emecien, y si queria adivinar el sentimiento que los
unia; cada paso del anciano atraia la atencien de la
jóven y los menores movimientos, de esta, escitaban
los cuidados del anciano; en fin; la armonia de sus al-
mas hubiere hecho creer que habia una sola vida pa-
ra ambas.

Muy pronto me vi delante de la iglesia de San Pa-
blo, sin saber como habia llegado hasta alli. Al subir
la escalera una multitud de pobres saltaron al anciano
y á su compañera. Aquel dió unas cuantas monedas á
la jóven que las repartio entre los mendigos. Ignoraba
el verdadero motive de esta accion, pare no pude me-
nos de enternecerme este refinamiento de caridad. Los
segui bajo las bóvedas sagradas del edificio. Tomaron
agua bendita, se adelantaron hacia el altar y se arro-
dillaron; me puse detrás de un pilar y me coloqué de
modo que podia ver el rostro de la jóven en el mo-
mento que alzaba la cabeza por encima de su libre de
oraciones. Mis piernas temblaban y algunas veces mis
ojos sentia una fatiga como la que se siente en los sue-
ños, cuando se quiere ver con los ojos del cuerpo lo
que se ve con los del alma. El anciano, al dejar á
su protegida para ir á la sacristia, volvió muchas ve-
ces la cabeza hácia ella con una sollicitud paternal y

tornó inmediatamente acompañando á un sacerdote. Entonces con sus manos trémulas quitó la capa á la jóven, ayudóla á estenderse sobre su cabeza un velo blanco como la nieve. Pude ver entonces su rostro perfectamente: su cabello caía sobre su frente en rizos tan negros como el ébano; me recordaron aquella imagen de Milton: «una roca de alabastro en medio de las nubes».

Llevaba un vestido blanco, y el sacerdote al subir al altar echó una mirada que descubrió el misterio de esta escena, cruzó las manos, y rezó. Repetí involuntariamente las palabras santas que pronunciaba en alta voz: en seguida lleve de rubor al verla volver una heja, levantándome cuando se levantaba, deblando la rodilla cuando se inclinaba, me recogí como ella prosternándome delante de la criatura mientras este aderraba al Crador; extasis tan puro como el de los serafines confundidos en la luz del trono.

«El silencio profundo de la iglesia y la claridad sombría que reinaba produjeron en mí una especie de terror ¿Que os diré? ¿como pintaréis las alegrías tan fugaces al parecer; y no obstante tan duraderas y tan profundas en realidad? Solo veía aquella cabeza que parecía moverse en una atmósfera luminosa su menor movimiento producía un nuevo accidente de luz: ya estaba iluminada por la claridad melancólica de la boveda; en seguida ya se inclinaba, sus vestidos se teñían de los colores del arco iris producido por el reflejo de los vidrios de la capilla lateral. Las nubes luchando con el sol, la sumergían ya en la sombra, ya en la luz ex fin, su velo y la mano que lo levantaba, su respira-

ción, el vapor ligero que exhalaba su boca, la pureza de los contornos de su rostro, sus párpados vacilantes todo producía en mi alma una nueva alegría y dudaba à mis ojos nuevos encantos.

«De repente el sacerdote se volvió hacia ella y levantó su rostro y entonces la jóven alzó la cabeza. El sacerdote tenia la hostia en la mano. En este momento aparecia en las gradas del altar como un ángel en medio de los cielos. La jóven la contemplaba con una alegría pura. El sacerdote echó una mirada de bondad pederosa, y al momento levantó su cabeza hacia la bóveda como si todos los querubines viniendo entre nubes de oro, y agrupados en círculos armeniosos, se hubiesen sonreido à esta fiesta de la tierra y à este primer banquete de la virgen. No parecia sino que un reflejo de la luz que envuelve el trono de Dios despedía su brillo inevitable sobre estos tres seres confundidos en una misma adoracion. Una dulce y voluptuosa languidez se apoderó de mí; estaba como amederrado, casi soñando, y sumergido en un nuevo mundo: me hubiera quedado allí hasta la eternidad, estaba en la gloria. El sacerdote le puso el pan bendito en los labios de la jóven que bajó inmediatamente la cabeza; lloraba al ver correr las lágrimas por las mejillas del anciano y quède como un hombre embriagado no pudiendo ya sostenerme.

Cuando mi fatiga hubo pasado, y ya no me temblaban las piernas, busqué con la vista à la jóven; habia desaparecido. Sali à la calle corriendo y no la vi; recorrí todo el barrio, me fué imposible encontrarla, ninguna huella habian dejado sus pasos: nadie la ha-

bia visto. El espanto se apoderó de mi alma; estaba como un chiquillo que se ha quedado solo en medio de la noche. Mañana la vere, dije, y resignado aunque forzosamente, fui para mi casa despues de haber ido á ver con una atencion casi estúpida el lugar donde Salvati me habia dicho: «¿Has visto á esta jóven?» No creais, señorita, que mi impresion y estado de embriaguez me permitieron analizar mis sensaciones como le hago en este momento. Al contrario, el recuerdo me ha representado esta imagenes mucho despues, asi como las olas arrojan á la orrilla del mar los despojos de algun buque destrozado por la berrasca; y ahora debe haceros observar, que los estudios de que Mister Guerard se ha servido para templar el arder de mi juveniles ocupaciones de la escuela, el deseo de gloria, me habian dejado en una calma profunda: entences el mundo se le me habia ofrecido un torbellino de placeres, que venian á merir á mis pies sin producir grandes impresiones, y asi principiaba para mí la vida con tanta mas fuerza cuanto mas tiempo estaban dormidos los sentimientos de mi corazon.»

—Y qué, dijo Eugenia entre si dejando caer el manuscrito, será mia esta alma tan exaltada, tan grande y tan sublimel...

Y volviendo á coger el manuscrito continuó.

XX.

El portero de la casa de smithson

«Llego el día siguiente y desde por la mañana temprano me fui á la calle de San Antonio; entré en la iglesia esperando que llegara la desconocida: ¡cuantas veces fui desde el altar hasta la puerta de la iglesia y desde la puerta hasta el altar, para ver si la encontraba, experimentando cada vez un nuevo placer. Al ver de nuevo la piedra sobre que había estado arradillada el día anterior! mi frente estaba empapada en sudor. Sentía los minutos de espera como las angustias de un dolor, é interpretaba de mil modos extraños la ausencia de la jóven. Cada persona que entraba me hacía estremecer; en fin, las lezas de la iglesia abrazaban mis pies, y situación llegó á ser tan intolerable que iba á salir, cuando apareció la jóven. Entró y se arrodilló delante del altar de la Virgen; la contemplé con tanto mas placer, quanto que desde que había desaparecido

me había ocupado en representar en mi imaginación las facciones de su rostro. Iba sin capa; vestida con sencillez; en tallo era esbelta; me pareció representar unos quince ó diez y seis años; al verla así, temblé de placer.

Inmediatamente salió acompañada del anciano, y la seguí con lentitud temiendo que me vieran, y así es que ya le perdía de vista, ya me encontraba muy cerca de ellos; pero habiéndole llegado á la plaza Real le vi entrar en una casa que formaba la esquina de la misma plaza y de la calle de Teurene. Con la sencillez de un niño no pensé entrar en la casa, satisfecho con no perder de vista á la jóven y no pensando en que podía suceder muy bien que no fuese esta su casa, me contente con examinarla despacio tratando de adivinar el piso que debía ocupar; cuando me sentí ya fatigado, me retiré á mi casa pensando solo en volver al día siguiente á San Pablo; y así es que durante cuatro ó cinco días viví inocentemente gozando de la felicidad de ir á contemplar á la jóven orando en el altar de la Virgen. Mi imaginación no iba mas allá: me alimentaba solo con su vista y me sentía con bastante amor para no pensar en otra cosa. Con la imprevisión infantil del negro que no pensando que ha de dormir por la noche vende el algodón de su cama, gozaba de lo presente ignorando la alegría que había de producir una palabra. Estances el deseo de apretar su mano estaba muy distante de mi mente; pensaba en ella en el silencio de la noche; me preparaba á ir á San Pablo como para un acto de peregrinación; hablaba de ella mucho tiempo con Salviati que se reía deplorando mi de-

lirio. ¿No estaba yo verdaderamente loco, cuando detramaba en su alma el torrente de mis pensamientos? Muchas veces le decia que su corazon no me bastaba y hubiera querido poder decir todo à la naturaleza entera; pero otras muchas queria ocultarle todo y temiende sus miradas me concentraba en mi alma: esta primera alegria que yo creia no tener fin se agotó muy pronto, y me acostumbré al estreñecimiento que se apoderaba de mí al ver à la jóven desconocida. En fin no tardó mucho en ir à San Pablo. Entonce caia en la desesperacion: quise con el despotismo de un niño mimado entrar en el santuario que esta jóven habitaba puse à mi mente en termento para llevar à cabo esta idea y entonces me entregué à una verdadera locura. La claridad era para mí demasiado fuerte; el ruido me hacia mal. Me habian arrebatado mi divinidad en el mismo momento en que queria acercarme à ella, respirar su aliente, rezar con sus vestidos, oir su palabra, saber su nombre para pronunciarlo mil veces; en el momento en fin en que veia principiari una nueva vida de felicidad y ventura. El amor, el verdadero amor, no pasa por mil tintas antes de llegar à la luz, asi como el insecto se sepulta en una tumba de seda antes de desplegar sus brillantes alas?

«Salviati me aconseje que sedajera al portero. Sabrás ciertamente por el ja historia de este anciano, me dijo, y podré idear alguna medio para darte entrada, porque tú eres incapaz de abrirla puerta. Le di un abrazo, diciéndole que tenía mas ingenio que todos los criados de las comedias, y corri à la plaza Real llevado de yo no sé que frenesi de alegria y de placer.

«Cuando hallandome ya delante de la puerta cogí el aldabon que habian tocado sus manos el silbido del miedo resonó en mis oidos, y me parecia que cesaban los latidos de mi corazon. Era el ruido de las alas de un angel? ó era un presentimiento de desgracia?...

Abrieren la puerta y me encontré en el portal de la casa donde ella vivia. Entré en un cuarto que estaba junto á la escalera, me hice cargo que seria el del portero; y al ver un viejo encorbado y arreglando sus ropas, me senté y animandome un poco le dije:

—¿No viven aqui unes extranjeros?

Esta pregunta dirigida por un joven condecorado, y que salia de un coche muy elegante, le alarmó sobre manera.

—Señor todos nuestros inquilinos son gentes muy tranquilla y el gobierno...

—No se trata del gobierno, le respondí, deslizando en sus manos una moneda de oro; únicamente deseo tener noticias de un anciano y de una jóven muy pallida que siempre la acompaña.

Entonces el portero meneó la cabeza de un modo significativo y me dije:

—El anciano se llama Smithson; no creo que la joven sea su hija; pero aqui, hay algun misterio. Nunca se les vé por la casa como á les demás vecinos: rara vez salen: son ingleses y viven en el piso segundo. Es una gente muy honrada; paga con puntualidad la casa pero no son ricos: Mr. Smithson copia música, y la jóven toca el arpa casi todo el dia. Nada mas sé, porque tienen un criado, llamado Nelly que habla tanto como esta pared.

A pesar de haber transcurrido cinco años aun sueña en mis oídos la voz cascada de este portero: y tengo tan presente esta escena como si hubiera pasado ayer.

Acudí á Annibal como si hubiera estado encargado de pensar por mí; escuchó con gravedad la explicación que le hice, y se puso á representar una de estas escenas en las que el criado trata de hacer ver á su amo, cuando se halla apartado, hasta donde llega la fertilidad de su ingenio. Le escribía á que me indicase algún medio para ponerme en comunicación con esa familia, y terminó sus bromas diciendome: busca la «batalla de Hasting. La batalla de Hasting» ¡era una mala ópera que habíamos hecho juntos en la escuela Politécnica; y cuando pronuncio esa especie de sentencia, le supliqué que no se metiese por mas tiempo de mi sufrimiento, y me volvió á responder con su frase:—Busca la «batalla de Hasting!» Me costó mucho trabajo encontrar entre nuestros papeles inútiles este dichoso manuscrito.

—Ves tú, exclamó Salviani cogiendo la ópera, á esta obra vamos á deber la dicha de contemplar á esa palida hermosura. Con efecto, su padre copia música: y ó bien es músico ó copiante no puede menos de estar miserable y peioramos rebarle la muchacha; y si es músico estará aun mas miserable todavía, y entonces podemos llevarnos la jóven mientras el compaña la música para la ópera.

—Salviani, le dije, habla de ella con respeto ó sino dejámos de ser hermanos.

—Ah! ya esto se pone serio! Preciso es que hagas justicia á este di'ema. O sir Smithson es coplader y

entonces irás á ver copiar la partitura de tu composición; ó es músico y en ese caso le harás coger la lira para dar algun valor á tu poema. Te compendré una canción para que en la primera hipótesis la lleves á copiar y en la segunda quedarás bien fastidiado.

—Mi querido Salvati, le dije lleno de alegría, quieres salvarme la vida, curarme de una fiebre que me devoraria? Pues mane á la obra y haz lo que me has prometido, soy incapaz de raciocinar ni de hacer nada; soy un niño, coge mis andadores y dirigeme.

Se reñrió y cumplió su palabra. La censura no resistió á nuestro crédito ni á nuestras recomendaciones en fin fué recibida la pieza y Anibal compuso muy pronto la música. Si, todo el tiempo que duraron estas intrigas quedé privado de mi luz y en una oscuridad profunda; si me contentaba con ver solo las paredes de su casa, era porque á cada momento brillaba en mi la esperanza de en el templo que ella habitaba. De noche, de día, cada instante se aparecía delante de mí una sombra que se animaba y se estendia envuelta en vestidos brillantes como la luz, y esta sombra era ella. La veía, no ya come en el altar de la Virgen, fria, tranquila, sin expresión, no; daba á su rostro pálido esa sonrisa que tanto deseaba: muchas veces decía yo á Salvati:

—Mira que hermosa es!

XXI.

Sir smithson

Una mañana de Otoño fui à la plaza Real, acompañado de Annibal que me hacia repetir mi leccion.

—No te equivoques, me dijo él cuando me apeé del coche.

—Subid al segundo pise, me dijo el portero.

Estas palabras produjeron en mí, yo no sé por que una impresion estraña. El sudor cerria por mi frente y mi corazon latia con fuerza. Al subir muy deprisa la escalera sentia dentro de mi pecho un calor muy profundo. Llegue hasta la puerta en un abrir y cerrar de ojos. Me detuve como si hubiese encontrado un obstaculo invencible y oia resonar en el silencio los latidos de mi corazon. Llame temblando y el eco que resonó en este cuarto me cause una sensacion dolerosa como aquella que se apodera de nesetre cuando un ruido inesperado viene à romper la paz profunda de la ne-

cho. Apareció una muger cuyos pasos, que se oían arrastrar por el suelo, me entristecieron, y esta muger me introdujó en la sala. Cuando puse el pie en esta habitación creí haber llegado á la tierra prometida y respiré con mas libertad; pero estaba deslumbrado y no recobré la vista hasta que me encontré sentado sin saber cómo delante de la anciana y de Sir Smithson.

—¿Qué quiere usted, caballere?

Estas palabras me sobresaltaron.

Creo acordarme de que mis ojos recorieron la habitación con una curiosidad que sin duda debió escitar esta pregunta brusca; pero no viendo á la jóven desconocida, respondí algo ruberizado y tratando de repetir palabra por palabra la lección de Salvati.

—Caballere, tengo el honor de traerle la música de una ópera...

—¿Como! dijo interrumpiendome, ¿tengo el honor de que me conozcals? Sois estrangere?

—Una señerita irlandesa, lady Pagest, á quien tengo del gusto de ver muy á menudo, me ha hablado mucho de vos y de vuestros talentos.

En este momento se animó su rostro, sus ojos brillaron y ya no me parecia tan feo.

—Los irlandeses, exclamó, no me admira esto, yo soy el primero que ha dado á cenecer sus canciones nacionales!

Entonces cesé mi embaraza, porque tuve bastante presencia de ánimo para adivinar que era único.

—Caballere, respondí, hé aqui el motive de mi visita, la ópera que tengo el honor de presentaros ha sido recibida en el teatro Feideau; el argumento está to-

mado de la historia de Irlanda; Lady Pagest, á quien yo me quejaba hace algunos días de la mediana de compositor, me dijo que había oído hablar á muchos irlandeses de Sir Smithson.

—Si está aquí como se dice lo encontrareis muy pronto, añadió, y podéis dirigirlos á él, porque es el hombre que necesitáis.

—Ayer noche, caballero, supe que viviais aquí y hoy vengo á ofreceros mi poema.

—Nunca he oído hablar de Lady Pagest, respondí y no sé bastante el francés para...

Estas palabras me dejaron frío. «La batalla de Hastings!» exclamó cogiendo el manuscrito: ah! Herin Herin! (1) y temb'aba de entusiasmo. Por ti se volverá á encender mi fuego ya apagado y por mucho tiempo que me haya abrumado el peso de la vejez y del infortunio, por ti Herin, volveré á encontrar la lira de mi juventud!... Al pronunciar estas palabras, su fisonomía reveló toda la nobleza de su alma.

—Y qué sois desgraciado? le pregunté con interés.

—¿Y qué os importa? respondí de un modo brusco.

—Comed exclamó, no sois un hombre, y si vuestra desgracia es de aquellas que el ere pueda dulcificar, led en mis ojos y vereis un corazon que habeis ganado y podéis disponer de mi riqueza: led en mi frente, es acaso como la de aquellos en que está marcado el sello del egoísmo? Me contempló sonriéndose con iro-

(1) Es el nombre que dan los irlandeses á su país.

nia. Despues de un instante de silencio, me cogió la mano y me dijo:

—Está bien!

Esta frase me turbó, no merecia ciria, porque mi generosidad estaba fuera de todo cálculo. Espié mi falta confesando al anciano una amistad desinteresada.

—Veo abí un arpa, dije tratando de ocultar mi turbacion: ¿es la vues'ra? ¿Seis algun bardo disfrazado? Miraba en derreder mio sin ver lo que yo deseaba; en este instante se abrieron las puertas, y apareció la joven desconocida.

Cuando entró la joven desconocida no reparó en mí; pero así que me vió, una marcada admiracion se advirtió en su semblante. El anciano le dijo entonces algunas palabras en inglés, y ella enteramente certada se adelantó muy despacio y con los ojos bajos: en seguida saludando con timidez se sentó à algunos pases de donde yo estaba. Las endulaciones de su vestido, sus ligeras pisadas resonaban en el silencio como los sonidos de que habla Schiller, que se oyen como la brisa de la noche.

—Creéis, me dijo Smithson, que pueda yo ser completamente desgraciado?

—¿Seis casado? pregunté con admiracion.

—No, respondió sonriendose, esta es mi Antigena, añadió señalando à la jóven.

Esta abrió sus ojos y le dió gracias. Dos veces y à hurtadillas me echó una mirada que revelaba la impresion de espanto que produce en un niño la vista de una persona estraña. Apenas se atrevía à moverse; yo no gozaba del placer de estar à su lado, porque mi al-

Ma estaba sumergida en una especie de estupor semejante al que deben experimentar las personas que pasan de repente de la miseria á la opulencia; además creía que me iba á quedar allí siempre. En seguida por temor de parecer indiscreto, me levanté pidiendo permiso de venir algunas veces á informarme de la operá. El anciano me respondió de modo que conocí que no lo molestaria. Sali; entonces fué cuando me oché en cara mi silencio, mi precipitacion, mi poca presencia de ánimo; pero mi corazon rebozaba de alegría.

Señorita, no hay en esta relacion ninguna incidente que pueda interesarnos, y no obstante esta escena rápida es abundante en sentimientos; ¿como hé de pintáras'o? ¿Donde encontrar imágenes para espresar este pudor tímido de nuestros primeros votos, este estro-mecimiento interior que experimentamos, cuando es-jamos; al lado de nuestro hijo, esta vacilacion en el pensamiento, en la palabra, este temor en las miradas, en fin este delirio comprimido que aun mismo tiempo fatiga y agrada? Ah! eran emociones ví-genes, cuyo encanto no vuelve en la vida.

Hasta aquel día había visto á esta joven como en un sueño; todo lo que pedía decirme á mí mismo para darme cuenta de mi embriaguez, es que me parecía la mas hermosa de las mujeres; pero ahora iba á penetrar en su alma, á reconocer sin duda en ella uno de esos seres que son emanaciones del cielo, á admirar sus perfecciones y á estudiar así su carácter, como las bellezas de su rostro. Así mi corazon no pasaba de un cielo á otro sin recorrer brillantes maravillas

y llegaba de luz en luz á donde las almas arden todas con el mismo fuego.

No quiere molestaros refiriéndoos todos los grados imperceptibles que, de visita en visita, establecieron una especie de intimidad entre ella y yo. No bastarian volúmenes enteros para describir esta multitud de sentimientos, de escenas interiores, estas cosas que tienen tanto precio, estas palabras que valen los mas elocuentes discursos. Per otra parte, ¿qué espresion podria pintar estos misterios de las almas que per una sucesion lenta y gradual de pensamientos y de conversaciones, se mezclan, se confunden y llegan á ser una sola alma? ¿Uria á esplicaros estos otros misterios de la belleza? En fin, pasé casi todas las noches en casa de Sir Smithson atraido no solo per la joven, sino tambien per una cierta tranquilidad en la vida, per una igualdad en las maneras que me seducian y encantaban. En su cuarto reinaba siempre la sencillez inglesa. Los muebles brillaban per su limpieza; parecian inmóviles: todo anunciaba la tranquilidad, la paz del alma, nada deslumbraba la vista como sucede en casa de una persona rica, pero se encontraba yo no se que armonia secreta entre los seres y las cosas. Durante mucho tiempo la joven permaneció en su habitacion, y esta conducta tan opuesta á la que autoriza la libertad de las jóvenes inglesas, me causó el mayor sentimiento.

En fin, el dia en que creí ser bastante amigo de Sir Smithson para pedirle algun favor, le manifesté el deseo de oír tocar el arpa á la joven, y aquella noche habla resuelto verla. Sir Smithson la llamó, y ella vi-

ne. Llevaba un vestido de muselina blanca y su cabello negro daba á su rostro pálido un encanto inexplicable.

—Vais á oírlo, me dijo Sis Smithson con alegría.

La joven se sentó delante de nosotros; cegó su arpa alzó los ojos que animaba el génio y en seguida tocó. Esta armonía penetró en mi alma como la luz cuando atraviesa un cuerpo diáfano; no me sentí estar en la tierra; en mi alma no había mas que un sentido, y los sonidos levantándose como una nube de perfumes que sabe al cielo, me parecieren venir de lo alto semejante á las voces que oyeron los pastores del evangelio. Quedé en una actitud de estupor deteniendo mi aliento como si hubiese temido turbar aquellos acordes divinos. La jóven me miró des veces. Cuando se levantó la seguí á mi vista inquieta.

—¿Per qué no se queda? preguntó á Sr. Smithson.

—Diste hace a'gun tiempo está mas resogida; me respondíe.

—¿Le incomoda mi presencia á vuestra hija? le dije.

—Juana no es mi hija.

—¿Pues quien es? ¿per qué está tan pílida? ¿te puede saber vuestra historia?

—Chicra, orclamo, ven hija mia, el señor es amigo nuestro.

Vino á sentarse en silencio junto á mi cen los ojos bajos, y no los alzaba del suelo sino para contemplar al anciano como si hubiese temido verlo. Sir Smithson me cogió la mano y me dijo con una voz cariñosa.

—Os cree un buen amigo, es el unico que tiene

mes en París, voy á contares mi historia. Y entonces hizo una relacion que voy á estraxer.

Nunca se habia casado, y no le quedaba de su familia numerosa mas que un hermano, y habian transcurrido 18 años desde la ultima vez que se vieron. En esta época su hermano iba á Italia, donde debia casarse con una mujer á quien adoraba; y la diferencia de sus opiniones religiosas era la causa de que no hubiese recibido noticias suyas desde su separacion. Ahí está es la única persona, decia señalando á Juana, en quien está concentrado todo mi cariño, y su historia es un episodio de la mia. Representaban en Londres una de mis operas cuando se quemó el teatro de Drury Lane. Mistress Jenny Duls, bailarina célebre, tomó un susto tan grande que murió á poco en mis brazos. Estaba en cinta; no hallando médico alguno en medio del tumulto, tuve el valor de practicar la operacion que salvó la vida de esta niña. Por un fenómeno inexplicable, la palidez de la madre se trasladó al rostro de la hija y por eso me habreis oido llamarla muchas veces *Chiera* (1). Desques de esta explicacion volvió á esta explicacion volvió á tomar el hilo de su historia. El buen hombre hasta los 30 años habia disfrutado de todas las delicias de la vida de artista; anelando su barco en toda las riberas, deteniendose donde se encontraba bien huyendo del sitio donde las nubes le anunciaban una borrasca, no apeteciendo sino las flores de la

(1) *Chiera* significa *blence*. Este nombre viene del griego. Un emperador romano ha llevado este sobrenombre á causa de su palidez.

vida se cuidaba poco del porvenir y no pensaba mas que en gozar de lo presente; llevó en fin la vida aventurera y pintoresca de estos hombres, cuyos triunfos encuentran por capitulos un hospital magnificamente edificado, como decia el anciano sonriendose. Si, amigo mio, continúo, he creido en mi juventud que esta vida no se acabaria; que las funciones, las canciones, los banquetes, los amigos y la vida ociosa, rodeaban siempre al artista. Estas ideas risueñas se n verdaderas á los veinte años; pero á los cincuenta me fué preciso dejar el brillante palacio que habia construido en mi mente. No habiende hecho provisiones para mi invierno, quise sacar producto de mis pretendidos talentos; he hallado mi vena helada, mi verbo apagado; los amigos huyeron de mí; las mugeres no me hacian caso; ya no era jóven, y era pobre; ¿quó me habia comido los frutos adelantados, al vender cada una de mis producciones á los directores del teatro? ¡ah! crueles barbaes! me dejaren muerto de hambre; yo tenia la gloria y ellos el dinero. Así me vi muy pronto á la edad de 60 años, no quedandome mas que agradables recuerdos y un gran fondo de filosofía. Lejos de acusar al cielo, me acusé á mi mismo, y cesé de denigrarme aprobando todo lo que habia hecho como lo mejor por la sencilla razon de que no somos dueño de lo pasado.

Entonces resolví á la edad de 65 años, pasar á Francia á intentar hacer fortuna. Vine á Paris con Juana, tenia esta cinco años. Ha sido mi consuelo y me ha servido de mucho, porque llega una edad en la que nuestros afectos solo pueden dirigirse á seres que

no forman el encanto de nuestra juventud. Las mugeres tienen razon de huir de nosotros; un anciano es como un niño mimado que tiene todos los defectos de un hombre, unidos á la tristeza de un enfermo. Y sin embargo, á mi edad el que no tiene un alma á quien pueda unir la suya, es un ser completamente desgraciado.

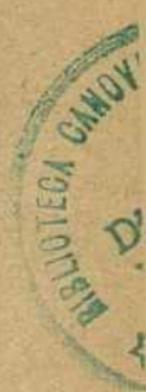
Se dice que hay amigos, pero dónde están?... Si yo hubiese tenido uno estaria aqui.

A estas palabras cogi la mano del anciano y fué igual nuestro enternecimiento. Un momento de silencio que reinó, nos dejó gozar de nuestra sensibilidad, nuestras almas se comprendieron como las de dos amigos acostumbrados desde la infancia á pensar juntos. Juana nos contempló con los ojos húmedos llenos de lágrimas.

—Ah! respondió, el amigo mas afectuoso y expansivo procura á nuestra alma estos placeres puros que se sienten cuando se cultiva una hermosa flor y se miran nacer sus colores?

—¡Qué placeres tan castos se experimentan en las relaciones de un anciano y de una jóven cuando estas relaciones tienen por objeto facilitar la vida á un ser débil lleno de candor, de gracia y de ternura!

En este instante vi á Juana que con la cabeza apoyada sobre el hombro de su padre adoptivo, mezclaba su cabello negro con el cabello blanco del anciano, y me miraba con dulce abandono: sus ojos medio cerrados despedian



un rayo verdaderamente celestial. Ah! me dijo, ¿creeis que haya nada mas dulce en el mundo que esta espresion cariñosa por la cual esta niña me manifiesta su afecto? La cogió en sus brazos y deponiendo en su frente un beso de anciano, uno de estos besos castos y llenos de fuego á la vez, exclamó; ah! si! Me debes estar reconocida!... no quiere decir esto que yo lo exija añadió cambiando de tono; pero no te he inspirado desde muy temprano, lo que constituye el encanto de la vida, una filosofia dulce, una alegria decente? ¿no he desembuelto en ti una sensibilidad profunda? y tu hija mia tú amarás?... eres piadosa, cumplirás tu palabra y cualquiera que sea la situacion en que te coloque la suerte. espero que tendrás toda la fuerza y la grandeza de alma que el cielo concede á las mugeres: nunca perderás estas riquezas ni tampoco las habilidades de que estas adornada. En fin, te he legado todos mis tesoros, hija mia, asegurando de este modo tu felicidad moral: lo demás no está en mi poder; el hombre es dueño de su alma, los dias y los sucesos pertenecen á Dios.

VVII.

Juana

Continuó su relacion. Sabreis, dijo Smittson que Paris me fué tan funesto como Lóndres, adquirí la triste certidumbre de que en todas partes donde hay mucha sociedad los hombres pierden en sensibilidad lo que ganan en inteligencia y en goces materiales, por la comunicacion de sus ideas y por la asociacion de sus fuerzas. Vegetémucho tiempo dando lecciones de inglés y de música, trabajando todo cuanto mi edad lo permitia. Me dispensareis la relacion de los sucesos que nos han hecho llegar por líneas imperceptibles hasta este estado de meniania, de indigencia, diré, en la cual vivimos hoy, porque nuestra situacion actual es muy triste! Reuniendo todos mis recursos, he

conseguido juntar como unas cuarenta libras esterlinas de renta que espero nos bastarán, á no ser, dijo mirándome con un aire irónico, que vuestra ópera nos proporcione una buena fortuna; pero sin reusarla no la deseo: con nuestro sistema de economía una bagatela ha llegado á ser un goce. Un adorno para Chiora, un mueble, cosas que harían sonreír de compasión á un rico, nos procuran alegrías inocentes. Su posesion ¿no satisface una multitud de deseos comprimidos durante mucho tiempo? y en la vida la felicidad no es otra cosa. La imaginacion es una hechicera; bajo su vara de virtud, el mejor diamante y la última concha de la tierra son completamente iguales, ocupan el rango que ha tenido á bien asignarles. Ahora bien, es preciso pensar que si la vida del hombre está aquí (y señalaba hácia su cabeza) también está aquí (y señalaba hácia el corazón).

—Ya veis, amigo mio, si os creo digno de contaros lo que fuimos y lo que somos: al decirlo no he sembrado mi infortunio en un corazón depravado, ya me comprendéis! y me apretó la mano.

Tal fué, poco mas ó menos, la relacion de este buen anciano. Era imposible escucharlo sin enternecerse. Me admiré de que no hubiera conseguido en Francia lo que deseaba. Insensiblemente la jóven se habia acercado á su bienhechor, y desde el momento en que la habia estrechado entre sus brazos con tanta ternura

quedó apoyada contra el pecho del anciano como bajo el ala protectora de la filosofía.

Su cabeza, cuyos contornos, eran tan puros, su cabello largo y su boca entreabierta, la sencillez de su actitud, todos los tesoros de la vida que brillaban en ella, firmaban un contraste agradable con la cabeza del anciano cuya espaciosa frente estaba surcada de arrugas paralelas, cuyos ojos no tenían aquel fuego propio de la juventud y cuyos contornos estaban marchitos. La joven permanecía allí como una violeta abierta en el hueco de un viejo sauce: los últimos sonidos de la música vibraban en mi oído confundidos con las últimas palabras del anciano; el silencio que había sucedido, á este cuadro, el encanto de aquella escena habían alejado de mi toda idea terrestre; estaba pronto á decir como los Apóstoles en la montaña: «levantemos una tienda y quedémonos aquí!»... Nuestras miradas se confundieron, y esclamé enternecido con los ojos arrasados en lágrimas,

— ¡Yo también soy huérfano!...

El acento de mi voz, mis acciones, mis gestos tuvieron un poder mágico, porque Juana se levanto al momento, y el anciano dándome la mano me dijo con la voz del alma:

— ¿Quereis ser mi hijo?

Entonces me fui á él y lo abracé con efusion. Cuando levanté la cabeza, Juana estaba allí, las lágrimas la embellecian, y cogiendome la mano me dijo con voz trémula,

— ¡Sereis mi hermano!.....

Su actitud me inspiraba una confianza que no me podía espresar; estaba conmovida, pero temerosa, ¿era por que su cariño no habia salido del recinto de su alma? Asi enteramente confusa, bajó la vista; y como la Galatea de Virgilio que huia para que la siguieran, ocultó su cabeza en el seno del anciano.

Tal fué su primera palabra de amor; ¡cuantas veces ha resonado en mi oido!... Pero entonces penetró en mi corazon como la palabra de gracia en el del cautivo. En este instante pareció tenderme una mano benéfica y antramos en el mismo cielo. La costumbre de vernos llegó á ser una necesidad para nuestro corazon, y durante mucho tiempo nuestra mútua timidez fue para ambos la fuente de una nueva felicidad.

Y muy pronto sin que lo apercibiésemos, comprendiamos mútuamente nuestros pensamientos, teniamos una misma intencion en los movimientos, una misma vida, una identidad perfecta cuyos encantos sentiamos sin poderlos definir. Quedó la timidez, pero desapareció el embarazo. Estábamos con libertad y entregados á esa comunidad preciosa de pensamientos y de acciones que existe entre un hermano y una hermana. Quando iba á visitarlos me parecia que entraba en mi casa; el anciano y la jóven me aguardaban: si hablaba la escuchaba con admiracion; si deseaba una mirada la obtenia; teniamos los juegos asi como la pureza de

la infancia; en fin, cuando queria oirla cantar cogia el arpa y al momento me complacia con esa sumision tierna que parecia concederme un imperio secreto. Asi la menor de sus indicaciones, la menor de sus miradas eran para mi ordenes á las que obedecia con un placer que queria decir: <yo soy tuyo.>

Pero la naturaleza de mi carácter me condenaba á devorar estas delicias, con el mismo anhelo que me habia hecho pasar de la felicidad de ver en secreto al de venir á vivir á su lado, y de este goce á las emociones voluptuosas de la esperanza. Muy pronto me acostumbré á esta vida de inocencia y de paz. Deseaba... ¿y qué deseaba? En el dia no me atrevo á decirlo me averguenzo de haber vivido tan poco tiempo en esta primavera del amor, y no puedo esplicar la progresion de mis deseos sino por un instinto terrible que impulsa siempre al hombre á desear lo que no tiene. Quería saber entonces si me amaba, queria saber si era mía esta hermosa criatura... y á quien podria pertenecer? Era yo el primero, el único ser que encontró en su camino.

En el dia mil pruebas de amor se presentan en mi memoria como otros tantos remordimientos. ¡Cuántas veces se quedó escuchando sin hacer un punto en su bordado y creyendo trabajar! Con qué sencillez, con qué candor contemplaba mi uniforme! cómo se estremecía cuando yo le hablaba! no estaba yo satisfecho con saber que

en un rincón del globo un ser débil y cariñoso me miraba como su único protector, me daba todos sus suspiros, conocia por mis pisadas cuando yo subia la escalera, acudia á mi encuentro, espiaba una mirada, conservaba en su corazón cada palabra mia como un monumento, cada sonrisa como un placer y por esta adhesión caminaba hácia la perfección del amor sin creer amar! Deseaba mas, que confesara su amor, cuando yo no me atrevia á hacerlo. Era como ese monarca insensato de la escritura, que poseyendo la Judea, queria vanagloriarse de su propia grandeza contando el número de sus súbditos.

Una noche estaba yo atormentado por estas ideas, y Sir Smithson nos dejó solos por casualidad. Juana estaba delante de su arpa y pensativa porque yo lo estaba, tocaba notas sueltas que estaban en armonia con nuestros pensamientos. No me atrevia á hablar. Ella estaba muda. La lámpara se hallaba colocada detrás de nosotros y la dejaba casi en la sombra. su cabello envolvía su rostro. me miró y se estremeció; vine á sentarme á su lado y alzando mis ojos y mirándola con dulzura cogí su mano para apretarla.

—Ah! exclamó: Horacio, nunca me cojais así la mano.

Se levantó de su sitio y fué á sentarse lejos de mi. Entonces lloré como un niño. Observándome á hurtadillas, volvió hácia mi con un

abandono delicioso al ver correr mis lágrimas y me dijo conmovida.

—¿Horacio, os he causado algun digusto?

—Si, respondi..... pareció entregada á un verdadero dolor.

—Escucha, querida Chiora, respondi mirándola con ternura, nuestras almas se entienden sin que hayamos hablado; ¿no hay entre nosotros un mundo de pensamientos que una palabra puede destruir asi como un rayo de luz disipa la noche?...

—Ah! si, dijo con sencillez.

—Pues bien, continué, me amais como os amo?

—Si, respondió con una sonrisa inocente y con una sencillez tal, que produjeron en mi un respeto profundo.

—¿Pero me amais tanto como yo os amo?

—No sé, respondió echándome una mirada donde se unian confusamente el amor y el pudor; pero yo creo que os amo mas, porque nunca me hubiera atrevido á preguntaros si vos me amais.

—¿Por qué? respondi deseando prolongar esta escena por el placer que me causaba.

—Porque estaba segura de ello.

—Angel del cielo, exclamé: é impulsado per una embriaguez le digo:

—¿No hay una disonancia entre este «vos y yo os amo»? ¿Es esta la palabra del corazon?

Bajó los ojos, pero los levantó al instante pa-

ra mirarme con una turbacion que revelaba su amor; en seguida bajando otra vez sus ojos se sentó en silencio y lloró: me eché á sus pies. Recibe esclamé, el don de mi alma! mi hermana, «mi muger!» te amo! para siempre.

Ignoro el torrente de ideas que espresé. pero se que ella lloraba de alegria y que yo tenia sus manos entre las mias cuando entró Sir Smithson;..... no mudó de actitud, únicamente dirigió su vista á su protector que inmóvil nos miraba con inquietud.

—Amigo. me dijo, te he escuchado... sin hacerme callar, añadió volviendose hacia su padre he tenido un gran placer en oírte.

—Ah! mi corazon reboza de alegria! Horacio, me ha parecido que hablabas por mis pensamientos..... Ah! añadió, desde hace mucho tiempo.

—Niña, dijo Sir Smithson interrumpiéndola y viniéndose á santar entre nosotros dos, ¿porqué me lo negasteis el otro dia?

—Padre mio, dijo con una sonrisa llena de malicia propia de una muger y con la sencillez de un niño; es que yo quería que él fuera el primero que lo supiese.

—Niños, ¡esclamo Sir Smithson con una sonrisa indulgente! ¡Amaos... sed felices! Landon, me dijo, si tú no la hubieses amado me hubiera dirigido á tí algun dia y cogiendote la mano te hubiera dicho: amigo tienes un alma muy hermosa, sin esto no seriais mi amigo, Escucha:

Chiora es un angel, casate con ella. Tú te habrias casado con ella y hubiérais sido felices porque habeis nacido en el mismo cielo: hoy respondo de vuestra felicidad, porque soy anciano y los ancianos ven algunas veces en el porvenir, sobre todo cuando, como yo, están muy cerca de él. Pero hijos míos, yo no hubiera hablado tan pronto como vosotros, hubiera esperado algunos años porque sois muy jóvenes. Horacio apenas es mayor de edad y Chiora no tiene todavia 16 años. Vé amigo mio, corre al campodel honer, paga tu deuda á la patria, vuelve y encontrarás á Chio tal como está hoy seré su protector hasta que haya adquirido una proteccion mas duradera..... Queridos hijos míos, añadio reuniendonos contra su seno y contemplandonos con orgullo, seréis la mas bella pareja de la tierra,

Juana levánto los ojos al cielo y los dirigió después á mi teniendo entre las suyas una mano del anciano. Esta respuesta muda que decia después de Dios tú, esta actitud, este grupo..... Ay! los veo todavia... desgraciado!

Como dos ángeles que vienen con mision sobre la tierra é ignorando cada cual la existencia del otro, sin poderse reconocer sino en el momento en que una llama celeste brilla sobre sus cabezas, nosotros habiamos estado dos meses enteros entregados al encanto de marchar de goce eu goce por una carrera en medio de la cual, la religion y la música nos habian

servido de tiernos intérpretes: reunidos ahora, confundimos nuestras almas en una sola y desde entonces se abrió una era nueva de sentimientos aun mas tiernos.

Ved aqui, Eugenia como se ha abierto la vida delante de mi.

En este sitio se detuvo Eugenia. Sus lágrimas no la dejaban leer, su corazon estaba oprimido, apenas respiraba, porque un peso horrible la oprimia!

—¿Qué le ha sucedido?..... se preguntó á sí misma conmovida por este cuadro que el manuscrito de Horacio colocaba delante de sus ojos. Al cabo de un momento continuo su lectura.

VIII.

Salida para el ejército

El fin de aquel día completó la felicidad con que había principiado. Juana cogió su arpa y tocó unos cuantos caprichos; todas las impresiones que la habían asaltado durante el día encontraron en la música un intérprete divino, el único que podía recibir y espresar los sentimientos elevados de este alma sencilla y tierna.

Al día siguiente, cuando conté á Salviati esta escena, sus ojos brillaron con una espresion que me enterneció; me dió un abrazo y me dijo:

—Horacio, eres feliz!.....,..... has encontrado el mayor de los bienes, ah! gozo con esto como tú! no soy tu amigo, tu hermano? Ah! eres amado, y yo nunca lo seré, ¿donde hallar otra Chiora?

—Ah! le dije, confieso que no puede haber

otra. Me detuve hablándole, porque vi que las lágrimas se le asomaban á sus ojos,

Me apretó la mano para darme gracias de mi silencio, y me dijo con un tono de voz que no he olvidado, porque me manifestaba toda su amistad.

—No puedo ser tu confidente, espera que yo tambien encuentre una persona que me ame como Juana te ama á tí.

—Noble amigo, le dije, tu amistad, la de mi tutor, la de Sir Smithson y..... el amor de Chiora son muchos goces para ¡uno solo! Ah ojalá siempre viva así..... No puede haber en la tierra nadie más feliz que yo!

Desde entonces volaban mis dias enteros gozando al lado de Sir Smithson y de su hija adoptiva. Salía de mi casa por la mañana y no volvia á ella hasta la noche. Los dias nos parecian minutos. Nunca entraba en casa de Juana sin ver asomarse á sus labios una sonrisa dulce y espresiva; la libertad sencilla que reinaba en nuestras conversaciones, en nuestras caricias infantiles, no hubieran enojado á los ángeles; nunca hubo en la tierra un amor mas puro y sentido con más vehemencia; mil veces adivinaba mis pensamientos, así ¡como mil veces una misma voluntad dirigia nuestros miramientos. Cuántas horas enteras hemos pasado mirándonos en silencio como un sueño ó como cuando se mira al cielo!

Entre todos los recuerdos hay uno que ha

quedado más grabado en mi memoria. Estaba un día ocupada en bordar y yo besaba á hurtadillas todo lo que habían tocado sus manos... fingia no verme y se reía. «Se reía!...» Creo vol verme loco al recordar esta risa. Un resplandor sobrenatural parecía rodearla; una rosa blanca adornaba su cabello. El carácter original de sus facciones no excluía en nada el amor que brillaba en sus ojos, su cabeza inclinada dulcemente, como para huir de una mirada que saboreaba con placer, daba á toda su persona una nueva gracia. Estaba sentada delante de una ventana, y la claridad al pasar al través de las cortinas de muselina, iluminaba su rostro y parecia acariciarlo con dulzura; de repente se volxió y sacando de su seno una cruz negra que llevaba siempre consigo me dijo:

—Besa mas bien este gage de amor y podre confundir mis dos cultos en uno solo!... Cúbri de caricias la cruz; pero llevado de mi ardór besé tambien la mano de Juana.

La retiró haciendo un gesto que revelaba su incomodidad y me dijo:

—Horacio, esto es demasiado.

Un fuego parecia salir de sus ojos cuando añadió;

—Ah! me mortificas. No te basta mi amor?..

Dejar ver todo su amor le parecia un crimen y un dia hizo pedazos una carta para evitar que yo la viera,

—Me habria llenado de orgullo, exclamó.

Avergonzado me fui donde estaba Sir Smithson, que escribía su música y me puse á mirar las notas que trazaba cantando.

—Juzgadme, le dije en voz baja; soy culpable por haber dado un beso á la mano de vuestra hija!

—Dificil es resolver la cuestion. me dijo sonriéndose, Juana es y no es vuestra esposa; pero no es vuestra esposa; pero no os quejeis de su cólera, dijo interrumpiendose, y se volvió hacia ella.

—Desconocia, dijo en alta voz, la naturaleza del amor que me inspira, es la adoracion mas pura...

Apenas habia acabado de pronunciar estas palabras cuando senti sus lábios en mi frente.

Me volvi al momento y la vi prosternada diciendo con un acento cómico lleno de reconvençion y de alegría:

—Habré ofendido á Dios.

En fin cada minuto era testigo de escenas semejantes. No me detengo, señorita, en pintaros este amor profundo bajo todos sus aspectos, en todas sus faces, sino para haceros sentir todo el horror de la catástrofe que puso fin á mi felicidad, cuando Juana me hizo traicion.

Estos pormenores os harán comprender al mismo tiempo cuanta confianza es preciso que me hayais inspirado para que ponga mi suerte en vuestras manos.

Cada dia iba siendo mayor nuestro amor.

Chiora se habia impuesto la ley de conformarse á mi carácter. Hacia siempre todo lo posible por estar alegre, porque sabia que la alegria me agradaba, á pesar de ser naturalmente melancolica: pero ella mas que ninguna otra tenia la facultad de reirse como los ángeles y de llorar como ellos. Sacrificaba así á mi felicidad sus mas caros pensamientos por mí; hubiera querido reunir en ella todas las perfecciones, y á mi me parecia que no tenia nada que desear. Este cuidado perpétuo de anticiparse á todos mis deseos, esta alegria de ver que mis pensamientos llegaban á ser la ley sagrada de una criatura mas perfecta que yo, quizá hayan lisongeadó mi amor propio, y hayan sido la causa secreta de la pasion que me inspiraba. El sonido y el eco, dos espejos pulidos reflejando mutuamente un mismo objeto, son imágenes imperfectas de nuestro amor; habia llegado á la perfeccion que los sentimientos pueden tener en la tierra. ¿Iria yo á buscar entre recuerdos dolorosos otras escenas para convenceros de la superioridad de esta hermosa criatura? Aumentaria mi pena, mis dolores y mis tormentos y no podriais formaros una idea cabal de esta vida celestial. ¡Ah! Creed mas bien que Juana no tenia otro mérito quo el de agradarme, que yo estaba ciego y olvidemos los momentos de tanta felicidad!

Un dia llegué mas temprano que de costumbre; Juana tenia el pelo recogido, y por papi-

lotes unos fragmento de la obertnra de nuestra ópera.

—¡Santa Teresa! dijo riéndose, cuando hablais á Dios os quitais vuestro papillotes? El me preserva de presentarme nunca delante del rey de la tierra sin estar compuesta!

Y se iba corriendo mirandome, evitando que yo la viese y diciendo casi entre dientes.

—No me detendrá.

—¡Oh! Juana, no te vayas, le dije.

Me miró quedandose estupefacta al ver que estaba yo triste. Habia recibido la órden de partir y no sabia como decirselo. Se vino hacia mi, me llevo á donde estaba su padre, y cogiendome la mano:

—¿Qué tienes? me dijo con un acento que me hicieron formar de su amor una idea mas elevada que la que habia podido formar durante dos meses y medio que habia pasado á su lado.

Algunas veces, una voz me despierta por la noche y oigo:

¿«Qué tienes?» y Juana está allí con su gesto y su mirada, la veo y me estremezo, me parece que me dice:

«Te amo y te amaré siempre!»

El anciano dijo mirándome con curiosidad:

—¿Qué desgracia nos ha sucedido, amigo mio?

—Una sola palabra os lo hará conocer.
«Parto».

Juana cayó casi desmayada en mis brazos diciendo:

—Me sofoco y tengo frio!

La apreté contra mi corazón y la cubrí de besos. Volvió en sí y al verme sonreír para animarla, se sonrió á su vez.

—Ah! todavía esta aquí, dijo con placer. Ah! añadió, no nos dejes un minuto hasta el momento fatal!

Este temor de Juana derramó en los últimos instantes que debíamos pasar juntos, una melancolía que me manifestó lo querido que yo era. No vengas con uniforme! me dijo un día después de haber acariciado mis charreteras sin que me hubiese apercibido de ello. Generalmente por la noche cuando me retiraba me decía «á Dios» desde entonces nunca pronunció esta palabra cruel. No se quejó, estuvo alegre algunas veces, afectando una fuerza que no tenía. Toco siempre su arpa con entusiasmo y manifestó la misma exaltación en sus caprichos, pero no se encontraba ya esa armonía inefable que nace de la serenidad del corazón.

Me miró con la misma sonrisa, pero un velo de tristeza inexplicable cubría sus ojos.

Una noche en medio de una conversación que no giraba sobre mi partida, dijo de repente:

—Esta hora me sera fatal!

Se vistió con la misma elegancia, pero algunas veces se le olvidaba ponerse algunos de los

adornos que solia llevar. Un dia quiso que le tragese á la puerta el caballo que habia comprado para ir al ejército: bajó al patio y se quedó mucho tiempo haciendole caricias. Cualquiera otra muger hubiera acusado al gefe del Estado, se hubiera quejado da su ambicion y de su crueldad insaciabiles; era inglesa y gemia en secreto sin acusar á nadie.

—Horacio, me dijo una noche, esta mañana he ido á San Pablo, me senté en la «misma silla,» tenia el mismo libro, en la misma iglesia resaba las mismas oraciones; ah! sentido que no era la misma; mezclaba involuntariamente otras ideas con mi meditacion piadosa, las mismas palabras no tenian para mi el mismo sentido; ya no puedo rezar sin tí!,..... y así, añadió, he dicho á Dios que él era quien me habia dado mi amor y que siu duda no nos condenaria!

A cada momento salian de su boca sin apercibirsele, las palabras mas tiernas y carifiosas; habia nacido para amar. Se veia que el dolor que le causaba mi partida era un sentimiento que la absorvia por completo, y que en todo se revelaba á pesar suyo: su arpa repetia amo y sufro!..... su actitud lo volvia á decir. El eco de su voz indicaba la situacion penosa de su alma y su mirada la reflejaba de continuo: se sentaba como una persona á quien todo es insoportable, y este espectáculo me llenaba de una tristeza amarga, la cual se aumentaba al ver los

esfuerzos que Chlora hacía para sonreirse con tanta gracia y dulzura como en otro tiempo.

En cuanto á Sir Smithson no temia quejarse pero era agudo el dolor de este anciano; se parecia al que debe experimentar una madre que vé morir al último de sus hijos: ¡me seguia con la vista como si no hubiese de volverme á ver más; nada podía animarlo, estaba silencioso y pensativo.

En fin llegó el dia fatal; cuando Juana y su padre me vieron entrar en trage de camino, Juana exclamó:

—Es dierto!.....

Quedó inmóvil y como pasmada por el dolor de su situacion: en presencia de ella, echaba de menos la ansiedad en que habia estado viviendo estos últimos dias.

Debía comer con Juana y con su padre; cominos; quiero decir, que los tres estuvimos sentados al rededor de una mesa en la que se servian platos.

—Que parta!..... exclamó Juana con un movimiento desesperado, y se encerró en su cuarto sin que ninguna súplica pudiese hacerla salir de él.

—Horacio, decia, que no oiga yo tu voz!....., Abrazé á Sir Smithon y partí.

Tal fué la aurora de un amor que duró cinco años y que fué siempre tan puro. Nunca se confundieron dos almas con tanto placer y con tan-

ta fuerza. El amor, la juventud, la belleza, la opulencia, me abrian las puertas de la vida; todas las existencias comparadas con la mia parecían tinieblas. Con qué altanería, con qué arrogancia miraba yo á los demás hombres. El dia antes de mi partida, habia presentado en casa de Smithson á Salviati, como un amigo íntimo, cuya posesion podia servirnos de mucho, y en efecto nos hizo servicios importantes.

Estábamos á fines del año de 1808 cuando partí para el ejército. Fuí al de Alemania y de allí pasé á España de donde salí el año fatal de 1814.

Sabéis cuan borrascosos fueron estos cinco años; rara vez obtuve licencia, y cuando llegaba á Paris pasaba todos los dias al lado de Juana. Siempre fué igual y tal como os la he pintado. Seria necesario repetirnos las mismas cosas á fin de no recargar mi historia de nuevos pormenores que renovarían mis pesares; voy á añadir la correspondencia de mi amigo Salviati, y de estas cartas escogeré aquellas que sean necesarias para haceros conocer la continuacion de mi historia; pero no esperad que os remita ninguna de las de Juana. Estan cerradas con sumo cuidado, y nunca romperé la cubierta que yo mismo les he puesto. Ni aun puedo ver sin experimentar una conmocion profunda, el sitio donde están colocadas: cuando las miro parece que mis ojos quedan como deslumbrados, mi mentese turba y me siento abrasado

por un fuego devorador. Juana vive allí, me habla, la veo, es preciso huir porque sinó succumbiria bajo el peso de sus recuerdos terribles.

ZLIV

Correspondencia

Carta primera de Anibal a Horacio

Reinante se experimenta un placer en ser
amigo tuyo: la linda Juana me mira con alguna
decepcion. La traigo los boleros del genero
de Alemania y sabe Dios con que placer los
lee y todo esto por un capitanillo de casaca
que en este momento esta tratando con
un tal hombre. Vee venir lindas condecora-
ciones, mercedes de generales que alaban
con el patio del ministerio y sin venir de las
nuevas lindas por suen corriendo, solicitan
con ardor noticias de sus maridos y preguntan
de paso y con un tono de indiferencia si no se
ha sucedido nada a un joven capitan por donde
sabe, y a la vez casualidad no tiene noticia de el

XXIV.

Correspondencia

Carta primera de Annibal á Horacio

«Realmente se experimenta un placer en ser amigo tuyo: la linda Juana me mira con alguna benevolencia. La traigo los boletines del ejército de Alemania y sabe Dios con qué placer los lee, y todo esto por un capitancillo de cazadores que en este momento estará trotando entre cien mil hombres. Veo venir lindas condesas y duquesas, mugeres de generales que atraviesan el patio del ministerio y sin temor de lastimar sus lindos pies, suben corriendo, solicitan con ardor noticias de sus maridos y preguntan de paso y con un tono de indiferencia si no le ha sucedido nada á un jóven capitán pariente suyo, y si por casualidad no tiene noticia de se-

te capitán, no dejan piedra por mover, para saber de él; ponen en movimiento á sus criados, á los empleados, á toda clase de personas, y si es necesario se dirigen al ministro. Amistad, y cuánto vales!

Juana quiese ser mi amiga, solo porque tú me aprecias; tú eres su único pensamiento... Siempre está vestida de blanco, pero lleva un cinturón y adornos de luto y todo esto sin la menor afectación. Rara vez pronuncia tu nombre, y cuando lo oye no es dueña de experimentar una profunda emoción; lo que más he admirado en ella, y por cierto que de esto no me habías hablado, esta expresión de desinterés que aparece en medio de una ingenuidad sencilla; su nariz afilada como la de un niño forma un contraste singular con el dolor grave que espresan su boca y sus ojos; ah! y porqué te lo habré yo enseñado? He proporcionado un rato de placer al padre y á la hija trayéndoles el mapa del teatro de la guerra; y el lugar donde está acampado tu regimiento es para ella el cuartel general; un alfiler clavado en aquel sitio anuncia que allí vive su bien amado y la vista de Juana se dirige á cada instante hácia esta carta.

Horacio, amigo afortunado, has sido coronado por uno de esos sucesos que me harían quedar como una estatua, arrodillado delante de una criatura tan noble; me habías ponderado su habilidad, esa inspiración brillante, esa ar-

monia angelical; si quisiera recordarte tus palabras y tus conversaciones no bastaria un volumen: tendrás presente que no tenia una gran curiosidad por oir esta maravilla. Hace algunos dias que estoy decidido á que me conceda este favor, se lo he pedido humildemente en nombre de nuestra amistad; me lo ha reusado, he insistido. Juana se levantó, el entusiasmo de una profetiza animaba sus miradas; se fné donde estaba el arpa, cogió un cuehillo, cortó en un instante todas las cusrdas, en seguida me miro con altivez y se volvió á sentar.

Estaba sublime!..... un estremecimiento se apodero de mi corazon, Amigo mio, he aquí una música superior á la que tú has podido oir.

Que multitud de preguntas me hace con respecto á tí! y con qué placer respondo á ellas. Le cuento nuestras aventuras de colegio, nuestra entaada en el mundo. Se estremece, llora y se rie cuando le digo que desde que llegaste á París no he podido conseguir que vayas á ninguna sociedad, cuando pondero tu aficion á las artes, la ingenuidad de tu carácter, tu bondad, ese desinterés, ese abandono de existencia y esa feliz disposicion del alma que hacen que encuentes un placer mayor en una conversacion agradable con dos ó tres amigos que el que pudiera cualquiera encontrar en la gran sociedad. No te ama, Horacio; te adora! cada dia salgo con el corazon oprimido, deseando en contra otra Chiora y convencido de la imposi-

bilidad de conseguirlo, Que sea fea, con tal que sea graciosa y que en mi ausencia rompa las cuerdas de su arpa, con tal que lleve luto por mi y que viva yo en el fondo de su alma!

En el mundo, en los bailes, me compadezco de esas pobres criaturas cargadas de plumas y de todo género de adornos y que aman así como se levantan, se acuestan, se visten y se desnudan todos los días..... Adios, tengo que ir al ministerio. Adjuntas te remito las cartas de tu ángel.

Carta segunda de Annibal Salviati á Horacio Landon.

«Te felicito por tu nombramiento de gefe de escuadron, pero tus hazañas hacen temblar á tu querida Juana. Mientras más la veo más admiracion me causa; el tiempo no debilita nada su amor y su dolor, se diria al oírla hablar de tí, que fué ayer tu partida. El emperador pasó ayer revista en las Tullerias á las tropas que quedan en Paris, Juana fué. Al verlo ha experimentado una emocion muy fuerte. La amistad con que tu amada me honra, el encanto de sus modales, el agrado de su conversacion me han llenado de embriaguez, mi visita por la noche es una necesidad para mi. Dudo que en presencia tuya tenga tanta brillantez como euando esta con nosotros. Su amor debe quitarle sus medios. He admirado la estension de los

conocimientos, que la ha hecho adquirir su padre adoptivo, y de los que no hace ostentacion como nuestras pedantes parisienses.

Te remito sus cartas en las cuales me ha dicho que te recomienda no espongas nunca, sin motivos graves. unos dias que á ella le pertenecen. El pobre Smilthson no anda muy bueno.

Juana te envia su retrato. Ah! cuán valiente debe ser un militar que lleve sobre su pecho una imágen tan preciosa. En cuanto á tu amigo, constantemente repite que eres el hombre más dichoso del mundo, y si no te amase tanto envidiaria mucho mas tu felicidad. Muchas veces me dan ganas de no ir á ver á la encantadora Chiora. Adios.

Carta tercera de Salviati á Landon

Asi que supe la noticia del encuentro que tuvistes en S..... y que habiais recibido una herida de bastante peligro fui corriendo á casa de Smithson para atenuar la impresion terrible que debia producirles esta noticia. No podia ocultársela porque hablan de ti en los periódicos. Cuando entré y notó mi aire triste, dió un grito horrible, ocultó con sus manos su cabeza y exclamó; ha muerto!.... Me dirigi á ella jurándole por mi honor que no habias muerto. Me miró con ceño y me dijo con una voz algo apagada.

No me oculteis nada, tengo valor...

Le he contado todo.

—¿Hay carsa de él? preguntó. Le dije que no.

Quedó toda la noche inmóvil y silenciosa; no habia para ella nadie en el mundo.

Al dia siguiente me di prisa desde por la mañana temprano á sabes de ella. Me dijeron que se hallaban cusente el padre y la hija; tres dias han pasado y en todo este tiempo me han dicho lo mismo; no sé como explicar esto; me doy prisa á escribirte, y voy á dar todos los pasos necesarios para saber que ha sido de ellos. Te suplico que no dejes de escribir.»

Carta de Horacio Landon á Annibal Salviati

«Mi querido Salviati, no trates de buscar á nuestros, amigos, te contaré mi aventura; en el dia..... estaba yo con mi regimiento en el ala izquierda: se daba una accion muy reñida; nuestra gente tenia mucho deseo de entrar en combate, todavia no nos habian dado la orden de marchar. La batalla no se decidia, habia enfrente de nosotros un cuadro de buenas tropas. Llega la noche recibimos la orden de atacar al enemigo, partimos dando gritos de alegria. Habiendo llegado á tiro de fusil, me acerqué al coronel que me estima mucho y le dije: apuesto, mi coronel, que esta gente oculta alguna bateria.

—Veremos, respondió con un tono severo.

Barrieron nuestro regimiento; el coronel murió, pero el resto de nuestra gente cargó con valentía y hemos alcanzado el puesto despues de una lucha terrible. Yo he sido el único oficial que ha quedado. Mientras que nos hacíamos dueños de esta parte de la línea, triunfaba el ala derecha. En el momento mismo de la victoria, recibí un tiro en el pecho. El ejército siguió adelante y me han dejado en el pueblo de S..... con otros muchos heridos; me han llevado á una cabaña miserable, construida de madera. La herida fué tan grave que me creyeron muerto durante mucho tiempo. Me quedé en cama inmóvil, sufriendo y casi sin sentido; el cirujano me sacó á pedazos el retrato de Juana, el cual habia entrado en mi herida.

No te diré cuanto tiempo quedé ciego. Una noche a la luz de una mala lamparilla distinguí una sombra ligera al través de un velo que cubria mis ojos; esta sombra me parecia que andaba revolteando en mt cuarto; acusé á mi razon y conté como uno de mis sueños esta aparicion.

Ya vigilaba en la cabecera de mi cama, ya arreglaba la choza, trayendo á este asilo del sufrimiento el espíritu de orden y de limpieza que distingue á las mugeres: sería Juana?..... Creí al principio que sería alguna yerta alemana. Cada minuto me parecia ser mi último momento. Esta sombra ligera y estos cuidados que me prodigaba, me atormentaban sobre mane-

ra. Por la noche, la veía siempre con los ojos fijos en los míos y en medio de mi delirio, conocí perfectamente la expresión de los ojos de Juana.

En fin, una mañana sentí que una mano dulce y tierna daba en mi herida una frotación suave y con cuidado muy minucioso, y que volvía á principiar su operación con tanta paciencia y con una dulzura tal que me se ocurrió si podría ser ella..... Ah! es preciso haber pasado por este mundo desconocido de dolor, para comprender estas emociones: los objetos no parecían ya en sus dimensiones y bajo sus colores verdaderos; perdí tanto las fuerzas del cuerpo, que el levantar la mano era un suplicio. Así ya puedes figurarte, amigo mío, cuán confusas serían mis percepciones. Entonces fué cuando levanté la mano para coger otra mano que me parecía la suya, y pude pronunciar su nombre. Oí un murmullo confuso de voces; pero al momento volví á caer en mi primera debilidad.

Algunos días después no teniendo ya calentura, me sentí una noche bastante más aliviado y apercibí á la luz de una lámpara á mi querida Juana, que con sus ojos fijos en los míos parecía complacerse en estar velándome. Entonces la reconocí, la llamé dulcemente, me cogió las manos., y me señaló hacia su padre que dormía en un sillón..... Qué momento tan delicioso! que alegría tan dulce en medio del

sufrimiento! Sir Smithson estaba delgado, sus dedos descarnados. toda su fisonomía revelaba sus padecimientos morales y su ternura. La cabaña se había convertido en un templo.

Desde este momento, era que haya obrado en mí lo presencia de mi querida Juana, era que sus cuidados hayan aumentado con sus esperanzas, mi cura hizo progresos rápidos. Una madre no hubiera cuidado mas á un hijo querido!.....

Me contó como el mismo día que supo la noticia había salido de Paris con su padre: me contó sus angustias, sus temores de no encontrar mi huella; en fin el terror que experimento cuando me vio á las puertas de la muerte; pero nada me dijo de lo demás.

Ah! Salviati, la delicadeza de los cuidados de una muger, solo puede apreciarla la persona que ha sido el objeto de ellos; ahora admiro su habilidad en adivinar mis pensamientos; vé antes que yo que me lastima un rayo de sol y pone un pañuelo prendido á la cortina, ó coloca un chal suyo delante de la ventana. No me deja tiempo para desear.

Antes de ayer, el anciano se acercó á mi cama y me dijo. Horacio, dile que se acueste; 20 dias hace que no ha dormido!... El anciano lloraba. Juana consintió en descansar un rato, al ver la pena que me había causado esta noticia.

Esta mañana al despertarme, oí los sonidos

mas dulces, el canto mas puro. Juana tocaba el arpa y me miraba cantando. Esta música deliciosa me hizo recuperar por un instante todas mis fuerzas.

Me levanté, me agarré de su brazo y me condujo, ayudada del anciano, á un banco colocado bajo un alamo. Ves ese cuadro? El sol brillaba con todo su esplendor, el cielo estaba despejado: qué hermosa me ha parecido la naturaleza! con qué placer la he saludado! Juana me apretaba la mano, y yo la llamaba con el nombre dulce de hermana... lloraba!...

Ah! si pudieras verla como mide la cantidad de alimento que debo tomar, y como me suplica para que tome las medicinas necesarias! Cesa su fatiga, vuelve conmigo á la salud, parece vivir con mi vida y respirar mi aliento. En el pueblo la llaman el «ángel!» Juana tiene algo de imponente que la hace respetar en todas partes; posee ese atractivo y ese imperio que detiene una palabra en los labios mas impuros! No! mi querido Salviati, nunca conocerás á Juana porque no la has visto en el asilo del sufrimiento, no la has visto en el trono de la gloria derramando todas las riquezas de su cuerpo y de su alma en una humilde cabaña..., Se me vá la cabeza: he dictado esta carta mientras que Chiora dormia, porque si hubiera estado despierta no me hubiera permitido hacerlo. Juana es mi segundo médico, es preciso obedecer cuando ella manda. Todas sus facultades están

concentradas en un solo objeto y se dirijen á él con una terquedad extraordinaria, ha querido mi salud como mi felicidad!

Adios, mi estimado Salviati, estáte de aquí en adelante tranquilo y enviame una buena suma; me temo mucho que todo esto lo haya costado Sir Smithson! Pienso aumentar su renta de la cantidad de mil escudos sin que pueda reusarmelo. Adios. Escribeme, porque se dice que vá á concluirse un tratado de paz y quisiera saber la verdad.

Señorita en esta época volvi á Paris, donde quedé seis meses para recuperar mi salud; dejaba sepultar en el fondo de mi alma el recuerdo de estos dias de gozo y trasladámonos al fin de la campaña desastrosa de 1813. A la sazón me hallaba en España, y la correspondencia que sigue os pintara fielmente todas mis desgracias,»

Carta quarta de Annibal Salviati á Horacio Landon.

«Nuestro pobre amigo, Sir Smithson está cada vez peor; á mi entender corre mucho peligro. Todas las desgracia nos abuman á la vez, Debes quedar en tu puesto; procuraré hacer tus veces, pero no debo ocultarte que no hay esperanzas. Juana, como puedes hacerte el cargo, esta desesperada. Adios, te remito una carta suya que te dira mas de lo que yo pueda decir.»

Carta de Sir. Smithson á Horacio Lando

«Hijo mío! estoy á las puertas del sepulcro, y esta carta es mi testamento; cuando la reciba ya habré dejado de existir. Landon, cuando te vi por primera vez, facilmente me hice cargo que yo no era el único objeto de tu visita. Mi hija te gustó, tu la amas, y ella te adora; te la dejo, te confio un alma digna de la tuya: despues de lo que me ha inquietado la suerte futura de mi hija, he tenido el consuelo de encontrar un ser bueno y generoso que le entregue su vida... estoy satisfecho; muero como he vivido, sin desear nada, con los ojos hacia vos, mi hijo mío! siento que no te pueda yo ver en estos últimos momentos! Adios. Piensa que mi sombra siempre te acompañará. Adios, protector de mi querida Chiora!...»

Carta quinta de Annibal Salviati á Horacio Landon.

«Tu digno amigo ha dejada de existir: hacia mucho tiempo que estaba muy malo cuando tomó el partido de meterse en la cama. He visto á Chiora continuamente á su lado y siguiendo con un dolor punzante los progresos de la enfermedad.

Asi ella y yo atentos y con los ojos fijos en el lecho donde descansaba el justo, andando de

puntillas para evitar el ruido, velando juntos, comprendiendonos con una mirada, entendiendonos como un alma sola respecto á todo lo que podia proporcionar alivio al enfermo, nos pareciamos á los ángeles custodios encargados de dulcificar los últimos momentos de un profeta.

Ninna sola vez se ha quejado; su rostro ha respirado siempre una resignacion sublime, y ha conservado hasta el último momento aquella sonrisa suave que tanto alhaga al alma. Muchas veces por la noche cuando le veiamos dormir he visto levantar sus párpados para echar una ojeada de inquietud á su hija adoptiva.

Ayer noche estábamos sentados á su cabecera y reinaba un profundo silencio. Desde por la mañana parecian embargadas todas las facultades del anciano; escuchábamos con ánsia toda su respiracion fatigosa, temiendo á cada instante que una suspension demasiado larga anunciara su postrimer suspiro. La luz de la lámpara daba al Sir. Smithson la palidez de la muerte. De repente el anciano levantó sus párpados haciendo el último esfuerzo y vimos los ojos de la muerte; nos estremecimos como si no hubiéramos visto sino la sombra de nuestro padre.

Chtora, dijo el anciano con voz apagada, hija mia, soy tu padre!... aunque conocia la fuerza de tu alma, he guardado en mi corazon este secreto por temor de que te avergonzaras. Me

atrevo á decirte ahora que te queda otro yo... hubierr deseado veros, pero ya ha llegado para mí la hora de la eternidad... Se detuvo, echó una mirada de sentimiento, y exhalo el último suspiro. Chiora y yo nos arrodillamos, y nuestras almas han acompañado un instante á la del justo... Ah! no quiero ya ver á Juana y no obstante, en la crisis terrible en que se encuentra estoy obligado á hacer tus veces. Aun no ha derramado una lágrima y siente toda su desgracia sin comprenderla todavía. Ahora mas que nunca necesita de mucho cuidado: todos los dias voy á acompañarla; pero, como puedo ocultarle el vacío que vá á sentir. Oirá los acentos de una voz que apenas le es conocida, recibirá los cuidados de un ser á quien no ama. Adios.*

Carta sexta de Anniba lSalviati á Horacio Landon.

«Juana está mejor: ha llorado. Se ha dignado eseueharme y ha tomado algun alimento. Qué espectáculo! Daria gustoso mi vida por dulcificar su dolor...

Una aventura extraordinaria. querido Horacio; el Sir Smithson de Italia estaba en Paris buscando á su hermano, y la noticia de la muerte de Sir Smithson, la cual venia en los periódicos le ha hecho saber donde vivia Juana. Ha llegado ayer; su presencia la priva de la peque-

ña sucesión de su padre. Por fortuna le han quedado tus tres mil escudos de renta. En la primera carta que escriba te daré razon de nuestros nuevos huéspedes; porque Sir Jorge Smithson tiene una hija.»

Carta séptima de Annibal á Horacio

«Mi querido Horacio: Juana sigue siempre tan triste. La imágen de su padre es como una sombra que no se separa de ella, y para colmo de su dolor, vive en medio de una multitud de objetos que le recuerdan el anciano. Sin embargo, Miss Cecilia, la hija de Sir Jorge ha simpatizado con ella, y esta amistad naciente dulcifica algo su pena.

Nada más original que el contraste producido por la reunion de estos tres seres. Sir Jorge Smithson es un hombre de cinco piés y ocho pulgadas de altura, delgado y nervioso. Su rostro es severo, conserva siempre la gravedad imperturbable; y aun cuando mira á su hija, sus facciones no pierden la rigidéz acostumbrada. Su ropage negro tiene algo de antiguo y de patriarcal: el cabello algo cano y lleva siempre un sombrero con las alas anchas y encorbadas como los de los cuácaros: rara vez sale, habla muy poco, tutea á todo el mundo y lee la Biblia cuatro veces al día con su hija; es un verdadero puritano digno del tiempo de Cromwel.

Miss Cecilia es una joven casi tan alta como

su padre; es esbelta, tiene buen aire; y cuando anda, se diría que era un álamo balanceado por el viento, tan graciosos y suaves son sus movimientos. Su rostro trigueño parece feo á primera vista, pero bien pronto se nota en él una gran originalidad: sus ojos azules tienen un no sé qué de altivo; siempre lleva porque su padre lo quiere así, un vestido negro con grandes pliegues que se asemejan al vestido de nuestras religiosas y que le llega hasta el cuello. Sir Smitson apenas permite á su hija dejar ver su talle porque la tiene prohibido el adorno mas sencillo; y no le es permitido ni aun rizar su cabello castaño. En vano trata de hacer observar á su hija todas las reglas del puritanismo: la naturaleza triunfa; tiembla delante de él, y una palabra de reconvencion, la aturde y la confunde y así sin examinar la razon que pueda tener le obedece con la sumision de un mudo del serrallo; delante de Sir Smithson siempre está silenciosa y con los ojos bajos é inmóvil como una estatua.—No bien ha salido su padre cuando ya es otra persona, entónces tiene una alegria loca, una exaltacion y una amabilidad extraordinarias, sus ojos se animan, y es encantadora!

El otro dia Chiora le habia dado una hevilla de acero bronceado para que se la pusiese en un cinturon: se compuso y estuvo jugueteando como una mariposa, tan contenta estaba con este regalo! Al entrar en la sala, Sir Smithson

apercibió este adorno y mirando ya á su hija, y al cinturon, dijo:—Cecilia; la pobre niña se quitó el cinturon con una impasibilidad que me admiro.

Fácilmente puedes imaginarte el sufrimiento de un alma cual la de Chiora, en presencia de un carácter como este; son el yelo y el fuego; la exaltacion del génio y la frialdad del claustro.

—¿Habeis sido jóven? preguntaba ayer Chiora á Sir. Jorge.

—Pero siempre he sido el mismo.

—¿Habeis tenido amigos?

—Han muerto.

—¿Teneis gusto en verlos?

—Ah! al principio, pero despues me acostumburé á ello.

—¿Habeis amado?...

Sir Smithson la miró con una insensibilidad tal, que se detuvo.

—¿No teneis gusto en ver las buenas creaciones de las artes, en sentir las emociones de una música deliciosa, en contemplar un buen cuadro?

—La admiracion por las obras de los hombres me fatiga, pero el rezo y la contemplacion nunca me cansan.

—¿Sois feliz?

—Estoy tranquilo.

—Pero vuestra hija os apegará á la vida.

Volvió los ojos hacia Cecilia y la miro con

placer, pero sin pasion. ¿Habeis conocido el dolor? le dijo Chiora.

—He obtenido la calma y la serenidad. Y cogio su Biblia.

Es nn estóico sin gracia, sin esa grandeza que en otro tiempo le daba el heroismo.

Yo no creo que Juana pueda estar mucho tiempo en presencia de esta estatua de hielo, quiere á Cecilia y esta pobre muchacha adora á Chiora. Es la primera criatura á quien ha abierto su corazon, y se refugia en él como en un asilo.»

Carta octava de Annibal á Horacio

«¿Soy tu amigo ó no lo soy? ¿me atreveré á despertarte cuando te halles al borde del precipicio ó te veré perecer sin haber tentativa alguna para salvarte? sé que un momento me maldeciras, pero velo por tu amor como un perro por el tesoro de su amo y ladro porque oigo ruido; esto es algo brusco, lo conozco pero tú apreciarás mi franqueza. El rostro de Juana es uno de aquellos en los cuales aparece la menor turbacion como el menor soplo de viento en una fuente. Desde hace tres dias he notado un cambio en su fisonomia. En otro tiempo llevaba el sello de un sentimiento eterno. Juana está distraida y pensativa, principio algunas frases sin acabarlas, porque piensa en yo no sé qué de terrible; sus ojos no tiene ya la misma espre-

sion de calma y de serenidad; llora algunas veces; se asusta al menor ruido; no habla ya de su padre, tampoco habla de tí; me acoge con un placer que me parece fingido, quiza lucha con valor contra un fantasma que parece presentarse á cada momento. Cecilia y Chiora siempre están hablando y muchas veces hacen señas que nose me escapan. ¿Qué te dire? estos indicios son tan ligeros como la sombra proyectada por un objeto euando sale la luna. El acento de una palabra, el descuido de una mirada no puede describirse.

El otro dia la he visto dando paseos, estaba muy compuesta; ella, que durante tu ausencia estaba vestida de luto. Verdad es que lleva luto, pero la muger tiene un arte maravilloso para dejar ver la alegrta en un vestido de dolor y las gasas del dolor en un vestido de fiesta.

Ayer al ver Miss Cecilia tu retrato, parecia entusiasmarse.—Si conociéseis el original, le dije, sabriais que ningun pincel puede pintar la expresion de su rostro.

—Es muy cierto, respondió Juana. No podria pintarte de vivo yz la frialdad de su acento.

La sospecha se ha deslizado en mi alma. pero nada la justifica. Sé que te incomodará la lectura de esta carta, yo lo siento tanto como tú, pero ¿qué quieres? La amistad me ordena **no ocultarte nada, Antes de desesperarte espe-**

ra mi próxima carta y entre tanto figúrate que me he engañado por algun fantasma.»

Carta novena de Annibal á Horacio

«No, no; Juana es pura como el cielo, como la nieve de mis queridos Alpes; es una criatura enteramente celestial: la he atormentado espiando todas sus acciones; el niño que alza sus manos timidas hácia el cielo en el momento en que principia á apuntar en su alma la inteligencia, no es mas candoroso que Chiora; sé feliz Horacio...

Sin embargo, estoy seguro de que estas dos jóvenes me ocultan algun secreto, ¿Será alguna broma? Si, pues desde hace algun tiempo Juana y Miss Cecilia están sumamente alegres. Juegan como niños y meditan alguna diablurilla, porque son muy frecuentes sus conversaciones misteriosas y no puedo creer que estas jóvenes sean bastante pérfidas para cubrir una traicion bajo la alegría risueña de una amistad sencilla: hé aqui lo que yo me digo á mí mismo á cada instante; y sin embargo, este misterio me atormenta sobre manera.

Carta décima

«Qué situacion tan terrible! mi amistad hácia ti me hace experimentar todas las angustias que sentirias si presenciaras las escenas que pa-

san aquí, y què varían como la espresion de las fisonomias de estas dos jóvenes. Vivo incesantemente amenazado por una borrasca, las nubes se amontonan y desaparecen al momento; un sin número de penas y de sospechas me atormentan. Ayer noche senti una emocion fuerte de la que no podras menos de participar escucha: hallándose Juana sumamente fatigada, Cecilio se levantó y le propuso que se retirase á su cuarto. Entónces el viejo puritano echó una mirada terrible a su hija, quien por fortuna no se apereibió de esto, porque probablemente se hubiera desmayado.

—Sir Smithson, le dije, vuestra religion prohíbe á las jóvenes que se pongan indispuestas?

—No, hermano, me respondió.

—¿Y por qué habeis mirado á Miss Cecilia con tanta cóiera?

—Porque la veo aquí en peligro, repuse, Ohiora es una hija de Eva; su gracia seductora, sus habilidades mundanas lo demuestran; bien está muy apegada á la tierra, y temo que prefiera una criatura al criador.

—Creo que es asi, le respondí... El viejo puritano me contempló con terror.

—¿Pero, cómo queréis que viva aquí en la tierra?

—Aquí nos pone Dios á prueba, y solo debemos pensar en la santa y terrible eternidad,

—Bien está, le dije; però cuandò tenéis una

hija, es probable que hayais sido casado; por consiguiente no es el cielo vuestro único pensamiento... dejad pues á los jóvenes que se casen como vos lo habeis hecho; cuando tengan mas edad pensarán en su salvacion, eual vos haceis ahora.

—Que se casen, dijo, pero que no tengan amantes y que no vayan cargadas de oro y de alhajas, puras invenciones del demonio!

—Ah! respondi, ¿cuando veis aqui amantes?

—Vienen, dijo con un tono grave, (al oir esta palabra la rabia me hizo temblar); la muger que quiere componerse y que se compone, únicamente busca su propia satisfaccion, lo sabes, hermano; la escritura dice: «me he levantado para ir á abrir á mi querido amante... mis manos estilaban mirra y mis dedos estaban empapados en ella. (Sarrexí ut aperíren dilecte meo manus meoe stillauerum myrrahan el digiti mei plini,)

¿Oyes, Horacio? vienen amantes! Pasada la primera impresion, las reflexiones que tú puedes hacer se presentaron en tropel en mi imaginacion. ¿Esta frase del anciano tenia relacion conmigo? ¿Sir Smithson llevado de una ciega desconfianza, no podia haberse engañado con respecto á mi? Juana te tiene dadas tantas pruebas de amor que no es posible sospecharla de inconstante; en fin, ¿este amante no podia mas bien ser el de Cecilia?

Abracé esta idea con placer; he vuelto á casa de Juana y á horas diferentes, esperando recoger algunos indicios que pudieran aclarar estas nuevas sospechas.

Ah! mi querido Horacio, Cecilia es la misma inocencia, y ¿dónde podia haber hallado un amante? Hace tres meses que está en Paris, no ha salido diez veces, y cuando sale, acompaña á su padre, y mira continuamente en derredor suyo como un avaro que vela por su tesoro.

Me he arrepentido de haberla acusado, pero entonces, ¿no es preciso que recaigan mi sospechas sobre Juana?

Ahora se me viene á cada instante á la memoria el recuerdo de los muchos ejemplos de volubilidad que han dado todas las mugeres. Estas historias muchas veces fabulosas pero siempre fundadas en un principio verdadero á saber, que la muger es una criatura esencialmente variable, se presentan en mi mente sin poderlas desechar. Pero, ¿no se debe considerar á Juana como uno de estos seres en quienes la perfeccion de la hermosura femenina no excluye la estabilidad de los sentimientos que son propios solo de nosotros? No te he dicho que tenia el alma de un grande hombre? Adios!!

Más bien soy yo Cecilia?

Fragmento de otra carta de Annibal á Horacio

«Creo; mi querido Horacio, que debes tener pruebas más seguras de la fidelidad ó de la traicion de Juana que las que yo pueda suministrarte. ¿No te escribe? ¿Cada una de sus cartas no es el reflejo de sus pensamientos? ¿No tiene el alma demasiado altiva para querer fingir sus sentimientos? Y si he observado la inquietud de sus ojos y la turbacion de sus palabras, si á pesar de los esfuerzos que hace para aparecer siempre igual no he podido ocultar-mo su preocupacion, no puedes tú mejor que nadie escudriñar, por decirlo asi, el fondo de su corazon?

Para esto te basta cotejar las cartas de hoy con las de ayer. Por mas que se quiera disfrazar los pensamientos siempre predominan en nosotros, se revelan siempre en nuestros escritos!...

A la verdad, mi situacion es cruel. Yo no duermo. Tú me conoces, Horacio; sabes muy bien si la idea de una bajeza ha podido nunca manchar mi alma. Ah! y tengo que descender ahora al oficio innoble de espia. Voy á espiar con sigilo las acciones de una criatura celestial!... voy... ah! Horacio, qué deberes tan crueles impone la santa amistad! ¿no nos orde-

na acabar con el amigo que herido mortalmente en el campo de batalla sufre dolores punzantes?

Carta duodécima de Annibal á Horacio

«Ayer, Sir Jorge Smithson leía en alta voz el Evangelio de la muger adúltera.

¿Veis, le dije cuando hubo concluido, que Jesús perdonaba á la hija de Baal?...

Las dos jóvenes me miraron con espanto y Juana se ruborizó: ¿tú sabes de que emoción es el indicio este rubor?

—Sé cual es mi deber, dijo el puritano con una tranquilidad verdaderamente horrible. Mi hija no tendrá nunca necesidad del perdón del Salvador: no cometerá más que una falta mientras yo viva!...

Al oír esta frase pronunciada como una sentencia, Juana se agarró del brazo de Cecilia, y ambas salieron de la sala.

Cecilia sostenía á su prima casi desmayada.

XXV.

Diario de Annibal

Ultima carta de Annibal á Horacio

Sin duda habrás estrañado mi silencio, pero he tomado el partido de hacer una especie de diario que adjunto te remito; no tengo fuerzas para decirte mas.

(Octubre) 1813.

«Mi pobre Horacio, camino de dolor en dolor, de angustia en angustia. Tienes valor y te escribiré la verdad.

Sabes que encima del cuarto de Juana hay un granero que hasta ahora siempre ha estado inhabitado. Ayer noté ¿yo no sé qué novedad

en las ventanas de este granero. He vuelto al día siguiente y subí hasta allí como por equivocación y no he tenido vergüenza de mirar por el ojo de la llave. Horacio de seguro ya no eres amado.

El lujo de los pocos muebles que he podido ver me ha llenado de admiración. He tomado por la noche con cera el molde de la cerradura y al día siguiente he hallado un hombre hábil que me ha prometido hacerme una llave.»

Día 7.

«Ya tengo la llave; voy inmediatamente á la plaza real, subo al granero fatal! vuelvo sin haber visto á Juana. Ah! pobre Horacio, todavía tiemblo de rábial

Quién es el demonio!... quién es la hechicera! no!... es el amor que ha presidido en la creación de este palacio voluptuoso donde ha prodigado sus encantos... Pero, qué príncipe ha podido sembrar aquí el oro á manos llenas, qué nuevo Júpiter ha podido pasar al través de estas paredes de bronce que guardan á esta nueva Danaé? Porqué artificios mágicos se han ocultado á mis miradas vigilantes las huellas de los pasos de los trabajadores que han adornado con tanto lujo este retiro amoroso?

Se ha dividido este granero innoble en tres grandes salones, y las líneas de separación se marcan por cortinas de seda dispuesta con un

gusto notable. Mis pies han pisado las alfombras mas suntuosas, y en los ángulos entrantes unos magnificos cuadros me ofrecian á la vista los colores mas frescos y las mas lindas figuras. Aqui se encuentra un vaso adornado con magnificencia, alli una estátua de alabastro, mas allá en porcelana dignas de un soberano, flores acabadas de abrir que encantan las miradas y embriagan los sentidos. Pero solo te hablaré del cuarto de dormir, es el templo de la voluptuosidad, una verdadera obra maestra en este género.

Los cristales de la ventana son de roca; las paredes están forradas de damasco, la alfombra de fondo blanco sembrada de flores azules, los muebles todos se hallan en armonia con la delicadeza de estos colores; la cama es de forma antigua pero puesta con una elegancia voluptuosa, estaba aun en el desórden que la habia dejado el amor. Una concha de ágata estaba colocada en medio del cuarto y servia de lámpara; al lado de la cama vi un par de pistolas y observé en un rico sofa de terciopelo azul la ropa de un jóven, parecia que la habian dejado allí á la ligera. Sali inmediatamente; mi sangre toda hervia; mil pensamientos se amontonaban en mi alma. Estaba como en medio de un torbellino. Pensaba en la riqueza del seductor, en la elegancia de sus costumbres, elegancia que se revelaba en el lujo de este sitio de delicias. Lo veia buen mozo, noble, valiente, ele-



gante en sus maneras y gracioso en su conversacion; veia la debilidad de la muger cediendo á todas las vanidades humanas; Juana no habia podido resistir.

Es imposible, me decia yo á mi mismo, que el portero no tenga noticia del nuevo inquilino de esta casa... Entré en su habitacion y le dije.

—Teneis un nuevo inquilino en la casa?

—No, señor, me respondíe

—Os burlais de mí, he entrado en su cuarto y le he visto.

—Ah! si usted lo conoce, ya eso es diferente.

—¿Pero quién es, le pregunté?

A esta pregunta soltada con imprudencia me miró con un aire inquisitorial que debes conocer, y quedó profundamente silencioso: he intentado seducirle; ha rechazado el oro, nada ha podido hacerle ceder. Asi veo que están tomadas con habilidad todas las precauciones y que el incógnito no es aturdido: pero ese hombre sale, entra, ¿qué es esto? Penetraré este arcano. Daré la muerte á tu rival... Mi cabeza me arde... En la casa inmediata vive una muger que vende frutas; he intentado ponerla de mi parte y lo he conseguido; acaba de decirme que el viejo portero ha casado hace poco á su hija única dándole diez mil francos de dote... diez mil francos!... Pagar tan caro el secreto de mi portero! Ya trataré yo de descubrir este misterio aunque me cueste caro...

Martes 21.

Hoy he sabido que el mago es un joven. Me he puesto de centinela para acecharle: mi espía me ha dicho que rara vez salía y siempre tan temprano y tan de prisa que casi era imposible sorprenderlo. Es un silfio y mis ojos también lo serán, lo he jurado. No me ocupo ya ni de Juana ni de Cecilia, ni del puritano, y sigo la huella de tu rival como jamás tigre alguno ha seguido su presa.

Miércoles 22.

Le he visto entrar; eran las once y media; se apeó del coche en la esquina del boulevard de San Agustín: es un joven alto; la oscuridad no me ha permitido distinguir su fisonomía. Mañana estará á las cinco de ella en el boulevard.

Jueves 23 por la tarde.

Horacio, esta mañana estaba en el boulevard de San Antonio á eso de las cuatro y media: á las cinco vino á pararse junto á mi un coche tirado por dos caballos ingleses: gotas de sudor frío inundaban mi frente y á pesar del hielo, que hacía, en mi furor impaciente corría desde la plaza real al boulevard, y de allí á la puerta de la casa de Juana: no he esperado mucho

tiempo; un jóven de unos 25 años salió de la casa; estaba vestido con mucha sencillez y me miró con aire inquieto porque yo lo examinaba con una curiosidad sospechosa. Es blanco, rubio, tiene el cabello rizado, su aire es dulce pero altivo, su rostro distinguido, su talante gracioso y noble, sus ojos azules tienen tanta ternura como fuego tienen los tuyos. Se me figura que debe ser inglés. Ah! si es inglés, dije entre mi, desgraciado de él! en dos horas puedo hacer que lo metan en la cárcel.

Se metió en su coche y yo en el mio; despues de haber dado mil vueltas, sin duda con el objeto de ocultarse á mi vigilancia, llegó al palacio del embajador de Nápoles. Por la noche fui allí porque se daba un baile, y he visto al incógnito. He preguntado á la señora B. por el nombre de este joven: no tuvo á bien responderme durante media hora: acabé por declarar en nombre de R. que deseaba tener noticia de ese jóven, porque me interesaba por él y sabia que estaba en peligro,

—Annibal, me dijo, confio en vuestro honor y al deciros el nombre del incógnito lo protegereis; jurádmelo...

Impaciente por saber todo, lo he jurado, Horacio!... El jóven conociendo que yo era quien lo habia estado, espiano esta mañana y viendo la familiaridad con que la duquesa me hablaba no podia ocultar la turbacion que le causó mi

presencia. Le hablaban y no respondía; teniendo que hablar me miraba con curiosidad.

—Es el hijo del lord C... ministro inglés, me dijo la señora de B. Ya te puedes hacer cargo cual sería mi sorpresa al oír este nombre. Tu rival es por consiguiente un compatriota de Juana, el hijo de un hombre que es casi un rey en el país de tu amada. Este joven se ha presentado con todo el esplendor de la juventud y de la belleza, lleno de los recuerdos de su patria; ha debido parecer á Juana como su misma patria; ha hablado!... ha hablado con ese lenguaje dulce que tanto encanta á una irlandesa... En fin, tiene sobre ti ventajas incostetables.

Su padre es sumamente rico, pero la fortuna del hijo es independiente; su madre ha muerto dejándole 50,000 libras esterlinas de renta.(1) He sabido todos estos pormenores por la señora de B. y me he hecho cargo del interés que se toma por él; ¿no tiene una hija soltera? y ha añadido que asuntos de amor detenian aqui al joven.

Estoy seguro de que este amor no irá muy léjos, porque el padre ha rehusado ya su consentimiento anunciando á su hijo que lo desheredaria si se casase esta muchacha.

—La conocéis? le pregunte.

—No, pero sé que es inglesa, me respondió.

—Ved aqui lo que he averiguado, Horacio'

(1) 150,000 duros.

pero ¿crees que aun haya esperanzas? ¿y que hacer?

Martes 28.

Mis investigaciones son vanas, imposible me es descubrir cuando y como Sir Carlos ha llegado á ver á Juana; esta diabólica intriga quedara siempre en las mismas tinieblas donde nacio.

1.º de Noviembre.

Es cierto, mi querido Horacio; te han engañado. Cuento con tu firmeza poco comun para escribirte esta terrible sentencia. Pero te envolverás en una resignacion fria; te conozco, amigo. Mucho tiempo he dudado en presencia de la horrible verdad, pero ahora su luz es tan fuerte que casi me ciega. Un amor de seis años no estaba siempre en presencia mia defendiendo la causa de Juana? En fin, tus lazos con ella se han roto, ha sabido agradarla: un alma grande como la tuya debe ofrecer á Juana el sacrificio de un amor que no podria ya hacerla feliz. No soy bastante insensible para exigir de ti esta firmeza estóica que desafía á todos los dolores, no; la pérdida de Juana, tan reciente aun, merece no diré lágrimas porque nosotros los hombres no debemos derramarlas mas que por efecto de alegria, sino desesperacion, co-

mo si la muerte lá hubiera arrebatado. Tu amor llegará á sepultarse en una amistad valerosa. En el momento en que leas estas lineas piensa en que hay en el mundo un ser que participa y siente tu dolor; ahora reúne toda tu firmeza.

Después de haber adquirido las noticias que medió la señora de B. en el baile del embajador de Nápoles, he buscado con ánsia los medios de aclarar mis sospechas. He ido á ver á Juana: esta muchacha me confunde, siempre es tierna y afectuosa. Nada le hace traición á las emociones secretas que sin duda la agitan. Sin embargo, está muy mudada, se halla bajo la influencia de sufrimientos cuyo violencia y cuya causa se esfuerza en querer ocultar. Horacio! Horacio! por lo demás, ayer aun la escena era la misma. nada anunciaba la turbacion y el desorden de las pasiones en aquel retiro tranquilo. El viejo puritano parece que intenta volver á Italia con su hija, porque los negocios de la sucesion del pobre Smthson no han sido difíciles de arreglar, y como Sir Jorge Smithson se estremece á cada instante pensando en los peligros que corre su hija viviendo al lado de una muchacha tan amiga del mundo como Juana, su partida la ereo cierta.

Sabes que existe en el otro rincon de la plaza una casa desde la cual es fácil ver todo lo que sucede en la de Juana, estando los cuerpos á la misma altura; resolví entonces estarme de centinela en un cuarto de la casa vecina todo

el tiempo que necesitara para adquirir las tristes pruebas de los amores de Juana con el hijo del lord C...

Al día siguiente gané al portero de esta casa, me dejó en libertad de subir al granero, donde estuve oculto toda la noche, en un sitio para mi espionaje. A eso de la una de la mañana poco mas ó menos vi brillar una luz en el cuarto de miss Juana, y al traves de la ventana apercibi distintamente las sombras de tres personas. Reconoci fácilmente al joven cuyo coche un momento antes habia visto detenerse en la esquina de la calle de Turena. Se reia y loqueaba con Miss Chiora. La noche; las cortinas, todo conspiraba contra mi y no pude ver mas que esas sombras siniestras que pasaban de un lado á otro. En el silencio de la noche tan pronto veia la sombra de una jóven entre los brazos de lord C... esudándose entre los plieges de musolina y me estremecia... En fin, no tardaron en desaparecer. El cuarto quedó en una oscuridad profunda y de pronto la luz ilumino una despues de otra las diferentes ventanas de aquel lugar voluptuoso, pero bien pronto miss Cecilia al entrar en su cuarto abrió su ventana y como si el aspecto de aquella felicidad la hubiese agitado demasiado, le fué indispensable la vista del cielo estrellado para consolarse de su soledad; permaneció largo rato en una especie de éstasis contemplando las nubes que huian con rapidez al través de las luces os-

XXVI.

Horacio vuelve á Paris

Ah! Eugenia! tendrais un cuadro muy imperfecto de esta catástrofe, si yo guardara silencio sobre la situacion en que me hallaba cuando esta última carta encendió en mi corazon todos los fuegos del infierno. Los franceses estaban en España separados unos de otros sin tener medio alguno de comunicacion, defendiéndose en medio de un pais donde las paredes, los árboles, los fuertes, ocultaban enemigos terribles. Abrumado por el calor del clima, por las largas y continuas marchas, por todos los cuidados que nuestra subsistencia precaria y nuestra seguridad exigian, apenas podia soportar este peso cruel, cuando esta última desgracia vino á acabarme de abatir.

Hasta entónces los temores de Annibal no

habian atacado mi amor; dormía tranquilo confiado en la sonrisa de Juana.

Ah! señorita, sus cartas fueron cambiando insensiblemente, á aquellas dulces espresiones de un amor inmortal que me arrebatában, sucedieron con lentitud espresiones cariñosas aun, pero desnudas en este entusiasmo que es la vida del corazon. No me apercibi de ello, en razon á que no éramos de esos amantes cuyo fuego es devorador porque dura poco. No tardo mucho en ser su estilo algo tibio; porque perdió aquella animacion cuyo principio es el amor. En fin, sus cartas llegaron á ser cada vez mas frias, pero con tintas imperceptible, como las degradaciones de la luz al ponerse el sol; entónces los consejos de Salviati fueron á mis ojos de mucha claridad; entonces concebí dudas horribles que rechazaba mi corazon, sospechas desmentidas por una voz secreta; mas el rostro dulce y candoroso de Juana se presentaba á mi imaginacion, y disipaba como un sol todas esas nubes; pero recibí la última carta de Salviati: me incluía una de Juana, cuya indiferencia me heló y un demonio se apodero de mí ya ne tenia confianza de mí misma existencia. Inmediatamente dejé el ejército, diciendo que se me habia vuelto á abrir la herida que recibí en S... y que necesitaba los mayores cuidados. Era envidiable el puesto que ocupaba; todos sabian que era incapáz de cometer una cobardía; al momento obtuve mi licencia y partí.

Yo mismo ignoro con que intenciones iba á Paris. En el torrente de ideas, de sensaciones, de proyectos, que se entreechocaban, no distinguía nada, me guiaba una especie de instinto y obedecía ciegamente. Atravesé la Francia, y las desgracias de mi patria no me conmovieron no fué sino mucho tiempo después y en Chambly cuando traje á la memoria los sucesos políticos como se puede recordar una vision de la infancia. En medio de los sufrimientos de esta agitacion horrible, entreveia la venganza, como una necesidad, el amor de Juana, como una esperanza, y esos dos pensamientos solo llenaban mi corazon. El vigor de mi imaginacion y los acontecimientos terribles que la fatigaban, engéndraron un caos de sufrimientos morales y fisicos bajo del cual faltaba muy poco á mi razon para sucumbir.

En fin, llegué á Orleans, donde me encontré con Annibal: al verme se precipitó en mis brazos, y me recibió con un silencio que me hizo conocer toda la estension de mi desgracia. Le vi ponerse pálido y sonrojarse alternativamente, sin atreverse á levantar los ojos hácia mi; en aquellos ojos vi brillar una lágrima, y lo conocia bastante para saber que su lealtad era igual á mi infortunio.

—¿Y Juana?... fué mi primera palabra.

Bajó la cabeza con un gesto lleno de melancolia.

—¿La has prevenido mi llegada?

—Eres un niño, exclamó, y su mirada expresó la piedad.

Me era tan difícil creer en su traición, que yo no dejaba de obrar y de hablar como si me amara siempre.

—Ah! le dije, en este mismo año debíamos casarnos. He aquí el término en que debía cumplir la obligación que el buen padre Smilhsón me impuso en su última carta.

A esa idea quedé estupefacto, pensando que el recuerdo de esta unión de nuestras almas tan religiosamente celebrada por aquel ser divino en una escena que nunca se borrará de mi memoria; no se había levantado en el corazón de Juana para defender mi amor. ¿Desde aquel momento no éramos esposos?

Aprovechándose entonces Annibal del abatimiento en que caí, me contó en pocas palabras que Juana era madre, que su seductor había salido hacia dos meses para Inglaterra con la esperanza de convencer á su padre y que el puritano había perdido su hija.

Esta relación me produjo convulsiones horribles; una fiebre cerebral, ocasionada por esas tremendas sacudidas me obligó á detenerme en Orlean. Unas veces pedía á gritos la muerte, y entonces Annibal que velaba á mi lado me quitaba mis armas: otras rehusaba toda clase de alimento, ó me empeñaba en salir á la calle.

Anniba empleaba para calmarme todos los recursos de la elocuencia y hacia conmigo lo

que hacen los gefes de partido con las masas populares. Tan pronto me decia:—«Pues bien, vamos á matarla...» Me estremecia de horror como si hubiese visto un mar de sangre, y rehusaba cumplir un voto que habia hecho con furor. Tan pronto me hablaba de su afecto hacia, de la parte que tomaba en mi afliccion y su voz dulce apaciguaba mi sufrimiento.

—Sí, le dije un dia con una sangre fria que le espantó: el amor hace del hombre un tirano!

¿Y qué derecho tenemos á exigir que una pobre criatura que vive bajo la influencia despótica de los sentidos, ame siempre porque nosotros la amamos? Seria una locura, seria que no hubiese en el mundo ni casualidad, ni placeres, ni errores.

Annibal creyó que esas palabras me las dictaba la ironia que mi deperacion afectaba muchas veces.

—Marchemos, dijo.

—Marchemos, respondí, no temo nada; puedo mirar ahora á Juana sin conmoverme...

Decia la verdad. Algunas veces el alma tiene reacciones y halla fuerzas nuevas replegándose dentro de sí propia. Semejante á Anteo que adquiria nuevo valor solo con tocar á la tierra. Llegué á París y seguido de Salviati corrí á casa de Juana. Qué agonía tan horrible! atravesaba abrumado por el peso de la desgracia aquel mismo camino que en otros tiempos

me divertía en hacerlo más corto corriendo á embriagarme con sus miradas.

—Te has puesto pálido, me dijo Annibal cuando llegamos á la calle de Turena.

—Me parece que no, le respondí, pero tengo frío.

Vi la puerta de la casa, subí los escaños, toqué aquella campanilla cuyos sonidos en otro tiempo...

He descansado un momento, Eugenia, porque me ahogaba. ¿No había un mundo de dolor en mis últimas palabras? He cobrado aliento y voy á continuar.

La oí entonces, la reconocí sin verla; corría con aquel paso ligero que bien conocían mis oídos. Muchos veces, en otro tiempo, corría así... hoy corre alegre, muy alegre; pero es tras otro. Nada ha faltado á esta catástrofe; era «ella»... al verme dió un grito penetrante, la vi estremecerse y ponerse encarnada; me estremecí, porque el color encarnado en su rostro era el indicio de un gran dolor. Cuan bella la hacia la vergüenza! Me echó una mirada y me sentí fascinado por un poder desconocido. Todas mis ideas se confundieron y quedé en contemplación delante de ella.

—¿Eres «tú»? exclamó, y en que momento!

Ah! Me adelanté sin responderle, y me siguió en silencio hasta la sala. Allí se ofreció otro espectáculo á mis miradas; un hombre ó mas bien un esqueleto vestido de negro que tenía un li-

bro en sus manos desearnadas. Nuestra llegada no produjo en él otro cambio, que una vacilacion lenta y monotoná en sus ojos que giraron en sus órbitas de tal modo que al fijarse en nosotros parecían no haber mudado de actitud.

—No es «ella», dijo con un dolor tan profundo, que el mio enmudeció delante de aquella angustia paterna.

No se levantó, ni hizo movimiento alguno, y sus ojos volvieron á contemplar la silla que habia «ella» ocupado por primera vez.

Yo sufría, me alegraba volver á ver á Juana aunque fuera infiel, estaba estupefacto á la vista del puritano, en una palabra, estaba fuera de mi. Ver aquel cuarto!... estar en el mismo sitio donde Smilhsou habia juntado nuestras dos manos entre las suyas, oh! son agonias que nadie comprenderá. Otro hombre hubiera muerto á Juana ó la hubiera llenado de reconvencciones; yo senti espirar mi dolor cuando estuve delante de ella, y mi boca que se abria ya para acusarla, espresó, por medio de una triste sonrisa, los sentimientos confusos de que estaba agitado. Entonces Sir Jorge, que me examinaba con un aire sombrío, exclamó con gravedad.

—La alegría de los hombres es un insulto para quien ha perdido á su hija.

(¡La alegría!) Crei ver la sombra del rey Lear!

Me volvi hacia Juana, lloraba! Entonces es-

tuve tentado de echarme á sus pies, pero salió una muger del cuarto de dormir y Juana corrió á hablarle en voz baja. Annibal me dijo a oído.

—Es la muger que cuida de su hijo; desde hace quince días vá todas las mañana á Sevres...

Al oír esta frase, mi corazón se quedó frío como el marmol. Annibal se retiró para dejarnos solos haciéndome una señal que quería decir que no debía contar al puritano entre los vivos. En efecto, miraba constantemente «esa silla!» El que quería dar la muerte á su hija á la primera falta que cometiera.

Juana vino hácia mi cogiéndome la mano con aquel abandono, que tanto me encantaba en otro tiempo, y me dijo:

—En fin, ya tengo aquí!...

Al oír estas palabras Sir Smithson alzó la cabeza de un modo brusco y nos miró: Chiora bajó los ojos.

—Ya te he hablado en mis cartas de circunstancias apuradas y tristes; pero ante todo déjame decirte que te amo!...

Su boca pronunció esta frase con el mismo acento que en otra época.

—Y bien, continuó, ¿de qué te admiras?...

Inmediatamente miró el reloj como sobresaltada.

—Las doce, exclamó, Adios, Horacio; adios

Quédate aquí: dentro de dos horas estoy de vuelta.

—Cómo! le dije con una célera comprimda; llegó, hace dos años que no me has visto!... dos años y de esta manera me acegas? huyes de mí que debo decirte? Encontraré palabras para calificar tus perfidias!

—Dios mio! que tienes? me dijo mirándome con una admiracion perfectamente fingida.

—A donde vás? le pregunté.

Quedó muda y por un movimiento involuntario miró el reloj.

—Tienes prisa, le dije.

Me miró haciendo con la cabeza una señal afirmativa y contemplándome con un espanto que me calmó un momento.

—Juana! le dije con más dulzura cogiéndole la mano y besándola con ardor.

A este movimiento tan sencillo se levantó el viejo puritano, fijó en nosotros sus ojos centelleantes, un temblor se apoderó de sus labios y exclamó.

—Así se pierden á las pobres jóvenes.

—Acaba de dar la hora en que acostumbrais á rezar, exclamó Juana.

El anciano habia dejado en el suelo su biblia, no oyó nada y se volvió á sentar en silencio.

—Juana, dónde vas angel mio, y que vás á hacer? le pregunté deseoso de volver á empezar con calma esta escena fatal.

—Amigo, dijo ella con un eco de voz encantador y poniendo sus dedos en sus labios, este es un secreto que no me pertenece; los tendría yo para ti? Estoy muy satisfecha con decirte que tu muger será discreta!...

Temblaba; pero pronunciaba esta frase con una espresion y una dulzura, que parecian pertenecer á la inocencia. Entonces se apoderó de mi una idea infernal; que queria engañarme y que habia resuelto casarse conmigo para ocultar su deshonor...

Se habia alejado algunos pasos y cuando la ví salir de un modo tan frio, senti que mi furor se redoblaba; aun abria la boca para pronunciar el último á Dios, cuando de repente se vuelve hacia mi, me coge, me aprieta en sus brazos, me abraza con amor.

—Ni una sola palabra has dirigido al corazon de Juana, me dijo en voz baja, y llegas despues de dos años de ausencia! Y te vuelvo á ver, pero en un estado deplorable, y me echas miradas siniesiras, tiemblas y te estremeces!... En nombre del cielo, qué tienes?

—Juana, le dije apretándola contra mi corazon, y qué negocio tan urgente puede haber sídola causa de la frialdad con que me recibes despues de dos años de ausencia?

—Un negocio! exclamó con admiracion, un negocio! Puedes tú figurarte que negocio alguno pueda impedirme quedar un año entero delante de ti, ocupada en mirarte, sin saciarme

de tu vista! un negocio!... No, es un deber sagrado! dia llegará en que me comprendas, es en fin un deber... pero te conozco bieu y parto tranquila. Hay para ti en este sitio recuerdos que me defenderán contra tus sospechas...

Me abrazó llorando, desaparecio sofocando sus sollozos, y me dejó entregado á no sé qué esperanza. Habia reconocido en sus miradas la expresion celestial de su amor, no habia cambiado nada. Espiaba mi cólera: por tres veces me se traho la lengua cuando quise hacerla una reconvençion. Triunfaba de mí ó mas bien, creia siempre en su amor.

—Annibal, exclamé, existe aqui un misterio que no puedo aclarar!...

Annibal se acercó á mí y me hablo de la falsedad de las mugeres.

—Necesito pruebas, le dije interrumpiendolo. Me es preciso la experiencia para no creer en su sonrisa!...

Ah! si Annibal no me hubiera dado estas pruebas le hubiera quitado la vida. Asi le dije:

—Si te has engañado, haz que no reconozca tu error.

Se sonrió y esta sonrisa me hizo temblar; andaba sobre un hilo entre dos precipicios. ¿No era preciso remunciar á Chiora ó á un amigo intimo? ¿Ver desaparecer uno de los sueños de mi corazón?

XXVII.

Pruebas

Mientras estaba sumergido en esta especie de enagenacion, y que ofrecia el mismo espectáculo que el viejo puritano que habia perdido á su hijo. Annibal oy ruido de caballos, corrió á la ventana, volvió precipitadamente, cogiendome por la mano, me dijo:

—Horacio! ánimo, prudencia, no te montes en colera! ten presente que para descubrir y adquirir pruebas de esta traicion horrible, es preciso conservar una sangre fria imperturbable.

Entonces oí entrar en la casa un joven; llamó; el viejo puritano se levantó con el aire de un profeta inspirado, y mirando al cielo exclamó como un niño que está muy contento.

—Ella es! allí está!...

No sé lo que hizo despues, porque llevado de mi furor, me fui á la antesala y corri á abrir yo mismo la puerta.

Lo confieso, me sorprendi al ver mi rival. Si la belleza de las formas, si el candor de la expresion anuncian un alma grande, no puedo menos de conocer que este jóven era digno de Juana: me miraba con una alegria tal que acabo de aumentar mi furor. Se sonreia y quizá iba á darme un abrazo.

—Caballero, le dije conteniéndome con trabajo, ¿que venis á buscar aqui?

—Caballero, me respondi con la emocion que causa á un hombre que está contento el espectáculo imprevisto de otro que está dominado por la colera: no esta aqui miss Juana?

—No, caballero, le respondi.

—Es preciso, sin embargo, que yo le hable ahora mismo.

—Caballero, le dije conteniendo mi furor, miss Juana ha salido.

Mi agitacion le llamo la atencion, y me miro con aire indeciso...

—Ah! no me engañeis! si es que está aqui mala y que no está visible, decidle mi nombre y al momento...

—Caballero, le interrumpi, os he dicho la verdad, miss Juana ha salido,

—En ese caso, dijo reflexionando, Juana está en Sevres...

Quedé anonado: esta palabra ›Juana,› esta

certeza del sitio dond'e podia encontrarse me hicieron estremecer. Entonces se estendió una luz por mis ojos; Annibal me sostuvo, me desperté en sus brazos...

—A Sévres!... á Sévres!... esclamé con furia, despues de haberme asegurado de que llevaba conmigo mis pistolas,

—Su coche llevaba cuatro caballos, me dijo, no podremos alcanzarle.

— Aunque llevára ciento, no iria tan deprisa como yo, le dije. Partamos.

Necesito descansar un poco: mi relacion, mi querida Eugenia llega á su termino. Ahora debo hacer os observar que sea la rapidez con que espreselas miradas, los gestos, las palabras, que han hecho notable para mi aquel día, nunca podré pintaros la celeridad horrible de las escenas que pasaron: la historia de mis sentimientos seria demasiado penosa para mi, conocéis mi carácter, únicamente referiré los hechos.

La imágen de Juana habia luchado con las dudas inspiradas por sus cartas y confirmadas por las de Annibal; aun me habia quedado una corta esperanza, la vista de Juana me habia devuelto la vida. El encuentro de Sir Carlos C... me acababa de sumergir en la nada. Iba corriendo á Sévres á buscar la muerte. Nuestros caballos llegaron al pueblo casi reventados, pero alcanzamos y dejamos atrás el coche de mi rival con una velocidad inaudita. Tirado por

cuatro caballos este coche infernal, caminaba con una rapidez extraordinaria. Era preciso que mi cólera hubiera pasado al cuerpo de mis dos caballos para que llegásemos un cuarto de hora antes que Sir Carlos C...

Al entrar en Sévres, vimos su birlocho en el cual me pareció ver á Juana, se habia parado cerca de una casa que estaba enfrente de una fonda; vi con mis propios ojos á Juana apearse del coche. Entonees entramos en la fonda despues de haber entregado nuestros caballos al amo, el cual habia salido á nuestro encuentro. Atravesé el patio para ir á casa de Juana, euando senti que Salviati me detuvo diciéndome:

—¿Vas á cometer alguna imprudencia, presentarse para no saber nada? informémonos. ¿Crees tú que no se sepa de quien es esta casa?

Subimos á una sala, cuyas ventanas permitian ver la casa de Juana á la que se dirigia el fondista.

Dió la casualidad de que el fondista era un antiguo militar que habia servido á mis órdenes.

—¿Conoces el país? le pregunté.

—Como una consigna, me respondió.

—Ahí tienes, le dije echándole mi bolsillo; mira, ves esa casa..... ¿quien vive en ella?

—Señor, respondió, una jóven inglesa que la ha alquilado hace poco, continuó; y los por menores que me dió confirmaron mis sospechas

y las acusaciones de Salviati; quien durante mi conversacion con el fondista se habia acercado á la ventana.

—Horacio! exclamó mira la mujer que viste esta mañana en casa de Miss. Juana. Me acerqué á la ventana y reconocí á la aldeana. Juana estaba en el balcon mirando hácia la calle con una grande inquietud.

—¿Quereis que haga venir á esa muger? me preguntó el fondista. Consentí, siendo testigo impasible de los esfuerzo que hizo el posadero para que se nos presentara la aldeana. Llegó y á fin de que no me conociese, me embozó muy bien en capa.

—¿Cómo se llama la persona á quien habeis alquilado vuestra casa? le preguntó Annibal, rehusó responder. Le ofrecieron dinero, no lo admitió y quiso retirarse. Entonces saqué mi cartera y enseñándole unos billetes de banco, le propuse un precio exorbitante por su declaracion.

Miró alternativamente los billetes y su casa. En seguida sucumbiendo al atractivo de la ganancia, dijo en voz baja:—Es Miss Juana Smithson!... no oí mas. Un velo espeso cubrió mis ojos, dije que se fuera aquella muger, fui hacia la ventana con intencion de tirarme á la calle para que Juana tuviese que pasar por encima de mi cuerpo al volver á Paris, pero la vista de mi rival me detuvo.

Abatido con tantos disgustos, dije para mí:

Juana le ama! son felices! no sé á que causa atribuir este momento de descanso que me dió el dolor. El jóven lord era la amabilidad en persona, hablaba á todo el mundo y al encontrar á la aldeana, le hizo mil preguntas, la abrazó, corrió con ella hacia la casa, cuya puerta se cerro asi que hubieron entrado. Entonces se exalto mi cólera, y esta tanto mas violenta, cuanto que veia la prueba de todo lo peor que habia podido sospechar.

Desgarrando mi ropa, montando y desmontando mis pistolas; no gritaba, rugia sordamente como un leon, el torrente de mis pensamientos no me dejaba poder para detenerme ni un solo segundo. No tenia nada de humano estaba como un tigre hambriento, necesitaba sangre Annibal no trataba de calmarme y se contentaba con vigilar mis menores movimientos.

Con un impetu precipitado iba desde la pared á la ventana y desde la ventana á la pared, semejante á las fieras encerradas en una jaula. No eran ya ideas las que se amontonaban en mi mente, sino millares de pensamientos agudos que me desgarraban el corazon. De repente ví al jóven lord salir de la casa de Juana dando señales de una inquietud profunda. Dejé abierta la puerta. Inmediatamente abrí la ventana, medi con la vista la distancia, me lancé y salté á la calle sin lastimarme! Aoenas sentia el peso de mi cuerpo. Me dirigi corriendo hácia esta casa como hacia un abismo fatal,

y cuando llegué, el suelo, los cuerpos, los objetos, todo había desaparecido á mi vista: mis sensaciones eran tan vivas y tan multiplicadas que creia no poder resistir é ellas: me agitaba en una esfera desconocida que solo puedo comparar con este mundo extraño en el cual se cumplen nuestros sueños; andaba como anda la sombra; en fin me faltan la espresiones para poder pintar tales escenas. Llegué á esta casa fatal: delante de mi se hallaba una escalera, oí el llanto de un niño y la voz dulce de Juana. Mi furor se habia disipado; un sudor frio bañó mi frente. Puse el pie sobre el primer escalon como ladrón nocturno que se prepara para un asesinato; no hice ruido, subí la escalera; llegué á la puerta, contuve mi aliento, el menor soplo resonaba, en mis oídos como en otro tiempo resonaba en mi alma una palabra de Juana; me vi delante de la puerta donde estaba el niño; Juana y la aldeana se encontraban tambien allí. No me avergoncé de mirar por esta puerta entrea-bierta; tuve la virtud, el valor... de contener mis gritos al ver á Juana, á aquella Juana que me adoró y que ahora mecía la cuna de un niño de otro! que se sonreía. en fin, cantaba para que se durmiera esa criatura... quiza acababa de darle de mamar. Que hermosa estaba!.. que digo, hermosa?... divina! sublime!... era culpable? mi corazón me decia que no.

«Ya no existe para tí;» me dijo una voz tremenda, y una fuerza invencible me dejaba en

aquella puerta. «Ah! Dios mio! la encontrará?» fué la única palabra que pronunció Juana dando señales de un dolor profundo.

Me lancé fuera de esta guarida infernal y volví á mi posada en un estado tal del que la misma Juana se hubiera compadecido. Encontré á Annibal desesperado.

—Dios mio! exclamó al ver que lo abrazaba y le decia, perdida!... perdida!... perdida para siempre; entonces fué cuando principio la locura; cai en una vehemencia sombría: mis ojos desencajados aterraron á Annibal y al fondista.

Mi amigo hizo de mi lo que quiso. Mis caballos estaban ensillados, me monté en el mio y me condujo donde quiso. Salía cuando aparecía el lord C.: nos detuvimos el uno delante del otro.

—Allí está toda la felicidad, le dije señalando hácia la casa; amadla bien!... exclamé; y me marché corriendo, porque senti que le iba á levantar la tapa de los sesos.

Volví á Paris y en el camino escuché lo que me dijo Annibal; pero nada comprendí; su voz me parecía una música inesplicable; sabia que hablaba, pero mi alma estaba muerta sin embargo rechinaban mis dientes, me reia con una risa satánica y mis ojos ardientes secaban las lágrimas que se asomaban; era presa de un dolor agudo, pero mi mano no sabia guiar mi caballo. Habiendo llegado á mi casa hice venir á

Nikel y le mandé que tuviese preparado dos caballos; en seguida estrechando á Annibal entre mis brazos:—Amigo mio, le dije. Las lágrimas me cortaron la palabra.

—Cállate, me dijo; las lagrimas de un hombre son terribles!...

—Amigo, voy á separarme de ti para siempre!... Me despido de toda la naturaleza... Annibal ya no tienes amigo. Adios voy á vivir donde la casualidad me indique un sitio; pero viviré osruro guardando un silencio absoluto. Nadie sabe su nombre por consiguiente no tendre que oirlo. La amaré siempre; podrás decírselo si la encuentras... Que sea dichosa! que olvide mi infortunio!... La perdono. No des ningun paso para volverme á ver: y si llegaras á saber que el sentimiento me ha hecho sucumbir, ven á grabar en la tumba de tu amigo esta palabra... Amo... A Dios...

En vano procuró Annibal hacerme desistir de este proyecto; fué necesario que me dejase. Guerard me ha dicho que desesperado Salviati se ha refugiado á Tours, este jóven es el modelo de los amigos...

Cuando Nikel vino á decirme que ya estaban listos los caballos, le mande que me acompañase, y una vez á caballo, parti á galope tendido... ¿y donde?... el íntinto invencible de la pasión me condujo hácia los «boulevards,» y en un instante llegué á la plaza Real. ¡Volverla á ver!... volverla á ver, señorita, me pareció

la mayor felicidad!... «si volverla á ver,» aunque perdida para mi... Ah! si, grité en alta voz, la volveré á ver como á un buen cuadro, como á una imagen de las perfecciones del Cielo!

¿A quien dañará mi admiracion? Me impedirá Juana, que en otro tiempo me ha salvado la vida y estrechado entre sus brazos, que me convierta en una sombra de su brillante existencia, en una estatua que iluminará con los fuegos de su felicidad? y bien! pediré de rodillas este favor á mi rival... y tendré en el mundo un momento de alegría! ¿no tengo bastante fuerza en el alma para amar sin esperanza? No era yo feliz cuando me quedaba embriagado viéndola rezar en S. Pablo? Ah! entonces tenia 15 años. Seis han pasado, y mi felicidad despues de haber llegado á su colmo ha venido por tierra en pocos meses.

Subi á casa de Juana agitado por pensamientos muy diferentes de los pensamientos de otro tiempo... Ah! si se pudiera leer en los movimientos humanos ¡qué de angustias, que de terrores y aun de alegrías se hubiesen podido descubrir en mis gestos y en mis pasos, un lenguaje mas espresivo que el de la palabra! Llamé, entré, recorrí, la antesala, la sala, todo estaba desierto. Oí hablar en la habitacion de Juana; abro... quedo estupefacto, Eugenia, veo el mismo niño que había visto en Sébres. Estaba en su cuarto, en la misma cuna; le mecía, y se conocía que había llorado. El viejo puritano

se sonreía con el niño, y le miraba con un aire embriagado. Juana se sonrió, pero dió un grito al ver mi rostro. Era el de un amo irritado, el de un verdugo... desapareció para mí el amor, se disiparon mis esperanzas; la muerte aparecía en mi fisonomía terrible é inflexible. Vino hacia mí la reehazé, fué á caer sobre el viejo puritano, quien admirado la cogió entre sus brazos...

Desgraciada, exclamé, me has asesinado..... estamos en paz, porque yo te debía la vida...

— «El es?..... él,» dijo ella. Al oír esta palabra no sé qué vertigo se apoderó de mí; cogí mis pistolas mi dedo tocó involuntariamente el gatillo é hizo salir el tiro. A través de la llama que produjo por la detonación vi á Juana levantarse y venir hacia mí sonriéndose con inocencia; á nadie herí por fortuna. Perseguido por mil furias y por aquella sonrisa de Juana más cruel que las voces infernales que bullían en mi oído, pude salvarme y echarme á correr. En medio de este tumulto oí hablar á Juana y v que corría tras de mí, pero yo huía, monté á caballo y haciendo señal á Nickel para que me siguiera, partí como un relámpago. Juana bajo á la calle, porque al voiver la cara la vi pálida, con el cabello suelto intentando alcanzarme, pero nada pudo detenerme. En poco tiempo me encontré en Chambly; mi caballo cansado se paró delante de la casa de donde vive, miré esto como una orden del cielo y obedecí. Ya sa-

beis lo demas. Desde aquel dia jamás se ha pronunciado delante de mi el nombre de Juana. Por momentos oigo su voz, vuelvo á ver esa sonrisa que me hace tanto mal; me asesina! Ignoro donde esta. Muchas veces se me presenta á la imaginacion llena de gracias y de encanto! La veo jugueteando, veo sus ojos negros, sus mejillas palidas, su cabello, su vestido blanco, y con su arpa cantandome una cancion irlandesa que habla de amor... muchas veces se levanta terrible, amenazadora y me enseña dos cruces, dos nombres, dos sepulturas... hé aqui mis sueños, é aqui lo que absorve todos mis pensamientos; asi mi juventud se ha marchitado en poco tiempo.

Ya conoceis el corazon de la persona á quien quereis entregar vuestra felicidad. Perdonadme señorita que haya descornado el velo que ocultaba á vuestro candor el espectáculo piadoso del mundo! Ah! si unimos nuestros destinos, no viviremos en ciudades sino en los pueblos mas desiertos.

Ya he cumplido con mi deber. Vais á decidir sobre nuestra suerte: si vuestra respuesta me es favorable, señorita, Juana cesará de presentarse á mi imaginacion y sus recuerdos no me abrumarán. Esta esperanza refresca mi alma agotada por los esfuerzos que he tenido que hacer para pintaros las agitaciones crueles de mi vida.

XXVIII.

Amor de Eugenia

Ah! ¿me amara tanto como amaba á Juana, exclamó Eugenia dejando caer el manuscrito, y se quedó mucho tiempo entregada á un sin número de reflexiones crueles que despertaba en ella esta lectura. Este momento era para la joven uno de aquellos en los que el alma juzga del porvenir por lo pasado, y siente capaz de luchar con el destino. Pero Eugenia amaba, no reflexionó mucho tiempo sobre lo que debía temer ó esperar; ni sondeó sus pensamientos: pero olvidandose de sí propia, pensaba en la desgracia de su bien amado: como todas aquellas personas que han sufrido mucho, la señorita d' Arneuse esta dotada de una esperiencia precoz. La desgracia hace al hombre observador, y circunspecto, mientras que el que está acos-

tumbrado á conseguir, precede de un modo brusco y sin examinar con madurez. Eugenia notó una falta de claridad y de enlace en los pormenores de esta catastrofe, que deploraba por amor á Horacio: le acusó de haber juzgado á su amiga con demasiada cólera y precipitación: al ponerse en lugar de Landon se acercaba á Juana.

—¿Le has hecho traicion, le preguntaba; has dejado de amarle?... y entonces recordando la última entrevista de los dos amantes y como se habian comprendido sus almas: trayendo en fin á la memoria de Eugenia todas las pruebas de la traicion; por una parte las cartas de Juana donde se veía que el amor se iba debilitando; por otra los hechos contados por Annibal. No era preciso designar alguno culpable?..... Entonces discutiendo las menores circunstancias quedaba indecisa sin querer condenar ni á Juana ni á Annibal. La repugnancia que siente un alma pura al suponer que hay perfidia, le hacia siempre absolver á Salviati, y siendo la causa de Juana la de las mugeres y la del amor, se interesaba doblemente por ella; de manera que acusaba al mismo Landon. Decia entre sí; una muger que lo vea podra no amarle; pero la que lo haya conocido, la que haya vivido en su alma, no debe nunca hacerle traicion. De pronto se acordó de que toda su felicidad tenia su origen en la falta de que reconvenia á Landon, y este sentimiento de egoismo

que nunca abandona al amor vino á seguirle la idea de que si algun error fatal habia sido la causa de este rompimiento, no le tocaba á ella descubrirlo; intento, pues, pero, en vano, combatir la inclinacion que le impulsaba á amar y á compadecer á su rival,

Llegó el dia, y Eugenia, continuaba sumergida en esta meditacion penosa cuando bajo de su cuarto, al oír la campana que anunciaba la hora del almuerzo. Sus dos madres advirtieron la mudanza de su semblante su preocupacion y distracciones, y se hicieron una señal de inteligencia,

—Estais hoy desconocida, Eugenia, le dijo su madre al entrar en la sala; ¿no decís nada?

—Me parece, máma, respondió sonriendose, que nunca he hablado mucho.

—Eugenia, sabes que no me gustan esas réplicas. Una madre debe siempre tener razon!...

—Escucha á tu madre, dijo Mad. Guerin en voz baja.

—Eugenia, continuó la señoría d'Arneuse, ¿qué ha pasado entre vos y el conde? hace ocho dias que no le vemos; ya no estais alegre, y ha cambiado de tal modo vuestra fisionomia que estoy muy desazonada temiendome que os vais á poner mala nuevamente. ¿Me escuchais?

Si, señora.

—Y bien ¿que ha sucedido?

—Nada.

—¿Nada? repuso la señoría d' Arneuse con

ironía, me alegro mucho! Eugenia, mira que si se deshace este casamiento por culpa tuya te meteré en el convento que se acaba de establecer.

—Consiento en ello, respondió Eugenia; y su acento anunciaba que aceptaría con alegría la soledad.

Admiradas las dos madres, guardaron el mas profundo silencio, y Eugenia aguardó con ansiedad el momento en que estaria sola para poder contestar á Landon; pero no teniendo libertad sino durante la noche, escribió sin temor de ser sorprendida, la carta siguiente meditada durante todo el dia.

Carta de la señorita d' Arneuse al duque de Landon

«He sentido de un modo cruel toda mi inferioridad ante la imagen que habeis presentado á mis miradas. Ciertamente podria yo, como Juana, romper en vuestra ausencia las cuerdas de un arpa, llevar luto, arrostrar por vos toda clase de peligros; si, haria todas esas cosas como Juana.... Ah! trataria de daros mayores pruebas de amor! Ningun alma puede tener mas abnegacion que la mia; pero conozco que la pobre Eugenia, sepultada desde su nacimiento en un pueblo oscuro, nunca podrá tener ni el brillo ni la hermosura, ni los talentos de Miss Juana. No, no podré espresar mi amor con una

gracia tan encantadora: todo lo que sé es que os amo. Si, os amo mas de lo que podeis imaginarnos, y vais á conocer mi corazon. Es imposible que Juana haya dejado de amaros, y..... os sacrificó mi vida respondiendo de su felicidad, Juana os ama siempre, id, corred, seguid sus huellas y antes de creer que sea perjura, esperad que su traicion esté tambien probada como lo está su amor. Han calumniado en ella la virtud mas pura: ignoro como habrán podido ennegrecerla hasta ese punto: puedo transmitir la vos de mi conciencia; pero estudiar esta verdad cruel es superior á mi valor; no tendria animo suficiente para escuchar las pruebas.

«Buscad pues á Juana y..... si seguís mis consejos, no penséis en mí: desde muy niña (os lo confieso) estoy acostumbrada á sufrir; sin duda el cielo me ha reservado una vida llena de amargura. Quizá halleis valor y grandeza de alma en esta resignacion: ahí amigo, ningun mérito tiene porque se encuentra un placer en inmolarse á la felicidad de aquel á quien se ama.

«¿Me atreveré á escribir lo que quisiera decir? Si encontrais á vnestra amiga, ya podeis haceros cargo de que nada tendré que buscar en este mundo, y entonces desearia... ¿Como acabar? Pues que amo á Juana, ella tambien me amará, y me dejará vivir y morir á la sombra de sn felicidad, y bajo la proteccion vnes-

tra, mil veces mas dichosa que si hubiese vivido mucho tiempo sin conoceros.

«Horacio, en el dia soy dueña de mi: puedo quedar siendo vuestra amiga; pero si mañana fuera esposa vuestra, quiero que sea mio todo vuestro corazon, lo quiero como déspota: me encelará con el solo nombre de Juana pronunciado por vos entre sueños. ¡Ah! hay en el mundo criaturas semejantes á Juana, ¿será acaso una creacion á la cual hayais prestado vuestras propias perfecciones? ¿La habeis visto bien? ¿no os habia fascinado? ¿os habrá hecho traicion, porque en realidad no era tan perfecta? ah! ha sido educada por un ser sublime, un ángel os ha ofrecido otro ángel. Pues bien, dignaos ser para Eugenia lo que Sir. Smihson ha sido para su hija: me formareis á la imágen de esa bella criatura: estudiaré con ardor lo que os agrada y... al menos me amareis como vuestra propia obra...

En fin, me queda una esperanza en medio de mis alarmas, y es, que si yo soy digna de vuestro primer amor, vos sereis el primero, el último amor de Eugenia; ¿y no llegará á conmoveros mi ternura? y ¿no podreis acabar por amarme? No desearé vuestra felicidad á espensas de la mia. ¡Ah! ser vuestra Eugenia, ser vuestra cuando os veo tan grande! vuestros meritos me hacen verme pequeña, me habeis inspirado un respeto que al teneroslo me contemplo feliz, Miradme como vuestra creacion, este

título me sera agradable... puedo esperar... ¡oh se despedaza mi corazon!..... amiga, ó esposa me vanagloriaré de mis sentimientos no pudiendo disfrazaros cuan querido me soís! Dejadme, pues cogeros la mano, miraros cara á cara y deciros: amigo, ¿estais contento de mi respuesta? ¿merece Eugenia vuestra amistad?... No siento mas que un temor, y es tener una vida demasiado corta para probaros mi amor? Adios todavia me atrevo á esperar.»

Eugenia

Por la mañana la fiel Rosalia llevó secretamente esta carta á Horacio. Eugenia permaneció mucho tiempo abismada en las agonías de una triste espera: sus miradas tenian algo de feroz; se sentia como suspendida entre la vida y la muerte: se estremecia al menor ruido; y pálida y temblando se vió obligada á dejar su labor: é incapaz de hacer nada salió de la casa y echó á correr por medio del jardin: la actividad de su alma le hacia sentir la necesidad de distraerla con la estrema agitacion de su cuerpo.

La preocupacion profunda de Eugenia, la ausencia de Landon y la tristeza que en ambos habia precedido á esta confianza solemne, tenian muy inquietas hacia ocho dias á las dos madres; en el circulo estrecho de su vida eran estos sucesos tan importantes como puede serlo

para un soberano una declaracion de guerra. Asi es que Rosalia habia prevenido á su señorita que las conversaciones que tenian por la noche giraban constantemente sobre las causas secretas de una situacion tan desesperada; y la señora d'Arneuse demasiado agria para disimular mucho tiempo, hizo sentir á su hija todo el peso de una colera concentrada.

En los ocho dias que duraron las penas de los dos amantes, las ideas de la señora d'Arneuse habian cambiado completamente. En efecto, desde luego que supo que su yerno era duque, de Landon, un Landon Taxis, un jóven tan distinguido así por su talento como por sus maneras, que peseia una fortuna considerable, tierras, ganados, y una magnifica casa en Paris, la señora d'Arneuse no tardó mucho en entusiasmarse de nuevo por su yerno. Landon llegó á ser su idolo, este enlace la llenaba de orgullo, y en medio de una gloria tan brillante, no vió á su hija sino como una mancha en el sol. ¿Era Eugenia digna de un hombre tan distinguido, de un caballero tan complento?... Enviando en secreto su dicha, no se contentó con mezclarse en los amores de su hija; volviendo á tomar aquel aire inflexible, que habia dejado el dia en que Eugenia á las puertas de la muerte, la señora, d'Arneuse se hizo tanto mas imperiosa cuanto que sentia mas cercano el momento en que podia escapársele el poder.

Eugenia llena de los pensamientos de su

amor, dejó conocer que ya no sentía el brazo pesado de su madre; entonces la marquesa concediendo á Landon el lugar que Eugenia debió ocupar en su corazón, echaba á su hija miradas de cólera y de indignación.

Mientras que la jóven deba paseos por el jardín, su madre y su abuela habian principiado una larga conferencia creyendo que era urgente examinar la posición respectiva de ambas casas, y poner un remedio pronto á los peligros que corría la gloria de los Arneuse. La marquesa habia tenido cuidado de cerrar la puerta de la sala; esta puerta se asemejaba á la del templo de Jano, pero con la diferencia de que cerrada anunciaba la guerra entre la sala y la antesala.

Las dos señora sentadas junto á una mesa de juego se miraban con la atención de dos avaros que están pesando oro; la señora Guerin tenia en una mano su labor, en la otra sus espejuelos, y la señora d'Arneuse ojeaba maquinalmente un libro.

—Algun desatino habrá hecho Eugenia! dijo en voz baja, en seguida movió la cabeza de izquierda á derecha y de derecha á izquierda y no pareciendole este gesto bastante espresivo, lo comentó dando un suspiro y levantando los ojos al cielo, lo cual queria decir: ¡cuan digna de compasion es algunas veces una madre!.....

Ya hace ocho dias que no ha venido! respon-

dio la señora Guerin, quien con estas palabras prendio fuego á la pólvora.

—Vereis, exclamó la señora d'Arneuse, vereis como Eugenia va á echarlo todo á perder y á hacer que se deshaga este casamiento. ¡En todo nos persigue la desgracia! en todo, repitió dando un golpe sobre la mesa: ocho dias hace que no viene el duque!... esta necia no sabe conducirse. y habrá cometido alguna indiscrecion... Además es fria como el marmol, se ha puesto tan fea!... ¡como que no hace caso de lo que se le dice!... sin duda que debe tener mas esperiencia que nosstras!... ¡Ah! que hija esta!... y cuanto me hace sufrir!... si no llega á ser duquesa de Landon me muero de sentimiento!.... perder la única ocasion que puede proporcionarse de volvernos á presentar en la corte y en el gran mundo!... y todo depende de esa muñeca! ¡Ah! á fe mia que no volveré á encontrar para ella un novio como Landon...

Al oír la filipica, la señora Guerin dejó caer al suelo un pañuelo que estaba marcado con las iniciales E. L; conversacion se animaba demasiado para que reparasen en el.

—¡Que incómoda estás, hija mia! Eugenia está triste, es verdad, pero esto no tiene nada de particular; no le quedan más que ocho dias de soltera. Y creo que Landon no ha venido en todo ese tiempo porque tendrá que hacer sus preparativos.

—¡Una semana sin venir!.... repitió la seño-

ra d'Arneuse, y Eugenia está llorosa,...

—¡Ah! respondió la señora Guerin, ¿no le estabas tú tambien la vispera de tu casamiento?

—Era un presentimiento!..... dijo la señora d'Arneuse.

—Ah! si, hija mia; aquel dia es la causa de todas nuestras desgracias? En este momento las dos señoras suspiraron simultáneamente y la marquesa respondió á su madre:

Efectos naturales de vuestra ambicion me hubiera desheredado si no me hubiese sometido.

—Vamos, vamos, hija mia, Dios lo habrá dispuesto así, ¿qué quieres! el mal esta ya hecho.

—Ah! exclamó la señora d'Arneuse; pero no se trata de mi sino de Eugenia; proeuremos saber la causa de este rompimiento..... quiero que se haga este casamiento y se hará, y de aquí en adelante Eugenia no dirá una palabra, no hará el menor gesto, no 'dirigirá una mirada sin que yo se lo haya mandado. Conduciendo así este asunto quizá podrá conseguir su deseo!... y luego, Dios me libre de meterme en nada.....

Despues de largos discursos y de multitud de giposis, la señora Guerin concluyó diciendo:

—En fin, espero, hija mia, que contemplarás á esta niña es tan dócil!...

—Creo, respondió la señora d'Arneuse que

no tiene de que quejarse. Si tengo que hacerme algur a reconvenccion es el haberla tratado con demasiado dulzura.

En este momento se abrió la puerta de la sala y Eugenia entró; andaba despacio con los ojos bajos y la frente alterada. Habiendo llegado hasta enmedio de la sala sin apercibir nada, sintió que la cogieron por un brazo, era su madre que llevándola delante de un espejo la dijo con tono severo:

—Si entrase ahora el duque! mirate bien! todavía no te has quitado los papillotes y estás capaz de asustar al mismo miedo!....

—Pero, mamá.

—Chito; dijo la señora Guerin, escucha á tu madre,

Eugenia, dijo la señora d'Arneuse, ¿que teneis?.... No respondió.

—Qué teneis? Eugenia?....

—Pero mamá os aseguro que no tengo nada.

—Como nada!.... Estais triste y el duque hace oeho dias que no nos ha hecho ni una sola visita.

—Señora, y puedo yo remediarlo?

—Sé muy bien señorita, que sois bastante brusca para producir este desvio por parte del duque, pero vamos ¿que ha pasado entre vosotros? quiero saberlo!

Eugenia guardó silencio.

—¿Con que no quereis responder á vuestra

madre? agregó la señora d' Arneuse echando á su hija una mirada terrible.

En esta ocasion Eugenia no tembló como hacia antes; y bien sea que las circunstancias redoblasen su ánimo ó bien que se sintiese mas fuerte sabiendo que iba á tener pronto un protector, el resultado es que no se alteró; miró con serenidad y le respondió con dulzura: Ah! mamá, ¿por qué os complacéis en atormentarme?.....

La señora d'Arneuse se volvió hácia su hija y con los labios tan blancos como el papel, le dijo con un acento cuya turbacion en vano trató de ocultar. ¿Tan pesado es el yugo de vuestra madre para hablarle asi? ¿Creeis que estais ya casada? Se necesita mi consentimiento, señorita, Ah! os he mimado demasiado y recompensais mis cuidados con quejas y recomenciones, bien está! Este es el pago que recibe una de sus hijos... Si llegais á tenerlos, Eugenia ojala que nose parezcan á ti! Eugenia lloraba amargamente pero su madre, sin parar la atencion es estas señales de sensibilidad, añadió, retiraos, señorita, irán á llamaros á la hora de comer. Eugenia se levantó, subió con rapidez la escalera, y se encerro en su cuarto, con el objeto de llorar con toda libertad. Durante la comida la señora Guerin intercedió, pero en vano, en favor de Eugenia; la señora d'Arneuse parecía no hacer caso de su hija á pesar de es-

tar triste y sufriendo. Mas de una vez Rosalia alzó los hombros como en señal de no comprender lo que pasaba, y la tristeza de la señorita fué asunto de una larga discusión entre ella y la cocinera.

La pobre Eugenia confinada en su cuarto estaba contenta con poder pensar en Horacio sin ser interrumpida; pero la señora Guerin vino á quitarle esta satisfaccion.

—Hija mia, dijo la abuela, has enojado á tu madre, es preciso que cese esa continua lucha; esto me tiene muy desazonada, hija mia... vamos, ven, baja, con la cara alegre, no vuelvas á estar seria; entraras en el cuarto de tu madre y principiaras por pedirle perdon.

—¿Y de qué?... dijo Eugenia.

—Que se yo, respondió la abuela, pero pidele siempre perdon; dale un abrazo y no la incomodes. Tu madre sabe mas que tú, hija mia, y debes escucharla; procura no contrariarla; es madre tuya, por consiguiente solo quiere tu bien y no puede darte sino buenos consejos..... Ven.

Eugenia se dejo conducir á la sala y vino á ofrecerse á su madre con el aire candoroso de una niña; imploro timidamente su perdon, tartamudeando las palabras «reconocimiento, deber, respeto» etc. etc. La señora d'Arneuse, tomó gravemente la cara á su hija y la dijo con un gesto dramático.

—¿Me direis ahora por qué Mr. Landon?...

—Mamá, repuso Eugenia interrumpiéndola, me es imposible responderos.

—Vaya, exclamó la abuela, ya ves que no sabe lo que quiere decirle... Lo que tiene Eugenia es que sufre con la ausencia de Landon y no adivina cuales puedan ser los motivos: ¿no es así, niña mía?..... Eugenia se quedó callada y hubo un momento de silencio, pero al cabo de un rato estas palabras: «Eugenia id á vestiros,» pronunciadas como una sentencia, fueron obedecidas por la jóven, quien subió á su cuarto sin responder una palabra.

Vuelta de Horacio

Apenas se habia Rosalia precipitado á vestir á su señorita, cuando Mariana anunció en la sala al duque de Landon. Al oír este nombre y al ver entrar á su yerno querido, la señora d'Arneuse sups tomar un aire cómico y gracioso.

—Buenos días, amigo mio; un siglo hace que no nos hemos visto... Se levantó y dando la mano á Horacio se acercó de tal modo que el duque se vio, precisodo abrazarla.

—¿Qué ós ha sucedido? A la verdad que me habeis tenido inquieta.

—Y tambien, dijo la señora Guerin con una sensibilidad verdadera.

Horacio hizo un saludo con la cabeza; y al sentarse besó la mano de la señora Guerin.

—Digcaos escucharme, señoras, dijo; he es

tado indispuerto, abrumado de negocios, y de cuidados,

—Indispuerto!..... esclamaron ambas á la vez, os senti aun desazonado? estais desmejorado! quereis tomar algo? hablad. . . . Dios mio, qué habeis tenido?

—Ahl nada, respondió Landon. Sin embargo, pronunció estas palabras algo turbado.

La señora d'Arneuse tenia bastante perspicacia para ver según el aire y las maneras de Horacio que no habia variado en cuanto á su proyecto de casamiento, y que no tenia ningún deseo de retirar su promesa. Contenta con esta idea, desplegó con su yerno todos los recursos de su destreza, procurando como una hechicera describir en derredor suyo un círculo mágico de donde no pudiera escaparse.

—Pero no veo á Eugenia, esclamó Landon así que pudo sustraerse á las observaciones de la marquesa.

—Eugenia! respondió haciendose la sorprendida, está en su cuarto, se esta vistiendo. Si supieseis cuan amable esta! En el momento de tener una que saporarse de su hija, de perder su único bien, dijo tratando de penetrar las intenciones de su yerno, es cuando se siente lo que vale su compañía; todos estos dias Eugenia ha estado encantadora; tiene tanta dulzura, tanta amabilidad..... Ahl que desgracia haber que separarse de ella!

—Separarse! exclamó Horacio con vivacidad espero que formemos una misma familia.

—Bien! pensaba la señora d'Arneuse, seré el ama en casa de mi yerno; tendré mis criados, mi gran casa, mis coches, mis tierras...

—Vamos, dijo llena de alegría, venid, quiero abrazaros, mi querido yerno. Ah! qué satisfacción estoy de tener un hijo como vos! Sois tan amable!.....

La señora Guerin le dió la mano, y apretó la de Landon exclamando:

—Mi corazon me habia dicho que tendria un nieto.

Horacio se quedó frio sin responder nada á estas espresiones patéticas. Involuntariamente comparó esta escena con aquella en que Sir Smithson le ofreció su hija, este recuerdo le dejó silencioso y distraido.

—¿Estais malo? le dije candorosamente la señora d'Arneuse, cuya solicitud no concebía sino el dolor físico.

A esto entró Eugenia, saludó á Landon con la mas dulce sonrisa, sin interrumpir la partida de ajedrez que su madre habia empezado con Horacio, se sentó al lado de la señora Guerin de modo que podía contemplar á su sabor á su querido Landon: examinó religiosamente su rostro, su cabello, sus ojos; espiondo sus mejores movimientos, y cuando encontró sus miradas se sintió aliviado su corazon; veía en él no solo el hombre á quien amaba sino un ser au-

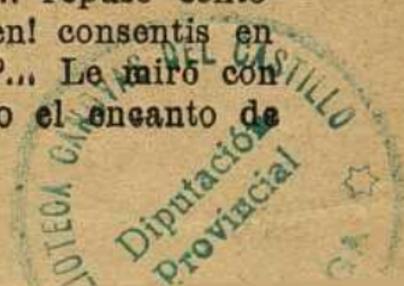
gusto, á quien veía adornado de ese encanto que se encuentra en el infortunio, un alma cuya riqueza le era conocida. Su mirada parecía decirle: de aquí en adelante serás para mi lo que para Juana hubieras debido ser. La campana nada que anunció la hora de comer sacó á Eugenia de su dulce éstasis, y la jóven se quejó entre si de la rapidez con que corrían las horas.

Al escuchar los convenios, Eugenia se estremeció y quedó estupefacta al sentir semejante dolor en medio de la alegría; despues de comer fueron á dar un paseo; la señora d'Arneuse era demasiado atenta para no dejar á su hija que hablara libremente con Landon; los seguía de lejos; cuando llegaron cerca del bosque, Horacio mostrando alternativamente á Eugenia su estrella y el astro de la noche, le dijo: ahora comprendereís las palabras vagas que pronuncié cuando nuestros corazones se entendieron aquí por primera vez.

—Tambien os repetiré, Horacio, que Juana es tan pura como ese astro, y señalaba hácia la luna...

—Querida Eugenia, dijo con una emociion profunda; vuestra inocencia os impide concebir el mal...

—Ah! me callare gustosa!... repuso conteniendo sus lágrimas. Pues bien! consentis en hacer la felicidad de Eugenia?... Le miró con ternura; y Landon saboreando el encanto de



esta confusion se contentó con bajar la cabeza con un movimiento lleno de gracia y Eugenia continuó:

—Ah! mi querido Horacio; no comprende estas leyes que han imaginado los hombres para intervenir en la union celestial de dos corazones que se aman... Estamos solos, una palabra vuestra, una mirada, son para mi mas sagrada que todas las pompas imaginarias; jurad protegerme siempre, dejaos amar por mi, no rechaceis nunca á una criatura que no puede vivir sino á vuestro lado... No os pido que me prometais un amor eterno, seria una locura; tantas circunstancias... se detuvo, porque las lágrimas inundaron su rostro y exclamó:

Tengo en mi alma un terror que no puedo explicar. no se si proviene de las fuerzas de mis sentimientos ó si debo atribuirlo á esta escena... pero tiemblo como si estuviera delante de la desgracia... y eso que estais aqui vos á quien tanto amo.

Sin apercibirse de ello dejaron y el jardin, y en medio del campo habian trepado á una eminencia muy elevada de donde se descubrian todos los alrededores; la luz de la luna era mas dulce. Se sentian como arrastrados por uno de esos éstasis conocidos unicamente por los amantes. La calma de la naturaleza tenia algo de solemne y parecia ser el intérprete de sus corazones en los momentos de silencio. Juntos á ellos habia una piedra cubierta de verdin, la cual

levantada como un monumento, les pareció un altar digno de la sencillez de sus juramentos.

—Eugenia dijo Horacio, cogiéndoles las manos y apretándoselas con efusion. Eugenia, Juana es lo veo, una fantasma que os perseguirá sin cesar: escuchadme bien. El recuerdo de mis primeros dolores hace que me interese por ella; pero las alegrías puras que me habeis proporcionado me ligan á vos.....

—Os creo; en este momento soy la mas feliz de las mugeres,,,,., apoyó su cabeza en los hombros de Horacio que le dió un beso en la frente con la ternura de un amante.

—Ahora existo, dijo, ahora abro los ojos en una nueva vida y esta hora no se apartará jamás de mi pensamiento; será el encanto ante el cual huiran todos mis temores. Acordaos siempre de este momento..... y entonces gozaré doblemente.

Volvieron despacio y en silencio, y al llegar cerca de la puerta, Horacio, conmovido como Eugenia por las sensaciones diversas que habia experimentado y mirando á este jóven como su única esperanza, la cogió entre sus brazos y la estrechó con fuerza, diciéndola.

—Ah! si, Eugenia, no temas nada!....

En este momento apareció la señora d'Arneuse que adelantándose con un paso grave y una actitud cómica é imponente exclamó!—Hijos míos, eso no está bien..... Creyó cumplir maravillosamente con su papel de madre y esta

frase y el acento con que la pronunció destruyeron la satisfaccion á que Eugenia y Horacio estaban entregados.

—Teneis razon, señora, respondió Horacio con gravedad y afectado dolorosamente, de ver que tenia que vivir con un sér que nunca podría comprenderlo.

Durante el tiempo que transcurrió desde la noche que fueron á paseo Landon y Eugenia, hasta el día del casamiento, esta tuvo que sufrir bastantes contradicciones; muchas veces hubiera deseado ir á pasearse por la tarde con Horacio; pero la señora d'Arneuse le prohibia formalmente pasar el humbral de la puerta; porque no estaba bien visto, decia, que una jóven que estaba próxima á casarse estuviera sola con su novío: hubo para ella momentos de incomodidad, pero una mirada, uua palabra de Horacio curaban las heridas que pudiera haberle hecho su madre. Una noche soñó que Juana se le aparecia, que quemaba la casa de Landon, pero desechó toda supersticion al verse tan cerca del momento dichoso.

Horacio fué á casa de la señora d' Arneuse muy temprano él dia del contrato; y al hallar á toda la familia reunida en la sala, dió una carta á la marquesa y le dijo riéndose:

—Pues que os llaman tanto la atencion las dignidades, debeis tener un placer en saber que vuestro yerno es general, que le han concedido la gran cruz de la Legion de Honor, y

que es comendador de la orden de San Luis etc.

—¡Oh! comendador! exclamó la marquesa (al oír esta palabra, veía la sombra del antiguo régimen), un comendador!...

La causa de este adelanto estraordinario era muy sencilla. Landon tenia por primo al duque de P... Este señor, al entrar en Francia con el Rey, no se olvidó de Horacio; y como al volver los príncipes legitimos se acababan de reunir las dos noblezas, los dos ejércitos bajo la misma insignia, con los mismos favores, el duque de P... habia dicho que sin temor de escitar admiracion, se podia celmar de honores á un militar tan distinguido como Landon. El haber este último dejadola España cuando volvió á Paris á causa de la traicion de Juana, hizo que el gobierno lo mirase como á uno de aquellos que habian quedado fieles en el fondo de su corazon.

El brillo de su nombre, el deseo que tenia el duque de P... de que su familia fuese poderosa, todo contribuyó á colocar á Landon en una situacion política muy brillante: su primo lo habia presentado como uno de los fieles defensores del trono. Asi, el viejo duque, encantado de la gloria militar de su primo, tenia la esperanza de que se sentase á su lado en los bancos de la Cámara hereditaria. Eugenia, poco conmovida por esta noticia, sintió ahora mejor que nunca, cuan diferente era su carácter del de su madre; no participó ni de la alegría de esta, ni

del entusiasmo pueril de la señora Guerin.

Este dia era para todor un día de triunfo: Rosalia cantaba victoria.

Haberse firmado los contratos despues de siete meses de marehas y contramarchas era, segun decia, una prueba evidente de lo bien que habia conducido la intriga.

—Vaya, niña respondió el aposentador, ahora sereis mi cabo de escuadra.

—Ya lo sabia, dijo riendose: mi habilidad ha quedado recompensada. El duque nos dota con 800 libras de rentas...

—Y yo seré cocinera de una duquesa! exclamó Mariana.

Reinaba la alegria en toda la casa.

El 12 de Octubre de 1814 fué el dia designado para el casamiento.

Entre tanto, se arregló la casa de la señora duquesa de Landon Taxis.

Nikel quedó siendo el criado favorito, y Rosalia la primera doncella de la señorita.

Mariana tuvo una pension, y Eugenia eligió los demás criados entre las personas cuyas miserias habia aliviado.

Eugenia y Horacio deseaban hacer un viaje á la tierra que poseian en Borgoña, pensando ir á Paris por el mes de Noviembre. Landon dejó á su suegra que fuera á la casa que tenia en Paris, porque la señora d'Arneuse, deseosa de volverse á presentar en el gran mundo, habia rehusado ir con los dos esposos á Lussy,

Hizo observar que su presencia era necesaria en Paris, donde tendria que dirigir la restauracion de la casa de Landon y amueblarla al gusto de Eugenia, con quien consultaria sobre los colores, los cuadros etc., que debia escoger.

Estos cuidados, estos pormenores anunciaban la mayor opulencia, y Eugenia creia soñar preguntaba con mucha sencillez á Horacio si se arruinaria haciendo tantos gastos. Landon le dijo que el viejo Gnerard habia administrado tan bien sus rentas, que su fortuna se habia aumentado considerablemente; y este antiguo amigo le anunció además, que tenia reservada una suma de 50.000 francos para los gastos que originara el casamiento de su querido disipulo.

En medio de esta alegria, la señora d'Arneuse sintió una pena muy violenta. Landon no ofrecia un alfiler á Eugenia; esta amable niña lo habia exigido de antemano y en secreto: pero á los ojos de la señora d'Arneuse; un casamiento sin regalos no prometia mucho; así cuando supo, despues de haber hecho con arte varias preguntas, que faltaria absolutamente este adorno principal de un casamiento, dijo en confianza á la señora Gueriu:

—Se desmiente algo nuestro yerno; no lo hubiera creido avaro!...

Peae al dia siguiente, los magnificos regalos que Landon hizo á las dos señoras, le valieron los mas afectuosos cumplimientos; y por la

noche, la señora d'Arneuse dijo á su madre con un aire de conviccion:

—¿No os he repetido siempre que era imposible dejar de admitir los obsequios del duque? Toda su conducta revela la graandeza de un hombre acostumbrado al lujo.

Llegó la vispera del casamiento.

Eugenia se admiró al ver el interés que su compostura y su rostro inspiraban á sus dos madres.

—Ah! hija mia; le dijo la señora Guerin dándole un abrazo; noto en tu cara una manchita encarnada... Ven, ven!...

La abuela le dió un agua para hacerla desaparecer las manchas.

Algunas veces la señora Guerin cojia las manos de Eugenia y apretándoselas con ternura, le decia:

—Pobre niña!...

La señora d'Arneuse la contemplaba también sonriendose y esclamaba:

—Hija mia, mañana es el dia decisivo!...

Rosalía se sonreia al oír este discurso.

Esta ternura del momento, espresada por mil reticencias, parecia ocultar un misterio. Eugenia era demasiado dichosa para tratar de adivinarlo.

Rosalía y Nickel se tuteaban ya.

Mariana pretendia haberlos visto abrazarse pero eran puros celes de mujer!

Mr. Landon, habiendo mandado ir á sus

criados á Lussy y vendido su casa de Chambly á su antiguo propietario, durmió la vispera de su casamiento en casa de la señora d'Arnuese: entonces todos los personajes de este drama durmieron bajo un mismo techo. ¿Durmieron?... No, velaron...

No era muy ortodoxa esta conducta; pero la vista de la corona ducal había disipado todos los escrúpulos de la señora d'Arnuese.

XXX.

Casamiento

Al amanecer, Eugenia abrió sus ventanas y vió en el horizonte unos nubarrones que anunciaban tempestad.

—Qué desgracia, dijo entre si, que no tengamos buen tiempo para nuestro viage!...

En este momento entró su madre, que sentándose á su lado, le dijo:

—Hija mia, el duque de Landon ha querido partir para Lussy despues de la bendiccion nupcial sin que te acompañe tu madre; he cedido... (parecía pronunciar con dificultad estas palabras) quiero decirte con esto, Eugenia, que han cambiado tu situacion y la mia. Ah! si tu madre ha cedido á los deseos de tu marido, con mas razon debes someterte tú á sus menores caprichos. Esta conducta me ha desagradado; te

separas de nuestro lado en el momento en que son mas necesarios que nunca nuestros afectuosos cuidados; por eso me he creído obligada á daros los consejos que una madre debe á su hija.

Aquí la señora d'Arneuse hizo una pausa, y Eugenia, por primera vez, estuvo tentada de sonreirse al ver la máscara de gravedad misteriosa que cubria el rostro de su madre.

—Eugenia, continuó, el honor de una muger es su más preciosa joya.....

La señora d'Arneuse se detuvo, y juzgando que era necesario principiari por generalidades, continuó así:

—Lo primero que debes hacer ahora, es obedecer en todo á tu marido. Somos las criaturas más débiles, hija mia, y para ejercer en nuestras casas algún poder, necesitamos servirnos de la astucia.

—Ah! mamá! nunca tendré necesidad de emplear esos medios, siempre lo amaré. A esto se reduce toda mi ciencia; obedecer su voluntad será mi mayor felicidad.

—Bien, hija mia, esos son los principios que te he inculcado, pero escucha) no hay muger que no quiera ser dueña de su casa..... tú puedes pensar de otro modo en este momento, pero tu madre tiene esperiencia y conoce la vida: así debes seguir mis consejos y decirme siempre lo que pasa entre tu marido y tu, aun desde el principio de tu casamiento; entónces tomare

mos nuestras medidas para que puedas ser completamente feliz. Ah! hija mia! se pueden adoptar dos sistemas para apoderarse del corazón de los hombres; yo adopté el de las lágrimas, los ataques de nervios, los vapores, los mareos, y me he convencido que es infinitamente preferible imponerles nuestro imperio diciéndoles que valemos mas que ellos; á fuerza de repetirles siempre lo mismo, acaban por creernos, cansados de tener altercados..... Ya te haré cargo de que no conviene seguir el partido de la dulzura; someterse es la mayor tontería que puede hacer una mujer.

A cada instante manifestaba Eugenia su deseo de responder, pero la señora d'Arneuse le imponía silencio, y continuaba:

—No es esto todo lo que tengo que decirte.

Al escuchar el discurso de su madre, Eugenia dió gracias á Horacio de haber exigido un mes de soledad, y su alma pura aplaudió por instinto la delizadeza de semejante conducta.

Dieron las nueve.

Las señoras de d'Arneuse y Guerin, acompañadas de Nikel y Rosalia, fueron á la iglesia donde se desposaron los dos amantes.

A las diez, un postillon hizo oír su látigo. Un coche de viaje aguardaba á los dos esposos.

En seguida vinieron las despedidas de la señora marquesa d'Arneuse. La escena fné patética y representada con bastante naturalidad: principiò por estrechar á Eugenia entre sus

brazos y supo verter algunas lágrimas que hicieron muy buen efecto: despues la miró con una cara muy afligida y esclamó con una sonrisa cariñosa:

—Pobre niña!...,

En fin, Eugenia iba á irse; la señora d'Arneuse la sugetaba sin querer soltarla. Admirada Eugenia de esta profusion de cariño, se acusó de haber juzgado mal el corazon de su madre.

En cuanto á la señora Guerin, es preciso confesar que su afliccion fué sincera y no podía perdonar á su nieto la idea rara de llevarse á Eugenia á Lussy.

Asi que las dos madres entraron en la sala desierta, la señora Guerin, mirando á su hija esclamó:

—Ciertamente no habia esta costumbre antes de la revolucion!

El dia que nos habló de las costumbres y del mundo, estaba yo muy distante de que sucediera esto.

Con tal que no le suceda nada!

Qué originalidad, dejarnos solas y sin sociedad.

Pobre niña, ¿qué será de ella?

Tal fué la letania de la señora Guerin.

La de la señora d'Arneuse era muy diferente.

—Gracias á Dios que salgo de Chambly!

Vamos á vivir en Paris y en una gran casa,

en un palacio, se puede decir.

Voy á dedicarme á poner la casa á mi hija. Ahora recibiré visitas de toda mi familia y de los parientes de mi yerno!

En fin, ya tenemos á Eugenia hecha una duquesa.

Ah! ha sido un buen casamiento.

Era imposible encontrarle mejor colocacion.

Pobre niña! qué será de ella separada de mi lado!...

Las dos señoras continuaron así, en este tono, durante una parte del día, muy ocupadas al mismo tiempo, de los preparativos de su partida.

A los pocos días se fueron á Paris y se instalaron muy placenteras, en la gran casa de Landon.

Allí recibieron á la corte y á todos sus amigos, y ya fué esto otra cosa. La mania de la marquesa por los placeres, las visitas y la compostura, era ahora mayor que en su primera edad. La señora d'Arneuse se rujuvenció, y es escusado observar que participaba de los sentimientos y de las opiniones de la alta aristocracia. Los d'Arneuse!... Ah! los d'Arneuse!... Uf, los d'Arneuse!... no es nada!...

En fin, para conocer bien á la señora marquesa, dejemos á un lado sus coches con las armas de los d'Arneuse; no hagamos mencion de los lacayos con sus ricas libreas, y entremos en la sala del palacio de Landon,

Estaba adornada, no con aquella sencillez noble que indica la grandeza sin ostentacion, la opulencia sin pretensiones, sino con alfombras preciosas, muebles dorados, cortinas de damasco; en una palabra, como podia estar la sala de un agente millonario ó de un principe de nueva ereacion.

La señora d'Arneuse se hallaba rodeada de sus parientes, que desde hacia poco se habian dignado conocerla.

La marquesa se vestia, no con aquella sencillez de que se avergonzaba en Chambly, sino con un lujo ridiculo. Se ponía siempre vestidos de tereiopelo, aderezos y brazaletes de brillantes, flores, etc., etc.

—Señora, le decian, habeis colocado perfectamente vuestra hija.

—Si, el duque de Landon es un partido ventajoso; estoy muy satisfecha.

El aire con que pronuneciaba estas palabras, queria decir:

—Ahora que la nobleza ha recobrado sus derechos, una d'Arneuse hubiera podido encontrar mejor partido.

En su rostro, móvil como el de Célímene, se sucedian mil sentimientos diversos. Con unos se sonreia; á otros los recibia con frialdad; á estos los ridiculizaba; á aquellos los acariciaba; cambiaba, cambiaba continuamente de expresion y de carácter; estaba unas veces seria y grave; otras viva y alegre; hablaba de polí-

tica y de modas; destruía la Carta y lastimaba una reputación; tomaba un aire imponente y no retenía una idea trivial, restó de su primera educación. Ahora es ingeniosa, cortés; ella sola llena la sala, reina entre la multitud que la lisonjea, y apenas hay una persona que juzgue su corazón: uno la creen franca, otro la encuentra reservada; los años no han disminuido en nada la viveza de sus sensaciones ni la petulancia de sus maneras.

La señora Guerin, vestida con sencillez y siempre metida en un rincón, es feliz. Cuando encuentra á un escribano, á un procurador ó á uno de esos jóvenes que aun no conocen el mundo, se apodera entónces de estos humildes comparsas y consigue algunas veces hacer su paríida.

Cuando todos se han retirado, la señora d'Arneuse se acuerda de su madre.

—Vamos, mamá, le dice, ¿habeis jugado al boston?

—Si, Mr. Gireaud...

—Jesus! qué nombre vais á buscar! ?Qué vienen á hacer en mi casa esas personas?

—Pero si es escribano...

—¿Y qué es un escribano?... Es preciso barrer mi salon para cuando venga Eugenia, á fin de que mi yerno no encuentre sino gente racional.

Entonces saludó á su madre, y la señora Guerin dijo entre si:

—Siempre la misma... Gime, pero no responde; ama á su hija; es la única que ha tenido, es su asilo, el único ser en el mundo que se interesa ó debe interesarse por ella.

Desde que Eugenia subió al coche que la conducia á Borgoña, estró en un mundo nuevo. Viajar con la persona á quien se ama, viajar con rapidez, sentirse llevada como en una nube, ver salir y ponerse el sol en diversos sitios y tener por punto de vista un horizonte inmenso; poder, admirando un hermoso paisaje, estrechar una mano querida y sin decir una palabra, comprenderlo todo por una mirada; tal es la pintura imparcial de la felicidad de Eugenia. Gozaba, por primera vez, de una voluptuosidad pura; la voz de su madre no resonaba en su oído sino como por recuerdo; se sentia como aliviada de un peso que le habia oprimido tantos años; en fin, era feliz. Cuando miraba á Nickel y Rosalia, los veia tambien felices.

Muchas veces Eugenia vertió lágrimas de alegría; y Horacio, al verla tan cieghosa, gozaba por primera vez del placer de ser mas amado de lo que podia imaginarse. Casi habia olvidado á Juana, y Eugenia vió asomar á los labios de su esposo una sonrisa franca y sin melancolia, se entregaron solo á su amor con todo el impetu de sus primeros deseos.

Eugenia hubiera deseado vivir siempre lejos de Paris, al lado de su querido esposo. Esta soledad era para ella un mundo. Si veia abrir-

se una flor y sobre ella llamaba la atención de Horacio. esta flor llegaba á ser un recuerdo agradable el día siguiente. Así se rodeaba de monumentos de su amor.

Pero pronto tuvo que dejar aquel desierto que había poblado de imágenes risueñas,

Su madre continuamente le suplicaba en sus cartas que fuese á su lado, y al cabo de cuatro meses Eugenia la complació

Fué á París muy contenta.

Cuando su coche pasaba junto á las casas tan tristes de aquella ciudad, tuvo un presentimiento de desgracia, que disparó muy pronto.

Eugenia sorprendió agradablemente á su madre anunciándole estar en cinta.

La señora d'Arneuse recibió á su hija con tanta alegría, que no observó al principio la mudanza prodigiosa que Landon había producido en las ideas y en las maneras de Eugenia.

Al volver á ver, despues de cuatro meses, á una hija cuya posición social y cuya riqueza, eran para ella títulos de gloria, que tanto añagaban su amor propio, la señora d'Arneuse le prodigó cuidados «casi maternos.»

Hizo observar á Eugenia con qué esmerado primor había amueblado la casa, siguiendo siempre su gusto y sus deseos; la inició en los misterios de la sociedad en que vivía; la contó sus placeres y la vida que hacía, esperando que su hija participase de sus alegrías frívolas y de sus pálidas ilusiones del mundo.

Durante el primer mes que Eugenia pasó al lado de su madre, embriagada esta de [placer y de alegría, solo veía que su hija era duquesa de Landon.

Y sin embargo, no era ya aquella joven tímida y taciturna: se espresaba ahora con gracia; habia adquirido maneras nobles y seductoras; en fin, deseoso Landon de sustraerla de la autoridad maternal, le habia inspirado la conciencia de su propio valor y de su propia fuerza.

Léjos de participar del entusiasmo de su madre al ver su magnífica casa, examinó con frialdad y recorrió todas las habitaciones sin manifestar admiracion alguna.

Gobernó su casa fácilmente, como una mujer muy acostumbrada á ello.

Aparecia en el círculo de su madre segun le imponia su deber, pero sin frecuentarlo mucho; y tuvo cuidado de presentarse como una señora extraña, dejando á su madre que fuera dueña en su sala para serlo ella en la suya.

No tardó mucho en llamar la atencion de la señora d'Arneuse este cambio total, esta independencia, esta separacion en los intereses; y al fin del invierno se sorprendió de ver que su hija, en vez de ir con ella al baile y al teatro, se quedaba encerrada en casa con su marido, leyendo, hablando ó entretenida en cualquier otra cosa,

Una noche, al meterse en el coche con la señora Guerin, le dijo:

—Yo no sé en qué consistirá, pero veo que Eugenia ha mudado enteramente,

—¿Mejorando? preguntó la abuela,

—No, respondió la señora d'Arneuse; ha olvidado que soy su madre y no guarda hacia mí las mismas atenciones que antes... ¿No debía venir conmigo á todas partes? Se ha hecho también sumamente reservada para mí! Ah! por mucho tiempo me acordaré del silencio imperturbable que opuso á mis preguntas, cuando á su llegada le rogaba me digese todo lo que habia pasado entre ella y su marido. Ah! eso me duele mucho.

—Eugenia ha sido siempre de pocas palabras, dijo la señora Guerin con emocion.

—Pero soy su madre y debía contarme todo, respondió la señora d'Arneuse con acento grave.

—Cuando una jóven está casada nunca debe culpársele, porque un marido...

—Nunca debe ocupar el lugar de una madre replicó la señora d'Arneuse.

La señora Guerin se calló al ver pintada en la fisonomia de su hija la expresion de una severidad finjida.

La señora d'Arneuse habia sentido realmente hacia su hija y su yerno una amistad que sin ser muy tierna, era, sin embargo, todo lo que su corazon podia dar de sí; pero habiendo lle-

esta altura, la movilidad de su carácter le hacia descender con rapidez, y así la marquesa no tardó mucho en encontrar motivo para detestar á Eugenia y á Horacio.

Con efecto, la nobleza del talento de Eugenia, llegó á ser ticsura para su madre; el cuidado que tenia en gobernar su casa, desconfianza; sus maneras nobles, orgullo; la habían hecho vana. Si daba una comida sin que asistiera á ella la señora d'Arneuse, indicaba desprecio hácia sus parientes.

Tales disposiciones no tardaron en convertir en desvío la reserva que Eugenia tenia para con su madre; y la señora d'Arneuse, detenida siempre como por una muralla de bronce cuando trataba de volver á tomar algún imperio sobre su hija, llegó muy pronto al último grado de exasperacion.

Entónces se quejaba de la ingratitud de los hijos, de la filosofía de la época, de las costumbres, de la poca religion, etc., etc. Estas ideas bulleron en su cabeza y su descontento fué en aumento, sin que para ellos hubiera un motivo razonable.

Apenas habia pasado un año, cuando llegó á ser con su hija tan ágría y tan severa como lo habia sido al principio de esta historia. Y ni aun tenia por disculpa de su injusticia, el disgusto que le causaba entónces llevar una vida tan opuesta á sus inclinaciones.

Eugenia, sin afligirse como en otro tiempo,

al ver á su madre de mal humor, guardaba con ella aun mas atenciones y le prodigaba mayores cuidados.

En vano buscó la señora d'Arneuse durante tres meses, motivos para reñir.

Landon guardaba con su suegra un decoro tal, que á pesar del deseo que esta tenia de chocar con él, no podia encontrar ocasion para quejarse de su conducta,

Eugenia y Horacio, fiados en su mútuo amor se lamentaban sin inquietarse, de los caprichos de su madre, y compadecian las desgracias de ciertos temperamentos. Llenos de una bondad filial, atribuian las rarezas de la señora d'Arneuse mas bien á sus nervios que á su corazon: tambien nosotros lo creemos así, pero por otra causa.

Estravagancias de la señora d'Arneuse

Una noche, una amiga de la señora d'Arneuse la felicitaba por la satisfacción que tendría en ver á su hija ocupar en la sociedad un rango tan distinguido, y la marquesa le respondió:

—¡Ah! señora, si el mundo está satisfecho, nada tengo que decir.

Al oír estas palabras, apenas pudo Eugenia contener sus lágrimas.

Cuando salieron todos, quedando la duquesasola con su madre y su abuela, pidió una explicación de esta frase.

Hecha la pregunta con cierta especie de timidez, la señora d'Arneuse recobró toda su superioridad, y sin atender al estado delicado en que se hallaba su hija, respondió:

—¿En qué me habeis disgustado, hija mía? En nada... Si, en nada... ¿Qué habeis hecho?... Emanciparos cada vez mas, de vuestros deberes; y yo, buena de mi lo sufro. No me conservais cariño ninguno, porque las grandezas os enloquecen. La señora va á palacio... La señora tiene conferencias con diplomáticos y con ministros, y esta sociedad la convierte de repente en una mujer de Estado. Continuais dirigiendo vuestra casa sin siquiera pedirme una vez consejo, y asi sale ello. Antes prometiais llegar á ser una mujer amable, dulce, cariñosa; pero os habeis vuelto altanera; no conoceis mas que á vuestro marido y lo amais democráticamente... No sé que acceso de sentimentalismo me ha arrebatado el corazon de mi hija... Algun dia sabras lo que vale una madre; verás que su corazon es siempre el mismo, y dia vendrá tambien en que tengas necesidad de ella... Entonces «volverás á hallarme,» Eugenia, porque amaros mas y mas, será mi unica venganza. Muy bien se puede perder «un marido:» mi madre es inmutable en su ternura.

Al oir Eugenia aquellas siniestras profecias, pronunciadas con entusiasmo, dió un grito de espanto y miro á su madre, que con los brazos levantados, los ojos encendidos y un ademán dramático, parecia una profetiza esplicando un ensueño.

—Madre mia, dijo, ¿podeis aflijirme, asi?.... Me acusais de amar á mi marido, me echais en

cara un sentimiento tan natural. ¿No es ese un deber que está escrito en mi corazón?

—¿Y á quién sino á mi debeis esos sanos principios? ¿Por qué no lo confesais? repuso la señora d'Arneuse: bastante me ha costado el formaros, para que vayais á hacerme justicia.

—Señora, respondió Eugenia, nunca olvidaré lo que os debo; pero si por cumplir con mi deber he de sufrir amargas é injustas reconvencciones, sabré evitarla de aquí en adelante.

—Señora! repitió irónicamente la marquesa; señora! Hablar así á una madre!... á una madre que la ha hecho duquesa.

Al oír estas palabras, Eugenia abrazó á su abuela; se acercó para abrazar á su madre, pero la señora d'Arneuse retrocedió, y la duquesa de Landon salió con las lágrimas en los ojos.

La imaginación de la señora d'Arneuse le representó á su hija como perdida para ella... ¿Pero quién había sido sino Horacio, la causa de todo esto?...

—Ah! dijo esta entre sí una mañana, yo estoy segura de que no le gustaría que la hija y la madre estuvieran de acuerdo, y menos que Eugenia siguiera mis consejos: ese hombre es el origen de todas nuestras desgracias.

Entonces formó el catálogo de los defectos de su yerno, los contó, los agrandó con su microscopio, y de pronto mudó de lenguaje y Eugenia entro en gracia.

Su hija era feliz en cuanto á sus honores; pe-

ro su marido no era de un carácter amable; tenía casi siempre mal humor; era celoso, y celoso hasta el punto de haberle hecho perder el cariño que su hija la tenía ha sufrido...

Trató de corregir á Horacio su hijo; pero Horacio no hacia mas que reirse de sus tentativas y algunas veces la decia que tenia talento para predicar sermones.

Este desdén irritó á la señora d'Arnuese mas de lo que le hubiera irritado una oposieion formal, é hirió sobre todosu amor propio,

Asi se aumento su odio hacia su yerno, y todos los dias se quejaba de él con sus amigas.

—Mi yerno es un hombre de mal proceder, decia, no ama á su mujer; es un egoista y celoso; no te digo mas sino que hasta de mi se enee-la... Ah! para conocer á las personas es preciso vivir con ellas. En cuanto á mi no tengo motivos para quejarme de él; me guarda siempre muchas consideraciones. Pero lo que yo mas siento es, que me ha robado el corazon de mi hija. La pobre nifia sufre; no puedo darle un consejo; tiené que hacer siempre lo que se le antoja á su marido... Por lo demás, es escelente, pero original, raro, oscuro... En fin ¿lo creeriais? Va á la Côte cuando quiere, y ni una sola vez me ha llevado! Es una bagatela; pero esto siempre dá una idea de su conducta...

Su amiga se separa de ella para bailar y se encuentra con otra que le pregunta:

—¿Qué os decia la señora d'Arneuse?

—Lo de siempre; quejarse de su yerno, porque nunca esta contenta. Ahora dice que Horacio no quiere á Eugenia.

La señora d'Arneuse minaba de este modo la reputacion de Landon; y quizas el duque se apercibió demasiado tarde, de la importancia que podia tener los ataques de la marquesa.

Al casarse el duque de Landon con Eugenia, habia jurado hacerla feliz, y veia con disgusto, que la indiferencia que afectaba hácia las maniobras de la señora d'Arneuse, no impedia á esta á redoblar sus esfuerzos para tratar de egercer sobre su hija su antigua y odioso imperio.

La marquesa sufría esta falta de armonia que reinaba entre ella y sus hijos, Horacio resolvió imponer silencio á su suegra.

Seria difícil determinar las causas de la escena que tuvo lugar, cuando quiso esplicarse: los mismos actores perdieron el recuerdo de las primeras palabras, envenenadas por las miradas, las intenciones y los gestos.

La señora d'Arneuse parecia no temer esta clase de escenas, ya porque tuviese necesidad de emociones, ya porque la aspereza de su carácter se las hiciera desear. Hubierase dicho, con efecto, que corria delante de los peligros.

Incomodóse en extremo la señora d'Arneuse al oír en boca de su yerno, que las personas prudentes, léjos de tomar al publico por confidente de disgustos muchas veces imaginarios,

dabian tener por principio cubrirl asfaltas de sus amigos con un manto protector...

En fin, cuando Landon, ostigado por su suegra, declaró que queria que su mujer quedára siendo la dueña absoluta de su casa:

—Ya os comprendo, respondió la señora d'Arneuse, estoy de mas en vuestra casa, os molesto, mi presencia os humilla; no incomodaré mucho tiempo.

—Señora, nunca nos molestáis; daís otro sentido á mis palabras.

—Si, ya sé que todo lo entiendo al revés: cuando mi hija se niega á presentarme en casa del embajador de Nápoles, debo creer, sin duda, que se vanagloria de que soy su madre...

Aquí la señora d'Arneuse empezó á desenvolver el cuadro de todos los agravios que tenia intencion de echar en cara á su yerno. Impacientado Landon, no pudo ménos de pintarle la volubilidad de sus afectos, recordándole algunos rasgos que probaban cuanto habia sufrido Eugenia en su infancia.

Desde aquel momento fué terrible la enemistad de la señora d'Arneuse, y reprimiendo su cólera, resolvió separarse para siempre de su yerno y de su hija.

—Mi corazon está ulcerado; no quiero volveros á ver mas...

Por una órden espresa de Horacio. los bienes de Eugenia habian pasado á la señora d'Arneuse, y cuando se vió esta establecida en la

magnífica casa de Landon, había realizado la fortuna de su hija y la de su madre, á fin de comprar las tierras d'Arneuse, que por una casualidad se hallaban á la sazón en venta. Pero no bastando los cien mil escudos de la marquesa para los gastos de esta adquisición, Landon había dado cien mil francos á su suegra para procurarla el placer de poseer todo su antiguo feudo; y la señora d'Arneuse determinó refugiarse en sus tierras, acompañada de su madre á quien había hecho participar de su resentimiento.

Al saber este proyecto, Landon se sonrió, esperando que los placeres de Paris y el parto de Eugenia, harían que volviese pronto la marquesa al torbellino, donde estaba acostumbrada á vivir.

Al día siguiente de esta esplicacion, mientras que la señora d'Arneuse hacia sus preparativos, Landon y su mujer tuvieron cuidado de dejar el campo libre, ausentándose de su casa.

Por la noche Horacio y Eugenia fueron á dar un paseo á pié, y la casualidad los condujo hácia el «boulevard» de San Antonio.

—Eugenia dijo Horacio en voz baja, allí es donde encontré á Juana Smithson por primera vez.

Y le señalaba el sitio donde Salviati le había dicho:

—«¿No has visto aquella jóven?»

La duquesa se estremeció y no respondió una palabra.

En este momento pasó despacio, por delante de ellos, un hombre que estaba apoyado sobre el árbol que servia de monumento á Landon para reconocer este sitio.

Una debil luz que alumbraba el «boulevard» daba á este personage la apariencia de una sombra.

Eugenia apretó el brazo de Horacio y observó la palidéz del incógnito, lo delgado de sus formas y la animacion de sus ojos.

A la admiracion de la duquesa sucedió una especie de espanto al ver agitarse esta persona, seguir sus pasos, mirar á Landon y á Eugenia con ojos inquietos, semejante á un mal génio que describiera un círculo al derredor de su presa antes de apoderarse de ella.

Al sentir Landon que Eugenia temblaba, le preguntó qué tenia.

—Tengo miedo, respondió.

Entonces anduvo mas de prisa para alejarse del incógnito, que seguia sus huellas con rapidez.

Al ver Landon que Eugenia se ponía pálida, se paró y volviose hácia este compañero de paseo, para obligarle á tomar la retirada.

XXXII

Salviati

En el momento en que Landon y el extraño se miraban cara á cara, Eugenia sintió que se estremecía su marido como si de pronto se hubiera apoderado de él una fuerte calentura, quedándose mudo, inmóvil.

La duquesa, estupefacta, trato de mirar al desconocido; pero se vió precisada á bajar los ojos ante la espresion feroz de su fisonomia.

Este hombre parecia clavado en el suelo, y él tambien guardaba silencio.

En fin, tendió la mano á Horacio, y apretándosela este, esclamó:

—¡Ah! eres tú?

—Si, yo soy, respondió Annibal con una voz siniestra.

Despues de pronunciar estas palabras, miró

alternativamente á Eugenia y á Horacio, sacó de su faldriquera una carta y se la entregó á Landon.

Entónces se asomó á sus lábios lividos una sonrisa satánica, espresando á la vez la desesperacion y los remordimientos de un condenado y los celos horribles que le inspira la vista de los angeles de la luz.

Horacio cogió la carta sin decir una palabra.

Annibal dijo en voz baja al oido de su amigo.

—Voy á tu casa; me hallarás en el cuarto que ocupaba en otro tiempo.

En seguida desapareció con la velocidad de un relámpago.

—¿Quién es ese hombre? preguntaba Eugenia á Horacio por segunda vez.

Horacio parecía no oir ni una palabra: tenia la carta en su mano y andaba muy de prisa.

La duquesa respetó el silencio de su esposo.

Landon subió al coche y se fué inmediatamente hacia su casa.

Al llegar, el duque llamó aparte al portero y le dijo:

—¿Habeis visto á Annibal?

El portero hizo una señal negativa.

—Preparad su antiguo cuarto, y cuando venga lo llevareis á su habitacion sin responder á las preguntas que pueda dirigiros. Os encargó que recomendeis el mismo silencio á Ni-

kel, á quien direis que me advierta de su llegada.

El duque habló en el patio á Eugenia, que lo esperaba con ansiedad, y por primera vez Landon se quejó entre si del amor de Eugenia; sintió haber vivido en una intimidad tal, que le hubiera sido imposible ocultar á su mujer el menor de sus pasos. Procuró no ver las miradas de amor y de sumision que Eugenia le echaba en silencio, y no pudo menos de admirar su reserva.

Llegaron juntos á la sala y Landon se puso á leer, léjos de Eugenia, la cartę siguiente:

Carta de Annibal Salviati á Horacio Landon.

TOURS.

«Morir! ah! si morir. Cuando remuerde la conciencia, cuando el corazon está muerto, cuando el aire sofoca y la luz es odiosa, la muerte es el mejor beneficio que puede hacer el cielo.

«Cuantas veces la he pedido!... la voz lisonjera, las risueñas mentiras de la esperanza, me impulsaban á seguir su camino, En el dia, ya no hay para mí esperanzas!... Una voz terrible me dice: «he ahí á Cain.» Ah! quisiera sepultarme entonces en las entrañas de la tierra. Ya he vivido bastante, muramos! Ah! esta idea es un

consuelo para mi corazón. La tumba es silenciosa, allí no hay reconvenciones: es obscura como la noche; no volveré á ver á Juana; ésta ha pronunciado mi sentencia. Salid! ha dicho... si, voy á salir.

•Después de quince meses, criatura infernal después de quince meses que he pasado á tu lado, después de haber esperado cada día poder-te agradecer, te levantas terrible y amenazadora semejante al ángel que con su espada de fuego y con sus ojos centellantes, prohibía al hambre la entrada en el paraíso. Ah! este escrito me servirá de testamento, y los que lo lean sabrán cuales son las manos que han cavado mi tumba!

•Ay de mí! Durante quince meses he tratado de hacer mas dulce la soledad de Juana, la mas amable, la mas tierna de las mujeres; y llegaba un día y otro día, y con una voz amiga ablandaba sus penas. Oh! suplicio! Cubría mi pasión insensata con el velo de una amistad sincera.

•Juana permanecía fría y severa, y ha visto mi vida apagarse lentamente sin preguntarme: Amigo, qué tienes? Sin consolarme siquiera con una mirada. He deseado muchas veces oír sus cantos divinos y los conciertos mágicos de su arpa, y nunca ha permitido complacerme...

•Cuántas veces he intentado darle la muerte para llevarla conmigo fuera del mundo! Concebí este crimen lejos de ella; pero al verla, no me era posible consumarlo.

«Ahora mismo llevado de la desesperacion y del deseo, me he echado á sus piés, he llorado como un niño, he hablado, he contado los dolores de una pasion que me devora hace cinco años, he pintado este suplicio, sin que ni una de mis palabras haya pedido herir su timida inocencia.

—«Callaos, me ha dicho; y me he callado. Salid; y he salido. No volvere á verla mas... Me he despedido de la vida.

•Ella aguarda á su querido Horacio.

—«Vendrá dijo: y su voz, sus gestos, y sus miradas revelaban su noble confianza...

—«Vendrá, cruel, si yo quiero!...

«Si yo quiero. ¡Horacio! Sombra querida y sagrada, amigo á quien tanto he ultrajado, á ti es á quien debo dirigir este escrito fúnebre; te causará á un mismo tiempo alegria y dolor; alegria al saber que Juana no te ha hecho traicion y dolor al saber la muerte de Annibal. Qué digo, dolor?... Si tu me vieses, no se anegaria justamente en sangre tu mano vengadora? No soy Cain? No he asesinado á mi hermano?...

«Recibe, pues, en espiacion de mis crímenes el horror y el remordimiento de todas mis noches. Acepta en reparacion de todas mis ofensas las angustias de cinco años, angustias crueles, porque sentia á la vez dolores y los míos... Pero no, nada puede espiar mis crímenes, son tan grandes como mi desesperacion.

•Escucha me queda que decirte mi coedncta

infame, y tendré a'gun mérito á tus ojos. Al resistir á esta horrible tentacion de matar á Juana... te la dejo brillante, hermosa, llena de vida, de esperanza y de amor! Vé á buscarla, porque te ha vengado de un modo cruel.

«Al iomarme en otro tiempo por confidente de tu amor, encendiste en mi alma una pasion que ha causado nuestras desgracias... Los celos me han devorado; he amado á Juana! Oh! hermano mio! mucho tiempo resisti, mucho tiempo he luchado contra mi amor.

«En auxilio de mi razon, he apelado á la vida desordenada, he buscado la virtud en el vicio; pero ni la embriaguez del vino ha disipado la del amor, ni las emociones punzantes del juego han podido distraer mi pensamiento del unico objeto que le ocupa. Entónces he querido asesinate. Si, lo he querido.

«Una noche entré en tu cuarto y estabas durmiendo. Tenia un puñal en la mano, iba á descargar el golpe, cuando me faltaron las fuerzas; pero el demonio me atacó con otras armas y me dió un plan que llevé á cabo.

«He falsificado las cartas de Juana; todas las que recibistes estando en España están escritas por mí.

«He principiado esta intriga. poco despues de la muerte del viejo Smithson, porque si Juana no hubiera estado sola y bajo mi amparo, hubiera ido á vivir á remotas tierras; pero la llegada de Sir Smithson me ha proporeionado

los medios de conseguir mi objeto.

«Con efecto, Carlos C... amaba tiernamente á Cecilia y concebí el proyecto audaz de hacerle creer que era el amante de Juana.

«Ay de mi! De lejos podia obrar con toda libertad y engañarte; pero qué obstaculo tan grande era tu presencia! Podia impedirte que vinieras tú mismo á asegurarte de esta traicion supuesta de Juana?

Marchaba hácia mi fin, incierto del suceso, pero ciego por la esperanza; una mirada de Juana me dejaba embriagado; en fin, esperaba que tu valor te fuese funesto algun dia. Muchas veces he hecho este voto fratricida mientras te escribia con una alegria infernal.

«Bien pronto supe que Cecilia estaba en cinta, y que Juana hacia los mayores esfuerzos por salvar á su prima del furor de su padre. Ah! Cómo te describiria yo lo que pasó entre las dos primas! Oculto detrás de las cortinas de su cuarto, fui un testigo invisible de aquella escena,

— «Cecilia, si tu padre llega á descubrir tu falta, deja que pese sobre mi toda la responsabilidad; tu hijo será el mio, yo seré quien alquilaré cerca de Paris una casa, donde pueda sustraerse á todas las miradas: tu padre creerá que se ha engañado y mi honor no corre peligro. Conozco bien á Horacio: una sonrisa le hará entender que es un juego.

«Una carta llena de amor te informaba de

estos sucesos; la sustituí por aquella que te hizo ir á Paris.

«Próximo Sir Cárlos C... á ser padre, corrió á implorar á su familia, esperando obtener el permiso de casarse con Miss Cecilia.

«En su ausencia la pobre jóven dió á luz un niño, y tardando en volver Sir Cárlos C... Cecilia se volvió loca y abandono á su hijo, para ir por los caminos á pedir á todo el mundo noticias de Sir Cárlos. Cuando llegastes á Orleans, Juana se vió precisada...»

En este momento Horacio, entregado á un furor salvaje, hizo pedazos esta carta; no quiso concluiría: la echó al fuego por un movimiento convulsivo y rechinaron sus dientes.

En seguida, tiritando como si tuviese una calentura mortal y con los ojos fijos en el suelo, daba paseos por el cuarto; pero de repente al ver á Eugenia, que pálida y trémula seguía con la vista sus menores movimientos, vino á sentarse en su sillón, guardó una actitud tranquila, y pasando la mano por su frente sudosa, tomó un aire falso de serenidad, bajo el cual los hombres de valor ocultan sus mas profundos sentimientos.

Entró Níkel, hizo una señal á su amo y Landon desapareció sin decir una palabra,

XXXIII.

Suicidio

Horacio llegó á la puerta del cuarto del donde estaba Annibal: temblaba de tal modo, que Nickel tuvo precision de abrirla.

Al ver á su infiel amigo, quedó inmóvil y estupefacto; se apagó su furor y guardó silencio.

Salviati era arrogante mozo en la época en que se habia separado de Horacio: al verle ahora tan delgado, tan pálido y tan desfigurado, no pudo menos de sentir una conmocion dolorosa; su cabello negro estaba en desorden, su frente livida, amenazadora, como la de un loco.

Al ver á Landon volvió la cabeza; rechinaron sus dientes produciendo un sonido metálico le tendió una mano fria: tenia los ojos fijos

en la mesa que estaba junto á su cama, sobre la que habia algunos papeles y muchos frascos llenos de vino, entre los cuales estaba uno que contenia hasta la mitad un licor oscuro.

Annibal levantó la cabeza y echando á Horacio una mirada terrible, le dijo.

—Acabo de envenenarme.

Landon quiso darle socorro: la compasion sofocaba en aquel instante todos sus resentimientos; pero un gesto imperioso de Annibal le designó una silla en la que se sentó. Salviati le dijo con una sonrisa irónica:

—Déjame morir.

Agachó la cabeza para ocultar su vergüenza y continuó.

—Ah! Horacio! Me he puesto en la situacion de un niño, á quien solamente se acaricia porque es débil, y esto para ejercer una especie de imperio... Hubiera muerto léjos de tí, pero queria verte y oír tu voz que me perdonara...

—Perdonarte, ah! A tí, mi verdugo...

—Ah! exclamó el moribundo con una voz apagada; y no has sido tú el mio?

—Yo era amado.

—Y yo amaba,

—Ah! ella me pertenecía,

—No, yo soy quien te la di á conocer.

—Me has asesinado.

—Muerol...

—Muere, pues, traidor!..

—Horacio, en otro tiempo me llamabas con el nombre de amigo.

—Ya no eres nada para mí.

—Muero, Horacio, y tu serás feliz; tú... te casarás con ella y...

—Cállate!... cállate, exclamó Horacio enfurecido.

—Ah! una palabra tuya calmaria mis sentimientos y moriría feliz.

Landon se enterneció: dió la mano á Salviati, quien la cogió apretándosela con furor y lloró como un niño. Su rostro tomó entonces una espresion serena y durante un momento recobró todo el brillo de su juventud.

—¿Me perdonas, amigo?

Horacio bajo la cabeza, y el moribundo asustado temblaba como un azogado.

—¿Donde está Juana? preguntó Horacio.

—En Tours... la volverá á ver!.... ¡Ah! Esta sola palabra podia espíarmillares de crímenes....

Annibal quedó callado un momento [y continuó despues,

—La verás sepultada en la casa fúnebre, en lo que llaman el claustro... Jamás he pasado por aquel sitio sin llenarme de terror... Te repetiré ahora lo que en otro tiempo decias á Sir Cárlo C... «hazla feliz.»

Al pronunciar esta última palabra, Annibal temblaba con tanta fuerza que las sábanas y la colcha de su cama salieron cada una por su la-

do; en seguida se levantó. Landon le respondió con una mirada terrible y Annibal se volvió á meter en su cama,

—¿Querrás creer que te he calumniado hasta el punto de decir que estabas casado?

Horacio se estremeció.

Entonces Juana me miró diciendo:

—«Que me importa si aun me ama...?»

Horacio dió un grito, y semejante á un loco, quedó con los ojos fijos en los de su amigo.

Bien pronto Annibal fue presa de horribles convulsiones; no podia pronunciar una sola palabra; dió gemidos sordos y profundos. Señalando á Landon hácia la cabecera de la cama, levantó una almohada y le presentó unos papeles. Horacio los cogió, y Annibal le dijo

—Estas son las cartas verdaderas de Juana... las sé de memoria.

Horacio las estaba leyendo con ansia, cuando un suspiro de su amigo le hizo ponerlas sobre la mesa y contempló en silencio, pero con un dolor inesplicable, la agonía de este desgraciado: era no obstante, el mismo amigo que en otro tiempo habia sido tan notable por su desgracia, como por su belleza, dos gruesas lágrimas corrian por su mejillas.

Horacio las vió, y apenas podia contener las suyas.

Entonces Annibal, mirando con los ojos descajados de un avaro que cuenta su dinero, se quitó de su cuello una cinta negra; el retrato de

Juana rodó por la cama. Esta pintura era debida á un pincel célebre, y faeilmente se conocia que la voluptuosidad de aquel rostro habia hecho durante mucho tiempo la felicidad del moribundo. Annibal señaló hacia el rostro como para indiciar que se lo daba á Horacio; pero inmediatamente lo trajo hácia si, acompañando á esta accion una mirada significativa.

Landon interpretó este lenguaje seereto y logró colocar esta imágen, de modo que Annibal pudiera verla hasta su último momento. Hizo este con la cabeza un movimiento y dijo:

—Cuánta bondad... Ah! ¿me perdonas?

—Si, dijo Horacio.

—Horacio mi muerte es muy dulce.

Una luz mágica dió á su rostro el brillo de la juventud: miró á la imagen de Juana.

—Es hermosa, pero terrible!

Tal fué su última palabra: un momento despues pareció dormirse y no volvió á despertar.

Horacio, al ver exhalar á su amige el postrimer suspiro, quedó durante algun tiempo sumergido en un profundo terror.

El retrato de Juana yacia sobre aquel cuerpo, y esta hermosa criatura volvió á aparecer brillante á sus ojos, pero rodeada del espectaculo mas lúgubre; este pensamiento siniestro pasó como un relampago y Landon tomo inmediatamente su resolucion con una energia que la hizo irrevocable.

Salio, llamó á Nikel y le dijo:

—Annibal ha muerto; te encargo de que la duquesa no sepa esta aventura. Sobre la mesa está el testamento de Salviati: allí estará explicado este suceso, pero ten cuidado de que en toda la casa no se hable de ello, y procura que el entierro sea por la mañana muy temprano, ¿entiendes?

—Si, mi general.

Horació cogió la mano de su cazador y le dijo con voz conmovida:

—A Dios, Nikel...

Y dió algunos pasos pero Nikel corrió á detenerlo didiendo:

—Debo acompañaros, mi general?

—No; eres discreto,

—¿Y porque?

—Calla, dijo Horacio en vos baja.

—Bueno, mi general.

—Te quedarás aquí tres días para egecutar las órdenes que acabo de darte y despues vendrás á buscarme á Tours; pero guardate bien de dar un paso que pueda hacer sospechar tu viage; se echaba todo á perder...

Nikel se calló.

Landon, echando una mirada de compasion sobre el cadáver de Annibal, salió de este cuarto fatal.

Al atravesar el patio dirigió la vista hacia la habitacion de Eugenia.

Estaba ésta en la ventana espiando con ansia el momento en que Landon volviese á entrar

y al verlo dejó aquella para ir corriendo á su encuentro.

—¿Qué te ha sucedido, Horacio? dijo con voz turbada.

Landon no respondió.

Cuando ámbos llegaron á la sala, la duquesa notó lo mudado que estaba el rostro de Landon, y exclamó con un acento doloroso:

—Estás pálido!... ah! ¿qué tienes, amor mio?

—Eugenia, dijo Horacio, sabéis que Anibal ha venido...

—Sí! dijo con una sonrisa convulsiva.

—Ha muerto ahora mismo entre mis brazos...

Eugenia respiró.

Landon prosiguió:

—Ah! hija mia, este suceso me obliga á hacer un viaje.

—¿Te vas?... dijo; y te vas en este momento?...

—Al instante.

—Te vas á separar de mi en el momento en que vas á ser padre!... ¿Y no te detendrá esta idea?...

—Volveré, Eugenia.

—¿Debo esperarlo? dijo llorando. Ah! me iré contigo!...

—No es posible.

—¿Porqué?

—¿Quieres esponer tu vida y la de nuestro

hijo?... Además, Eugenia, mi viaje exige la mayor celeridad...

—Mira, Horacio, dijo interrumpiéndole, estás turbado... mi corazón es el tuyo... y lo siento oprimido... ¡Tú sufres! Ah! di lo que tienes, quiero tomar parte en tus penas... ¿Se hallan comprometidos tu honor y tu fortuna?

Horacio se sentó cruzó los brazos y quedó sumergido en una profunda meditacion.

—No me escucha! dijo desesperada.

Estuvo contemplándole á hurtadillas y sorprendió las miradas terribles que le echaba de vez en cuando: hubo entonces un momento de silencio, durante el cual Eugenia procuró sacudir los presentimientos siniestros de que estaba agitada.

Horacio se levantó para ir á su gabinete.

—¿A donde vas? le preguntó su esposa.

Este cuidado incesante del amor que constituye la felicidad de la vida entera, llega á ser en un día de tibieza una tiranía insoportable.

Landon, abrumado por la desgracia, no oía el lenguaje del amor; echó á su mujer una mirada imperiosa (en este momento Eugenia era su mujer) y le respondió:

—Déjame por Dios! voy á mi gabinete á buscar el dinero necesario para mi viaje...

Este tono, que tan en desacuerdo estaba con el que habia tenido durante un año de amor y de confianza hizo estremecer á Eugenia: se puso pálida; el dolor quedó concentrado en el fen-

do de su alma; le miró con amor y con voz dulce le dijo:

—Amigo, te lo preguntaba para saber si podía evitarte alguna pena.

Landon conmovido, quiso salir.

—¡Te marchas! exclamó, y sabes tú lo que vale un minuto para tu Eugenia. Déjame acompañarte hasta la puerta... te veré algunos minutos más.

Su rostro tímido respiraba amor; sus rodilla trémulas no podían ya sostenerla y se prosternó á los piés de Horacio.

XXXIV

Viage á Tours

Landon queria cojer las cartas que Annibal le habia escrito en otro tiempo, con el objeto de hacer saber á Juana Smithou la trama odiosa de que habian sido victimas; y como un criminal que borra los vestigios de un asesinato nocturno, tuvo miedo de que Eugenia no viera tocar estos papeles que tanto conoecía, y así rehusó la gracia que la habia pedido de acompañarlo hasta la puerta.

Eugenia bajó la cabeza, se calló y ni aun dió un suspiro.

Landon volvió con tal prontitud, que cuando su majar alzó el rostro bañado en lágrimas, halló á Horacio á sus piés. Este le cogió las manos, se las cubrió de besos, la estrechó, entre sus brazos y le dijo:

—Adios! adios!...

—Horacio, ¿volverás para ver á tu hijo?

—Si.

—¿Volverás para consolar á tu Eugenia de sus dolores?

—Si,

—¿Con que no dejarás de volver, es verdad?

Ah! me moriria si no te volviera á ver pronto. Si!...

Y se levantó para salir.

—¿Y tus caballos, dónde están?

—Voy á pie hasta el coche.

—¿Solo?

—Si, solo...

Eugenia se levantó, abrió la ventana, cogió á su marido del brazo; en seguida señalándole hácia la cielo y mirando la luna que caminaba magestuosa entre nubes de bronce, le dijo:

—Horacio, nunca abandonarás á tu Eugenia tú eres mi protector, mi vida, «eres mio!»... me debes la felicidad... El beso que me acabas de dar me lo ha prometido!...

Vete, amor mio, ya no temo nada!

Landon se calló, apretó la mano de Eugenia, la abrazó con amor y desapareció.

La duquesa quedó como clavada en la ventana; aguardó que su marido llegase al patio, escuchó sus pisadas, le siguió con la vista, le oyo abrir la puerta y cuando la hubo cerrado, le pareció haber visto á Horacio caerse en un abismo.

A pesar de su noble confianza; la duquesa quedo entregada á las mas tristes reflexiones. Era la primera ausencia, cuyos suplicios sufría é ignoraba los motivos.

No hay momentos mas crueles que los primeros que siguen á la separacion de una á quien queremos, y con quien hemos vivido algun tiempo. Entóces no hay ni horas ni dias, se sufre, y sin que se desee la muerte le fastidia á uno la vida. Se amontonan los pensamientos y no se pueden coordinar; todo es congeturas.

Eugenia preveia aunque de un modo vago, toda la desgracia de su situacion; pero ignoraba la causa: solamente presentia las consecuencias.

Su madre vino á verla al dia siguiente por mañana, y la encontró muy mudada.

Eugenia le contó con una sencillez afectada lo que habia pasado, ocultando el disgusto que le causaba este viage.

—No me iré, dijo la señora d'Arneuse á su madre. De ningun modo abandonaré á mi hija en el estado en que se halla!... Solo un marido es capaz de hacer eso.

Los hombres tienen sus negocios importantes que no comprendemos, añadió, y esta ausencia inconcebible, me obliga á quedarme al lado de mi hija.

—Ah! qué corazon tan bueno! dijo la señora Guerin.

—Os doy gracias, mamá, dijo Eugenia, por-

que me sería cruel la soledad.

—¿No es así, hija mia?... Abandonar á su mujer euando está para parir!

—Mamá, no lo acuseis; conozco su corazon, y solo la necesidad...

—Ah! eso no tiene disculpa. Este hombre, lo he dicho siempre, tiene el corazon seco... es un egoista...

Se supo poco despues la muerte de Annibal, habiendo conseguido Nikel que quedaran ocultos los pormenores de esta aventura.

Este suceso hizo creer á la señora d'Arneuse que su yerno tendria que arreglar asuntos importantes.

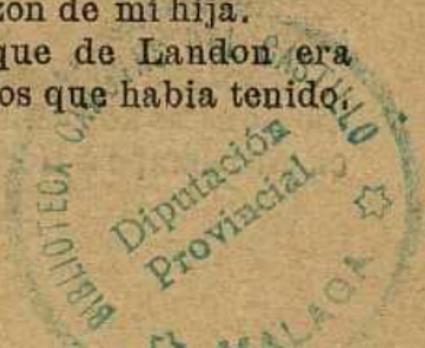
Eugenia se sometió sin resistencia á todos los caprichos de su madre, quien no halló en ella sino una hija tímida y obediente: parecia que el alma de Eugenia habia seguido á Landon.

Constantemente estaba distraida y pensativa y ni aun daba gracias á su madre por los cuidados que le prodigaba con un esmero y una actividad admirables.

Contenta la señora d'Arneuse con tener un pretesto honroso para quedarse en Paris y satisfecha de la sumision de la duquesa, habia cambiado de opinion.

—En fin, decia, he vuelto á conquistar todos mis derechos sobre el corazon de mi hija.

Y en su concepto, el duque de Landon era solo la causa de los disgustos que habia tenido.



Cuatro días después de la partida de Horacio. Rosalia entró en el cuarto de su ama y le dijo:

—Señora, el criado ha hecho lo que el amo, se ha marchado.

—Pobre Rosalia!

—Ah! señorita, respondió, yo no me aflijo... Si Nickel está con el amo, estoy tranquila, y si el traidor se ha ido sin despedirse de mí es una prueba cierta de que volverá pronto.

—Dios lo quiera! Rosalia.

—Ay, Dios mío! que triste está la señora? No se compone nada, podría vestirla al revés sin que me dijese una palabra.

Sumergida en un dolor profundo, la duquesa esperaba todos los días que llegara el siguiente con una gran impaciencia: todo le incomodaba, hubiera querido devorar el tiempo; el ruido de los coches le causaba una sensación tan dolorosa, que tuvo precisión de estar siempre en las habitaciones interiores de la casa para no oírlo.

De pronto dejó de recibir carta de su marido; la existencia llegó á ser para ella una carga pesada; pero mientras más sufría, menos se quejaba.

Con sus penas aumentaron su dulzura y su resignación.

Los dolores de parto la sorprendieron en medio de estas angustias: se acordó haber escrito en otro tiempo á Horacio que sufrir y aun morir

por él, sería para ella una felicidad, y este recuerdo le hizo cobrar ánimo.

La señora d'Arneuse aguardaba con impaciencia á su yerno, pero no tuvo de él ninguna noticia.

Sus dos madres asistieron á Eugenia, quien á cada instante llamaba á Horacio.

Tuvo un niño y lloró de alegría al ver que se parecía á su padre; quiso criarlo, y el placer que sentia en contemplar esta viva imagen de su bien amado, alivió algo sus penas.

Mas de una vez se la vió sonreir cuando su madre decia:

—Tráeme al marqués de Landon...

Pero esta sonrisa estaba llena de tristeza.

La señora d'Arneuse hacia gran ostentacion de los cuidados que prodigaba á su hija: á cada momento parecia acusar á su yerno manifestando el celo con que hacia sus veces.

—No me escribe, decia Eugenia. ¿Qué nombre le pondremos á su hijo? Le llamaremos Horacio Eugenio. Este es el modo de hacernos inseparables, dijo con amargura.

En medio de estos sucesos, la señora d'Arneuse llegó á ser dueña soberana de la casa de su hija. Sintió una alegría que por decencia hubiera querido ocultar, pero su felicidad no fué un secreto para nadie: daba sus órdenes con una dignidad y con un instinto tal de mando, que la colmaba de placer, aunque no fuera mas

que por el modo con que llenaba sus funciones.

Algunas veces se dignaba familiarizarse con los criados y les decía:

—Conque no llega el duque de Landon? Ah! desearia verlo, me temo mucho de que mi hija llegue á caer enferma.

Entónces, encontrando un ejercicio su actividad, hacia perfectamente el papel de madre al lado de Eugenia.

La señora d'Arneuse, en medio de su dolor profundo, conservaba mucha presencia de ánimo; era ingeniosa y fértil en recursos para engañar á Eugenia sobre el tiempo que habia pasado desde la ausencia de su marido; y la señora Guerin, admiraba las invenciones de que se servia su hija para distraer á Eugenia.

La falta de noticias de Landon era una circunstancia que aumentaba cada dia mas la pena de Eugenia.

La señora d'Arneuse se hizo de muchas cartas de Landon y con una paciencia increíble, cortó todas las palabras necesarias para componer una carta: en seguida, reuniendo este «pasticcio» en una hoja de papel, hizo sacar un «fac-simile, imitó con bastante destreza el sello del correo y presentó á Eugenia esta carta.

Cualquiera puede figurarse cuál seria la alegría que sintió la duquesa al ver este papel que esplicaba el silencio que Landon habia guardado durante tres meses: no discutió el mérito del

estilo, que tan poco se parecía al de Landon.

Llena de gozo dejó caer el papel cuando leyó la recomendación que le hacía su marido de dar á su hijo los nombres de Horacio y Eugenio.

—Ah! exclamó llorando; ¡me ama, siempre me ama!... Tenemos esta preciosa comunidad de pensamientos, este sexto sentido de los amantes...

Desde entónces se disipó su pena, recobró alguna tranquilidad, no sospechó de la sinceridad de esta carta, y se restableció su salud.

CONSTITUTION

Pararon algunos meses sin que llegara la
 alianza de su esposo con otras cosas por las que
 hora á hora no se atrevió á escribirle de la
 misma superchería, había estado tanto de este
 modo el tiempo que Landon podía tardar en
 volver, pero Landon no tardó.
 Entonces la duquesa principió á alegrarse:
 este esperaba la llegada de Juan de la palda,
 a quien supo de la deserción de Landon, la
 manera de Annual, confirmada estas cosas.
 La madre y la esposa de Eugenio tenían la
 costumbre, desde que esta estaba mala, de ir
 todas las mañanas á su cuarto, y así era que
 todas las veces la encontraban dormida.
 Un día puso la casualidad que la duquesa
 se despertara sin hacer ruido. Qué que

XXXV.

Congeturas

Pasaron algunos meses sin que Eugenia recibiera de su esposo otras cartas, porque la señora d'Arneuse no se atrevió á servirse de la misma supercheria; habia creido ganar de este modo el tiempo que Landon pedia tardar en volver; pero Landon no llegaba.

Entónces la duquesa principió á alarmarse: se le apareció la fantasma de Juana la pálida, á quien culpó de la desercion de Horacio; la muerte de Annibal confirmaba estas sospechas.

La madre y la abuela de Eugenia tenian la costumbre, desde que esta estaba mala, de ir todas las mañanas á su cuarto, y así es que muchas veces la encontraban dormida.

Un dia quiso la casualidad que la duquesa se despertará sin hacer ningun ruido. Oyó que

sus dos madres hablaban en voz baja. Fingió estar dormida y escuchó.

—¿Qué negocio tan urgente puede haber que detenga á Landon cinco meses fuera de su casa sin dar señales de vida?... ¿Habrá muerto? decía la señora d'Arneuse.

Eugenia se estremeció:

—Me están engañando, dijo asustada.

—Aquí hay algun misterio, dijo la señora Guerin: es probable que no lo descubramos, pero de fijo ha ocurrido algun suceso importante.

—¿Qué suceso? repuso la señora d'Arneuse. Landon no ha sufrido ningun québranto en sus bienes, y el otro dia dijo el duque de R.. que iban á nombrarle par de Francia.

Todo eso está muy bien, repuso la señora Guerin interrumpiendo á su hija, ¿pero tu no sabes que aquel joven que murió hace seis meses, ha muerto envenenado?

—Envenenado! exclamó la señora d'Arneuse. ¿Y por que?

—Será... qué se yo... El mismo se ha envenenado; parece que habia hecho una felonía á Landon.

Eugenia dió un grito y se desmayó.

Habia llegado la hora en que la verdad fatal se le presentaba con toda claridad.

—Me ha abandonado! exclamó; me ha hecho traicion!...

Despues, al verse en los brazos de su madre, se quedo callada.

A las preguntas reiteradas que la señora d'Arneuse le hacía, respondió constantemente que estaba soñando, y que una pesadilla le hizo dar esa exclamacion.

La señora d'Arneuse y la señora Guerin se engañaron por la serenidad aparente bajo la cual disfrazó Eugenia su desesperacion. Pero al comprimir su emoeion, sufría doblemente, y pronto se la vió caer en un profundo desfellecimiento.

No queria ver á su madre ni á su hijo, á quien no tenia sino durante el tiempo estrictamente indispensable para darle de mamar.

Devorada por los celos y la desesperacion, concentró en su alma todos sus sufrimientos, por que la aspereza de su madre y la puerilidad de su abuela no le permitían el desahogo de comunicar lo que se siente, que es el mejor alivio del alma.

La duquesa estaba acostumbrada á cumplir siempre los deberes que nuestra religion nos impone; era verdaderamente piadosa; pero habia abandonado un poco estos santos deberes, durante el año de felicidad que acababa de transeurrir; porque de todas las pasiones, el amor es la que masse basta á si propia, y que aleja de los altares las almas enamoradas, que algun dia encuentran en ellos su último refugio asi es que Eugenia se echó á los piés del Dios vivo y quedó mudo su corazon.

En vano trató de rezar; para ella estaba el

cielo vacío. Landon reinaba solo en su alma.

Después de haber penado tanto tiempo, y de haber perdido las fuerzas, se apegó á la vida.

Este parasismo le hizo recuperar toda su energía; resolvió ir á buscar á su esposo, volver á encontrar este bien que le pertenecía, al ménos en virtud de las leyes humanas.

Este proyecto se le presentó bajo su verdadero aspecto.

—Iré, decia entre sí, á pedir en nombre de las leyes un corazón que mi amor y mis cuidados no han sabido conservar.

Concibió entonces el designio sublime de retirarse á Lussy, para morir allí llevando consigo el secreto de sus dolores.

Después su imaginación le representó á los dos amantes asustados por su llegada.

Cuando creía que era impulsada por el aborrecimiento que tenia á su rival, se engañaba muy mucho; sus verdaderos sentimientos eran y no podían menos de ser, el móvil de sus proyectos y de sus acciones.

El amor solo la impulsaba á tomar este último partido, á morir delante de él, si no la quería admitir ú obtener el favor de vivir á su lado mucho tendría que sufrir, bien lo conocia pero podría al menos recoger algunas miradas. Y... ¿no merecía su hijo una sonrisa de la madre?

Tomó la resolución de partir.

Entonces, con aquel arte y tacto propio solo,

de las mujeres, buscó los medios para llegar á descubrir el sitio que Juana y Horacio hubieran escogido para su retiro.

Al ocuparse así de la partida, se calmaron todos sus dolores.

Sintióse renacer y recobrar aliento al pensar que iba á ver infaliblemente á su querido esposo.

—Quizá aun sea mio su corazón, decía entre sí.

Principió por consiguiente á concebir algunas esperanzas.

Se fué á la plaza Real.

Al aproximarse á aquella casa donde habia vivido tanto tiempo Juana Smithson y donde Landon habia sido tan feliz, un temblor convulsivo se apoderó de sus miembros y estuvo vacilando algun tiempo antes de poner los piés en aquella mansion para ella tan fatal.

Iba á preguntar al portero!...

No halló al anciano de que habia hablado Horacio; un jóven le informó dónde podia encontrarlo.

Vivia en Vincennes.

Eugenia fué allí corriendo; porque el solo bia donde podian hallarse los antiguos inquilinos.

Con efectó, llegó á encontrar á este portero en cuya busca habia andado tantas leguas.

—Señora, le dijo, Miss Cecilia Smithson se ha casado con lord C... Ah! y ha sido un buen

casamiento! Y qué felices serán estos dos esposos; se aman tiernamente, son verdaderamente dos ángeles! Además, señorita, estaba con ellos Miss Juana Smithson, jóven que años atras era tan hermosa y en el dia está tan triste y tan desmejorada, que ya no es ni su sombra...

Ah! Dispensad que vierta estas lágrimas, (lloraba como un niño) porque este dolor me destroza el corazón... Le debo todo, este asilo, este campo, mis bienes y la felicidad de mis hijos. Entonces, señorita, Juana estaba abandonada...

—Abandonada!... exclamó Eugenia.

—Si, abandonada, porque un joven oficial á quien amaba, la dejó sin razon ni motivo... Ah! ella sola en el mundo sabe amar. Qué comportamiento tan ingrato el de ese jóven! Para distraer á esta pobre muchacha, lord C... y su señora han querido llevarla consigo á Tours; pero nada podrá consolarla... Sin embargo, ha consentido en acompañarlos...

Todavía me parece que estoy presenciando la partida de Miss Juana; jamás se borrará de mi memoria esta sublime y terrible es, cena: me mandó que llevase al patio todos los muebles que tenia en su cuarto y los quemó, señora, y no podreis comprender lo que significa este hecho: os lo explicaré en dos palabras... No queria ver lo que habia visto y tocado aquel jóven... Hubiera muerto de sentimiento,

Eugenia se estremeció: ¿era de alegría ó de dolor?

Ella misma lo ignoraba.

—¿Estais seguro de que Juana está en Tours?...

—Así lo creo, señora y creo tambien que debe estar sola, porque hace un año han ido á Paris lord C... y su señora.

Sola! exclamó Eugenia, sola!...

Y desapareció como un relampago.

Al cabo de algunos dias la señora d'Arneuse y su madre, admiradas profundamente al ver que no volvía Eugenia y que ni aun tenían noticias de ella, la sometían á estas acusaciones.

—¿Por qué Eugenia se habia ido de Paris sin prevenir á su madre del objeto de su viaje?

—Llevarse sola á Rosalia, una muchacha sin experiencia, qué locura!

—Obrar con suma precipitacion y sin pedir á nadie consejos.

—¿Qué sucesos tan extraordinarios podrían autorizar semejante conducta?

—Cuántas desgracias no podrían sobrevenir á dos mujeres entregadas á si propias.

—Tal es la ingratitud de los hijos.

En fin, con el tiempo se fué apaciguando la cólera de estas dos señoras. De los mil sentimientos que sucesivamente le agitaban, no que

dó mas que la curiosidad, el único que para estas mujeres no era perecedero. Y así trataron de satisfacerlo sirviendose de todos los medios que es posible imaginar.

IVXXX

LIBRO

XXXVI.

Gertjudis

Juana la Pálida habia elegido para vivir retirada, el barrio mas sole de la ciudad de Tours la vista sola de su casa revelaba la melancolia de la persona que en ella habitaba.

Conservando el color sombrío que le han legado los siglos, la catedral de San Estéban se halla cercada de un sin número de edificios altos, y tan negros como los arcos que sostiene su espaciosa nave. En el sitio en que se reunen los arcos, detrás del santuario de la iglesia, se encuentra una plaza silenciosa y triste: el suelo está siempre lleno de verdin, y rara vez se ve en ella un alma. Si al cabo del dia ha pasado por alli aluuna persona, sas pisadas resuenan en el silencio.

No léjos del coro se levanta una casa, que en

otro tiempo hacia parte del claustro, como si indicaba su forma antigua, la construcción de sus ventanas y el color oscuro de las paredes. Junto á ella está el Seminario; mas léjos el palacio del arzobispo.

Alli vivía Juana, guardada por un recinto doble de paz y de misterio. Algunas veces se turbaba esta espantosa soledad con los cantos religiosos, que atravesando las paredes, venian á morir á su oído como el ruido del mundo que habia dejado.

Alli es donde Landon pudo olvidar en un instante todos los males que habia sufrido. Se admiró de que Juana hubiera podido encerrarse en esta soledad glacial; miró la entrada del claustro y una voz le decia:

—«Aqui acaba el mundo»...

Miró la casa de Juana y le dijo la misma voz:

—«Alli está sepultada»...

Paróse Landon y dos gruesas lágrimas corrieron por sus mejillas.

Iba á volver á ver á Juana, á volverla á ver con todo el esplendor de un amor sin mancha. No habia faltado á las promesas santas del primer amor; y él... ¿Se atreveria á sentarse en el banquete celestial embriagado aun por los placeres de un amor perjuro? Vivir á su lado era estar en un precipicio... Se quedaba contemplando esta casa, cuya vista agitaba su corazón con mas poder que aquel con que lo habia

agitado todas las alegrías de un himeneo, que entónces detestaba. Nunca habia escitado en su alma una sensacion tan vehemente.

Adelantóse con lentitud.

Alzó el aldabon de la puerta, y el aldabonazo que dió resonó en su pecho.

Salió á abrir una jóven de unos diez años y se quedó en pié, como asombrada, al verlo entrar y mirar con curiosidad aquel patio tan silencioso.

Horacio fué hácia la jóven y le dijo:

—¿Es aqui donde vive Sir Juana Smithson?

—Si señor.

—Está ahí?... preguntó con una ansiedad espantosa.

—No, señor..

Después, mirándole la muchacha con un aire de malicia, añadió en voz baja.

—La señorita nos ha encargado que respondamos así á todo el que venga.

—Luego está ahí!

—No, señor; ahora está en misa.

—¿Sola? preguntó Horacio.

—Ah! no, la señorita no sale sin Nely,

Nely era la nodriza de Juana; desde la edad de veinte y cinco años habia seguido la suerte del padre y de la hija; era unos de esos criados que Sterne llama, con razon, «amigos humildes».

Entónces, sentándose en el escalon con la sencillez propia del que ama verdaderamente, co-

gió á la, niña la sentó sobre sus redillas y sacando del bolsillo algunas monedas de oro, se las enseñó diciendo:

—Si respondes á todas mis preguntas todo este oro será para ti...

La muchacha pareció incomodarse de la proposición: movió de un modo brusco la cabeza y dijo.

—Os responderé, pero no quiero dinero... Toda la fortuna vuestra no vale la sonrisa de la señorita; me regañaría, ella, que nunca regaña si supiera que su Gertrudis se hacia pagar una respuesta... No debería decir nada, pero hablaré porque os pareceis al retrato del amigo de la señorita... de aquel á quien espera... ¿Porqué llorais?... Os sucede lo que á Nely cuando oye decir á la señora. «Hoy Nely, hoy es cuando vendrá. Y esto lo dice todos los dias, y Nely llora, y dice en voz baja, que la señorita está loca; pero yo bien sé que no es así, porque me enseña á leer.

Encantado Landon de la charla de Gertrudis, la abrazó cariñosamente.

—¿Con qué decís que Juana no recibe á nadie?

—¿Juana?... èsclamó Gertrudis montada en cólera; querreis decir Miss Juana Smithson!...

—Vamos, no te incomodes; respóndeme.

—Si señor; desde hace un año, desde el dia en que se marcharon lord C,.. y su señora, Miss entendeis..., Miss Juana no ha visto á nadie...

escepto á un jóven amigo de su amante... y hará unos cuatro dias, cometió este una falta, y la señora le dijo que no volviera á poner mas los piés en su casa... Se habia puesto tan delgado que era capaz de asustar á cualquiera.

—Pero siempre es preciso que Miss Juana vea á alguien, aunque no sea mas que cuando sale á la calle.

—No señor, répuso Gertrudis con prontitud; la señorita no sale, y cuando va á missa, se echa un velo negro muy tupido.

—¿Y por qué negro?

—Siempre está de luto... ¡Está tan hermosa! Cualquiera diria que se viste asi para agradar.

—¿La quereis mucho?

—Ah! si la quiero! señor. Miss Juana es para mi una madre.

—¿Conque nunca sale?

—Ah! algunas veces Nely se hace la enferma y entónces al anochecer vá á dar un paseo á la orilla del rio, pero anda muy despacio, y habla de él á Nely, porque Nely lo conoce.

Horacio estrechó á Gertrudis contra su corazón.

—Eseucha, hija mía, le dijo, déjame entrar en las habitaciones de Miss Juana.

—¿Entrar en el cuarto de Miss Juana? exclamó Gertrudis espantada. ¿Estais loco?... Venid, dijo levantándose y abriendo la puerta junto á la que estaban sentados; esta es la pieza donde

viene á hablar á Nely; pero la señorita no vé á nadie.

—Entonces ¿donde recibia á Annibal?...

—Ah! repuso Gertrudis con sencillez, en aquella sala,

Y atravesando todas aquellas habitaciones, condujo á Horacio al cuarto de Miss Juana.

Cerca del vestibulo vió una estatua del mármol: representaba la amistad grabando en un árbol los nombres de Cecilia y Carlos.

—Venid conmigo, le dijo Gertrudis, señalándole hácia una sala adornada con aquella sencillez que en armonia estaba con los gustos de Juana. Todo respiraba orden, limpieza, y una elegancia severa.

Landon se adelantó con un movimiento algo brusco hacia la puerta del cuarto de dormir de Juana, y la abrió antes que Gertrudis pudiese llegar para impedirselo.

La muchacha se echó á llorar, esclamando:

—Por Dios, caballero, no entrad, os lo suplico, ah! la señorita me echaria de su casa sin compasion.

Horacio no la escuchaba: miraba con admiracion su retrato; fué corriendo con una especie de despecho á quitar el viso que lo cubria, y y á los gritos de Gertrudis, le enseño aquel.

La jóven quedó muda, reconociendo el original. Pensó que era posible que este caballero fuera el amigo de su señorita, y desde entonces dejó á Landon dueño de la casa,

Horacio lloraba como un niño al ver el arpa de Juana. La mayor parte de sus cuerdas estaban retas y apenas quedaban diez de las mas gruesas.

Landon, acordandose que en otro tiempo tenia costumbre de templarla, reparó el desorden del tiempo, y desgarrando el viso que cubria esta compañera de sus amores, puso en las cuerdas una rosa que acababa de cojer en el jardín de Juana.

Habia una silla que hacia contraste por su sencillez con la elegancia de los demás muebles; era la silla en la que se habia sentado en otro tiempo junto á Juana. Se sentó en ella con una especie de delirio, y en una mesa que estaba delante, vió las cartas que en su ausencia habia escrito á su amiga. Estaban todas muy estropeadas: en muchos sitios las lágrimas habian borrado las letras.

Horacio escribió en la cubierta de la correspondencia estas palabras del Evangelio, que se le vinieron á la memoria. «Mi hijo que habia muerto ha resusitado; se habia perdido y lo he encontrado; traed pronto el mejor vestido para ponérselo.»

De pronto sintió un deseo tan violento de ver á Juana, que salió corriendo fuera del cuarto impulsado por un movimiento de locura.

—Hija mia, dijo á Gertrudis, guardata bien de avisar á Miss Juana de mi llegada,

Landon se fué á la catedral, entró en este espacioso edificio y conociendo muy bien á Juana para hallarla en medio de la multitud, se adelantó despacio yendo arrimado á los altares y mirando con sumo cuidado. Habien llegado al altar de la Virgen, al momento divisó á Juana Smithson.

Se encontraba separada de él por diversos grupos de mujeres arrodilladas.

Estaba rezando.

La contempló mucho tiempo en silencio, admirando su actitud religiosa, el abandono de su cabeza, el dolor que espresaba, y este momento fué para el de la mayor solemnidad.

Cantaban un paso del «dies iræ» y Landon se estremeció involuntariamente; miró á Juana estaba como en otra época en San Pablo, al pié de los altares; pero en San Pablo la habia contemplado vestida de blanco, presagiando una vida celeste y pura. En el día lloraba vestida de luto... La miraba con amor, pero compade-ciéndola al mismo tiempo. Se le aparecia como el dulce génio de la religion, como esos ángeles de la muerte que representa la escultura llorando desconsolados sobre las tumbas. Volvió la cabeza y lloró; y despues de haber pasado muchas veces por delante de la reja de la capilla, dijo entre si:

—La he visto y no la perderé jamás; cuando la vuelva á ver ya no estará vestida de negro.

XXXVII.

Juana y Horacio

—Nely, dijo Juana al salir de la iglesia, ha sucedido lo que tu te pensabas, estoy loca; he creído oír sus pisadas en la iglesia. ¿No lo has visto? Solo él anda así...

Suspiró, y Nely respondió:

—Señorita, andemos mas de prisa; todas estas personas os están mirando.

Juana apretó el paso.

—Tienes razon, Nely, me respondes como á una loca; pero qué quieres, el amor me tiene así. ¿No te he dicho siempre que volveria? Te aseguro que eran sus pisadas...

Llegó á su casa y al ver á Gertrudis:

—¿Qué tienes? le dijo. Parece que te admira el verme.

—No tengo nada, señorita...

Entró en su cuarto de dormir y miro el retrato de Landon, diciendo:

—Oh! Dios mio, estás mudo! Y yo pagaria con mi vida una palabra tuya.

No podia ver sino el retrato y nadie advirtió la falta de la gasa.

Miro hácia la chimenea y llamó á Gertrudis.

—Niña, djjo, ¿quién ha llegado á estos papeles?

—Yo no he sido, señorita.

—¿Y entón ces quién se ha atrevido á hacer eso?

Gertrudis se puso colorada y bajó los ojos.

—¿Quién ha venido aqui? ¿Quién? ¿Es Annibal?

—Me han prohibido que lo diga, respondió Gertrudis.

—¿Luego han entrado aqui? repuso Juana.

—Si, respondió asustada.

—¿Quién... quién?... respóndeme. ¿Se han llevado algo?

—Ha dicho que vos no os incomodaríais.

Teniendose Juana que Annibal se hubiese entregado á alguna violencia, y llena por otra parte de una esperanza en la que no se atrevia á creer, atormentada en fin, por mil pensamientos, se quedó inmóvil; y en sus mejillas aparecía un rubor terrible, Juando cayó en los brazos de Nely y de Gertrudis.

En seguida, dando un grito, dijo:

—El es,,,

Habia mirado el arpa.

Quedó algun tiempo desmayada.

Asustada Nely, en vano le hacia oler esencia para que volviera en si; ella y Gertrudis temblaban; cuando por fin abrió Juana sus ojos moribundos, se fijaron en el retrato, y advirtió entonces que la gasa habia desaparecido.

—El es!... repitió con voz débil. Nely, ah! está aqui; ha venido. Ah! Nely, me muerol

—Nely lloraba y Gertrudis estaba aturrida.

—Niña, exclamó con más fuerza, ¿lo haz visto?

—Si señora, se parece mucho al retrato...

—Ah! es él... yo no tengo duda! Ah! Nely, cuan feliz soy! Y era él quien estaba en la iglesia!...

De pronto se levantó y recorrió todas sus habitaciones, casi fuera de si.

—Viene! Ya veis, decia acercándose á la estatua de la Amistad, ya veis, Carlos y Cecilia, que no teniais razon! No... Ha vuelto y me ama. Ah ¡Idolo mio! dijo al retrato, eres tu, voy á volverte á ver, á oírte y á hablar contigo... Nely, llena todos los vasos de flores, quita todas las fundas de los sillones, que todo respire alegria. Y tú, Gertrudis, ven á quitarme este trage de luto; quiero vestirme de blanco... Gertrudis, ¿qué ha hecho?... Ven á vestirme y me contaras todo.

La locura dirigia todos los movimientos de Juana. El menor ruido que oia le hacia ir pre-

surosa á la ventana y mirar hácia la puerta; no bien Gertrudis le hubo puesto el vestido, euando se fué corriendo á llamar á Nely.

—Nely, Nely, ya sabes que no quiero que se separe de mi un minuto! Comerá conmigo; cuidado que la comida sea buena, una comida de amantes... Y sobre todo, nadie mas que tú nos ha de servir... Yo le serviria de rodilla con mucho gusto... Mira, Nely, ves á ver si viene y avísame inmediatamente. Ah! Qué alegría tan grande cuando me digas: «Señorita ahí está»...

Vuelve á su cuarto, canta, se acaba de vestir y se sienta.

No bien está sentada cuando se levanta y vá á preguntar á Nely:

—¿Vienc?

—Todavía no, señorita.

Se impacienta, va de un lado á otro, se vuelve á sentar se levanta, mira el reloj, coje su arpa, dá un acorde celestial, coje sus cartas, lee las frases escritas por Landon, reconoce la letra, besa lo que ha escrito, se estremece y esclóma mil veces:

—Ah! Qué feliz soy!

Pregunta otra vez á Nely:

—¿Viene?...

«El todavía no, señorita,» cae como un peso sobre su corazon; vuelve á sentarse y á esperar. Esperar, y esperar á quien se ama ¿no es una dicha, una pena, un suplicio, ó mas bien, no es todo á la vez?...

Al volver ver el arpa, la rosa y el retrato, decía con entusiasmo.

— Ángel mio, si eres tú, porque tú conoces estas delicadezas de sentimientos!

Va y viene; mira todos los relojes, examina si está todo en orden, como para darse una ocupación y esclama:

— Oh! Si supiera dónde vive!

Su impaciencia llega á su colmo, su sangre corre por sus venas con una velocidad febril; en fin, fatigada como si habiese hecho un largo viage, se echa en un sofá y su imaginación se agita y se atormenta, pero su cuerpo no tiene fuerzas.

De repente oyó á Nely; entonces se levanta corriendo y Nely apenas apenas ha tenido tiempo de hacerle una señal.

Juana está en el umbral de la puerta; espera aldabonazo: le oye y retumba en su corazón; abre la puerta y se lanza á Horacio; le abraza, le estrecha contra su pecho, y llora y le llena de caricias.

Se miran... Quedan callados en una contemplación celestial. En fin, después de este silencio embriagador, después de este momento de delicias:

— Ah! dijo Juana, Juana, no he pedido al cielo mas que una sola gracia, la de verte, y por fin la obtengo! Habla, amor mio; tu voz después de un año de ausencia, me... Ah! Nada

puede espresarlo . Por fin, te tengo aquí, junto á mí...

—Ah! Si, para siempre.

—Horacio, me figuraba que volverias; pero durante estos dos años he tenido tormentos crueles: te veo... y ya me olvido de todo.

Enternecióse Landon: en estas pocas palabras volvió á hallar á su amiga; ni una frase de reconvencion salió de los labios de esta hermosa criatura.

Habian pasado dos años sin escribirle una palabra; la volvía á ver y notaba en ella la misma gracia y la misma alegría que en otro tiempo: el desdén mas cruel que puede sufrir una mujer, no habia escitado en ella ni una mirada de disgusto.

No, estaba segura de que la amaba. El hombre que la honraba con su amor no habia podido engañarse; lo que habia hecho estaba bien hecho; sometía humildemente su inteligencia á la suya; se habia ocultado para ella el sól y ahora brillaba con todo su esplendor.

Todas estas reflexiones hicieron derramar á Landon lagrimas de gozo, y contemplaba á Juana como á un ser celestial.

—Si la alegría no tuviera sus lágrimas, dijo enjugando las de Horacio con un gesto gracioso, te diría que llorases al mirarme; pero las grandes alegrías están mezcladas de tristeza.

—Ah! Me haces ver que mi imágen no se ha separado de tu mente.

Entonces Juana le agarró de la mano y llevándole por las habitaciones, con una gravedad fingida, le dijo:

—¿Podrá decirme mi dueño y señor, dónde no está su imagen?

Pronunció esta frase con un acento de alegría tal, que solo á ella pertonecía.

En seguida, estrechándole entre sus brazos, exclamó:

—Ah! Mira estos ojos, miralos... Le debes un beso por todas las lágrimas que han vertido en estos dos últimos años.

Landon la cogió en sus brazos y sentandola sobre sus rodillas, le dijo:

—Querida mia, tengo que hablarte mucho... Tengo que contarte un sin numero de cosas.

—Aun cuando estuvieses hablando toda la vida y yo arrodillada delante de tí, como los ángeles delante de Dios, escuchando el eco dulce de tu voz, no me cansaria de mirarte, de oírte, despues de haberte perdido, despues de haber pasado un año sin verte. Que digo, un año. ¿Y estos años que han pasado en España, durante los cuales he estado en una zozobra y agitacion continua; y esta vuelta cruel... Porque me teneis que dar cuentas terribles... ¡Cómo, repuso interrumpiendose á si propia y haciendo un movimiento lleno de gracia, cómo me atrevo á hacerte cargo alguno! Ah! No... Horacio mio, tú me dirás lo que quieras! ¿No estas tú aqui en mi corazon?... ¿No sé yo que me amas

Sin embargo, hay una cosa que quiero saber, ¿Por qué quisistes matarme? ¿Te acuerdas de aquel pistoletazo? Ah! Como me asustastes!

Al oír estas palabras, Landon estrechó á Juana entre sus brazos y le dijo:

—Eres un ángel del Cielo.

—Lo creo, dijo. ¿No son ángeles los que sirven á Dios, se arrodillan en silencio para adorarle, escuchan sin interrogarle, comprenden una mirada, arden como un fuego puro, y miden con la vista la eternidad inmensa sin hallar el fin? ¿No es esta mi vida?... ¿No eres tú la imagen mas hermosa que el Criador ha dejado aquí en la tierra? Y como soy un ángel mujer, esto, es, un poco débil, tanta felicidad me abrumba muchas veces; como en este momento, por ejemplo. Y si no pudiera descansar mi cabeza sobre tu pecho ¿que seria de mi?...

Al hablar así dirigia á Landon una de esas miradas mágicas cuyas espresion hacia saltar por los ojos todos los sentimientos del alma.

Horacio, inmóvil, la admiraba en silencio.

—No has mudado nada, dijo al fin; siempre tan hermosa. Al través de la blancura de tu rostro, brilla yo no sé qué espresion espiritual.

Juana hizo en broma una cortesía diciendo:

—Gracias, señor.

—¿Y ya no estás de luto?... añadió Landon como si se respondiese á si mismo.

—Ah! No, la vida y la felicidad han vuelto contigo... Pero, amor mió! cuéntame tus aven-

turas... ¿No soy mujer y curiosa como Eva?...

Entonces se hincó de rodillas en un cogin, y apoyando su codo sobre las de Horacio, puso su barba en la mane derecha, y en esta posicion contemplativa se preparaba á escucharle con el éxtasis de la felicidad.

El duque se puso á jugar con los risos de Juana.

Despues principió diciéndola:

—Al contarte lo que ha pasado no tengo que espiar falta alguna; ámbos hemos sido victimas de la traicion mas cruel!... Annibal ha muerto; se ha envenenado...

Juana hizo un movimiento que manifestaba el horror que le causaba esta noticia.

Despues Landon, sin hacer mención de su casamiento con Eugenia, ni de los sucesos que con el tenían relacion, contó sucintamente á Juana todo lo que habia pasado.

Cuando hubo concluido, sacó de la faldriquera los papeles {que Annibal le habia entregado; en seguida cotejaron las dos correspondencias, con la alegría con que cuentan sus penas los náufragos que han salvado sus vidas en una tabla,

Juana estaba sumergida en una agitacion profunda: su alma no podia comprender una traicion como esta.

Preguntó á su querido Horacio, si acontecian en el mundo aventuras semejantes; la respuesia de Landon, conecidamente enfática, la acabó

de llenar de admiracion; se torció las manos con una espresion enérgica de dolor, y levantó los ojos al cielo como para refugiarse en un mundo mas digno de ella.

En seguida, apoyándose en el seno de Horacio, esclamó:

—Al quiero quedar siempre aquí! Tu corazon será mi último refugio en esta tierra! Y yo tan confiada, yo que tambien habia presumido de tí! Que por salvar á Cecilia hubiera abrazado á Sir Carlos C... delante del puritano! Yo infiel... Pero Horacio, ¿no me conocias lo bastante para saber que era incapaz de hacerte traicion?

Despues de un momento de silencio esclamó:

—Ah! Luego te habia perdido para siempre y te he vuelto á encontrar! Perdono todo á Anibal en favor de su confesion. Horacio, estamos unidos para siempre!

—Para siempre, repitió el duque de Landon, que en este momento habia olvidado todo.

Nely entró á avisar que la sopa estaba en la mesa y Juana Condujo á Horacio al comedor.

La comida, interrumpida mil veces; duró hasta la noche.

Acabada que fué, volvieron á repetirse las primeras escenas: en fin, Horacio salió despues de haber prometido volver al dia siguiente.

Ya no tuvo ningun pensamiento siniestro, ya no le llamó la atencion el silencio imponen-

te que antes le había llenado de terror, y mirando al cielo exclamó:

—h! Su presencia ha hecho desaparecer mis pesares. A penas puede mi corazón soportar tanta felicidad.

Con efecto, Horacio estaba absolutamente como si nunca se hubiera separado de Juana; el momento en que la volvió á verse confundió con aquel en que la había dejado, tanto que el intervalo desaparecía enteramente; en su corazón rebozaban la alegría y el amor; ninguna nube vino á empeñar esta aurora de su pasión renaciente; el recuerdo de Eugenia no turbó su meditación nocturna.

La duquesa no existía ya para él: rechazó como un remordimiento el recuerdo de esta amable criatura, y abandonando todo su porvenir á la casualidad, resolvió comprar á toda costa los instantes de felicidad que le prometía la ilusión de su amada: vivió desde entónces bajo el imperio del mismo placer que le había sojuzgado la primera vez que vió á Juana en San Pablo.

Volvió á verla los días siguientes sin separarse de su lado, satisfaciendo así el contento que se siente al ver continuamente el objeto que se ama, sobre todo, cuando una larga ausencia no lo ha hecho mas deseado; pero nada hay en el mundo que el alma del hombre no pueda agotar; y así Landon sació muy pronto esa sed primera de amor, y pasó volando el

tiempo de delicias en que el sentimiento goza con delirio de su propia existencia.

Entonces se presentó Eugenia á la imaginacion del duque; se le apareció terrible! Fueron sus reflexiones tan crueles, como vivos habian sido sus primeros goces.

Hay en la vida una situacion cruel; y en esta se encontraba Landon: ser amado, tener otro corazon que el suyo á quien comunicar todos sus pensamientos y verse precisado á ocultar uno terrible, que le despedazaba el alma.

Nikel llegó y dió cuenta á su amo de los sucesos de que habia sido testigo.

Landon se estremeció más de una vez, cuando el fiel aposentador le pintó en terminos enérgicos el dolor de la señora.

En fin, dijo á Nikel que se callara. Conociendo que debia sufrir todas las consecuencias de su posicion, llevó al cazador al campo y allí le informó susintamente de todas las circunstancias de su historia.

—Ya ves, le dijo al concluir, en qué posicion me encuentro; pero te he confiado todo, porque una palabra, una imprudencia podrian destruir mi felicidad.

—Pero ¿qué vais á hacer?... preguntó Nikel, valido de la libertad que le daba su amo.

Landon miró al cazador frunciendo las cejas y dijo:

—Todavía no se nada; pero como quiera, he contado contigo!... Aun cuando un tribunal te

interrogase sobre cosas que pueden dañar á tu amo y aunque te aguardara un cadalso, Nickel, confio en tu silencio.

—Basta, mi general...

Y Nickel, haciendo un saludo militar, añadió:

Vigilaré mis movimientos y mi lengua, como un centinela el puesto que se le confia.

—No hables á nadie, sé mudo en todo lo que me sea respectivo, y sé como el perro que sigue á su amo y que adivina en las miradas los menores pensamientos.

—Sereis obedecido, mi general.

Aquel dia Horacio y Juana fueron á pasearse á la orilla del Loire; veian en la otra orilla aquella cadena de rocas, de valles, de viña tan pintorescas; y sentados sobre la yerba respiraban el frescor de las aguas, admirando este paisaje tan risueño como variado: ámbos guardaban silencio.

Juana habia notado la tristeza que se traslucia en las acciones, en los gestos, en las palabras de su amado y ella tambien se habia puesto triste solo porque él lo estaba.

El cielo se veia puro, los crepúsculos vespertinos dejaban ver los vestidos de las aldeanas que iban cantando á sus casas, construidas en las mismas rocas; se veia salir el humo de las chimeneas entre las copas de los pámpanos; de lejos se divisaba una multitud de velas blancas que se movian en el largo cristalino que forma

el Loire en este sitio; los cantos monótonos de las aldeanas daban á este cuadro un color de melancolia; pero en el mismo instante en que la atención de Landon parecía estar completamente fija en las bellezas del paisaje que se presentaba á su vista, su pensamiento se hallaba muy léjos de allí.

Juana habia hecho sentar á su amado para hablarle á la faz del cielo de un asunto, cuya solemnidad le hubiera sofocado en un salon; para hablar de esto necesitaba del aire puro del campo.

En este momento estaban sentados en un promontorio muy elevado; á cada instante decia Chiora:

—Hablaré...

Miraba á Horacio, que se sonreia tristemente, y la palabra espiraba en sus labios.

Pasaba un barco y decia Juana entre sí:

—Hablaré cuando el barco haya llegado á la Isla verde...

El barco estaba mas allá de la isla, y Juana no se atrevia á hablar; apretaba la mano de su apasionado Landon y exclamaba:

—Qué tarde tan hermosa...!

Landon respondia con una frase llena de admiracion.

—¿Y por que no le dejaré principiari?... El me hablará, decia, Juana entre si.

Hay pocas personas que no hayan sentido ese pequeño suplicio de las almas timidas, de

todas aquellas que esperan un gran mal ó un gran bien de sus revelaciones.

En fin, para tratar de disipar por una mirada la melancolia de su querido Horacio, le dijo mientras que su corazón palpitaba con fuerza:

—¿Querrás creer que, entre otras locuras, Annibal quiso persuadirme de que estabas casado?...

Landon apretó con emoción la mano de Juana y le respondió:

—Me lo ha confesado...

Esta tranquilidad aparente, cubría una borrasca terrible.

Dejó de apretar la mano de Juana, quien añadió mirándole.

—Hace dos días que estás triste.

En seguida, apresurándose á continuar:

—Sé porqué...

Landon se estremeció.

—Cuán dulce me es confesar á la faz de la naturaleza entera, que te amo tiernamente! Sabes, Horacio, que estuvieron juntas así, hace mucho tiempo, y que un alma celestial, algún ángel nos estaba mirando en este momento desde lo alto de los cielos con la misma embriaguez, con la misma sonrisa que brillo en otro tiempo en su rostro, cuando al vernos aquí en la tierra nos dijo:

—Hareis la mejor pareja de la tierra!... ¿Tengo memoria, Horacio?... Deja tu melancolia, porque Juana participa de ella... ¿No cono-

cemos el remedio? Te adoro. Horacio mio!...

A estas palabras, temiendo haber dicho demasiado, vertió algunas lágrimas y refugió su cabeza en el seno de Horacio como en un asilo volviéndose despues á levantar le dijo con prontitud:

—Tu melancolia ha roto el sello á mi boca; te habia yo comprendido... ¿No tardaremos en casarnos? añadió.

—No, respondió Landon casi fuera de si.

—Dios mio! ¿He dicho algo que pueda desagradarte?

Horacio la abrazó sin responder y se alejaron en silencio de aquel sitio.

Al llegar á la casa de Juana, se acordó de que no habia hablado nada en todo el camino, y al ver que Chiora respetaba su silencio, afectó durante toda la noche una alegría loca, un contento excesivo que tranquilizaban por completo á su amiga.

Juana conocia muy bien la franqueza de Horacio para figurarse que pudiera fingir un sentimiento.

Este último tenia la alegría de D. Juan cuando convidó á comer á la estatua de don Gonzalo.

—Ya ha llegado el tiempo de tomar un partido, decia al volver á su casa.

Estuvo reflexionando durante toda la noche.

—Si me quedo asi, al cabo de seis meses me vuelvo loco y moriria como él... Por todas par-

... como el remedio. Te amo, Horacio mío!

tes veo la muerte, porque no puedo vivir sino donde ella está: un minuto de ausencia me destreza el corazón! Y para poseerla, debo casarme con ella! ¿No hay mas que ese medio?

Se detuvo en este último pensamiento: el infierno estaba en su alma: maldijo las leyes sociales, argumentó contra ellas, las convenció de bárbarie, y se detuvo, en fin, en la posibilidad de poseer á Juana sin infringir las leyes que acababa de acusar.

Horacio la miró sin responder y se alejó con un silencio profundo.

Al llegar á la casa de Juana, se acordó de que no había hablado nada en todo el camino, y al ver que Ochoa respiraba en silencio, alejó durante toda la noche una eléctrica luz, un contento excesivo que tranquilizaba por completo á su amigo.

Juana conocía muy bien la timidez de Horacio para figurarse que podría llegar á un matrimonio.

Este último tema la alegró de D. Juan cuando se convino á comer á la escudilla de don Gerónimo.

— Ya ha llegado el tiempo de tomar un partido, debes al volver á tu casa.

Estuvo reflexionando durante toda la noche. — Si me quedo así, al cabo de seis meses me vuelvo loco y morirá como él... Por todas par-

XXXVIII

El crimen

Al día siguiente Landon volvió á salir con su amada á dar un paseo por las cestas del Cher.

Juana lo halló muy mudado.

Horacio pretestó una indisposicion. No sabla cómo traer la conversacion del día anterior.

En fin venciendo esta repugnancia que habia combatido aquel día, la dijo andando por un camino poblado de árboles:

—Dentro de poco, querida mia, estaremos unidos y viajaremos en una region donde crezca el amor, si es que en nosotros no ha llegado á su último grado.

El rostro de Juana tomó una expresion de alegría indecible.

—Pero, querida mia, ¿para qué ligarnos?...
Chiora hizo un movimiento de sorpresa.

—¿Qué sabemos si esta obligacion...?

Juana se paró, llevó sus manos á la boca de Landon para impedirle hablar y esciamó con voz balbuciente:

—Calla... Me haces mal...

Tambien ella se calló, reflexionó un momento y mirándole con dignidad le dijo:

—Te he comprendido, Heracio.

Estas palabras hicieron estremecer á Landon.

—Mira, continuó, manifiesta otra vez este deseo con la reflexion que supone... Soy tuya!..

Estaba en pie con la mano derecha sobre su corazon y tendia la otra á Heracio.

Entonces Landon se sintió adenadado como cuando en un sueño comparecemos ante la multitud de ángeles que ocupan la inmensidad del cielo.

—¿Puedes imaginar que haya en el mundo un lazo mas sagrado que esta confianza? añadió Juana; ¿y puede haber para nuestras almas, ceremonia alguna que las una mas de lo que lo están? Pero mira, no he vivido en el mundo, tu solo me has dicho que existen traidores cobardes, corazones corrompidos; ¿y quieres oponerte á la injuria cruel de oir marchitar el nombre de aquella á quien amas? No hablo por mí, Horacio, nada puede afligirme; amándome tú, me llamaria con gloria querida tuya ante el universo entero. Sé muy bien que tales ultraje no nos lastimarian; el recinto de claus-

tro ha encerrado mis dolores, tambien encerraria mi gozo. No necesitamos del mundo. Para mi el universo principia aqui y acaba alli, y llevó su mano al corazon de Landon): asi nada temo; pero no se han hecho estas leyes humanas para almas elevadas; si no hubiera mas que corazones generosos no fueran necesarios legisladores: no he estudiado, pero mi razon me lo dice; ahora bien, ¿por que no hacer á esa sociedad un sacrificio que tan poco nos cuesta? ¿No eres libre? ¿No lo [serás siempre lo mismo?... Por otra parte, si nuestra union llegará á serte insoportable alguna vez, recobrarías tu libertad, porque dejaria de vivir desde que dejaras de amarme.

Estas palabras, tan sencillas como tiernas, revelaban el sentimiento profundo que animaba á Juana. Habia tanta verdad en su acento, tanta gracia y poder en su fisonomia, que Landon se confesó vencido. Conocia bastante el desinterés de su amiga para saber que si queria, adquiriria aquella misma noche todos los derechos de un esposo; pero tambien sabia que á pesar de las delicias del amor, semejante sacrificio, tan opuesto á la educacion casta de Juana, seria para ambos un motivo eterno de dolor.

Entónces, no encontrando salida, dijo con una sonrisa que encanto á Juana:

—Perdona esta prueba, vida mia, no he querido incomodarte; dentro de tres semanas estaremos casados.

Las últimas palabras eran para Landon una sentencia irrevocable. Pensaba además reconciliarse con la desgracia de su situación.

Juana volvió á ver á su querido Horacio tal como era antes, y volvió á hallar al mismo tiempo su graciosa tranquilidad. Se alegraba mucho de que la tristeza que en el habia observado desde algunos dias, no tuviera otra causa.

Aquella misma noche salió Nickel en posta con instrucciones de su amo para ir á buscar todos los papeles necesarios para el casamiento del duque con Juana.

Hé aqui en qué circunstancia fundaba Landon sus esperanzas.

Cuando se habia casado con Eugenia, las amonestaciones se habian publicado en Chambly, dende por una casualidad se habia establecido su domicilio desde el tiempo que quiso la ley: además, habiendo estado en el ejército, habia vivido poco en Paris antes de casarse, y solo era conocido como Mr. Landon, oficial de la Guardia imperial; cuando fué con su mujer á establecerse en Paris bajo el nombre del duque de Landon, se debió creer que acababa de adquirir este titulo.

Estas particularidades disminuian mucho el peligro que hubiera ofrecido la publicacion de las amonestaciones. Ya nadie las leia en la municipalidad; el corregidor probablemente no conocía al duque, quien por otra parte habia encargado á Nickel que declarara que se llamaba

Horacio Landon, sin hacer mención de los títulos y honores; y como su fé de bautismo no contenía ningún otro nombre ni cualidad, esperaba que por este lado no se concibiera sospecha alguna.

En la parroquia era más difícil el arreglar este asunto; pero Nickel debía hacer de modo que en la hoja donde el sacerdote debía leer en alta voz las amonestaciones, estuviera el nombre de Landon tan mal escrito, que tomase unas letras por otras y leyera Randon, London, Vandon, etc.

Nickel debía quedar en París para estar alerta de lo que pasara y poder enviar á Landon los papeles necesarios para que se llenasen en Tours todas las formalidades.

Nickel partió, y ejecuto todas las órdenes de su amo.

No tardaron mucho en llegar los papeles; y mientras que su criado obraba en París con un misterio completo, él mismo cuidó de que las amonestaciones pudiesen hacerse en Tours sin ningún impedimento.

Algunas veces se estremecía al pensar que si por una de esas casualidades tan frecuentes, la señora Guerir iba en aquel momento á oír la misa mayor, le podía llamar la atención su nombre, aunque desfigurado, y tratar entonces de tomar informes.

Pensaba, sin embargo, con una alegría mezclada de amargura, que el estado de su mujer

tendría en desórden la casa de su suegra, y no podría ir á misa.

Entónces se le presentaba Eugenia entregada á un doble sufrimiento; se acordaba, en fin, que era padre! Pero un minuto junto á Juana disipaba todas estas nubes y no quedaba en su corazón sino la incomodidad que se siente de ocultar un secreto.

Feliz Juana al ver tan cercano el momento de su enlace, se abandonaba á una alegría sencilla: puesto el brazo sobre las rodillas de su amado, le prodigaba caricias inocentes. Muchas veces le pasaba el brazo por el cuello y le decia mirándole extasiada,

—Ah! Confieso que no veo nada mas allá de mi felicidad... ¿Te ries, Heracio? Lo único que quiero es asegurar la tuya. Llora de alegría al pensar que viviremos reunidos toda nuestra vida, amándonos siempre con igual cariño y separados del mundo y de sus caprichos. Que la muerte nos sorpenda así. Ah! Esta muerte será dulce y tranquila como una noche de verano!.. ¿Me oyes?

—Que si te oigo! Ah! Tus palabras son una música divina que resuena hasta el fondo de mi alma.

Levantandose del sitio donde estaba, cojia su arpa y añadía á las delicias de sus tiernos desahogos, el encanto de una melodia que revelaba sus dulces emociones Cantaba alzando

los ojos al cielo, como para dirigir al Criador la ofrenda de su felicidad.

Landon la miraba mientras se entregaba á sus inspiraciones. La admiraba sobre todo, cuando no pudiendo el arpa bastar á su exaltacion, quedaba como extasiada, y su rostro tomaba una expresion sobrehumana.

Landon se prosternaba á sus pies é imploraba el premio de recoger las lágrimas que inundaban sus ojos.

Así es como vivian en un enagenamiento perpetuo, mas felices que el resto de los hombres: no habia para ellos ninguno de esos obstáculos de que está siempre rodeada la muerte.

El mismo Horacio habia llegado á olvidar muchas veces el abismo en cuyo borde se encontraba.

Hacia cualquier lado donde Juana dirijiera sus miradas, no veia ninguna nube que pudiese oscurecer su felicidad. Estaba segura del amor de Horacio y no dependia de nadie. ¿Qué temor hubiera podido concebir? Ambos viviendo enteramente dentro de su amor, léjos del mundo y aun de la tierra, caminaban juntos por una senda celestial, respiraban un aire mas etéreo, y se les podia comparar con los ángeles que se mueven en las regiones luminosas, y cuyo pensamiento es un himno eterno de amor.

Seria tan difícil como escusado detallar la existencia de Landon y de Juana durante estos

días de ansiedad, preludios deliciosos de una felicidad infinita.

La relacion de esta vida seria tan monótona, como encantadoras eran para los amantes las eseñas que la componian.

Algunas veces sucedia que las caricias inocentes de Juana hacian desear con impaciencia á Landon que espirase el plazo legal; pero tambien muchas veces estaba pronto á confesar que era imposible ser maz feliz de lo que era.

Dificilmente se podrian encontrar dos seres mas castos, mas discretos y que mas respeto se guardasen que estos dos amantes; y este pudor estaba perfectamente de acuerdo con la familiaridad que reinaba entre ellos. Si de esta situacion rara en nnestras costumbres, resultaba para Landon algunos sufrimientos, servian, por decirlo asi, para aguzar su felicidad y daban lugar á algunas escenas de cólera infantil, cuya espresion estaba llena de atractivos.

Una noche se hallaba Landon mirando á Juana y ocupado en pensar en lo que le quedaba que sufrir de espera y de formalidades.

Acababa de repasar en su alma los recuerdos mas alhagüenos de su amor.

Su amada guardaba silencio en este momento, respetando la meditacion de Horacio, y este la comparaba con ella misma, examinando con timidez sus bellezas y sus formas tan puras como elegantes. Veia á la jóven de San. Pablo, interesante, angelical; y veia tambien á la mu-

er de veinte y dos años con hermosura tan cas-
a, pero con contornos mas llenos, con lineas
mas puras y acabadas, con faceiones mas elo-
quentes y en fin, con mas brillo y animacion.

Landon estaba embriagado.

Juana se acercó lentamente, como un cisne
cuando se deja con gusto admirar; miró á su aman-
te é inclinándose, arrimó sus lábios á los de Ho-
racio.

—Juana, exclamó, en nombre del cielo. déja-
me!... Te habia prohibido que me abrazes asi...
Ah! Cruel...

Y se levantó del sitio donde estaba para irse
á sentar en un rincon.

Certada y silenciosa se retiró con la sumision
de un niño; echó á Landon miradas furtivas,
que daban una espresion infantil á su fisono-
mia imponente.

Despues de un cuarto de hora, que pasaron
en un profundo silencio, Juana se acercó y ofre-
ció á Landon un beso, y al irselo este á dar, se
retiró como complaciendose en engañarlo.

Por fortuna llegó el cazador trayendo los
papeles necesarios para el casamiento.

El dia en que Landon vino á anunciar á
Juana que al siguiente debian casarse, entró
lleno de alegría y exclamó:

—Juana, somos felices, ya está todo listo;
mañana eres mi esposa. ¿Y ahora, que me das
por mi noticia?

—Qué puedo darte, respondió. ¿Tengo yo algo que tu no poseas?

—Déjame darte un beso.

Juana se levantó á abrazarle con el abandono inesplicable de la inocencia.

—Ah! exclamó Landon, he aquí un beso de novio...

Se sentó á Juana sobre sus rodillas, y saboreó uno de estos besos en que revelan todas las delicias del amor.

Juana inclinó la cabeza, se le soltó el cabello, se puso colorada, bajo los ojos y ocultó su rostro que hacia traicion á emociones que apenas había sospechado hasta entonces. Casi se avergonzaba de haber manifestado tanta alegría.

—Si, querida, mañana, mañana serás mía...

Juana bajó los ojos sin decir una palabra.

Nikel y el dueño de la posada donde Landon paraba, fueron los testigos que eligió Horacio; recompensó bastante bien al segundo para que fuera un testigo sin pretensiones, y á quien se pudiera despedir despues de la cõremonia,

No hablaremos de la impaciençia de Juana.

Por la mañana á las nueve se fueron los novios á la iglesia.

Chiera estaba vestida con la mayor sencillez y sus adorno no se diferenciaban en nada de los que solla llevar los demás días.

Entraron en la iglesia sin llamar la atencion de nadie.

Nikel estaba triste, pero trataba de ocultar su pesadumbre.

Casóse Landon en la misma capilla donde había encontrado á Juana.

Cuando el sacerdote preguntó si había algun obstáculo para su union, respondió negativamente con serenidad; pero miró á Nickel y le vió ponerse pálido como la cera. Entónces él mismo se turbó; pero ya se habia consumado el crimen.

«¡Cómo hubiera podido librarse de las seducciones de un ser tan bello, cuyos armoniosos acentos solo podian llegar al cielo; de un ser sumergido en un mundo de delicias, de que los mismos serafines hubieran querido disfrutar! Ah! Gozó bien de este dulce encanto, pero cuando caro le costó.» (1)

«Dulce fué esta hora, aunque conquistada con gran trabajo, y puro cuanto puede serlo una cosa de la tierra. Entónces el sol glorioso vió por primera vez ante un altar de la religion á dos corazones, unidos por los lazos sagrados del himeneo, que juraban vivir y morir amándose; entónces tambien la frente de la virgen llevó por primera vez esta guirnalda de himeneo, que ningan otro voto puede reemplazar, ni hacer que florezca de nuevo despues de haberse marchitado! Union bendita!... Uni-

(1) Thomas Moore, «Amores de los Angeles».

co asilo pacífico y seguro donde el amor después de su caída del cielo, puede aun encontrar una patria en este mundo tenebroso!... Sin embargo, nunca miró el Ser Supremo con menos severidad una falta que en la tierra llaman crimen. La cólera de la justicia cambió su sonrisa antes de alcanzar al culpable.»

Debía sufrir un castigo cruel, pero no habían venido á un mismo tiempo la hora de la justicia y de la recompensa.

En cuanto á Juana, al salir de la iglesia ignoraba cuán fatales eren á la virtud sus celestiales encantos; y al encontrar las miradas de su bien amado, ocultó las suyas en el seno de su amante; este pensamiento humilde atemporó su misma alegría y esclamó:

—Qué derecho tengo á tanta felicidad!...

Como los niños que en la fuga de su juventud cometen una falta, y que lejos de la vista del maestro devoran la satisfacción de desobedecer y se gozan tanto mas cuanto mayor temen sea el castigo, así Horacio saboreó este día de delicias y de placer.

La fábula ingeniosa que la Grecia nos ha trasmitido, el romance de Galatea y Pigmalion no son sino alusiones graciosas y verdades eternas.

Ciertamente la aventura del enamorado escultor no tuvo nunca una imagen en la tierra mas fiel y mas perfecta. Juana era [Galatea, y

solo faltaba que la consumieran los fuegos del amor.

Entonces nuevos hechizos la embellecieron; y si llegó á ser mas vivo el fuego de sus ojos, bajó mas á menudo sus hermosos párpados; su modestia se aumentó en proporcion de su felicidad; su castidad fué minuciosa y sus miradas no tomaban ya su espresion de amor sino á hurtadillas de Landon.

Sí en su rostro hubiera podido aparecer la frialdad, habria sido fria; pero solo era reservada aun en presencia de su querida Nely.

Hizo prevalecer la costumbre decente que hay en Inglaterra de que el cuarto nupcial sea un lugar sagrado, cuya entrada está prohibida aun á los mismos criados; y asi resolvió buscar una doncella que estuviese encargada solamente de los cuidados que reclamaba el santuario.

Landon quiso tambien quedar en esta soledad profunda. El claustro habia llegado á ser para ellos una mansion llena de recuerdos agradables; además la situacion de la casa les permitia salir á un arrabal sin ser vistos de nadie: era para ámbos una gran ventaja.

Landon habia encargado á Nikel que le comprara un coche en Paris, y ya el coche habia llegado.

El cazador habia vuelto con caballos y se le encomendó eselusivamente esta parte de la administracion doméstica.

Asi Juana pudo disfrutar de todas las dul-

zuras de una opulencia tranquila y sin fausto. La casa era cómoda, las prodigalidades de Sir Carlos habían embellecido el interior, conforme el gusto de Juana, que era el mismo de Horacio.

Algunas veces, en medio de una noche de felicidad y de embriaguez, Landon, apoyándose contra el seno de Juana, no podía ménos de pensar en la fragilidad de su dicha.

Entonces su nueva esposa le prodigaba las mas dulces caricias, le hablaba el idioma mas cariñoso y mas dulce que ha podido nunca ahagar á los oídos humanos, y Landon respondia siempre con amor ocultando en el fondo de su alma un pensamiento cruel.

—Qué suplicio! Y en el seno de qué felicidad!

Era como el padre que oculta sus miserias á su familia y que derrama en ella á manos llenas los goces, y quizás al dia siguiente les diga en medio de sus cariñosas felicitaciones: ya no hay pan para nosotros.

Transcurrieron así algunos meses y sí Landon se acordó del tiempo que habia pasado junto á Eugenia, fué como un sueño penoso,

La pobre duquesa estaba eclipsada por aquel nuevo astro; los mayores placeres que le habia proporcionado, no podian compararse con este torrente de felicidad, con esta fuente inagotable de voluptuosidades, que debia á su adorable Juana. Su nueva esposa sabia revestirse de

todas las formas; se parecía al bello retrato de la Gioconda.

El espectador adivina en este rostro tan bien idealizado, todo los sentimientos imaginables y elige á su gusto aquel que mas le atrae.

En fin, aun cuando no hubiera tenido todas estas ventajas, ¿Juana no era la única á quien adoraba?...

Horacio amaba tambien á Eugenia, y la prueba es que si por casualidad se representaba á su imaginacion el dolor en que debia estar sumergida, no podia contener las lágrimas que inundaban sus ojos; hubiera dado toda su fortuna, para que vinieran á decirle:

—Eugenia tiene un amante!

Su vida con la duquesa habia sido una noche dulce; su vida con Juana era un dia de verano cuando el sol brillante lanza sus rayos en medio del cielo.

Juana y Horacio pasaban sus dias en el seno de la naturaleza mas pintoresca, y les parecia corto este tiempo cuyos innumerables minutos pasan desapercibidos para el hombre: los paseos silenciosos á la orilla del rio, los cuidados de sus amores, los beneficios, el alivio de los desgraciados, las palabras encantadoras, la mútua confianza de sus almas, todo concurria á hacerlos olvidar el mundo.

Eran una sola alma, un solo ser.

En fin, decia nuestro poeta: «Eran dos mortales que no tenian sino un corazon en cada

pensamiento, respondiéndose como el eco que repite de colina en colina los sonidos de una música aérea, con tanta fidelidad, que en vano se trata de saber cuál es el eco y cuales son los acordes, así como dos espejos pulidos colocados colocados frente uno del otro, se despiden su luz y solo reflejan la de los cielos.

Horacio solo se ocupaba de buscar los medios de hacer eterna su felicidad, preservándola de los peligros que la amenazaban.

Una tarde volvía á Tours guiando á su amiga á través de las sendas que coronan las rocas del Voubray de Roche-Corbon y de Saint-Symphorien; habían disfrutado de uno de esos días hermosos de otoño, en los que la naturaleza parece engalanarse antes que se cubra con sus vestidos de luto.

Las rocas, iluminadas por los últimos rayos del sol, que derrama en esta época una luz rojiza, la pureza de las aguas de los rios, la vista de las llanuras que separan el Loir del Cher, todo recordaba á Juana la Escocia, donde había vivido antes de ir á Francia, y en una edad que ne deja sino recuerdos confusos.

Se paró en la cima de la roca, estuvo contemplando mucho tiempo este paisaje, y dijo á Landon con ternura:

— Hay en Escocia un sitio semejante á este. Ah! Qué recuerdo tan [agradable; me parece que estoy viendo allí abajo el lugar donde ju-

gaba en mi niñez: pero este pais es mas dulce... es el tuyo.

—¿Temes el frio? le preguntó Horacio.

—¿Puedo yo temer algo á tu lado?

—Pues bien, sentémosnos.

—Angel mio, continuo, prométeme que iremos juntos á Escocia; qué agradable me será volver á ver aquellos lugares tan deliciosos! Te complacerán... ¿No respondes?

Landon estaba como absorto: la felicidad casi le habia quitado la facultad de raciocinar; las palabras de Juana le indicaban un medio de librarse de una desgracia.

—Si, dijo, ir á Escocia, buscar alli una tierra hermosa, inmensa, llevar mis bienes, vivir siempre léjos del mundo, sobre todo de la Francia...

—¿Quién te habla de dejar la Francia? exclamó. ¿Me crees capaz de exijir de ti semejante sacrificio?... ¿Tu patria no es la mia?

—Irémos querida mia, iremos pronto y viviremos de aqui en adelante en los lugares de tu nacimiento.

—He sido educada en Escocia, pero he nacido en Dublyn, y ne permita Dios que vayamos á esa ciudad... Dí la verdad: ¿no es un sueño viajar por Escocia?

—Sí, respondió Horacio, saliendo de su letargo.

Volvió entonces á mirar á su amada con una

expresion menos indecisa, lo que hizo saber que no la habia escuchado.

—¿Qué tienes? le preguntó con admiracion.

—Que fatalidad! esclamó de un modo brusco.

Con efecto, Juana habia pronunciado estas palabras: ¿que tienes? con el mismo acento y el mismo interés, con que se las habia pronunciado cuande Landon salió para el ejército en la época de sus primeros amores; y tambien ahora iba á separarse de ella.

Tal coincidencia no pudo menos de llamarle la atencion, y depues de haber explicado la causa de su sorpresa, le dijo;

—Si angel mio, si, dejaremos la Fracia, y para siempre; buscaremos un valle solitario y viviremos léjos del mundo.

Sorprendida Juana, le dijo á su vez:

—Sir Carlos tiene tierras en Escocia, vamos á vivir al lado de Cecilia, tendremos por veeninos gentes que amándose como nosotros, comprenderán todas las exigencias del amor; disfrutaremos de nuestra libertad; viviremos en silencio; iremos á buscar á Carlos y á su esposa, si queremos; reunidos con ellos, separados de ellos cuando nos plazca, llevaremos una vida de ángeles.

Se pusieron alegres, y ya Juana no pensó en preguntar á su amado la causa de esta determinacion.

Pero por la noche se lo preguntó á Horacio,

quien se puso colorado sin responder una palabra.

Ella lo notó y continuó:

—¿Te pones colorado? Habla, dime, ¿es un secreto? Ah! Pronto, dímelo; sabes muy bien que no lo confiaré sino á mi bien amado.

—Querida mia, respondió Landon, que habia tenido tiempo para volver en si; huyo de Fracia por cobardia.

—Tú, cobarde tu! exclamó con una sonrisa encantadora; tú, el más noble y el mas valiente caballero!...

—¿Has olvidado, respondió Landon, que estoy todavia sirviendo?... Que de un momento á otro puedo tener que aceptar alguna mision peligrosa? Está por ventura mi cabeza mas al abrigo de las balas que la de cualquier otro?

—Ah! querido! me haces estremecer, exclamó Juana; si, partamos, y arregla las cosas de modo que no puedan arrancarte de mis brazos, ni aun en Escocia...

Landon se consideró feliz de haber encontrado este pretesto.

—He pagado mi deuda, al Estado, continuó, puedo retirarme sin vergüenza: es preciso, angel mio, que no nos turben nuestra felicidad,..

Juana lo estrechó entre sus brazos, y sus ahagos fueron mas tiernos, y las caricias de Landon mas vivas.

Al dia siguiente Juana se puso sumamente triste, porque Horacio le dijo:

—Querido ángel, mio, dentro de poco iré á París.

—¿Por que?

—¿No debo realizar mi fortuna, presentar mi dimision y obtener la autorizacion de dejar la Francia?... Ah! No temas nada, mi prontitud estará en razon de mi amor y mi ausencia no durará quince dias.

—Déjame acompañarte; viajar contigo es una felicidad suprema; mira, voy á tu lado agarrada de tu brazo; yo que antes me cansaba al dar cien pasos, me siento capaz de ir á pié hasta Roma. ¿Cual será este otro placer de pasear juntos llevados por un mismo coche? Ah! Me voy contigo. ¿No es así...?

—Querida, este viaje que te parece encantador, sería para ti un suplicio insoportable, quedarías sola en París durante dias enteros. ¿Podría yo llevarte á todas partes? No es posible, me iré solo.

Por primera vez, tenia Juana que desplegar esta sumision; encanto poderoso de una mujer y deber respetuoso de un amor verdadero.

Al obedecer sintió una especie de alegría.

—¿Lo quieres? dijo; me quedaré á pesar de los votos secretos de mi corazon. ¿Y no podrá sernos funesto este viage?

Se echó á reir y mirándole con una dulzura angelical, añadió:

—Quisiera que me ordenases algo mas cruel para que vicras cómo obedecia.

—Rosalia, marchemos!...

Se paró, se puso pálida.

—Está aquí, dijo; ya no le volveré á ver más.... Me sería tan dulce una mirada suya!..

Su amor y su ternura habia vuelto con la razon, su valor era igual á su infortunio.

—Rosalia, iré... lo veré.

—Pero señora, pensad!...

—No tengas cuidado, lo veré en secreto.

Salió por la noche, contempló mucho tiempo aquella casa, asilo de felicidad: horrible fué su sufrimiento, y no obstante sentia [en ello una especie de placer.

Hay en efecto dos dolores: el dolor heróico y sublime que se sienta sobre una tumba, y se alimenta de la imagen de un amigo que no existe: y el dolor mas tímido, pero no menos profundo, que huye de todo recuerdo fúnebre y se consume en la soledad.

Volvió Eugenia.

—Señora, es preciso que os metais en la cama, le dijo Rosalia.

—¿Lo crees así?

—Si señora, estais yerta.

—Que no me hubiera muerto!...

Se acostó, y la fiel Rosalia quiso pasar toda la noche al lado de su ama.

Los preparativos del viage de Landon se hicieron despacio.

Juana, usando del arte que desplazan las

un deseo, creaba tardanzas y multiplicaba obstáculos.

Sin embargo llegó la vispera del día de la partida: el tiempo era lo único que no le era permitido detener.

La tristeza de Juana era cada día mayor, Algunas veces se echaba en los brazos de Landon.

—No te vayas, le decía; quedate con esta pobre Juana que te ama tanto!...

—Angel mio, respondió Landon, si quieres, me quedaré, pero sería obrar como los niños que se llevan las manos á los ojos para no ver el objeto que los asusta.

—Tienes razon, siempre la tienes; nosotras no somos mas que pura debilidad; pero las escocesas tienen el don de preveer. Yo he estado educada en Escocia: presiento una desgracia. ¿Está bien solido tu coché? Ah! Si volcaras en el camino! No, no te vayas!...

—¿Estás loca?

—Si, tienes razon, el amor es una locura.

Hacia un día muy hermoso á pesar del frío; el cielo estaba despejado y el sol brillaba con todo su esplendor.

Juana quiso dar un paseo con Horacio por última vez, antes de su partida. Landon consintió; salieron de Tours por el arrabal de San Estéban y fueron en silencio á lo largo del arroyo de Embois.

—No sé que haya nada mas cruel que la au-

sencia, dijo Chiora; siempre me ha hecho sufrir.

Como á una media legua de la ciudad se sentaron para descansar, en una piedra que habia en la orilla del arrecife.

—Horacio, dijo Juana, como va todo á vestirse de lute por tu ausencia. ¿Ves en el horizonte aquella nube. Se parece á una gasa: anuncia nieve para mañana. Mañana! Como puede pronunciar esta palabra! Mañana me dejas... Ah! Tener que pasar quince dias, quince siglos, sin verte ni oírte! Al menos dime aqui, en esta piedra dime que me amas! Mucho tiempo tengo que pasar sin oírlo; dimelo, para que tus palabras resuenen siempre en mi oído... Ya escucho querido mio.

—Juana, te amo, respondió Landon con un acento grave. Ah! Mi único amor, continuó estrechándola contra su corazón.

Y mirando en rededor suyo para asegurarse de que nadie lo veia, la abrazó con el entusiasmo de un amante.

—Ah! Quizas no sepás tú cuanto te amo!... Qué sabes si en este momento no te sacrifico honor, patria y quizas mas aun.

—¿Qué significan esas palabras?

Landon se echó á reir.

—¿No te he dicho que te amo?

—Si; pero me has asustado, y no quiero... que sentimiento alguno de espanto se mezcle en mi alma con el recuerdo de un día tan dulce.

—Juana, continuó con el acento tierno que

tanto la encantaba; querida mía, no poseémos el idioma sublime de los arcángeles para hablar de su vida? El hombre al caer perdió la memoria de este idioma celestial y todo lo que le ha quedado han sido las miradas dulces y las exclamaciones del amor. Tú hablas este idioma armonioso cuando tocas el arpa, cuando tus ojos despiden llamas. A tu lado soy una divinidad, porque me parezco á tí... Ah! Yo siento mi felicidad; pero describirla me sería imposible de todo punto... Lo que sé decirte es que donde tú te hallas, allí está la vida para tu Horacio.

—¿No oyes suspiros sofocados? esclamó Juana!

Ambos se pusieron á escuchar; miraron en derredor suyo y no habiendo visto á nadie, siguieron adelante agarrados de la mano, como los ángeles en una nube de fuego.

Cuando estaban bastante distantes para no ver el lugar de la escena, Eugenia saltó sobre la piedra donde habian estado sentados los dos amantes.

Era ella, que testigo invisible de esta escena, no había podido comprimir sus suspiros ni contener sus lágrimas.

El arrecife es un dique hecho para preservar las llanuras que separan el río Loire del Cher.

Eugenia escurriéndose por la parte inferior de la pendiente, había podido seguir á los dos

amantes, que iban por la parte superior del arrecife.

Cuando se sentaron, había encontrado una escabacion bastante profunda que le permitia ocultarse á las miradas de los dos amantes y oír perfectamente su conversacion.

—Ah! Rosalia. ¿Me queda ya esperanza?

La langüedociana estaba conmevida

—Si Nikel, respondió al cabo de un rato, se burlara asi de mi, le sacaba los ojos.

—Pobre muchacha! Y tú crees amarlo!...
¡Qué eco de voz tan encantador tiene esa criatura!

—¿Quién, señora?

—Ah! Los dos! dijo Eugenia echándose á llorar. Allí estaba sentado, continuó diciendo... Y miraba la piedra. Hé ahí las huellas que han dejado sus piés.

Y si no hubiera estado presente Rosalia, hubiera besado la arena.

—Ah! Cruel!... añadió levantando los ojos al Cielo. Ven, Rosalia; ya es hora de acostar á mi hijo!...

Suspiró; pero habia oido la voz de su querido Horacio.

Esta voz le habia destrozado el corazon, como el grito de libertad que oye un prisionero; pero la habia oido.

XL

Josefina

Juana acompañó á su marido hasta el Loire, donde despues consiguió ir á Orleans; pero allí Horacio fué inflexible.

Juana volvió á Tours sin hablar una palabra en el camino.

Cuande entró en su casa la halló vacia, espantosa.

Le disgustó ver su cuarto, ese templo sagrado donde se refugiaban los dos esposos para gozar de las delicias del amor.

Al arreglarlo se acordó de que todavía no habia encontrado una doncella; queria otra Nely, mas jóven, mas viva. Gertrudis era todavía muy niña y no servía para ningun trabajo.

Juana se consideró dichosa con tener que ocuparse de la eleccion de otra Nely; podria

ocultar así algunos días la tristeza.

La pesadumbre necesita movimiento y actividad.

Juana hizo á Nickel el encargo de buscarle una doncella.

El cazador se dirigió á su amigo el posadero.

Rosalía vió á su marido hablando con el en secreto en medio del patio.

Deseosa de saber qué pasaba en casa de la rival de la duquesa y de espiar todos los pasos de su marido, bajó corriendo al patio.

Manióbró como un gato que teme mojarse las patas, y aprovechandose del momento en que el posadero y Nickel le tenían vuelta la espalda, consiguió meterse, sin ser vista en una especie de carbonera, donde podia oír todo perfectamente.

—La señora quisiera que tuviera la jóven buena educacion, decia Nickel al posadero.

—Luego es una compañera lo que desea tu señora, respondió el amigo del cazador.

—Casi, casi, dijo Nickel; y sin embargo, es preciso que pueda arreglar el cuarto...

Se alejaron y Rosalia no pudo oír mas; pero no tardaron en volver.

—Luego se ha marchado tu amo...

—Si... Y ya ves, ella ganaria de 700 á 800 francos.

—Si... Pues es un buen partido. Y al cabo de algunos años de servicios, siempre le quedaria alguna renta...

Y daban paseos por el patio dirigiéndose hacia el otro extremo.

Rosalía volvió á esperar á que llegaran al sitio donde estaba, para cojer algunas otras palabras sueltas.

—Pero... decía el posadero al volver, yo tengo una prima que si se le aseguran los 800 francos, podría...

—Con tal que parezca bien á la señorita...

Estaban ya demasiado léjos para que Rosalía pudiese oír lo demás; pero al volver decía al volver decía el posadero con sorpresa:

—De la Habana!

—De la Habana, repitió Nikel, y de muy buen gusto! Estoy seguro de que nunca habrás fumado un cigarro tan bueno!

Esta vez se escurrió la langüedociana, se marchó al cuarto de la duquesa y le refirió todo lo que habia oído.

—¿Y que me importa que quiera una doncella? exclamó la duquesa. Además, ¿en que estoy yo pensando? No le pareceré bien...

Rosalía se retiró.

—Ah! Ya no es mio! añadió; y sin embargo, verle seria para mi una dicha ¡Por qué no seré yo su esclava, su sirvientel...

Daba paseos por su cuarto, se sentaba, se levantaba, sentia inundarse su espalda de sudor. Adquiria en este momento una energía inconcebible.

—Si exclamó tendió volar para allá...

na mujer habrá llevando tan léjos el desinterés del amor...

Los celos, sentimiento que nunca abandona á un corazon que ama, y sobre todo, cuando está ofendido, le dejaban entrever una venganza legitima en medio de estos sufrimientos.

Llamó á Rosalia.

—Hija mia, le dijo, déjame que te abraze por la noticia.

—¿Cuál?

—¿No quiere esa mujer una doncella? Yo lo seré.

—¿Pensais en eso, señorita?

—Yo lo seré, te digo!...

Miró á Rosalia y esta se quedó callada,

—Hija mia, si el duque estuviera aqui, no me admitiria; pero en su ausencia lo conseguiré, y entónces lo desafio á que me eche de su casa... Rosalia, cuidado con decir una palabra.

—¿Y vuestro hijo, señora?

Eugenia se estremeció.

—Será un obstáculo, pero lo venceré. Rosalia, irás á vivir en la casa que está enfrente de la suya, y si es preciso la compraras. Ya que mi hijo no pueda ir á su casa, lo tendré á la vista al menos. Además, me hace falta... Asi, alquila, compra esa casa si es preciso... Buscarme pronto un delantal; comprame corriendo una papalina; en fin, haz todo lo posible para que de aqui á dos horas tenga mi vestido listo.

Rosalia conoció que en este proyecto habia

ideas demasiado elevadas para que estuviera á su alcance.

Salió, y sin devanarse los sesos para adivinar las razones, que tenia su ama para representar este papel, se dió prisa á obedecerla.

En ménos de tres horas se convirtió Eugenia en una de las mas lindas doncellas que han llevado delantal.

La duquesa recomendo á Rosalia que dejara la posada asi que hubiera alquilado la casa, y que pusiera el coche en un lugar seguro; las armas de Landon estaban pintadas en la traserá.

Eugenia fué corriendo á casa de su rival con tanta precipitacion, que se hubiera dicho que temia reflexionar en su proyecto.

Con efecto, procuraba no pensar en nada.

Preveia que este paso le habia de acarrear grandes pesadumbres; pero viviria bajo el mismo techo que Horacio, lo veria y lo obedeceria.

—No me impedirá que le ame, decia entre sí. Ah! Casi seré feliz; esta vida es preferible á la muerte... y sin él, me moriria.

Y Llegó á la calle de Racine... Llamó, oyó las pisadas de Nickel, que vino á abrirle la puerta.

—Dios mio, la señora duquesa! esclamo.

—Nickel, dijo Eugenia, silencio.

El cazador la miraba inmóvil con un aire asustado.

—Nickel, continuo la duquesa, cuidado con

decir una palabra; perderias á tu amo. Es preciso que me trates delante de la señora y de sus criados como si fuera una sirvienta... Si es que me admite, se entienda!... Sobre todo, cuidado con cometer una imprudencia, una indiscrecion con una palabra d'arias la muerte á tres personas... Vé á decir al ama de la casa que se ha presentado una doncella que pide acomodo!... Estas pálido, añadió: no nos vayas á perder, tranquilízate.

El pobre cazador se fué muy despacio á la sala, obedeciendo las órdenes de la duquesa.

Si un rayo hubiera caído á sus pies no le hubiera aturrido tanto.

Llegó á la sala y tartamudeo su comision.

—¿Qué teneis, Nikel? le preguntó Juana.

—Es que es linda como un angel...

—El pobre muchacho está loco.

—Señora ¿qué le digo á Laduque?...

—¿Con que se llama Laduque? preguntó Juana. Hacedla entrar.

El pobre cazador tuvo bastante presencia de ánimo para prevenir á la duquesa que de aqui en adelante se llamaria Laduque.

Eugenia llegó á la puerta de la sala.

—Entrad y tomad asiento, le dijo Juana con un eco de voz lleno de bondad.

Eugenia se sentó, miro á su rival y se quedó admirada.

Juana era superior al retrato ideal que la duquesa se habia imaginado en otro tiempo al

leer la historia de los amores de Landon.

El rostro de Eugenia se alteró: el aborrecimiento y la amistad disputaron su corazón.

Ya se sentía pronta á sacrificar todo á la felicidad de Landon y á la de esta hermosa criatura, ya sus celos la impulsaban á desear el dolor y la muerte á éstos dos corazones enemigos de su alegría.

Juana estaba sentada en un sofá; tenía el codo derecho apoyado sobre un cojín y la cabeza reclinada sobre su mano: su actitud revelaba la melancolía de su alma; pero respiraba al mismo tiempo felicidad y amor...

Miraba con interés á Eugenia, quien sentada con modestia en una silla cerca de su rival, bajaba y alzaba los ojos alternativamente; á pesar de los tormentos que sentía, parecía estar tranquila.

—¿Habeis servido ya? le preguntó Juana.

—Sí, señora, respondió Eugenia con una expresión llena de dolor; pero no he servido más que á un amo.

—Me han dicho que sois de buena familia.

—Sí, señora.

—¿Habeis sufrido desgracias?

—Sí, señora; y de gran tamaño.

—Os llamáis la señora Laduque, ¿pero cual es vuestro nombre de bautismo?

—Josefina, señora.

—Pues bien, Josefina, acercaos aquí, y le señaló el sofá.

Luego, cojiéndole la mano, le dijo:

—Contadme vuestras desgracias...

—Señora, empezó Eugenia; servia yo [á un oficial de poco fortuna, es verdad.... pero...

—Ah(Comprendo el pero, dijo Juana, seria inutil todo todo lo que podais añadirme, hija mia; habeis amado!... Oh! Dios de bondad, te doy gracias! Habeis amado y sois desgraciada!..... Con eso me comprendereis. Vuestro rostro anuncia un alma hermosa,.. Sereis para mi una amiga... Perdonad, hacedme el favor de continuar.

—Tengo un niño, dijo Eugenia poniéndose colorada.

—¿Suyo?

—Suyo, señora.

—Pobre muchacha, ¿Que edad tiene?

—Ocho meses.

—¿Pero que os ha sucedido?

—Me ha abandonado.

No pudo reprimir su llanto.

—Me ha abandonado y ha muerto para mi...

Juana cogió la mano de Eugenia, para apretarla contra su corazon.

En este momento la duquesa se levantó, soltó la mano de su rival y se fué hacia la ventana para respirar el aire libre: volvió inmediatamente y se estremeció cuando Juana, cogiéndole otra vez la mano, añadió:

—Josefina, desde esta noche traereis á vuestro hijo, Cuidaremos de él: [me gustan mucho

los niños'. Quiero mecer el vuestro, cantarle canciones para dormirlo, Comprendo y me interesa vuestra historia; tiene mucha relacion con la mia...

Eugenia la miró con estupor.

—Pero yo soy mas feliz que vos; mi bien amado ha vuelto! Quizas tambien vuelva el vuestro...

—Ha muerto para mí! señora... Ya no me ama!

—Y os habia dicho que os amaba?

Eugenia bajó la cabeza y la volvió á levantar agitando sus cejas; como si de repente se hubiera vuelto loca.

—Es un hombre infame, dijo Juana.

—Ah! No, exclamó Eugenia dejando asomar á los labios una senrisa de desden.

Su rival afortunada advirtió la senrisa y estrechando entonces á Eugenia, contra su corazon, exclamó:

—Ah! Ya veo que sabeis amar.

Hubo un momento de silencio, durante el cual examinó Chiora á Eugenia con atencion.

—Josefina, continuó Juana con dulzura, sed mi amiga... El único servicio que os pediré será el de arreglar conmigo mi cuarto: por lo demás, tendreis vuestra habitacion aparte, comereis sola y estareis conmigo asi que salga mi marido. Con este título de amiga, nos servireis á la mesa, porque no me gusta cuando estoy con el, que los criados entren y salgan, nes es-

cuchen y nos vean. Deseaba tener una amiga como vos que comprendiera el amor y sus exigencias... En cuanto á vuestra fortuna, no temais nada; sabed que mi marido es muy rico, podeis pedir, lo que querais; si os convienen cien luises de renta, podeis contar con ellos... ¿Os atreveréis á dejar la Francia?

—En donde quiera que esteis estaré gustosa.

—Vamos á viajar por la Escocia...

Eugenia se estremeció...

—Si tardo algo mas, dijo entre si, lo hubiera perdido todo!...

Hallo su cruel situacion preferible á aquella en que se hubiera encontrado entónces.

—Pues bien continuó Juana, es cosa convenida, amiga mia; vendreis hoy mismo, ¿no es asi?

—Si, señora; os doy mil gracias por vuestra bondad.

—No, Josefina, yo soy quien debo dáros las; con que placer hablaremos juntas! Os diré muchas cosas de mi querido Horacio!... Vuestra presencia me ha proporcionado un momento de alegria! Está ausente, y yo estaba triste cuando llegasteis. Lo amo como vos amabais...

En este momento Eugenia apercibió el retrato de Landon y se echó á llorar.

Por fortuna Juana atribuyó estas lagrimas á los recuerdos que habia despertado ella.

—Oh! Cuánto siento recordaros vuestras des-

gracias! Conque traed á vuestro hijo y quedaos conmigo. Ah! Dos jovenes locas como nosotras se entenderán perfectamente... Pero decidme, ¿por qué llevais esas cintas de luto?

— Por qué, señoral... Y vos me lo preguntais! Juana bajó los ojos: habia tenido el orgullo de creer que era la única que sabia amar.

Esta criatura divina abrazó á su rival con toda la efusion de su corazon.

Eugenia se retiró.

XLI.

Dos mujeres

Chiera habla egercido su imperio sobre Eugenia, así como esta á su vez había seducido á su rival.

En un instante simpatizaron estas dos almas á quienes hacian enemigos las circunstancias y si en las almas tiernas hay un origen comun y una tendencia á reanirse, seguramente estas dos estaban identificadas sin saberlo.

—Es una sirena, dijo Eugenia al salir: atrae para dar la muerte!

—Es encantadora, dijo Juana entre si; ya la amo como si la hubiera tratado mucho tiempo.

Eugenia conservaba muchas esperanzas de triunfo antes de ver á Juana; pero desde que la vió adquirió la conviccion de que nunca podría eclipsarla; y esta certeza cruel la hizo afirmar,

se mas en la resolucion que habia formado de luchar con ella, dando á Landon mayores pruebas de amor que las que la tenia dada su rival.

La joven duquesa tembló al presentar su hijo á Chiora.

Creia que la semejanza con su padre podria causarle alguna desgracia, olvidando sin dud a que es preciso ser madre, para conocer bien las faccianas de un niño y poder compararlas con las de un hombre.

A Juana le pareció hermoso.

—Ah! dijo; que placer más grande el de ser madre!... Pero... Querida mia está el niño vestido con mucho gusto y con bastantelujo,.. Que envoltura tan hermosa!... Y que capillo!... Son muy buenos los encajes!..

—Ah! Señora...

—Querida mia, llamadme siempre Juana cuando estemos solas. Cuando amo á una persona no me gusta que me trate con cumplimiento, ni menos con respeto.

—Un hijo, dijo Eugenia, es el orgullo de una madre,

—¿Y el padre ¿quien es?

Pero Juana se detuvo, pensando en la desgracia de Eugenia.

—Amiga mia, continuò, vos y vuestro niño me han salvado la vida; hubiera muerto mil veces de impaciencia, si no hubiera tenido una ecupacion que me entretuviera noche y día. Tendré que velar ¿no es así? Ir, venir, cantar

para que se duerma, darle de comer; en fin ya no tendré en el alma este pensamiento cruel: «Está sola... Ya el no está aquí.»

Una idea espantosa se le presentó á Eugenia.

—¿Sufriré el espectáculo de su amor?... dijo entre sí.

Aquella misma noche fué á vivir á esta casa, donde reinaba una felicidad que debía ser martirio.

Ayudó á Juana á arreglar el cuarto nupcial y cuando hubo concluido, dijo Chiora:

—Josefina, nunca dormiré aquí; iremos juntas á una habitacion que está en el piso alto; allí hay dos camas; ambas cuidaremos á vuestro hijo y podreis dormir. La vista de este cuarto me daría la muerte)...

Esto bastó para hacer conocer á Eugenia el carácter adorable de su rival; admiró su bondad inagotable, su genio dulce y alegre, y la amistad, tierna, casi tan pura como su amor que manifestaba hacia una persona desconocida.

La duquesa al tomar la resolución fatal de servir á Juana y á su marido, no habia previsto todos los sufrimientos de esta situación; hubiera antes preferido la muerte.

Al día siguiente Juana recibió una carta de Landon y se la leyó á Eugenia.

La madre duquesa hubiera querido besarla Chiora lo hizo delante de ella.

La duquesa espió un momento en que se pu

do quedar sola, y volviendo á leer ésta carta tan cariñosa, procuró persuadirse de que se dirigían á ellas las espresiones de amor.

Se acordó (fué por cierto un recuerdo muy amargo), de que no habia recibido de Landon ni cuatro renglones, despues que la habia abandonado de un modo tan cruel.

Todavía se mortificó mas cuando vió que todos los dias recibía Juana carta suya, donde le informaba de todos los pasos que daba, mientras que durante el año que Eugenia habia pasado á su lado, muchas veces no le decia nada de sus ocupaciones.

Cada suceso escitaba en ella los pensamientos mas terribles.

Sin emcargo, la duquesa encontraba un placer en seguir á Horacio en los pormenores minuciosos de su vida.

Sufría en estremo, es verdad, pero tambien encontraba en ello algun consuelo; acabó por fin, á pesar de su celo, por escuchar con una calma aparente la relacion que Juana le hacia de sus amores con Landon.

Esta hablaba entonces por ambos, y Eugenia podia olvidar por momentos la posieion embarazosa en que se encontraba: además, estaba acostumbrada á sufrir desde su niñez.

Su rival manifestaba hacia Eugenia los cuidados que una madre puede tener con un hijo querido; aun lloraba algunas veces al pensar en la suerte de la supuesta Josefina.

Rosalía consiguió alquilar una habitación en una casa vecina, donde se fué á vivir inmediatamente, y no tardó en encontrarse con su marido.

Quando Nikel vió á su mujer, exclamó:

— Bien me figuraba yo que no tardaría en encontrarme mi cabo de escuadra.

— Valientemente me has hecho una buena juramentada, respondió Rosalía, mirándole con un aire algo incómoda y medio alegre: ven á mi casa, vamos que hablar...

— ¿Será muy larga la conversacion? preguntó el cazador ea tono de broma.

— Tan larga como gustes.

Rosalía y Nikel se esplicaron; vieron que sabían el uno tanto como el otro acerca de las cosas de sus amos, y quedaron animados de la firme adhesión el uno hácia su amo y la otra hácia su señora.

Se pasó así un mes.

Juana desplegaba la actividad de las personas que sufren y que tratan de engañarse á sí mismas, dándose ocupaciones.

La pena era tan viva como en el momento mismo de la partida de Landon.

— Había dicho que volvería á los quince días, hace mas de un mes que se ha ausentado! dijo Juana con una profunda tristeza.

Para el mes de Marzo; ya habia vuelto el frío bastante intensidad; el cielo estaba triste, los tejados cubiertos de nieve.

La casa donde Juana vivía parecía ahora más triste y silenciosa.

Una mañana, las dos esposas estaban sentadas en la sala al lado de la chimenea, ocupadas en hacer flores.

Eugenio jugaba á sus piés; ambas miraban á cada momento el reloj, porque se acercaba la hora de venir el correo.

De allí á poco entra Nely y dá una carta á su ama, que la abrió con la precipitación acostumbrada: apenas hubo leído los primeros renglones, suelta la carta y esclama:

—Hoy mismo llega, va á comer con nosotros. ¿Habeis oído, querida mía? Josefina, hoy llega. Dadme un abraze... ¿Qué teneis?... Os habéis alterado.

—Es que me habeis asustado. Vuestra emoción... No sabía lo que era...

Eugenia se tranquilizó y aguardó con aparente serenidad el instante fatal que tan cerca estaba,

—Ya podeis comprender, dijo Juana, cuánto serán mi alegría y mi impaciencia. Ah! Cuanto instante está mi Horacio más cerca.

—El duque se alegrará tanto como vosotros volveros á ver...

—Pobre niña!... ¡Ah! Siempre tiene presente su desgracia... Quizas habreis tenido con vuestro amigo una escena semejante... Ah! No os acordais sino mill... Perdonad, mi querida Josefina,

ro quien llega no es vuestro querido Laduque, sino mi Horacio.

Eugenia se estremeció de su imprudencia.

¡Cuánto movimiento, cuanta animacion esparcieron ámbas mujeres en esta casa! ¡Con qué prontitud arreglaban todo!...

Juana quiso á toda costa que se trajeran flores, y prohibió que dejaran en el patio un solo copo de nieve; desde luego no notó que Eugenia era mas ingeniosa que ella y que le escedía en actividad.

Se creyó que le ayudaba bien, y este fué un motivo para que se alegrara de tener á su lado una jóven tan dispuesta.

La pobre duquesa ayudó á su rival á quitarle el vestido de luto, á peinarla y á adornarla á su gusto.

¡Ayudar á su rival para parecer más hermosa!... esclamarán tal vez muchas de nuestras amables lectoras.

Eugenia tenia un alma bastante elevada para sufrimientos mas nobles.

Cuando Juana estaba ya vestida, Eugenia la dijo:

—Amiga mia, ¿quereis que me quite estas cintas negras? Esto os entristecerá.

—No me atreviera á pedirlo tanto; pero si vos misma me ofreceis este sacrificio, lo acepto gustosa.

—Voy á servirlo, dijo Eugenia conmovida.

La duquesa fué á que la vistiera Rosalia, y

esta puso el mayor cuidado para que su ama estuviera interesante.

Era muy solemne este momento para Eugenia.

Por fortuna la agitacion de Juana le impidió observar la de su favorita.

Prepararon juntas la comida y pusieron la mesa enmedio de una sala secreta que Juana habia consagrado al convite amoros.

Alli reinaba la sencillez.

Los vasos, los platos de China, los candeleros, las flores, no hacian mas que alhagar los sentidos, pero no la vanidad.

Josefina, vestida con gusto y elegancia, era la unica persona que debia penetrar en aquel asilo para servir á los amantes.

Habia un arpa junto al sofá donde debian sentarse los dos convidados.

Juana queria poder embriagarlo con sus cantos melodiosos.

En este retiro el lujo no fatigaba las miradas: solo el amor, un amor sin arte, presidia en las menores disposiciones dadas por las dos rivales.

El dia les pareció muy largo.

Eugenia tuvo cuidado de poner á su hijo en una de las habitaciones por donde tenia que pasar Horacio para ir á la sala, á fin de que fuera el primer objeto que llamase la atencion de su marido.

A poco rato oyeron el ruido de un coche,

Rosalía estaba en la ventana, Nikel en la puerta.

Eugenia hacia los mayores esfuerzos por contenerse y se estremecía al menor ruido que oía.

Juana había salido fuera de la sala.

Todos los actores de esta escena estaban agitados de diverso modo, pero ninguno era indiferente; y á pesar de este movimiento, no se oía ni una palabra.

Landon entró.

Al momento abrazó á Juana con efusion y exclamó:

—¡Que ocurrencia la de poner aqui este niño! Por poco no lo piso.

Y llamó á Nikel para que se lo llevase sin haberlo mirado siquiera.

Volvió á estrechar á Juana entre sus brazos, y sin decirle una palabra, se fué con ella al cuarto que habian preparado para recibirlo.

Se sentaron en el sofa que estaba enfrente de la mesa, sobre la cual habia colgada una araña.

Juana, apretando las manos de Landon entre las suyas y mirándole con embriaguez, exclamó:

—Ah! Ya te tengo aqui para siempre, ¿no es así? No quiero mas separacion!

—No, no, respondió Landon con voz dulce; dentro de algunos días partiremos á Escocia.

—Amor mio, he escrito á Carlos y á Cecilia que vengan á buscarnos.

—Has hecho muy bien; pero no hablemos ahora... Déjame que te mire en silencio mucho tiempo!... Siempre!...

De pronto se detuvo como si le hubiera sorprendido algo desagradable y se puso á escuchar.

—Están llorando ahí! dijo.

—¿Estás loco? respondió Juana echándose á reír. ¿Quién puede llorar aquí cuando tu vienes? Sueñas, bien mio.

—Te digo que están llorando, repitió Landon.

—Es Josefina que está moliendo azucar.

—¿Quién es esa Josefina?

—Mi doncella: un ángel que afortunadamente he encontrado, mejor dicho, que ha venido á presentármeme. La he encomendado el cuidado de la direccion de la casa; ella es quien se entiende con los criados y quien nos servirá de aquí en adelante. Todos los amantes deberian tener una persona que se encargara de pensar por ellos... Pero, Horacio, es una buena amiga.

—¿Quién es esa mujer?

—La viuda de un soldado que la ha engañado abandonándola de un modo infame: el niño que has visto es suyo... Pero amor mio, ¿de que te ocupas? ¿No estás á mi lado?

Lo abrazó y mirándolo con una dulzura angelical, le dijo:

—Qué feliz soy! Ah! Un mes largo de ansiedad! Qué deseos tenía de que volvieras! Ya me parecía que te había perdido para siempre!... Pero tendras necesidad; ¿quieres comer?...

Tiró de la campanilla y llamó.

Al cabo de algunos minutos se presentó Nickel

—Nickel, siempre Nickel!... ¿Dónde está Mad. Laduque?... preguntó Juana, haciendo un gesto de mal humor que constrataba con la alegría á que estaba entregada.

—Mad. Laduque se ha quemado un dedo; ahora vendrá.

—¿Quién es esa señora Laduque? preguntó Horacio que de cualquier cosa se alarmaba.

—Mad. Laduque es Josefina y Josefina es Mad. Laduque. Jesus! Dios mio! Qué torpe te has vuelto con la alegría!...

Y Juana se colgó del cuello de Landon y lo lleno de caricias, donde se ahogó la ansiedad del jóven.

Haciéndose esperar Mad. Laduque, los dos amantes quedaron absortos mirándose mutuamente, sin poder satisfacer sus almas, privadas mucho tiempo de esta felicidad.

Silenciosos y como encantados tenían agarradas sus manos: en sus ojos brillaba la embriaguez del amor...

Un éxtasis dulce los arrebatava de la tierra...

Entra Eugenia, llega hasta la mesa y en ella pone trémula los platos que llevaba.

De repente al ver unas manos blancas y mangas de terciopelo, Landon alza la cabeza y vé á su mujer... á la duquesa... que con los ojos bajos no se atrevia á mirar á su marido...

Landon no pudo hacer mas que echarse sobre el espaldar del sofá y quedo como desmayado.

Juana al ver esto, se levanto aturdida, llevó su mano sobre el corazon de su amigo y al sentir que apenas latia:

— Se muere! exclamó con una voz cuyo acento hizo estremecer á Eugenia.

Esta última, en cuya turbacion no se habia reparado, salió corriendo como para buscar auxilio.

Landen se habia quedado inmóvil; se habian cerrado sus ojos y acongojada Juana lo miraba sin poder hacer ningun movimiento... No hubiera podido gritar; apenas respiraba: se hubiera dicho que por el poder de su mirada queria dar la vida á su esposo. Pero á poco rato sintió los latidos del corazon de Landon, se estremeció, y muda y atenta como lo es una madre con un hijo enfermo, vió por fin á Horacio que principiaba á abrir los ojos, pero no fué para mirar á su amiga.

No pensaba sino en la vision que le habia llenado de terror y miraba con ojos inquietos todos los rincones de la sala. Parecia estar fuera de sí; su gesto era amenazador y Juana lo miraba asustada,

—No haces caso de tu querida Chiora, dijo dulcificando su voz que tan dulce era.

Landon se tranquilizó un poco al oír estas palabras; miró á su amada, la estrechó entre sus brazos como para protestar que nada podría separarla de su lado, y le dijo con un tono tranquilo en la apariencia:

—Yo no sé que ataque convulsivo me ha dado en el corazón... Amor mio, la felicidad debe estar muy cerca del dolor!...

Juana lo miraba siempre con ansiedad y como asustada; pero se calmó á medida que Landon fué volviendo mas en sí.

—Cómo estás, hijo mío?

—Enteramente bueno...

Se detuvo.

Eugenia estaba allí y Horacio no se atrevió á hablar delante de ella.

—Dime la verdad, ¿cómo te sientes? volvió á preguntarle Juana.

—Estoy mejor, ángel mio...

Tuvo cuidado de pronunciar en voz baja estas palabras.

En fin, Landon volvió completamente en sí y ya se hallaba en el caso de poder pensar, porque hasta entónces habia tenido embargados sus sentidos.

Al reflexionar que si Eugenia hubiera querido perderle no hubiera aguardado hasta aquella hora, su rostro contrajo la espresion de una alegría nerviosa, como la del hombre que

quiere aparentar serenidad delante del peligro; pero Juana, al ver aliviado á su esposo se puso tan alegre, que no se apercibió del embarazo que reinaban en los modales de Landon.

Eugenia volvió á aparecer para servirlos; no quiso mirar á Horacio, ni aun tenia fuerzas para ello. Le parecía que si sus miradas se hubiesen encontrado con las de su marido, se hubiera caído muerta en el suelo.

Landon la examinaba sin comprender nada de su conducta.

Mientras que Eugenia estaba allí, reinaba un profundo silencio.

—Como miras á Josefina! dijo Juana.

—Es que es muy linda, respondió Landon.

Por poco no se desmaya la duquesa al oír esta palabra tan dulce dirigida por Landon; pero quiso quedarse en la sala.

—Había llegado la hora de los suplicios para ambos esposos: la aparición de Eugenia era como un rayo, que cayendo sobre un molino cuidado por su dueño con esmero durante algunos años, lo consume todo en un segundo.

La duquesa espío un momento en que Landon no le veía para mirarlo con placer: se estremeció al ver su rostro que revelaba las angustias que debía sentir su alma y se compadeció de él.

Sintió también que su amor crecía y se

agrandaba hasta el punto de desear morir para que fuera feliz sin tener nada que le estorbara.

En seguida, al verlo junto á su rival, pasó por su alma como un relámpago, un pensamiento involuntario.

—Si Juana se muriera....

Se dió prisa á salir; pero tardó en reflexionar que si ella se muriera ¿no se moriría también Horacio?,...

—No, no, dijo entre sí, soy tan feliz como puedo serlo. ¡Y que felicidad!....

Se echó á llorar amargamente.

Landon presa de una fiebre horrible no podía estar en aquel sitio y se refugió con Juana á su cuarto, tabernáculo de su felicidad; allí se encontró como en un lugar seguro, porque ya no veía á Eugenia.

Las caricias de Juana le transportaron lejos de estos pensamientos á una region de alegría y de voluptuosidad.

—Quisiera, dijo, consumir [esta noche toda mi vida.... Desearia que mi alma saliera por todos mis poros para irse á sepultar en tu seno.

No comprendiendo el sentido de estas palabras, y llena de gozo, Juana dió gracias á su amado con una dulce sonrisa....

Landon estaba como un hombre que habiendo adquirido el poder y la riqueza al precio de

su alma, vé cercana la hora en que el demonio vendrá á reclamarla como cosa suya, y en presencia de la muerte quiso disfrutar de todos los goces de la tierra.

Al dia siguiente, Juana, salió de su cuarto despues de haber abrazado furtivamente á su marido, y vino en seguida á despertarlo trayéndole á Eugenio.

—Angel mio, le dijo, ¿es posible ver una criatura mas linda que esta?... Envidio á Josefina. ¡Cuán contenta debe estar con tener un hijo tan hermoso!...

Habia puesto al niño sobre la cama y Eugenio, como por instinto, tendió los brazos hácia su padre.

Era su hijo!...

No obstante, las caricias que Horacio le prodigó estaban mezcladas de amargura.

Este sufrimiento horrible, que agotaba hasta la fuente de la paternidad, decidió de la suerte de Horacio.

En medio del dia, aunque Eugenia respetára el dolor de su marido hasta el punto de no presentarse á él, Horacio dijo a Nickel que no dejara subir á nadie al cuarto donde se hallaba encerrado; pero la duquesa, que espíaba todos sus movimientos, lo siguió sin perderlo de vista.

Conocia demasiado bien el alma de Horacio para no dejar de figurarse cuál podía ser el proyecto que habia concebido,

Dijo que queria entrar, pero sufrio [una negativa; lo mandó con un tono imperioso, y entonces Horacio cojió sus armas y le abrió la puerta.

XLII.

Heroismo

Eugenia se acercó lentamente á Horacio y lo estuvo mirando durante un gran rato con un dolor profundo y silencioso.

—Eugenia, dijo este, mi corazón me dice mil veces más de lo que pueden decirme vuestras reconvenciones. Vuestra sola presencia es un tormento para mí.

—Un tormento! repitió Eugenia.

—Sí; sé que os he robado vuestro reposo, vuestra felicidad, vuestra juventud... Ah! Eugenia.

—Señor, dijo la duquesa reprimiendo toda, las sensaciones, ya no soy Eugenia para vos ya no soy vuestra mujer, consideradme como muerta... como muerta, ¿entendéis?... ¿Queríais matarme?...

Y señaló al sitio donde había ocultado Landon sus pistolas.

Este le dijo que no era esa su intencion.

—¿Quereis despediros de nosotras desde el fondo de vuestro féretro?... Vivid; lo quiero, os lo mando... Vuestra vida es mía... Quedareis siendo el esposo de Juana, dijo alzando la voz. ¿Puede Eugenia ocupar en vuestra alma el lugar de una criatura tan hermosa?... Es digna del amor vuestro: yo nada soy, nada para vos, dijo con un acento de desesperacion. Sin embargo, espero que me concedais el favor de dejarme vivir á la sombra de vuestra felicidad y de consumirme en silencio; tengo en el alma bastate fuerza para morir asi... Quizá sea un estorbo para vos... No teneis que estar con embarazo; dad rienda suelta á vuestro amor... Con eso me moriré mas pronto!... Supongo que no tendreis la barbarie de rechazar á nuestro hijo de vuestro seno paternal; es vuestro heredero... ¿Sereis su padre?...

Al decir estas palabras fué á buscar las pistolas y las guardó.

—En cuanto á estas carta que escribiais, la haremos pedazos...

Y en efecto la rompio.

—Volved al lado de vuestra mujer, hacedla feliz; y si ois llorar alguna vez en el cuarto inmediato, no os inquieteis. Reelamo ahora de voz la viudedad de que os hablaba en la carta que os escribí antes de nuestro casamiento, Si

LIBRERIA
P. 3

volvieseis á encontrar á Chiora, decia yo entonces, me limitaria á ser vuestra amiga,

Y lloró amargamente, cayéndose sobre una silla.

Landon se echó á sus pies y trató de cojerle una mano; pero ella se levantó de un modo brusco y retirando la suya:

—Caballero, le dijo, ya no sois esposo mio! Una caricia vuestra seria una afrenta... Os amo, pero para mí sola; así como también viviré para mí sola, porque he muerto para los demás; ya no tengo madre, ni abuela, ni hijo, ni esposo; no tengo á nadie en el mundo!... Puedo obrar como mejor me plazca: sabed desde luego, que dueña de vos y de Juana por mi conducta y por mi derecho, estoy decidida á quedarme aquí...

La actitud de la duquesa era en verdad imponente.

Horacio, que no había conocido hasta entonces en Eugenia tanta energía, no se atrevia á levantar los ojos.

La duquesa recordó el juramento que había recibido á la faz del cielo y de la tierra, por el cual Horacio había prometido protegerla; pero conociendo que todas las palabras humanas no significan nada en semejante posición, Landon no respondió sino por una mirada de sumisión.

Esta mirada perdió á Eugenia, humillo su actitud magestuesa, y dijo llorando:

—Horacio, servirte como una esclava será

para mi felicidad... ¿Si tú hubieras muerto, no viviria yo con tu retrato? Pues bien, quiero mejor verte... Y si tienes compasion de mi, cuando Juana no te vea sosten mi ánimo con una mirada de amigo.

—Que situacion tan cruel!... Porque te amo, Eugenia!...

—Si, dijo esta; pero aprecio lo que vale este amor... Mira, continuó después de un momento de silencio, por muy estraña y terrible que sea esta posicion, aunque fuera la de ver el hacha del verdugo pronta á caer sobre su cuello, no hay ninguna á la que no pueda el hombre acostumbrarse. Horacio, las angustias mas crueles de la nuestra se han agotado en este momento... Ya te iras acostumbrando á esta situacion... No eres tú, por cierto, la persona digna de compasion!

Landon se sentia anonadado, sobre todo cuando Eugenia añadió:

—Si quereis ir á Escocia, partid; pero dejadme que os siga... Os aconsejo que dejéis la Francia; es preciso que os pongais al abrigo de las leyes...,

Landon se estremeció.

—Y creedme, continuó: no dejad en Franeia ninguno de vuestros bienes, vendedlo todo lo mas pronto posible. No esijo para mi sino una sola cosa, y es que reconozcais á mi hijo como heredero vuestro.

Landon la miró y respondió:

—Si....

Fué todo lo que pudo decir.

Entonces Eugenia se retiró admirada de haber tenido tanto valor.

Horacio dejó este cuarto, de donde había resuelto no salir vivo, y fué á buscar á Juana.

Eugenia había hablado en un lenguaje tan sublime, que el mismo no pudo menos de sorprenderse al ver que miró al principio á Juana con menos entusiasmo; pero á la primera sonrisa volvió á aparecer todo su amor.

Juana poseía en grado superior el sentido esquisito del amor para no advertir las mas leves tintas de inquietud que podían alterar la pureza de la frente de Landon; y así es que no se le escapó la preocupacion en que este suceso había dejado á Horacio: sin reconvenirle trató de disipársela, y lo consiguió.

Preguntaba la causa, y el duque lo atribuía al estado de sus asuntos que, decía, estaban bastante complicados; tenía que vender unas tierras en Borgoña y no había quien se las comprara; todavía no habían admitido su dimision.

Juana cogió su arpa é improvisó una melodia bufona, en la que el sentimiento luchaba con la alegría.

Eugenia estaba en la alcoba inmediata; oyó esta armonia deliciosa y exclamó:

—¿! ue soy yo en comparacion de esta sirena.,,

Se echó á llorar...

Juana cantó en seguida una cancion de amor.

—La escucha, la admira, decia afligida la duquesa.

Asi [cada instante tuvo dolores nuevos, y mientras mas sufría, mayor era su energia.

Ni aun su salud se alteró por estos sacudimientos tan violentos; su rostro conservó su brillantez y tersura.

En efecto, ¿no era preciso que conservara sus ventajas para poder equilibrar las de su rival?

El mismo Landon no podia menos de conocer que la duquesa se encontraba en una situacion superior á Juana.

Eugenia no habia perdido todas sus esperanzas.

Se adornaba mucho y se vestia con gusto; y comprendia al mismo tiempo, que mientras mas se humillara y sufriera, mas interesante llegaria á ser á los ojos de su esposo.

Juana prodigaba las gracias á manos llenas pero tambien Eugenia tenia un encanto mas poderoso; el de la desgracia.

La pobre duquesa, sin hacer seguramente todos estos raiocinios, obraba impulsada por el deseo de volver á conquistar el corazon de Landon; la infeliz se engañaba al tener estas esperanzas; no veia que el movimiento de los rizos ó las ondulaciones del vestido de Juana, causa-

ban mas emocioñ á Horacio que la primera sonrisa y los primeros pasos de su hijo.

Siempre se encontraba con Chiora como el día que le dió el primer beso y que le hizo las primeras caricias.

Aumentaronse cada vez mas los padecimientos morales de Landon y le hicieron quizás mas desgraciado de lo que era Eugenia.

Con efecto, la grandeza y la sensibilidad de su alma le hicieron participar de todos los dolores de su primera esposa; no se atrevia á quedarse cuando la supuesta Josefina entraba á arreglar el cuarto nupcial; no hubiera podido sostener su mirada.

La abnegacion perpétua que Eugenia hacia de si propia, arrancaba muchas veces lágrimas á Landon y le escitaba pensamientos funestos.

—¿Podia ser feliz con un remordimiento eterno y con el continuó temor de una catastrofe?

Los animales sienten cuando va á estallar una tormenta; ¿y no podrá el hombre sentir la desgracia, sobre todo, cuando debe atacar al alma?

Asi es que Landon estaba mas inquieto, era mas temido y Chiora participa de todos los sentimientos de Landon involuntariamente y sin analizarlos.

Recibió una respuesta de Lady Cecilia C... Anunciabale su prima que vendria por el mes de Mayo con su padre y su marido; que Sir Carlos C... les buscaria una quinta inmediata á la

de ellos, conforme á sus deseos.

Landon se alegró en extremo al saber esta noticia; deseaba irse cuanto antes á Escocia; temia que el dia menos pensado, si se quedaba en Francia, se descubriera su crimen y fuera perseguido por las leyes. Temia no tanto por él como por Juana, quien estaba muy distante de concebir respecto á esto sospecha alguna.

No pudiendo Chiora soportar la sugesion y el embarazo en que vivian sus corazones, procuró atormentar á Landen, incomodarle para hacerle salir de su melancolia por emociones fuertes. Despues hizo todo lo posible por alegrarlo, pero no lo consiguió.

Entónces creyó que Landon no era del todo feliz a su lado; atribuyó este cambio á la vida sedentaria que llevaba y se arrepintió de haberlo tenido así en la soledad.

A Eugenia no se le escapaba nada, veia que Chiora estaba triste y esta pena era para ella un triunfo.

Pasóse así un mes.

En medio de este festín brillante una mano invisible habia trazado las palabras fúnebres escritas en otro tiempo en los muros de Babilonia, y los tres convidados, aunque no comprendieron su significado, las miraban con terror.

Todo se habia disipado; la inquietud de Landon en presencia de Juana se parecia á estas neblinas que se forman al salir el sol, desapare-

cen cuando brilla y vuelven otra vez á formarse á la caída de la tarde.

Horacio la miró con dulzura y le dijo:

—Angel mio, bastante desgraciados hemos sido por habernos dejado llevar de las apariencias... Confía en mi, te suplico; confía en el corazón de tu Horacio, que es tuyo y nada mas que tuyo.

Aun no bastaban á Juana estas palabras tan dulces, tan alhagüeñas pronunciadas con tanto amor por Landon; la pasión que la dominaba es de todas la mas exigente; Juana pensó en despedir á Eugenia.

Algunos dias despues hizo por quedarse sola con ella en la sala.

—Querida mia, le dijo despues de una conversacion insignificante, hemos pensado que de ningun modo debemos llevaros á Escocia; no queremos que por nosotros vayais á dejar vuestra patria.

—La dejaré con mucho gusto, señora; ya he tenido el honor de deciroslo al entrar en el servicio vuestro.

—Pero no puede ser asi en el dia. Josefina, amais á Landon!... Y no está bien que vengais con nosotros: ya veis que soy franca; he aqui el verdadero motivo de mi resolucion.

Eugenia, sintiendo correr sus lágrimas, solo pudo responder:

—Ah! Señora...

—Vamos, esclmó Juana, decidme la verdad.

—Si, le amo, respondió Eugenia con calor.

Y llorando á lágrima viva, añadió:

—Si, no puedo dejar de amarle.

—Pues bien, querida Josefina, ya veis que es importante para vos separaros de nuestro lado, porque sabeis cuanto le amo... Seriais desgraciada!... Y vuestra intencion no podia ser la del...

Se detuvo á mirar á Eugenia.

—Y qué!... exclamó la duquesa, ¿despues que he pedido tan poco, vais á rehusarme este favor. Que me dejen morir en paz!... Si señora, le amo tanto como vos!... Sé que sois la primera que le habeis adorado y por eso me resigno... ¿Pero es posible que vos tan hermosa, tan buena, tan grande, tan generosa, y que tan superior sois á mí, hallais tenido la idea de privar á una criatura desgraciada de su unico placer, de su bien?... Los grandes no tienen derecho de impedir á los pobres que miran el sol. ¿Qué os he hecho? ¿Creeis que pueda robaros su corazon? Comparaos conmigo y juzgad! ¿Me prohibireis sentarme á la puerta de vuestro palacio?... No, no lo hareis, porque sabeis bien que una mirada vuestra le hace olvidar todo... ¿Quereis darme la muerte? Porque separarme de él me causaria la muerte... Y os creí buena! Ah! ¿Y quién soy yo? No me conocéis... Permita el cielo que siempre le ignoreis... Y tomo á Dios por testigo de que nunca turbaré vuestra felicidad... **Tened hácia mi igual bondad; sed grande, gene-**

rosa, únicamente como yo... En fin; tengo un hijo... No deis la muerte á su madre...

Juana se quedó estupefacta al oír este torrente de súplicas pronunoiadas con el acento mas tierno, por una rival á quien no podia menos de encontrar temible.

—Pobre niña!... exclamó; me estremezco... Si, soy buena, pero como quereis sufrir tal espectáculo os daré la muerte sin quererlo!...

—Ah! dijo Eugenia con un valor admirable, es cosa que solo á mi me atañe! No tendreis que hacer caso de mis lágrimas porque no correrán delante de vos, y os juro que nunca atentaré á vuestra felicidad... Es segrada para mí. Si, añadió, me dejareis aquí, á su lado y al vuestro...

—Estoy confundida, respondió Juana; hablais como si estuviera en vuestra mano destruir mi felicidad.

—Ah! Señora, replicó Eugenia con prontitud no he dicho eso.

Juana se llevó las manos á su frente y dijo:

—Me se vienen á la mente pensamientos que me mortifican y sofocan! Suspendamos esta conversacion. Otra vez la continuaremos...

Eugenia se retiró: tambien ella se sentia sofocada.

Quedándose Juana sola se estremeci6 al pensar en el fuego, en la energia y en el amor que habia desplegado Eugenia en esta escena para ambas tan cruel.

—Esta jóven, dijo entre si, acabará tarde ó

temprano por conseguir que Horacio la ame...
Y yo le perderé...

Cayó en una melancolla profunda y quedó sumergida en ella durante un buen rato.

Desde entónces reinó en el alma de Juana un terror sordo y profundo como reinaba en la de Eugenia y la de Landon; y estos tres seres, cuyos sentimientos eran tan puros y tan generosos, principiaron á sentir los tormentos hijos de la situacion falsa y estraña en que se hallaban.

Sus gestos, sus miradas, sus palabras, todo revelaban en ellos la amargura y la desconfianzas.

Entónces fué cuando el duque comprendió la estension de su falta.

Hasta aquel dia la pasion le habia cegado, el peligro de su posicion ennoblecia á sus ojos el crimen irreparable que el amor le habia hecho cometer; pero desde entónces conoció que no solo habia jugado su vida á los dados, sino las de otras criaturas: en el primer momento quiso declarar todo á Juana.

Esta habló primero.

Dominada siempre por los celos que hacian callar su bondad, habia calculado que solo Horacio podia despedir á Eugenia.

Una mañana despues de haberle llenado de caricias, como hacia siempre que queria conseguir de él alguna cosa, le dijo:

— Horacio, tengo que pedirte un favor.

—Ya me lo figuraba yo! respondió riéndose!

—Vamos, no te burles: escúchame, es una cosa muy seria, la mas seria que se ha tratado entre nosotros.

Horacio se hincó de rodillas y jugando con una cruz negra que Juana llevaba siempre consigo desde una de las primeras escenas de su amor, la estuvo mirando con mucha atencien.

—Amigo mio, Josefina te ama...

—Mujer, siempre con Josefina, esclamó Landon echándole una mirada en la que el terror sofocaba todo cariño.

—Si, siempre! dijo Juana; pero no quiero comprometer mi amor... Te ama, te vuelvo á decir! Lo sé.

—¿Y por donde?

—Me lo ha confesado.

¿Y bien?

—Me ha suplicado que la deje aquí; y he consentido; pero su amor me hace mal, no puedo sufrirlo! Usa, por consiguiente de tu autoridad de amo, y despidela... Que no la vea yo mañana aqui, me moriria de dolor...

—Despedirla!... esclamó Landon sorprendido; Josefina no es una criada, y su fortuna!...

—Le darémos todo el dinere que quiera!... Que se lleve todo lo que tú posees, pero que me deje respirar con libertad el aire que respira mi Horacio, que pueda verte á mi sabor y sin

que nada me turbe! Me asesina con su amor...
Te adora; su vista sola me asusta.

Landon frunció las cejas.

Juana, que nunca hacia visto en el esta es-
presion de cólera, se quedó inmóvil, lo miró
con ateneion y aguardo la respuesta con una
horrible ansiedad.

—Juana, dijo Horacio en voz baja, Josefina
debe quedar siempre con nosotros!... Eres de-
masiado celosa!... Apesar de que sabes que te
amo y que tú sola posees mi corazon...

Dos gruesas lágrimas corrieron por sus me-
jillas.

—Eugenia se quedará con nosotros, añadió
con un aire sombrío.

—¿Qué dices?

—Que Josefina se quedará, repitió con em-
barazo.

—¿La amas? exclamó Juana.

Y cayó desmayada en el sofa.

Al ver esto Landon sintió que sus fuerzas le
abandonaban: llamó á Eugenia y ayudaron
juntos á la desgraciada á volver en sí.

Dió un grito al ver á la duquesa é hizo un
gesto para que se fuera de allí,

Eugenia obedeció.

Las atenciones los cuidados de Landon no
pudieron calmar los sufrimientos y las impa-
ciencias que Juana principió á sentir desde es-
ta época; aunque Eugenia tuviera la delicadeza
de no presentarse delante de ella, nunca fué

tan dulce, tan amable y sumisa; resignándose á su desgracia, su amor hacia Landon se aumentaba cada dia: temia perderlo y se agarraba á él como un naufrago á un pedazo cualquiera de su buque.

No le dejó salir un momento de su cuarto, donde le embriagaba con sns conversaciones y sus cantos; en seguida como una hechicera tomó mil formas, ya alegre, ya juguetona, ya exigente, ora caprichosa, ora soberana, ora humilde; intentaba todas las seducciones, tocaba tocaba todos los sentimientos, reunia todas las perfecciones, y despues de haber agotado los recursos todos de su carácter encantador:

—¿Piensas en Josefina, le preguntó con la sumision timida del amor.

Landon le próbo con su constancia y con su embriaguéz, que su corazon apenas habia podido soportar tanta felicidad, tanto plaacer.

Feliz entónes Juana y aturdida de su propia actividad, desplegó nueves encantos. inventó placeres nuevos...

Hubiera hartado á Landon, si el amor verdadero conociera la saciedad.

En fin, la celesa Chiora no tenia otra ambicion que la de ne dejar tiempo á su bien amado para poder pensar en Eugenia,

Esta continuada embriaguéz fué el canto del Cisne.

XLIII.

Desengaño

Después de una semana pasada en medio de los placeres, una noche Juana, Eugenia y Landon se hallaron reunidos por primera vez desde el día en que la desconfianza los había separados.

Estaban los tres en la sala sentados delante de la chimenea.

El rostro de Juana había vuelto su antigua serenidad.

Como su conducta sus palabras, sus maneras, sus continuados éxtasis y aun la habilidad extraordinaria que desplegó en el arpa durante los ocho días que habían pasado, habían participado tanto del amor como de la locura, Landon miraba en silencio la paz que reinaba en es-

te alma de fuego, agitada á la vez por el amor y por los celos.

Eugenia habia sabido por Landon el estado de irritacion en que viviera Juana, y habia decidido dejar esta casa, mansion del placer y del dolor.

Landon y Eugenia trocaron una mirada de inteligencia como para felicitarse del cambio obrado tan repentinamente en su corazon.

Con efecto, Chiera veia á Eugenia sin estremecerse.

Quiso la desgracia que Juana sorprendiera esta mirada.

Se levantó de un modo brusco y estallando de pronto su cólera:

—Demonio, dijo á Eugenia, quíeres mi muerte!

Al oir este grito, Eugenia se estremeció y levantandose á su vez respondió con dulzura:

—Señora, no se si este sacrificio apresurará el término fatal ya tan cercano!... Si, añadió volviendese hacia Landon y mirandole con amor; haré esta última ofrenda á la felicidad de mi amado... Si, señora... Voy á dejar vuestra casa, si, la dejo para siempre!... Ya no me volvereis á ver, y ninguna amargura turbará vuestro reposo; podreis disfrutar de vuestra felicidad sin que os estorbe en lo mas minimo. ¿Estais ahora satisfecha?

Juana se echo á los piés de Josefina, y exclamó sollozando:

—Eres un angel bajo la forma de una mujer!

—Ah! No sabeis hasta donde llega mi sacrificio! continuó Eugenia haciendo un gesto para imponerle silencio; si os dejo en paz, tambien vos me dejareis disfrutar de ella. Asi á cualquier parte donde vayais, tendreis que sufrir que yo y mi hijo vivamos cerca de vuestra casa. No rehusareis la vista de nuestro sol... Seré como una sombra, como un alma que andará al rededor de vuestra casa, espiando, acechando á Horacio; no me vereis... No turbaré vuestros placeres... ¿Soy muy exigente?

—Josefina, respondió Juana llorando vales mas que yo, pero tambien es verdad que tú no has gozado del placer de ser suya.

Eugenia miró alternativamente á Juana y á Horacio, dejando asomar á sus labios una sonrisa triste y espresiva.

—Eres una divinidad, añadió Juana; pero concluye tu sacrificio...

Se levantó de repente:

—Vete esta misma noche, porque temo que el infierno destruya mi felicidad! Quizas esté allí la muerte! Cumple tu designio con valor y seras sublime; mil veces mas grande, mas hermosa que la pobre Juana... Vete, vete, esclamo con fuerza.

Sus instancias reiteradas tenian algo de fe-
roz, algo de inhumano,

Eugenia miraba á Landon á traves de sus lá-

grimas, y la desgraciada ya no veía.

—¿Y por qué ha de irse?... exclamó una mujer que abrió de pronto la puerta de la sala.

Este grito llenó á todos de terror.

—¡Ah! He aquí un espectro que he visto esta noche! dijo Juana cayendo en el sofá.

Eugenia se habia quedado aturdida y Landon inmóvil como una estatua.

La señora d'Arneuse, con la cabeza erguida con el rostro irritado y con los ojos desencajados, se adelantó hacia ellos con una lentitud mágica.

Le gustaba, como se sabe, producir efecto, y rara vez lo conseguia á causa de la pretension que se traslucía en sus menores gestos; pero en esta ocasion el sentimiento de una injuria de que debia vengarse, la gravedad de las circunstancias, todo concurrió á dar á sus facciones, á su aire á su entrada en la casa, una dignidad real: apareció como la cabeza de Medusa.

Habiendo oído las últimas palabras de Juana, estalló así con una violencia que nada pudo detenerla.

—¿Per qué ha de irse? Le teca á mi hija dejar esta casa, si es que pertenece al dnque de Landon?...

Hubo un momento de silencio.

—¡En qué estado os vuelve á encontrar, Eugenia!... ¡Estábais haciendo aquí el papel de sirvientel!... Es posible?... Y vos, caballero; vos autor de todas sus desgracias, ¿habeis sido ca-

paz de tolerarlo? ¿Porque desdichado, inspirásteis amor á esta criatura? ¿Fué para perder de un soplo su juventud, su candor y su belleza? Ah! Que desconocida está!... Habeis violado lo que hay de mas sagrado entre los hombres!... Habeis sembrado la muerte por donde habeis pasado; mi madre está moribunda, caballero, y á mi solo el amor de madre me ha dado fuerzas para venir hasta aqui.

Se adelantó hacia Eugenia, quien sumergida en una especie de estupor se abandonó á las caricias furiosas de su madre.

La señora d'Arneuse la abrazó con efusion y poniendo una mano sobre su corazon agitó la otra como una profetisa; en seguida hallando algunas lágrimas, continuó con un tono lamentable:

—Ah! Bien habia ya dicho que esta union habia de sernos fatal... Hija mia ¡como me habia yo de figurar encontrarte en este estado!...

Volviéndose luego hacia Landon le dirigió estas palabras:

—Caballero, sois ¡un monstruo! Me avergüenzo de hablaros por mas tiempo!., ¡En que momento os han ido á nombrar Par de Francia!... Ah! Tomad, ahí teneis vuestro diploma!...

Y echó sobre la mesa unos papeles en los que nadie reparó ni era posible que reparase en aquellos instantes.

—Habiendoos buscado en vano vuestro primo el duque de B... para anunciaros este favor real, se ha dirigido en fin á mi y me ha obligado á seguir vuestras huellas.... He aquí como se honra y se premia en el dia la bajeza!...

—El, exclamó Juana, el mas noble, el mas virtuoso de los hombres....

Y Eugenia aprobó este elogio con un movimiento de cabeza.

Pero la señora d'Arneuse no dejando la palabra á Juana, le interrumpió con una mirada terrible.

—C n vos, señora ó señorita, es con quien voy á hablar.... Habeis destruido con vuestras seducciones la felicidad de una familia para satisfacer una pasion efimera.

—Pobre mujer! dijo Juana con una sonrisa de compasion que hizo estremecer á la señora d'Arneuse.

—¿No sabiais, continuo esta última, aun mas irritada con esta señal de desdén, que mi hija era su mujer, su mujer legitima, á la cual le habia jurado fé y proteccion, amor y fidelidad, al pie de los altares? Habeis hecho de Horacio el más criminal de todos los hombres, habeis querido que la venganza de las leyes caiga sobre su cabeza. ¿Y en que momento ha oido á abandonar á mi hija? Precisamente cuando iba á ser madre.

La señora de d'Arneuse llorosa y [deseconsolada cayó en un sillón y se cubrió el rostro con

sus manos; pero volvió muy luego á levantarse y designando á su yerno con un gesto trágico exclamó:

—Mereceria el cadalso!...: Ninguna de nosotras será capaz de conducirlo á él! Ah! Bien sabia el desgraciado que hacia traicion á almas nobles que sabrian callar su infamia!....

—Su mujer, su mujer; repetia Juana con un terror profundo.

Mirô á Eugenia.

—Ah! señora, ¿Y yo entonces, qué soy?...:

La señora d'Arneuse se acordó de la sonrisa de desprecio que Juana le habia dirigido, y le, vantandose con dignidad, exclamó:

—Lo que seis, señora.... ¿Tengo necesidad de decirosle?...:

Y devolvió á Juana la mirada desdeñosa que antes habia recibido.

Al oir estas palabras Landon se despertó-salió como de una especie de letargo en que habia quedado sumergido, y como esas balas que en el campo de batalla parecen frias y de repente vuelven á levantarse y esparcen por donde pasan la muerte y el estrago, así se lanzó sobre su suegra con la fuerza y gestos de un loco.

En seguida, rechinando sus dientes y echando espumas por la boca, le dijo:

—¿Quieres matarla, furia del Averno? ¿No tienes bastante con tu hija y conmigo?...:

Cogiendola entónces por medio del cuerpo, la suspendió del suelo y se la llevó.

—¿Quereis asesinarme porque he descubier-
to vuestros crímenes? exclamó enfurecida.

Landon sin escucharla la llevó á un cuarto
donde la dejó encerrada.

XLIV.

Conclusion

Nada habia oido Horacio hasta el momento en que la señora d'Arneuse soltó contra Juana aquella frase tan insultante, y cuyo sentido apenas comprendió, gracias á su ignorancia de las costumbres francesas.

Landon estaba enfurecido tanto mas cuanto que habia sentido toda la estension de su desgracia.

Al volver á entrar en la sala vió á Juana sentada á un lado de la chimenea y á Eugenia al otro.

Estaban inmóviles como dos estatuas, y no se atrevian á mirarse,

Eugenia lloraba.

Juana tenia los ojos secos y el rostro encendido.

Landon quiso hablar, pero no pudo: estaba inmovil y ninguna de las mujeres se atrevia á levantar los ojos: los tres estaban allí como estatuas de mármol al pié de una tumba.

De repente Juana dió un suspiro y hablando en voz baja, dijo:

—Si, soy muy desgraciada! Debian pagarse muy caro seis meses de tanta felicidad! Ay! Dios mio! He recibido un golpe mortal!

—Señora, le dijo Eugenia huyamos! Deje-
mos hoy mismo la Francia y podremos gozar
en cualquier país lejano donde nadie venga á
robarnos nuestro esposo. ¿No somos las dos her-
manas? ¿No le amamos igualmente?...

Juana miró á Eugenia, dió un paso hácia ella
é hincándose de rodillas:

—Señora, dijo con un acento tierno y espre-
sivo, os pido perdon, concedédmelo... Ahora co-
nozco todo lo que valeis... Ah! Quedaos con Ho-
racio; es vuestro: la herida que he recibido en
el corazon es incurable; la mirada de esa mujer
me ha dado la muerte.

Besó la mano de Eugenia, quien levantando
á su rival, la estrechó contra su corazon.

—Es el legado que te hago, dijo Juana, por-
que su corazon era mio. No creo que ninguna
criatura haya podido amarle antes que yo, si
no es su madre, y en el momento en que te le
cedo, un instinto secreto me dice que me ama
aun, que no ha dejado ni puede dejar de amar-
me!...

—¡Cruel... demasia lo sé, respondió Eugenia.

Entonces se volvieron hacia Horacio, y al
ver que sus piernas tambaleaban lo condujeron
hacia el sofá donde perdió el sentido.

Al ver que sufría este ser querido, origen asi
de sus males como de su feliicidad, sintiendo,
nuevas penas que eclipsaron las demás; y riva-
lizando en cuidados atenciones, recobraron las
fuerzas que dá el amor.

Cuando Horacio volvió en sí, vió á Eugenia y á Juana arrodilladas delante de él, cuidando con igual solicitud al que amaban con el mismo amor; semejantes, en fin, á las dos almas de que ha dicho Dante:

Quali colombe dal disto-chiamate
Con l' ali aperte, e ferme, al dolce nido
Volan par l' aër dal voler portate.

Mas débil que ellas, porque parece que la naturaleza en ciertos casos dá á las mujeres un valor infinito, Landon se echó á llorar como un chiquillo; pero muy luego, pensando en que se habia destruido toda su felicidad, y en que la señora d'Arneuse les habia quitado toda esperanza, la rabia secó sus lágrimas y levantándose con impetuosidad, fué corriendo al cuarto donde habia encerrado á su suegra.

Se dirigió hacia ella y con la espresion de una desesperacion fria la dijo:

—Salid, señora, salid de uua casa á donde vuestra presencia acaba de traer la desgracia y la muerte!... Vuestra alma seca y fria nunca podrá comprender los males que habeis causado... Una sola vez en vuestra vida habeis producido efecto: habeis asesinado á una criatura, cuyo amor y cuyas virtudes imponian silencio á los dolores acerbos de vuestra hija: me habeis asesinado, y Eugenia morira!... Morira, señora, y no podra ser feliz, porque ya nada la podrá apagar á esta tierra miserable.

La señora d'Arneuse sofocada por la colera

habia quedado inmóvil como una estatua; y sus ojos clavados en el duque de Landon, parecian salir de sus órbitas; su rostro habia tomado un color bilioso y sus facciones se contrajeron con fuerza; en este momento dió un grito roneo y con una voz entrecortada por la rabia exclamó:

—Esas palabras, caballero, son dignas de vuestra inmoralidad. . . Quereis rechazar sobre mí la causa de vuestros crímenes! Quizas sea yo sin saberlo el autor del proyecto que habeis llevado á cabo! añadió con ironia; y no os avergonzais de la infamia de vuestra conducta! Tal vez deseais que muera mi hija; pero su amor hacia vos ha cesado desde este momento... No tengo el corazon tan frio, como decís, caballero, porque al veros, he creído que vendriais á echaros á mis pies y á implorar un perdon que estaba pronta á concederos; pero ya no sois digno de él; y los tribunales dirán bien pronto cuál de nosotros dos es el culpable... La justicia os hara saber cuantas leyes habeis hollado de un modo infame é inaudito.

Landon le echó una mirada de compasion y desdén; se fué hacia la puerta y la abrió.

La señora d'Arneuse se levantó con toda la dignidad que podia tener y salio exclamando:

—Oh! hija mia! A qué hombre te he entregado! ¡Bien me daba el corazon que ese mónstruo habia de labrar nuestra desgracia!

Al dia siguiente Juana se quejó de una debilidad general.

Durante los días sucesivos el mal fué agravándose con una rapidez espantosa.

Landon y Eugenia no se separaron ni un momento de su cabecera.

De pronto mirando Juana el rostro alterado de Landon:

—Eugenia, dijo, he ahí la mirada que nos ha perdido!...

El duque de Landon llamó á varios médicos; tuvieron junta, examinaron á Chiora, discutieron durante largo tiempo, tomaron el pulso á la enferma y despues se retiraron.

El médico de la casa quedó encargado de llenar una mision dolorosa.

—Caballero, le dijo á Landon, no llamad ya á ningun médico, y dad á la enferma todo lo que pida.

Una mañana Sir Carlos y Cecilia, que habian llegado el dia antes á Tours, entraron en el cuarto de Juana, donde Landon los introdujo con la esperanza de que la impresion y el gozo que le causaria la vista de sus amigos, produjera una crisis favorable.

Juana se sonrió al verlos.

Estaba metida en su cama, con las manos cruzadas: tenia colgada á el cuello su cruz negra:

El cuadro del Atala ofrece solo una imágen imperfecta de su aetitud y belleza.

Sus labios ya blancos y frios como el mármol, estaban entreabiertos, su cabello negro

caía por sus hombros y formaba [un contraste con la palidéz y blancura de su rostro; no tenía cerrados los ojos; su alma parecía encontrar en ellos su último asilo: centelleaban como estrellas á través de sus pobladas pestañas: conforme á sus deseos, la habian rodeado de las flores mas frescas y fragantes.

Landon, palido, abatido y con los cabellos desarreglados, estaba inmóvil á la cabecera de la enferma.

Tenia agarradas las manos de Juana y sin hablar una palabra se entendian con sus miradas.

Eugenia, triste y silenciosa, espiaba [las órdenes que daba su esposo y con una destreza maravillosa llenaba los deseos de su rival y de su Horacio.

Bien pronto la claridad llegó á ser muy fuerte para Juana, y la luz suave que pasaba las cortinas esparcía en esta escena una claridad misteriosa.

De repente apareció radioso el rostro de Juana la Pálida; se hubiera dicho que hablaba con los angeles; sus miradas no tenían nada de horrible como las de los enfermos que mueren en el delirio; antes por el contrario, eran dulces y tiernas.

Esta criatura celestial fué bella y graciosa hasta su último momento.

Allá en el cielo nos amaremos siempre y espero que nuestras almas estarán esentas de es

—tos celos horribles que me matan... No tengais compasion de mi, he sido muy dichosa.

Sus ojos se empeñaron entonces; la palidez de su rostro no despedia ya sino el brillo del marmol.

—¿Donde estás? preguntó.

—Juana, aquí me tienes, á tu lado...

—¡Y yo ya no te veo!....

Dos lágrimas cayeron por sus mejillas.

Oogió las manos de Landon, las llevó al pecho por un movimiento de agonía, y cuando las sintió, las estrechó contra su corazon.

En seguida su respiracion fuè mas y mas fatigosa: volvió á apretar las manos de Horacio como si no quisiera que se quedara en la tierra, y volviendo hacia el la cabeza espirò.

Horacio, Eugenia, Cecilia y Sir. Carlos C... cayeron de rodillas.

Largo tiempo permanecieron en muda contemplacion poseidos del mayor sentimiento, guardando un silencio cruel que solo era interrumpido por los sollozos.

De repente Eugenia se levantó, y haciendo un esfuerzo sobre si misma, se acercó á Horacio y con las mayores caricias trató de sacarlo de su estuper

El triste espectáculo que se ofrecia á la vista de Landon, por su acendrado amor à la infortunada Juana; los remordimientos que no pueden dejar de hacerse sentir en las almas ardientes; el desinterés de la pasion de Eugenia; el cariño

que sus virtudes le habian inspirado, y sobre todo, la necesidad de cumplir los deberes sociales á que por su rango estaba constituido, le hicieron conocer demasiado tarde, que la temprana muerte de Juana, provenia de su docilidad en dar crédito á las mentidas noticias que Salviati le comunicó de Chiora durante su ausencia, consiguiendo el objeto que se habia propuesto su falso amigo de hacerla aparecer como la mujer mas criminal y voluptuosa.]

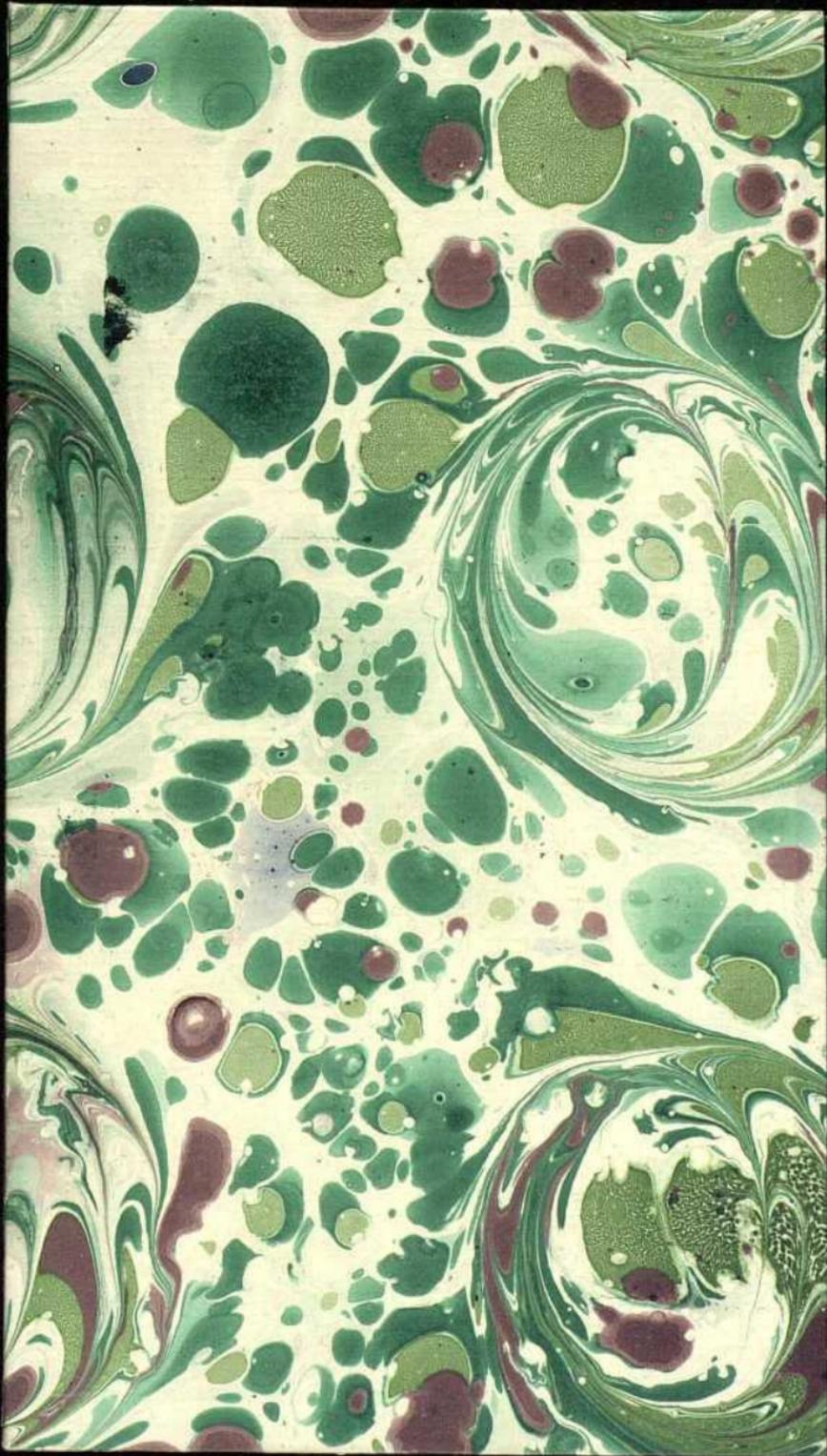
Todas estas causas reunidas, produjeron en Horacio una reaccion tan pronta como inesperada.

Eugenia, á pesar de la oposicion de la señora d'Arneuse, dió sus disposiciones tan acertadas y con un valor tan heróico, que logró al fin llenar los deseos de su querido esposo, con la delicadeza y el esmero que siempre la distinguian.

Acordada la vuelta á París se trasladaron á su antigua casa y de nuevo ocuparon en la sociedad el lugar que su posicion les permitia.

La señora d'Arneuse, tenaz é intolerante por su caracter, y resentida por la conducta de Landon, no quiso habitar la casa de su hija y volvió á la de su madre la señora Guerin, cuya edad y achaques reclamaban sus cuidados.

Eugenia y Horacio dedicados á la educacion de su hijo, vivieron en una cordialidad perfecta, conservando siempre el recuerdo de la desventurada Juana,





JOANA
LA
PALIDA



FAN
XIX
504

